

JOSE  
FERRANDIZ

DOS  
MUNDOS  
AL HABLA

NOVELA

5 pesetas

JOSE FERRANDIZ

# DOS MUNDOS AL HABLA

Novela



EXCLUSIVA PARA LA VENTA:  
LIBRERIA RENACIMIENTO. PRECIADOS 46.—MADRID

JOSE FERRANDIZ

**DOS MUNDOS AL HABLA**  
NOVELA



EDITORIAL "ANTEA"

CAÑOS, 8

MADRID

572

JOSÉ FERRÁNDIZ

# DOS MUNDOS A L H A B L A

C U A R E N T A D Í A S D E  
R E L A C I O N E S I N T E R P L A N E T A R I A S

NOVELA

*Robustecer uno de los órganos de nuestros sentidos equivale a robustecer nuestra inteligencia, a extender el círculo de las ideas y a ennoblecer a la humanidad.*

ALEJANDRO DE HUMBOLDT  
(Cosmos).

M A D R I D  
E D I T O R I A L A N T E A

Caños, 8

1922



DOS MUNDOS AL HABLA

LOS MÉTODOS AL HABLA

JOSÉ FERRÁNDIZ

# DOS MUNDOS A L H A B L A

C U A R E N T A D Í A S D E  
R E L A C I O N E S I N T E R P L A N E T A R I A S

NOVELA

*Robustecer uno de los órganos de nuestros sentidos equivale a robustecer nuestra inteligencia, a extender el círculo de las ideas y a ennoblecer a la humanidad.*

ALEJANDRO DE HUMBOLDT  
(Cosmos).

M A D R I D

1924

JOSE FERRÁNDIZ

# DOS MUNDOS A LA HABLA

UNA DIA DE  
INTERPLANETARIAS

NOVELA

---

Es propiedad. Reservados los derechos de reproducción, traducción y adaptaciones a la escena y al cinematógrafo.

---

Reservados todos los derechos  
de reproducción, traducción y  
adaptación a la escena y al  
cinematógrafo. No se permite  
la explotación económica ni  
la transformación de esta obra.  
Queda permitida la cita en  
obras de carácter científico,  
cultural o pedagógico.

# I

## EN EL COLORADO (ESTADOS UNIDOS).—EL OBSERVATORIO.

EN la región del Norte del Estado del Colorado, entre las Montañas Rocosas, junto a una, poco lejana del Pik de Long, por encima del grado 40 y antes del 43 de latitud, a ninguno de los habitantes, un poco heterogéneos, yanquis, ingleses, alemanes, italianos y de otras procedencias, que de todo había en el pueblo de Eastbrigde, bajo aquella altura relativamente respetable, a ninguno, repito, podía causar asombro, y menos aún disgusto, hacia el fin del penúltimo decenio del siglo XIX, la construcción de un Observatorio astronómico sobre la meseta de la montaña vecina al poblado, como cosa de dos a tres millas.

Tanto mejor; esta construcción proporcionaría bien retribuído empleo a muchos brazos de la localidad; atraería a otros de la comarca, o del vecino Estado del Wioming, y ya terminada, sería albergue de una colonia de sabios que algo habían de producir, pues no iban a mantenerse del aire; y era seguro que animarían un poco el local, ya con su presencia inofensiva, ya con las visitas, to-

das distinguidas, que suelen recibir esos establecimientos.

En 1880 y... tantos, ya no era el Colorado como treinta años antes, un país semisalvaje, en su mayor parte habitado por indios *Navajoas*, hacia el Utah, en el Sur; *Pies negros*, por el Norte, cerca del Wioming; *Pieles rojas*, en una palabra, pues ésta llegó a ser la denominación más vulgar; gentes feroces, con quienes los chinos supieron entenderse antes, y acaso mejor, que los americanos y los europeos, no se sabe por qué. Las minas, muy abundantes en este territorio, fueron causa de que se poblara de blancos, y también la construcción de la gigantesca línea ferroviaria más elevada del mundo entonces (8.342 pies), la que parte de New York para concluir en California, después de atravesar por más arriba del centro de los Estados Unidos de Este a Oeste. Pasa por el extremo Sur del Wioming, cerca del Norte del Colorado, y se llama *Union Pacific Railroad*, por otro nombre, ferrocarril interoceánico.

Su construcción llevó a muchos Estados de la América del Norte, el Colorado uno de ellos, legiones de obreros, de industriales y de ingenieros de todo el mundo, cuya reunión produjo ciudades como Denver, capital del Colorado; pueblos, rancherías, todo, por supuesto, fortificado y militarmente guarnecido así contra los indios, como a fin de mantener el orden entre los blancos procedentes de muy diversos puntos de Europa y de América, lo peor de cada casa.

Pronto fué necesario derivar de la vía férrea grande otras secundarias, una de ellas la que en

el Wioming desde Cheyenne por el Paso Evans de las Montañas Rocosas entra en el Colorado y desciende hasta su capital, Denver.

La región se hallaba ya constituída, poblada bastante regularmente por americanos y europeos, sin que faltaran los chinos inevitables y otros asiáticos.

Y bien ; aunque nada tenía de asombroso la erección de un Observatorio, pues ya entonces los había en la mayor parte de los Estados de La Unión, y muy notables ; California, por ejemplo, en el extremo Oeste poseía uno grandioso ; ¿ para qué otro en las cercanías del Pik de Long ? Verdad que faltaba un Observatorio notable en el Colorado ; pero se supo que no era el Gobierno quien fundaba este nuevo ; debía ser un multimillonario, según el lujo de construcción que desplegaba.

Un ejército de operarios de diversos oficios había invadido la localidad, con no poca satisfacción del vecindario de Eastbrigde (1) y de los colonos y mineros de sus cercanías, así como de otro poblado próximo, dado que tanta gente allí había de proveerse de lo necesario durante no poco tiempo y animar con su presencia tabernas, recreos y otros lugares. Hablando con los trabajadores era como se entretenía la curiosidad de aquellas gentes. Pronto supieron que el futuro establecimiento científico se alzaba allí, porque, destinado a un fin especial, convenía que estuviese distante de las grandes poblaciones, cuya cercanía pudiera ser causa

(1) Aunque hemos consultado excelentes mapas de esta región, no hemos hallado este pueblo.—(N. del E.)

de que los astrónomos se distrajeran de su labor y comunicaran demasiado con el mundo.

La desconocida persona millonaria que todo aquello costeaba, decíase que había manifestado el deseo de que el Observatorio se edificara en los Estados Unidos, y por hombres de esta República fuera dirigido y servido. El Colorado pareció al organizador o ejecutor del pensamiento la comarca más indicada por su situación lejana de los grandes centros, por la abundancia de cumbres a propósito para instalar el establecimiento, y también por la salubridad del clima, seco y frío, ciertamente; pero sano como pocos de Norteamérica.

Contra lo que generalmente se cree, no es necesaria una gran elevación para los Observatorios astronómicos, toda vez que lo primero que necesitan es un horizonte visible despejado de obstáculos que impidan observar los ortos y ocasos de los astros; después, un aire todo lo puro y transparente que el astrónomo puede apetecer, y en el Colorado es tan limpio, que acorta las distancias; y brillan de noche las estrellas con tan potente fulgor, que el europeo no instruido confundiría las magnitudes; para todos, a simple vista, son perceptibles estrellas que en nuestros climas no vemos los profanos y los que no lo son, sin auxilio de una lente.

Estaba, pues, bien justificada la elección del Colorado para fundar el establecimiento que iba a ser teatro de los singularísimos hechos de este relato.

Se había escogido el monte que nos ocupa en razón de su privilegiado puesto en la cordillera. Desde su meseta se abarcaba el horizonte casi com-

pleto. El terreno, granítico, es claro, como toda la comarca, era frondoso, abundante en espacios cultivables, lo mismo que sus alrededores, con mucha vegetación, desde la gigantesca a la de plantas menores y pequeños arbustos.

Se había empezado por hacer un camino todo lo directo posible desde la villa de Eastbrigde (cercana a un apeadero del ferrocarril que venía del Paso Evans en el confín Norte del Colorado con el Wioming y marchaba hacia Denver), hasta la estribación de la montaña elegida, en cuya base, acotada por ser todo el monte propiedad adquirida para esta fundación, fueron obstruidos todos los accesos de modo que sólo quedara uno franco: la puerta de la posesión, fuerte y abierta en una gruesa muralla muy alta, detrás de la cual estaba la vivienda de los primeros guardas, armados por precaución, que aun no eran del todo imposibles las fechorías de indios y de otras gentes sospechosas.

Desde esta puerta, otro camino ancho ascendía en zigzag entre árboles, arbustos y plantas florecientes, hasta la meseta, en que se alzaba el Observatorio. Un carruaje podía subir hasta allí cómodamente. De este camino se derivaban otros conducentes a los parques, a los claros, a los vallecillos cultivables y jardines, sitios en que no faltaban aislados pabellones, morada de otros guardas, de vigilantes, de jardineros y de horticultores.

Toda la meseta superior del monte, bien allanada y extensa en un área de 300 metros de lado, 90.000 metros cuadrados (no se habrá podido obtener más planicie perfecta), fué circundada de un

parapeto de cal y canto entre pilares de granito en bloque; esta piedra se empleó, en unión con el hierro y con otros materiales modernos, en la construcción del edificio, que, además de templo de Urania, era verdadero palacio con detalles de fortaleza, capaz de sostener indefinidamente el asedio de todos los pieles rojas imaginables y hasta el de un ejército.

Constaba la construcción del cuerpo principal y de otro no tan grande en ala y ángulo recto con relación a él y ostentaba dos torres bastante altas y gruesas, destinadas a las observaciones. Debajo, en toda la obra, tres pisos profusamente iluminados por grandes ventanas con simetría ordenadas, y en el centro del cuerpo mayor, un balcón monumental sobre el ingreso, que se abría en el resalto central artísticamente rematado, de la fachada expuesta al Mediodía. Este cuerpo rodeaba una especie de patio de honor; no tan grande su semejante en la otra ala. En el ángulo recto formado por los dos, se extendía el *parket*, cuidado con esmero, gracias al agua que no escaseaba y se hacía llegar mecánicamente.

Más severo que bello era el aspecto del palacio, cubierto con techumbres bastante inclinadas de pizarra, excepción hecha de una amplia terraza que había debajo de las torres, ornada con lujosa balaustrada de piedra. De trecho en trecho, los parrayos alzaban hacia el espacio sus pértigas coronadas por cinco puntas, y las torres, tan embellecidas como permitía su destino, completaban el imponente conjunto de la obra.

Que su objeto era servir a la ciencia, lo denun-

ciaban las veletas de precisión, los anemómetros y demás aparatos exteriores indispensables en todo Observatorio. El remate de la fachada principal ostentaba la muestra de un gran reloj, delicada obra hecha en Londres; sobre ella, en bellísima armazón de hierro, la *sonería* de cinco grandes campanas; otra pendía, independiente, en elevada espadaña, sobre la más avanzada arista del edificio. Éste se hallaba en comunicación telegráfica con todos los menores del monte y con el pabellón de los guardas porteros; otro alambre lo ponía al habla con Eastbrigde, y de aquí con la estación o apeadero del ferrocarril.

Habitaba los pisos bajos la servidumbre, cerca de las bodegas y de los almacenes inmediatos a un taller de obras bastas o rudimentarias. En el ala menor, el bajo contenía algunas habitaciones para visitantes. Ocupaban el primer piso las viviendas que se reservaba el fundador y dueño de la casa; las del director del Observatorio y de su segundo; la Secretaría, la Biblioteca, una especie de Museo astronómico-histórico, el Archivo, un botiquín bien provisto y la gran sala de reunión, reservada a los astrónomos y facultativos, más otras dos, no pequeñas, lujosamente decoradas, una de las cuales abocaba a la gran escalera de honor, que partía del portalón monumental.

El segundo piso albergaba a los astrónomos y a sus familias en cómodos e independientes departamentos. En el último vivían los servidores que podríamos llamar técnicos; así se hallaban cerca de las torres, de las salas de trabajo, de los talleres de obra delicada, de la fotografía y calcogra-

ffa, de la reducida imprentita, de la sección de dibujos, planos y delineaciones y, por último, de un almacén de los objetos que los astrónomos necesitaban tener a mano para sus trabajos. Aun había otras dependencias y una oficina con apartado para la Administración en el tercer piso del ala menor; en su bajo, almacenes de provisiones y de objetos varios; una sala de reunión para los servidores, otra para los operarios técnicos y, fuera, en la meseta, y en alguna que otra elevación, a ella exterior, pabelloncitos destinados a observaciones especiales que pudieran ser necesarias.

Esta es, a grandes rasgos descrita, la construcción que en tiempo relativamente no largo, pues se habían puesto en juego los más modernos y potentes recursos, dieron por terminada arquitectos e ingenieros, y la pusieron a disposición de los astrónomos y de sus subordinados, que a ella se trasladaron para empezar a surtirla de todo lo necesario, mientras era amueblada y decorada en su interior lo más confortablemente posible para una colonia de sabios, de técnicos, de hombres laboriosos, allí voluntariamente desterrados.

Se había procurado que echaran poco de menos la vida del mundo, entretenidos en el billar, la música, la gimnasia y otras expansiones honestas. Asimismo, se quiso hacerles cómodos el vivir y el servicio por medio de los modernos adelantos. Gracias a un salto de agua no lejano que el ingeniero utilizó, la electricidad daba luz, calefacción, movimiento a algunos artefactos e interior comunicación telefónica, tan abundante que ahorra infinitas idas y venidas con gran facilidad

así para todos los trabajos. También la electricidad era aplicada a los timbres de aviso, a una gran cantidad de muestras de reloj acertadamente distribuídas por todas partes, y daba movimiento a las torres giratorias de observación y a otros aparatos astronómicos de rotación calculada.

Difícil hubiera sido asaltar el monte escalando, y no sin enorme esfuerzo, sus vallas y obstáculos, sin que resortes eléctricos hubieran avisado el ataque y el lugar por donde se verificaba. Por precaución, se había hecho saber este detalle en Eastbrigde y en los alrededores; no estaba de más, aunque, en general, aquellas gentes eran pacíficas y la autoridad, que funcionaba normalmente, poco tenía que hacer con ellas.

Mucho excitó su curiosidad desde que el edificio estuvo casi terminado la inmensa cantidad de bultos, grandes cajones, arcas, embalajes voluminosos, por entre cuyo enrejado de madera se podía ver, envueltos en telas, aparatos extraños y máquinas de uso desconocido. Todo iba llegando por el ferrocarril; vehículos especiales lo transportaban hasta el Observatorio, donde unos sujetos, sin duda técnicos, dirigían su descenso y la conducción al sitio que debían ocupar, una vez armados y puestos en condiciones.

En una localidad pequeña todo esto enciende vivamente los deseos de husmear y da pasto a las conversaciones por algún tiempo. No poco fijó la atención de los habitantes la sucesiva llegada de personas, a todas luces, distinguidas, y de otras de menor categoría, mas no de baja condición, que iban apareciendo con sus muebles y

equipajes; era el personal del establecimiento, en el que había algunas mujeres, tres o cuatro muy agraciadas, y unos cuantos niños. Se vió que el personal no bajaba de treinta y tantas personas, todas extrañas a la localidad, en mayoría los hombres, más los jóvenes que los ya entrados en años; toda gente sana, robusta, fuerte, ágil y buena para el trabajo.

Aun más dió que decir el saberse que el director, un caballero que parecía coronel retirado o cosa así, había dado orden de buscar en la localidad algunos obreros útiles: electricistas, carpinteros, un impresor, dos guardas, un mozo o dos de caballos, un albañil, canteros y, así, alguno más. ¡Vaya!, menos mal; tienen la consideración de darnos a ganar algo en un trabajo no excesivo y seguro. Aquí no hay astrónomos; pero todos los demás individuos, ¿por qué no habían de ser escogidos entre nosotros? En fin, algo es algo.

El ocupar a varios vecinos de Eastbrigde y alrededores era una medida política encaminada a conquistar simpatías y a vivir enterados de las cosas locales, a trueque, ¿y qué remedio?, de que los habitantes a su vez se enteraran por los suyos empleados en el Observatorio, del género de existencia que en él se llevaba. Tanto mejor, ya que ningún secreto inconfesable se pensaba ocultar; y aun convenía que de ello se convenciera todo el mundo. Ya pasaría la primera época de curiosidad, y luego todos acabarían por decirse: ¡Ah, sí!, esos buenos señores de la montaña, que se pasan la vida contemplando las estrellas, no hacen mal a nadie y algo nos producen. Además, dos

o tres millas de distancia no es mucho terreno; pero en un país donde se vive del trabajo, ya establecen separación bastante para evitar molestias y asegurar la independencia.

El interés general del vecindario subió todavía de punto cuando, ya terminado el moblaje del Observatorio, puesto que no venían más bultos ni embalajes, ni aparecían gentes extrañas, los naturales empleados en la casa notificaron a sus amigos que se preparaba la fiesta de inauguración. Una mañana se vió llegar del apeadero a dos damas elegantes y hermosas en compañía de un joven con aire de gran señor, un anciano, que parecía rico hacendado o prócer, y una sirvienta de confianza. Del Observatorio había descendido a esperarlos un carruaje que los condujo a Eastbrigde y luego a la montaña. Cuando traspasaron el umbral de la entrada principal de la posesión, donde los esperaba el director con algunos otros, estalló una *carcasa* de cohetes; allá arriba sonó alegremente la campana y se oyeron prolongados ¡¡hurra!!

La fiesta, sin duda, comenzaba. Ya se supo luego que se había celebrado un banquete; después, mientras las señoras aquellas y los astrónomos con las suyas, los que las tenían, esposas o parientes, comían en un salón, en otro, los operarios venidos de fuera banquetearon alegremente. Los del país comieron juntos después y en abundancia; eso sí, había clases.

Visita y recorrido del local, velada con música, iluminaciones en el *parket* y en otros lugares; todo eso hubo aquel día. Al siguiente, las dos

señoras, la doncella y el anciano, pero no el joven, eran despedidos a la puerta y salían en el mismo coche para el apeadero.

Fué todo lo que se supo, ni un ápice más. El carruaje se volvió de vacío, y la vida en la montaña continuó ya silenciosa y regular, sin otra novedad que el sonido de las campanas del reloj torrero y algunas luces que desde abajo se veían acá y allá a diversas alturas durante las noches, hasta el amanecer.

La gente no tardó en acostumbrarse a oír de boca de los pocos empleados del país en el Observatorio siempre esta misma referencia:

—No ocurre nada extraño; son unas buenas personas, amables y trabajadoras; se vive allí muy bien, nos tratan cariñosamente y... ellos a sus observaciones, a las estrellas, nada más.

Sólo dos veces se había vuelto a ver a las elegantes damas, con intervalos de tres meses; ¿quiénes serían? ¿De dónde habrían venido? Y ¡qué aislamiento el de los astrónomos y sus agregados! El correo, apenas aumentó; muchos días, el que bajaba invariablemente a recogerlo se volvía sin una carta. Al fin llegó a no bajar, si de la estafeta no le avisaban por el hilo. Dos meses después nadie hablaba ya del Observatorio y de sus gentes.

Pero nosotros, a quienes interesa conocerlas y saber lo que hacen, allá vamos derechos, ascendemos sin que nos vean porteros y guardas; atravesamos el portalón principal y por la gran escalera subimos a la sala donde se reúnen los astrónomos a cambiar impresiones.

## II

¡¡AHÍ ESTÁ EL HOMBRE!!

**H**ACE ya bastante más de un año que el Observatorio fué inaugurado y comenzaron los trabajos. Nos hallamos en el principio de una hermosa noche de fines de marzo del año de 1880 y... más cerca del 90 que del 85. Bella noche de primavera, serena y limpia, en que brilla el cielo con el esplendor que le presta la atmósfera diáfana de este país, y las flores embalsaman el ambiente con emanaciones de extraordinaria intensidad. Apenas mueve las hojas una brisa ligerísima, y un silencio profundo, sólo turbado de cuarto en cuarto de hora por la sonería del gran reloj, reina así en el monte como en el edificio, algunas de cuyas ventanas dejan pasar la luz artificial interior de tal cual habitación.

Entremos en la gran sala. Forman sus muros un gran paralelogramo; forrados los cuatro de tapicería; uno de ellos, casi cubierto por lujoso estante lleno de libros. Cómodos y fuertes los muebles, entre los que sobresalen, además del velador del centro, una mesa de billar, algo reducida, como las modernas; un piano y, en los ángulos,

cuatro estatuas de bronce sobre pedestales. Sillas, taburetes, un músico, divanes con almohadones, mecedoras, tres mesitas de ajedrez y, sobre la chimenea de mármol rojo, una muestra de reloj casi monumental son los principales objetos que ilumina la hermosa lámpara central suspendida del techo. En la chimenea arden gruesos troncos. De color granate oscuro son los pesados cortinones que cubren la puerta principal y otras dos menores; éstas comunican, una con la crujía por la parte menos lejana a la escalera que termina en la menor de las torres; otra, en la misma crujía del primer piso, lo mismo que la puerta grande. De día penetran torrentes de luz por dos ventanas, también adornadas con rojas cortinas y guardamalletas de terciopelo.

Nada anuncia allí que el salón pertenece a un establecimiento científico; aquello es la vida ordinaria de sociedad, el mundo, la distracción en coloquios, lecturas y recreos que hagan descansar la mente del trabajo técnico, de suyo fatigante. Sin duda que el fundador del establecimiento conocía un poco a los hombres o había sido bien aconsejado en la elección de medios para hacerles llevadero aquel destierro.

Cuando, invisibles, penetramos en la sala, hallanse en ella el director del Observatorio, el primer astrónomo, cuatro más de éstos, tres ayudantes, dos calculadores y el mecánico en jefe; doce personas, todas del sexo masculino. Es la hora de un ligero descanso después de comer y de saborear el té; se habla de todo, se cambian impresiones y los técnicos de turno para las ob-

servaciones de la noche se preparan, toman fuerzas antes del trabajo.

El profano en Astronomía creerá que una vez provisto cualquier Observatorio del múltiple y complicado menaje que necesita no hay más que empezar desde luego las labores. No es así, por desgracia; precisa largo tiempo de estudios, cálculos, tanteos y experiencias para poner aquello en marcha. Se estudia el local, el cielo y los aparatos, cuya colocación, por sí difícilísima, hay que ir rectificando con extraordinaria parsimonia, porque están fijos, por ejemplo, los anteojos y los telescopios, como los cañones en sus cureñas, pero... se mueven; los relojes de precisión tienen sus veleidades; el mismo local sufre variaciones imperceptibles para el que no es astrónomo, y todo eso hay que notar, calcularlo, tomar el pulso a los instrumentos, estudiarles el temperamento, que no es igual ni en los salidos de la misma fábrica, pues ninguna puede vanagloriarse de haber hecho dos matemáticamente iguales, ni uno solo capaz de responder satisfactoriamente a lo que el astrónomo desea.

Es necesario hacer la tremenda operación de *determinar la hora local*, base de casi todos los cálculos y operaciones, y así una infinidad de postulados ineludibles de resolución penosa, lenta, escrupulosísima. En un Observatorio todo es matemático.

Más de un año había pasado desde que el personal tomó posesión de este edificio en que nos hallamos y empezó a trabajar; pero aun se está en las operaciones preparatorias, que todavía durarán

algún tiempo: hasta entonces, no comenzará la especialísima labor científica trascendental, objeto único de la casa. Entretanto anda en ella todo el mundo de cabeza: astrónomos, ayudantes, calculadores, mecánico, relojero, aparatistas, fotógrafo, dibujantes, operarios en fino y en basto... preocupados todos, atentos e inquietos; se trata de *hacer Observatorio* y bien; que de lo contrario, jamás se conseguiría una operación seria, científica rigurosamente y con traza. De todo ello, aun durante las horas de recreo, se habla en esta casa; preocupa lo bastante para traspasar el umbral de la gran sala.

—Y bien, M. Fontignan—dice el director, dirigiéndose a uno de los astrónomos—; parece que sigue dando su poquito de guerra el gran círculo meridiano de Repsold, ¡y cuidado si es éste un autor de mi confianza!

—Tanto él como el anteojo del mismo nos traen ajetreados; no se ha podido obtener aún sus *máximos* y sus *mínimos*.

—Un poco de paciencia, querido; vamos despacio, lo que no me apena; *Pauca, sed matura* (1), decía el gran astrónomo Gauss; mientras nuestros resultados sean seguros, poco importa lo demás.

—Cierto; pero es desesperante esa inexactitud de los instrumentos—interviene otro astrónomo—. Negros nos vemos con las lecturas de los *círculos graduados* de cada anteojo; aun no se ha corregido a satisfacción los errores de las graduaciones, ni se

(1) Poco, pero seguro.

ha llegado a la valuación justa de la vuelta de los tornillos micrométricos. El gran ecuatorial varía mucho en cambiándole de posición; no hace bien el asiento sobre las muñoneras así tan fácilmente, aunque es muy bueno.

—Sí, ya sé; y de los anteojos de pasos, el de Salmoiraghi de Milán es el menos inseguro; ya lo esperaba yo de esa casa...; en cambio, se han movido los pilares de los *colimadores* (1).

—Y la mira exterior meridiana también; ¡cuidado si se trabajó sobre esa peña para fijar con firmeza!, pues ha variado la mira. Lo que más nos molesta son los relojes. El péndulo sidéreo de Strasser, tan cacareado en nuestros días, tiene la esfera confusa para la lectura y las *pulsaciones* tan débiles que no se perciben claras en las observaciones de *vista* y *oído*.

—Pero es segura su marcha. Razón tenía, sin embargo, Mr. Villoughby al defender la superioridad del antiguo péndulo de Dent, y por eso hice traer uno.

—Que nos sirve muy bien; ése, y el magnífico *sextante*, invención de Mr. Sawyer, que cuando sea divulgado va a revolucionar los Observatorios del mundo entero; es una maravilla con sus tres ejes de rotación, su amplificación, diez veces mayor que la ordinaria; su limbo graduado y *alidada* inmejorables. Su plano casi no varía; el tercer nivel que tiene, además de los dos del sistema Pistor y Martins, facilita mucho las operaciones.

(1) Anteojos pequeños, montados sobre pilares al Norte y al Sur del anteojo grande, para bien enfilarlo.

—Convenido, Mr. Listrade; estoy satisfecho de ese aparato, que he estudiado a conciencia. ¿No es verdad que supera con mucho a los ya conocidos, incluso el *Almucantar*, de Chandler? No tiene rival para las *ascensiones rectas* y *declinaciones*; mide las alturas dobles con menos error posible de la vista, es claro; permite observaciones de estrellas de tercera y cuarta magnitud, con una precisión admirable, por ningún aparato de esa especie conseguida. Para la determinación de latitudes astronómicas en todos los vértices de una triangulación, lo encuentro ideal; y no digo nada de la exactitud con que por medio de él se obtiene la hora, lo que es una dicha en tratándose de hallar diferencias de longitudes entre los vértices; y como es portátil, tan manuable y separable de su pie, todo lo facilita, resultándonos tan preciso como el mejor antejo cenital aplicable al método Talcett.

—¡Cuánto nos hubiera ahorrado si el constructor de New York se lo hubiera tenido corriente a tiempo al autor y lo recibiéramos al principio, no ahora, cinco meses hace!—exclama M. Fontignan—. Francamente, añade, bien veo que hizo una magnífica elección lady Killarney; estuvo inspirada, ¿no es cierto, Mr. Listrade?

—Seguramente. Siempre creí que Mr. Sawyer era un consumado óptico; pero no me figuré tanta su aptitud; no sé, no sé, a dónde llegará por el camino de las invenciones; yo espero de él mucho...

—Y a propósito de Mr. Sawyer—interrumpe el director—; esta noche tampoco ha bajado a so-

lazarse un rato; le echo de menos hace unos días, y enfermo no está: ¿qué le ocurre?

—Venid, Mr. Villoughby—dijo M. Fontignan a otro astrónomo que entonces pasaba cerca del grupo—; decidnos qué le pasa a Mr. Sawyer, que no se le ve por aquí hace días.

—Ni casi por ninguna parte; anda muy preocupado; sé que para poco en su habitación, come de prisa, apenas habla; se encierra en la torre... eso es todo.

—¿Por qué no le habéis sondeado?

—De buena gana, señor director; pero, aunque es atento y cariñoso, también es un tanto reservado; la verdad, no me he atrevido, aunque me dispensa gran confianza. Ese hombre trae algo entre manos.

—¡Ya!, su ideal, estoy en ello; eso es lo ordinario, que no le pone como ahora le veo.

—¿Y si...? Mi mujer ha sabido esta tarde por la anciana sirvienta de Sawyer que hace días se acuesta más tarde, madruga y es agitado su sueño. Desde su alcoba le oye ella hablar dormido: ¡Dios mío! ¿Es posible? Pero ¿yo..., yo lo habré conseguido?... ¡No veo más que soledad!... No, eso no es posible; no valía la pena..., sigamos...; y así otras cosas incoherentes, que a la vieja intranquilizan, porque son nuevas en su señor.

—Pues hay que tantearle con arte, Mr. Villoughby; ¡por el cielo, que nadie sufra aquí es mi supremo deseo; no lo olvidéis...

En este momento, apartada con violencia la cortina de la puerta conducente a la escalera de una de las torres, aparece un hombre de regular estatura,

como de cuarenta años, cuyo rostro, enérgico e inteligente, está desencajado; vaga y presa del asombro, la mirada; el ademán descompuesto como toda la figura, cual si algo muy grande o terrible le impulsara, como el que anuncia un incendio repentino, y con voz muy fuerte, aunque velada por intensísima emoción, grita:

—¡¡ Señores!!... ¡ amigos míos! lo he hallado al fin; EL HOMBRE *está ahí*... ¡lo he visto!, ¡es un hecho!, ¡¡ sí, un hecho!!...

Como si los impulsara poderoso resorte, levántanse y se dirigen al recién llegado los doce individuos presentes, algunos con las manos extendidas; de todas las bocas sale esta exclamación:

—¡¡ *El hombre!!* ¿Qué decís?—preguntan algunos—. Sufre un trastorno, dicen otros, y el director: ¿El hombre?... pero, ¿cuál?... ¿En dónde?

—¡ Sí, el hombre habitante en ese planeta! No estoy loco, le he visto; los anteojos no mienten, y el mío aún menos—añade, avanzando resuelto, firme, imponente.

—¡ Horror!—gritan varios—; ¿qué va a pasar aquí, Mr. Sawyer?—pues él era el heraldo de tan aplanante nueva—. ¿No os habréis equivocado? ¿Un espejismo?... ¿una autosugestión?...

—¡ No y mil veces no!; ¡espejismos en un antejojo! Vosotros me parecéis ahora los perturbados. He dicho *el hombre*, la especie humana, vista por mí en el planeta vecino; vais a contemplarla todos conmigo, ¡venid!

Nadie se mueve.

—¿No será un monstruo?—interroga un astró-

nomo, tal vez sin saber lo que se dice, porque en su rostro y en los de los otros se pinta una agitación indescriptible.

—No, no; es el hombre ¡y... civilizado!; es la especie humana en su más sublime forma concebible por nosotros; la especie nuestra, tan buscada intelectualmente en los mundos planetarios; el desiderátum de la Filosofía y de la Ciencia; el objeto de tantas controversias. Repito que ahí *está*, digo mal, *están*, porque no he visto a uno solo, son cuatro, entre ellos ¡una mujer!...

—Pero ¿cómo es posible—pregunta Mr. Dreblor, el subdirector—que con vuestro anteojo no más hayáis logrado esa visión?

—¡Ah!, es mi secreto, que pronto os descubriré, pues ha llegado la hora.

Y al decir esto, vencido por la emoción, que alcanza el *summum*, déjase caer en un diván y con las dos manos echa hacia atrás el pelo de su cabeza. Todos continúan en pie, sin saber qué decir ni cuál resolución tomar. El director, algo menos turbado, va y cierra las tres puertas, cuyos cerrojos interiores corre. Míranse entonces todos, comprendiendo, en medio de su agitación, que es aquello lo bastante grave para ocultarlo por el momento. Mr. Sawyer vuelve a hablarles:

—No es ilusión, ¿cómo había de serlo, si tan precisos tenía hechos mis estudios?, y ¡cuán largos!

—No lo comprendo—insiste, procurando serenarse, el subdirector—; tener a Venus, pues ese planeta ha de ser rigurosamente, casi a la mano...

—Veintitrés metros la superficie más cercana (1), Mr. Drebler; podéis creerme antes que lo comprobéis todos. A esa distancia, que algo, muy poco, puedo aún disminuir, creo que se distingue bien un hombre como nosotros de otro sér cualquiera. Yo mismo, sí, no creía al pronto a mis ojos; al cabo la realidad, por estupefaciente que sobrevenga se impone al espíritu del hombre, que acaba por admitirla: esto es lo humano, señores, lo que, esta noche acaso, vais a experimentar.

Empiezan aquí los rumores, los diálogos y coloquios brevísimos, entrecortados.

—El hombre ¡y... culto!... Pero ¡qué progreso de óptica tan brutal!... ¿Y el mundo, cuando lo sepa?... ¡Y nosotros!... ¡Quién lo imaginara!... ¡Tremenda carga la que sobre esta casa viene!... Mr. Sawyer, ¡por Dios vivo!—exclama una voz, la del director, dominando los tumultuosos murmullos—; en nombre de lo más sagrado, yo os conjuro solemnemente a que nos digáis qué es esto...

(1) Para darse cuenta de esta visualidad téngase presente lo que, sin duda, bien sabrían los astrónomos, y por eso no lo discutieron, a fuer de elemental: que a 25 metros una vista normal reconoce bien en el acto a cualquiera persona ya conocida; a 30 metros se ve el blanco de los ojos; a 80 se ven éstos, mas no su blanco; a 100 se tarda un poco en reconocer a un sujeto poco tratado, se distinguen las partes del cuerpo, los movimientos y los detalles no muy finos del traje; a 150 se reconoce a un pariente o persona muy tratada; a 200, ya el rostro se ve confuso en su contorno; en el traje, las filas de botones, si ellos se destacan, parecen líneas seguidas, y a los 400, la cara es sólo un redondel; pero aún se ve mover brazos y piernas.

—¿Qué? Mr. Brigham, querido, ¡que he triunfado!—responde, irguiéndose, el que parecía momentos antes trágica aparición—; que he conseguido el sueño de mi vida, la obra perseguida por tantos años a fuerza de luchas, desalientos y obstáculos: eso es lo que sucede aquí en este monte del Colorado. Pero ¿a qué hablar, señores, si está expedito el camino de la demostración por el hecho? ¡Ea!, vamos a la torre. ¡Vamos, que urge!...

—¿Qué decís de esto, Mr. Pillsbury?—pregunta M. Fontignan—; ahora, ¿no haréis una frase?

—¡Pero si Mr. Pillsbury no está aquí!—exclaman varios a la vez—; acaso haya venido, y al encontrar las puertas cerradas... Con la impresión recibida, ni aun hemos notado su ausencia.

—Pues hay que traerle de cabeza—dice secamente el director—; no puede faltar en estos momentos, él menos que nadie. Si por hallarse libre esta noche se ha acostado tan temprano, despertadle al momento de mi parte.

—No está dormido—dice Mr. Villougby, interviniendo—, sino bien despierto y agradablemente ocupado; yo sé dónde encontrarle y le traeré al momento.

Algunos sonríen, comprendiendo la alusión.

—Bueno; conducidle, os ruego, cuanto antes, y de paso al ayudante Mr. Evans: ningún profesional en Astronomía de nuestra casa debe faltar en estos momentos.

Villougby sale. A los cinco minutos vuelve con los dos sujetos que faltaban; vienen algo contrariados, ignorando lo que ocurre; pronto lo sabrán.

En seguida, cerradas las puertas y otra que se abre al pie de la escalera, cuando a tal sitio, que nosotros no vemos, llegan los astrónomos, suben todos llenos de ansiedad a la torre, donde les espera el espectáculo más sorprendente que en su vida pudieron imaginar.

Dejémoslos llegar, y aun que empiecen a ver lo que allí pasa; ya volveremos a encontrarlos, que tienen inspección para un rato. Necesitamos saber antes algunas cosas acerca de la finalidad que se había propuesto la persona que fundó el Observatorio donde a estos sabios tiene reunidos, quién son todos y quién es ella. Bien lo merece un acontecimiento, el más trascendental, que pudo ser la causa de una revolución en la Tierra de efectos incalculables.

### III

#### EL HADA DEL MONTE HOUSTON

¿QUIÉN es la hada bienhechora que ha mandado surgir en estas alturas solitarias tan rico santuario del saber? Hada, sí, que se trata de una dama, y casi no hay que decir su procedencia yanqui.

Es Norteamérica la patria de los caprichosos fundadores de instituciones científicas. Así como en parte de Europa y en América del Sur los poderosos creen hacer a la Humanidad el mayor de los beneficios costeando la erección de un anticuado falansterio, aunque buenos centros de cultura no sobran por lo numerosos, los yanquis, tan tildados de sórdido mercantilismo, es sabido que son los que aventajan al resto del mundo en el convencimiento de comprender el equilibrio necesario de la cultura.

Lady Killarney, *née* miss Esther Houston, en Filadelfia, Estado de Pensilvania, de riquísima familia, inglesa por origen, casó en New York con lord Killarney, irlandés, noble de abolengo, incansable viajero, *sportsman* acaudalado, más tarde consagrado a los negocios y a la política de Glads-

tone en la Alta Cámara, de que fué miembro; sujeto cultísimo y, aunque práctico a la inglesa, dotado de buen natural, generoso corazón y elevadas aspiraciones. Había seguido Esther a su esposo a Londres enamorada, aunque se decía que no tanto como él de ella, y hermosa, buena, soñadora, ilustrada y discreta hasta donde una yanqui puede serlo, había constituido un hogar feliz y honrado.

Entre las muchas relaciones del gran mundo, cultivaba el lord la amistad de las notabilidades del Arte, de la Literatura y, preferentemente, las de la Ciencia, cuyos adelantos, problemas y aspiraciones le interesaban mucho desde su mocedad, pasada en serios estudios. Para la joven lady los primeros años de matrimonio fueron como continua enseñanza en familiar escuela de sabios, cuyo trato le acrecentó sus conocimientos, le depuró los ya selectos gustos y la aficionó extraordinariamente a la parte poética de la ciencia comprensible por las mujeres.

Así, llegó a ser entusiasta por la Astronomía; una de tantas imaginaciones impresionables ante lo que es grande y hermoso, a las que Julio Verne y todavía más Flammarión han exaltado con sus obras. Soñó, pues, con mundos desconocidos, poblados de humanidades y civilizaciones inconcebibles por el vulgo; orbes ingentes flotantes en las inmensidades del éter, en derredor de estrellas enormes, blancas, azules, rojas y amarillas. Llegar a conocerlos: he ahí el hermoso problema. En presencia de él se enardecían muchos cerebros; pero... ¡las cabecitas de las mujeres! Hay que co-

nocerlas. Su curiosidad se redobla frente a lo misterioso y lo desconocido.

Los hombres no podemos formarnos idea de esos fervores casi místicos que por la propaganda incesante en libros y más libros de Flammarión, adornados con las galas del *savoir faire* francés, contagiaron a tantas mujeres entonces. ¿Era un bien? ¿Era un mal? Lo cierto es que, desacreditadas ya en las esferas media y alta de los pueblos más civilizados filosofías y sectas traídas a la mesa de disección racionalista; conseguida una gran suma de libertad en el pensar y en el escribir; examinado todo, no sin hallarle grandes lagunas y vacíos, sin vislumbre de algo nuevo mejor, fuente de ideal y de esperanzas o ilusiones, las almas, en su eterna aspiración a lo perfecto y feliz, jamás hallado, y en su natural tendencia a lo ignoto, habían de pretender saciar esos deseos e impulsos fuera de la prosaica Tierra, allá en las inescrutadas *Tierras del cielo*, como las llama M. Camilo, en donde nadie sabe lo que sucede ni lo que puede suceder.

Los duendes, las hadas, los trasgos, los endriagos y los gnomos, por obra, sin duda, inconsciente, de la moderna ciencia, se han trocado para muchos en espíritus más o menos *follatres*; los brujos, en *mediums*, y el otro mundo, en *otros mundos*; la tendencia a lo maravilloso es la que permanece la misma, porque el hombre también el mismo es, idéntica su ansia de perfecta dicha, idéntico su descontento en este mundo defectuoso, mezcla de mucho dolor con poca felicidad, más errores y mentiras que verdades; jamás hallada la absoluta.

Si esto no explica el estado de imaginación de lady Killarney y de otras muchas, no tiene explicación posible. Cuando ella dió los primeros pasos por esta vía ascendente de las ilusiones astronómicas, la atmósfera estaba muy cargada de tales corrientes. Natural era que mientras los sabios discutían sólo acerca de la posibilidad, ¡y gracias!, de planetas habitados, haciendo sobre las bases de lo realmente científico razonadas conjeturas, los demás, recibida una idea, le dieran vueltas vertiginosas en su imaginación hasta las últimas consecuencias.

Por entonces, el espiritismo aprovechaba este movimiento que por su conveniencia sectaria favorecía, mientras, por otra parte, abundaban los candorosos e impresionables fundadores y los contertulios de Centros de discusión sobre estas materias.

Una circunstancia vino a caldear aún más los ánimos. Cuando algunos astrónomos dijeron que acaso los canales rectilíneos (¡!) del planeta Marte fueran señales geométricas que aquella humanidad nos hacía, muchos creyeron próximo el principio de la era de comunicación interplanetaria. Tanto arraigó esta esperanza, que no faltaron quienes instituyeran premios para el primero que descubriera un medio de comunicación, fuese el que fuese, con el rojizo astro: esto lo recordamos hoy todos.

Entonces cabalmente fué cuando a lady Killarney se le ocurrió la idea de una fundación semejante. Sobrado rica era para realizarla. Pensó, maduró, habló primero con las amigas iniciadas

como ella y con varios contertulios de su marido, menos profesionales que *amadores* de la ciencia; los primeros suelen ser bastante secos y dados a matar ilusiones. Al mismo tiempo se procuraba libros en abundancia, folletos y revistas de la especialidad, con lo que se encariñaba cada día más con su proyecto; pero no se decidió a intentar su ejecución, temerosa de que el lord, un tanto positivista, lo desaprobara o lo tomara a risa.

Pero estaba, sin duda, escrito que el pensamiento de la dama fuera un hecho, porque al año de resuelta la realización para un porvenir indeterminado, falleció lord Killarney por la rotura de un aneurisma, sin haber tenido sucesión, y en el testamento previamente hecho se vió que dejaba a su mujer toda la parte transmisible, que era grande, de su considerable fortuna. Casi al mismo tiempo heredaba ella parte de la de un tío suyo inmensamente rico y la añadía a la suya paterna: ¡tres fortunas!

Lloró a su marido, porque le amaba como se merecía; pero no iba a estar llorándole, cual Artemisa al suyo, toda la existencia: bastante fué, como homenaje, el propósito firme de no darle sucesor y consagrar todos sus amores al humanitarismo y a la ciencia. Medio año después de pasado el luto de doce meses, ya empezaba a consolarse y a dar vueltas a su proyecto favorito. ¿Para qué le servirían su enorme fortuna y su omnímoda libertad? ¿Cuál empleo mejor de ambas?

No conseguiría el fin, ¡ah!, que sus *astrónomos* descubrieran la comunicación interplanetaria; har-

to feliz se creía contribuyendo a tan noble empresa. Pero ¿y si lo consiguiera? Este pensamiento la electrizaba. ¿Por qué no había de ser ella la mujer, gloriosa en los fastos de la historia del mundo, que uniera su nombre eternamente al más grandioso de los descubrimientos, como Isabel la Católica al del Nuevo Mundo? Estaba decidida.

Con pretexto de viajar para distraer su pena de viuda y huir de importunos pretendientes, visitó los Observatorios fundados en América por insignes capitalistas más o menos excéntricos; luego recorrió los más notables entre los oficiales de Europa; fué a París y allí vió a Flammarión como un peregrino la efigie objeto de su piadosa caminata.

El astrónomo francés la acogió cariñosamente al conocer en principio la idea que allí la conducía. En honor de él hay que consignar que empezó por disuadirla con la exposición escrupulosa de las dificultades, de la inseguridad y del no despreciable coste de la empresa, más lo difícil de reclutar un personal idóneo, y, aun hallado, ¿cuál sería el éxito de sus trabajos? La ciencia es adusta, la Naturaleza resiste mucho a los deseos y esfuerzos del hombre, o éste carece de potencia para dominarla.

Mas cuando Flammarión vió que así no enfriaba los entusiasmos de aquella mujer, y por su actitud y palabras pudo vislumbrar la firmeza de su carácter y la solidez de su fortuna, pensó que acaso, bien dirigida, pudiera hacer a la ciencia algún beneficio, si no todo el que ansiaba; y como, vista su tozuda resolución, de cualquier modo no

retrocedería, preferible era, antes que por desalentarla cayera ella, buscando otro auxiliar, en manos explotadoras engañosas, encargarse él mismo de conducirla y secundarla.

Todavía insistió, no obstante, en lo arduo del intento, ¡ingrata labor! La óptica, de la que él esperaba mucho, progresaba hartamente; ¿quién sabía si la electricidad, con una de sus sorpresas, pudiera adelantársele? Sería comunicarnos sin vernos; a no ser que de las relaciones con un planeta más adelantado nos viniera la visión deseada. ¡Oh, el imprevisto! ¡Con él soñaban tantos! Flammarión mismo cifró en él grandes esperanzas; pero lo positivo eran las dificultades, quién sabe si al cabo el fracaso, la certidumbre del imposible. Tanto podía acabar todo por ahí como por el éxito.

Estas reflexiones no arredraron a lady Killarney. Insistió, aferrada al propósito que ya debía llenar su vida entera; volvió a insistir, y tanto, que el astrónomo, vencido ya, la presentó a su señora, mujer muy ilustrada, colaboradora, según se decía, de su marido y rodeada de una corte de admiradoras que hacían propaganda de divulgación astronómica y algunas de espiritismo. Esto es muy francés, una bella *posse*, no sin su tinte de utilitarismo y de vanidad; pero convengamos en que de efecto seguro.

Pronto quedó todo convenido. Lady Killarney daba a Flammarión plenos poderes para escoger el punto o situación del Observatorio, con tal que se estableciese en los Estados Unidos y en lugar un tanto lejano de otro Observatorio cualquiera...

Además, él reclutaría el personal, o confiaría esta misión al que juzgara más digno de ella; encontraría el arquitecto y el ingeniero, o se los indicaría, y presidiría la elección de aparatos y demás material, de acuerdo con el futuro director. Si en el personal abundaban o todo él lo componían los yanquis, tanto mejor; pero lo esencial era la excelencia, el valer de las personas y la última perfección posible del establecimiento, dada su finalidad; ésta sobre todo. Lady Killarney ya no saldría de París hasta que no estuviera todo en vías de ejecución a gusto suyo. El personal lo pagaría desde el momento en que cada individuo fuese contratado.

Manos a la obra, se dijo Flammarión, ya comprometido; y entre sus numerosos amigos halló uno que se encargara de buscar y reunir antes que todo el personal de primeros astrónomos y su director. Habían de ser todos notables. La comisión no carecía de escollos; con todo, París es muy grande, encierra numerosas colonias de todos los países civilizados y de muy diversas profesiones. Lo general es que por cualquiera de sus individuos con quien se tropiece se haga fácil con este hilo llegar hasta el ovillo que se busca. Hoy abundan los hombres aptos, los profesionales sin colocación.

En nuestros hermosos días de la civilización más esplendente que han conocido los siglos antes se encuentra un número cualquiera de sabios que de buenos en la exacta acepción de este adjetivo; tal vez en esto nos suceda a los modernos lo contrario que a nuestros predecesores. La ignorancia de

pasados y aun no remotos tiempos determinaba que cuando un sujeto sabía leer, escribía con *buena letra* y algo se le alcanzaba *de números* tuviera con sólo esto casi asegurado su pan, si no quería dedicarse a las armas o a dependiente lego de la Iglesia. Hoy vemos a cada paso, tanto jóvenes como hombres ya maduros, que poseen tres o cuatro lenguas o pueden ostentar uno o más títulos académicos; pero no tienen qué comer ni dónde albergarse lo menos en seis meses del año.

La difusión de las luces intelectuales proporciona a muchos tenderos o fondistas afortunados la vanidad de verse servidos en bajos menesteres por doctores o licenciados, a los que tratan a punta-piés del modo más correctamente culto y modernista.

En las capitales de las naciones que van a la cabeza del movimiento progresivo es incalculable el número de verdaderas aptitudes y especialidades que no hallan dónde ser utilizadas. La abundancia del género, que tanto lo deprecia; la cruel lucha moderna por la vida, las pasiones, el influjo de los poderosos y las banderías políticas y otras causas lanzan fuera de centro a una buena porción de inteligencias aventajadas, que luego no hallan el terreno propicio al desarrollo de su actividad en orden a los conocimientos que poseen. Acaso es París la población que en el mundo ofrece más ejemplos de esta amarga verdad.

No le fué por eso muy dificultoso al amigo de confianza de Flammarión encontrar allí el rastro de los hombres que necesitaba, y aun a algunos de ellos en persona, habida siempre cuenta de las pre-

ferencias de lady Killarney por sus paisanos y por los ingleses. A esta condición añadía la señora la de sobresalir en la ciencia, una especialidad en ella, honorabilidad, moral irreprochable, salud, no excesivo número de años, excelente educación y buen carácter, ya que los escogidos habían de vivir aislados del mundo, como los monjes, sin más trato que el mutuo de los colegas y de sus familias. Todo lo demás, historia, convicciones políticas, ideas filosóficas, ser casado o soltero o viudo, nada le importaba. Advirtió que el conserje, el administrador, un ordenanza al servicio especial del director y un astrónomo joven, con categoría de segundo entre los primeros, ella los proporcionaría; este astrónomo era sobrino suyo.

El patriótico deseo de la fundadora no se pudo lograr totalmente. Había sido necesario, a falta de yanquis, admitir a dos franceses: uno, astrónomo y gran matemático; el otro, habilísimo calculador; más un astrónomo escocés. Y entre los otros profesionales, dos electricistas franceses, un relojero suizo y un fotógrafo alemán. Eran algunos de éstos designados por el director como de su confianza absoluta en las respectivas especialidades. Este señor, una vez elegido, auxilió en la recluta del personal técnico al comisionado por Flammarión.

Y aparte de este ligero detalle, el activo encargado tuvo escogida en menos de un año, y previos minuciosos informes, comprometida, contratada y presentable a lady Killarney la *troupe* que ella deseaba, por más que el objeto de sus trabajos científicos exigiese dotes no comunes.

○ Mientras todo esto se hacía, un arquitecto inglés

y un ingeniero norteamericano, encontrados por Flammarión, en tres meses terminaban los planos del futuro Observatorio, modificable después a tenor del emplazamiento que el ingeniero iba a elegir.

Cuando lady Killarney examinó este trabajo gráfico se manifestó muy satisfecha de que tan acertadamente hubieran interpretado su pensamiento. Poco después salían con los necesarios poderes el ingeniero y un ayudante suyo para el Colorado, comarca elegida por Flammarión, donde habían de hallar y adquirir en la parte montañosa el lugar de emplazamiento conveniente. A su hora lo visitaría el director, antes de comenzar las obras, con el fin de cerciorarse de las condiciones astronómicas especiales. Entretanto quedaría en París estudiando, y no era poco, todo lo necesario en tan magna empresa y en coadyuvar al reclutamiento del personal, al mismo tiempo que se engolfaba en el maremágnum de encargar, adquirir y disponer para su envío en tiempo oportuno los aparatos y el menaje necesario, labor que le hizo escribir mucho, conferenciar, viajar algo y tratar con mucha gente; gracias que los demás astrónomos y técnicos que iban agregándosele, ya contratados, y que cobraban sus haberes, más algún socorro, le auxiliaban solícitos y muy gustosos.

#### IV

#### LA «TROUPE» DE ASTRÓNOMOS

No diréis, milady, que descuido vuestro asunto. Vengo a participaros el resultado de mis gestiones primeras para reunir servidores de *nuestro* Observatorio...

—¡Oh, mil gracias, sabio maestro! No esperaba menos de vuestra bondad; os oigo, pues.

—Traigo los nombres de los ya elegidos, los que os presentaré cuando lo indiquéis; el primero de todos, el director, ¡gran adquisición!, milady, un sabio; mas antes creo conveniente haceros conocer los informes de cada uno, condensados lo posible de modo que vengan a ser un retrato... a voces.

—Admirable, M. Flammarión; admirable.

—No encuentro sujeto más a propósito para la dirección que Mr. Jorge Brigham, nacido en Boston, hombre de cincuenta y dos años y treinta de trabajos en pro de la Astronomía, en la que es eminente. Miembro honorario de varias Academias, corresponsal de otras, ex profesor, ex ayudante y ex astrónomo primero de tres Observatorios, uno de ellos oficial, en los Estados Unidos, en Inglaterra y en Buenos Aires.

—¡Oh, muy bien! Un hombre de prestigio.

—Sí; caballero de la Legión de Honor en premio de servicios científicos y condecorado con otras distinciones. También autor, algo periodista y muy laborioso; tres borlas universitarias.

—Pero ¿cómo hombres así pueden llegar a verse...?

—¿En la pobreza? ¡Ah, señora! ¡Es tan complicada la vida moderna! Mr. Brigham tiene la desgracia de ser muy probo, rectilíneo y algo altivo, con la conciencia de su honradez, severo, inflexible a lo militar, aspecto que ofrece su persona. Es reflexivo, grave, firme en las resoluciones, poco hablador, aunque muy buen hablista; sencillo, muy amable, exquisita educación, eso sí; pero, amiga mía, el espinazo un poco duro; se le rompería antes que doblarse. ¿Me entendéis? De ahí el verse postergado, perseguido, amargado, sin contar con sus ideas, muy suyas, ¿eh? Así de poco sirve ser un sabio, un caballero y muy simpático.

—¡Encantada! ¡Encantada! M. Flammarión, eso es un hombre. Decidme, ¿está casado?

—Viudo, con un hijo adscrito a cierta Misión científica en Asia; en religión, protestante... No sé de cuál rama.

—¡Pst! Me es igual—dijo lady Killarney encojiéndose de hombros—. El astrónomo, el sabio, el caballero; eso.

—Pues lo es cumplido, milady. Oíd esta lectura de la hoja del segundo: «Se llama James Drebler, paisano vuestro, de Filadelfia. Cuarenta y ocho años, especialidad en Física matemática y en Astronomía física; inteligencia sutil, erudita, la de

un polígrafo que es, porque está muy fuerte en Historia, en Filosofía y en Artes. Buen músico por afición, sociólogo, también autor de varias obras y condecorado en Inglaterra. Ha viajado mucho.»

—¡Repleta cabeza la suya! ¿Y el carácter?

—«Seren, templado; un gran corazón muy simple; eso le ha perdido. También es viudo, con una hija mocita, miss Lucy, a la que adora como adoró a la madre.

»Fuerte (prosigue leyendo M. Camilo), robusto, apacible, incansable; tiene amenísima conversación de hombre de sociedad y de fino observador; dado a la investigación, que en Astronomía le ha proporcionado muchos laureles...»

—¿Y se encontraba sin colocación?

—Casi, porque dos cátedras mal retribuídas en un colegio particular de Melún nada son para un hombre de su talla.

—¿La causa?

—«Que es buen polemista, un tanto crudo y enérgico, muy sagaz en conocer a los hombres. Estos le han conocido a él su dureza, poco grata a los dominadores. Ha tenido por eso algunos choques, ha arrostrado injusticias enormes. La epopeya de sus desdichas formarí a un libro.»

—Así me gustan a mí los hombres; sí; ¿qué queréis? Americana, y, por lo que veo, míster Drebler buen americano también.

—Excelente, y vamos con otro (leyendo): «Este es francés, M. Charles *de*—no se os olvide el *de*—Fontignan, católico por el bautismo, independiente en la conciencia, insigne matemático, ante todo y sobre todo calculista y positivista, que odia a los

noveleros fantaseadores (como él) y la música de Wagner. Como astrónomo, excelente y ya probado. Pasa por perito y muy probo en administración; es doctor en Ciencias y buen químico. Un sabio, sí; pero se lo cree demasiado. A fuer de marsellés, vanidosillo, ronflante, ligero, caballeresco a lo Tartarín; pero advertido, nada penden-ciero; al contrario, alegrote, sin suspicacia ni egoísmo, sufrido, laborioso, capaz de estrellarse por su deber y por la amistad, en que es constante y agradecido.»

—¡Pobre hombre! Ya adivino la causa de su desgracia.

—Es acaso el menos maltratado por la fortuna. Estaba y sigue regularmente colocado. El deseo de mudar de tierra y trabajar con más fruto nos le ha traído. Yo creo que algo también su mujer, que lo domina, porque en el fondo es un niño, necesitado de dirección en muchas cosas: ha cumplido ya cuarenta y nueve años, y no tiene hijos.

—Creo que me será simpático ese francés; me hace gracia su fisonomía.

—Cuando le veáis aún os hará más gracia. Le conozco hace bastantes años y le quiero mucho.

—Por ahí debierais haber empezado, maestro.

—Voy con otro (lee): «Eduardo Jobson, escocés, cuarenta y tres años, soltero recalitrante...»

—¡Ah! ¿No será peligroso en una especie de comunidad donde hay mujeres?

—No; que observa una moral escrupulosa; la ciencia es la que le tiene así, aunque guapo, sabio, fino y elegante, lo que puede serlo un sabio.

—¿Con quién vive?

—Con su madre, una santa señora, adorada por él.

—Eso es ya otra cosa. ¿Irá con él al Observatorio?

—Irá; son inseparables. Y prosigo: «Jobson, matemático, ex ayudante de los Observatorios de Edimburgo y de Dublín, naturalista, físico, dos veces doctor y diez mil veces fumador en enormes pipas; viajó en calidad de médico de Marina mercante, profesión que dejó al morir su padre para no separarse de la viuda y ser su sostén. Ama la literatura, la música, los versos y la historia. Dibuja bien, pinta algo y es un tanto místico a su modo; pero sin dejar la pipa. Metodista en protestantismo, excelente sujeto, poco afortunado en su carrera.»

—Me place que sea médico.

—Es una de las razones de haberle yo escogido, tanto más cuanto que no gusta de ejercer esa profesión para vivir; pero la conoce bien. Y ahora atended a la nota de este otro sabio.

—¿Americano?

—Inglés. «Heriberto Listrade, casado y con dos vástagos: una niña de diez años, Alice; un niño de doce, Thom; Mary, su madre, una santa; el marido, un incrédulo... Deísta de la cuerda política y no más de Mr. Blandlang, ese diputado inglés tan tozudo...»

—Sí, sí; el del forzoso juramento; le admiro por su valiente energía.

—Listrade, también; son amigos; amistad que al astrónomo le cuesta cara, pues los fervorosos anglicanos ortodoxos lo han perseguido como a

una fiera, le han cerrado muchas puertas y le tenían ya en situación desesperada cuando mi amigo y comisionado le escribió con proposiciones para vuestra casa.

—¡Vamos! Se le ha salvado.

—Lo merecía, que vale mucho como astrónomo, geólogo, químico y farmacéutico. La fotografía y la óptica le son familiares; me han dicho que en el manejo de instrumentos de precisión no tiene rival; los que han sido sus jefes ya lo saben y por eso le estiman; pero las ideas... Pasa por anarquista, porque sabe historia, filosofía y religión comparada, todo lo cual expone con calor aplicado a una sociología algo radical que asusta a los pazguatos que no le conocen ni ven en ese hombre al buen esposo, buen padre, cumplido caballero, todo corazón. Sí que es vehemente y enérgico, que exige que todo se lo demuestren y fuma demasiado, a veces también en pipa; mas se hace de él lo que se quiere, porque se pasa a veces de atento y obsequioso, y algo han abusado de que es grandemente compasivo.

—Me lo estoy figurando en un altercado con fanáticos.

—Pues no falta jamás a las conveniencias y oye con calma a todo el mundo. Cuando lo veáis os interesará con su rostro moreno, su barba negra, ojos penetrantes y fijos, expresión noble, traza distinguida y voz muy agradable en cualquiera lengua que hable de las cuatro vivas que domina, además del latín y del griego. Tiene ahora cuarenta y cinco años.

—¿Está ya en París?

—Llegará un día de estos. Pero escuchad el historial de otro que es su antípoda (lee): «Henri Villoughby, de treinta y nueve años, norteamericano, gran mecánico y aparatista de Astronomía, inventor, calculador, ingeniero industrial con ribetes de arquitecto y aficiones de geógrafo, porque ha viajado bastante y ha leído más que ha viajado. Es la suma bondad: dulce, cariñoso, tolerante, inocentón, enamorado de la Astronomía trascendental, un poco poeta y un mucho soñador.»

—¿Y por qué se hallaba en mala situación?

—Por su timidez para abrirse camino. La lucha por la existencia le aterra; pero está casado y tiene un niño de ocho años; debe, pues, trabajar, aunque la desgracia le persiga.

—¿Sus ideas?

—Ecléctico, algo socialista, romántico; en el proceder, dignísimo, angelical; distinguidas su figura y maneras. Ha sufrido el pobre muchos embates de la fortuna.

—Ahora descansará... trabajando; pero con la existencia asegurada.

—Y no hay más, señora. Con el astrónomo joven que proponéis queda el alto personal completo. El técnico secundario lo reclutará el director, que es quien ha de utilizarlo; por eso debe inspirarle perfecta confianza. Ya hemos hablado de ello. Van a ser necesarios cuatro astrónomos ayudantes, tres calculadores, un mecánico en jefe, un fotógrafo director, un electricista con su ayudante, un relojero constructor versado en ciencias, escribientes, dibujantes y los operarios, ordenanzas y demás inferiores, como los guardas y otros.

—Ya sé, ya sé. Quiero también una imprentita como la que he visto en algunos Observatorios ; de todo ello trataremos a su tiempo.

—Bien, milady ; siempre vuestro ; ya veis, mi comisión casi ha terminado...

—Dejándome asombrada de tanta bondad y exquisita galantería.

El astrónomo se inclinó sonriente.

—Ahora—dijo la dama—os pido la gracia de que me oigáis por unos minutos informar acerca del joven que pienso llevar allí, caso de que merezca vuestra aprobación.

—Pero ¿cómo he de examinarle? Me falta autoridad.

—Un sabio como vos examina hábilmente a cualquier facultativo de su ciencia en sólo una conversación sostenida con ese propósito. No os pido un tribunal... académico.

—De ese modo, tenéis razón, puedo sondearle hasta ver lo que lleva dentro. Le recibiré con sumo gusto.

—Mil gracias. Por si fuera, como creo, utilizable, dos palabras acerca de él. Ricardo Pillsbury es mi sobrino, que no andará muy lejos de los veintiocho años ; hijo de mi hermana mayor, que me lleva diez y nueve ; y como su padre, un buen mozo, caballeresco, generoso, inteligentísimo, vivo de ingenio e inventiva, decidor expansivo, alegre y hombre de sociedad.

—Me agrada esa fisonomía.

—Esperad, que toda medalla tiene su reverso. Como es rico, estudió el doctorado en Ciencias sólo por ostentar ese grado y aprovechó, más que lle-

vado del amor al estudio y al saber, a impulsos del estímulo de sobresalir, como lo hizo, entre los condiscípulos. Pero terminada la carrera, viéndose fuerte, guapo y mimado por la fortuna, imitó la juventud de su progenitor, un tanto disipada... Ya me comprendéis.

—Sí; las flores de la primavera de la vida; son cosa natural, señora.

—Sea; pero las hay con espinas. Ricardo gastó más de lo tolerable; hubo que refrenarle, y entonces, incitado por un amigo suyo, que así en broma solía llamarle hombre inútil y doctor sin libros, para demostrar que podía no serlo, ingresó de meritorio ayudante en un establecimiento astronómico, del que salió disgustado por la adustez de su jefe; en otro Observatorio estuvo más tiempo y aprovechó bastante; prometía. Pero muere su padre cuando muy contento se hallaba de verle en buen camino y el muchacho..., ya talludo, volvió a disiparse un poco. Amoríos, viajes, tentativas literarias, porque las Letras le seducen y las Artes aun más; una comedia estrenada y... silbada por los amigos; dos cuadros, uno mandado retirar de cierta Exposición por la autoridad... Locuras, aunque ya no dispendiosas.

—¿Cuándo era más rico?

—Ahí veréis. No mucho más; la fortuna considerable era la de mi hermana, y Ricardo, buen hijo, ni quiso entrar en posesión de la herencia paterna, que siguió y sigue administrando su madre, ni darle nuevos disgustos por ese lado.

—Vamos, el chico es noblote.

—Eso, sí; pero travieso. Con los viajes y el tra-

to de tantas y variadas gentes se hizo escéptico, burlón cáustico, de una ironía fina y distinguida muy honda, con la que afectaba despreciarlo todo y mirarlo por encima, a fuer de hombre superior hastiado, que aparentaba una frivolidad seguramente no sentida y una indiferencia que él creía de buen tono.

—Conozco eso bien; cabalmente, es fruta francesa.

—Y de todas partes, porque en Inglaterra... Es que Ricardo tiene un miedo horrible a parecer pedante, creedme, y huyendo de ese escollo, da en otro: la frivolidad. Sin embargo, ha cambiado algo.

—¿Qué hace ahora?

—Nada. Hará unos dos años, por otra porfía, aceptó una plaza de profesor en un liceo de mi país destinado a los pobres. Cedía el sueldo a beneficio de los alumnos más necesitados, que él mismo indicaba a la Dirección. Pues allí demostró dotes estimables para la enseñanza. Explicaba Matemáticas y dirigía una clase de Dibujo; es su debilidad creerse un gran dibujante y caricaturista genial.

—¿Lo es en efecto?

—No anda muy lejos y algún disgusto le ha costado, aunque es incapaz de la intención de ofender; si no hubiera gente susceptible... Del liceo salió muy honrosamente, cuando creía haber demostrado que no era un rico inepto. Desde entonces no ha hecho más que viajar, cuando no ha estado en casa de su madre mimándola por unos meses, y luego, ¡a volar! Ella ha sido la que me ha suplicado que intente reducirlo a trabajar en mi Obser-

vatorio, lo que al fin creo haber conseguido, porque me quiere mucho. Mi marido, que tenía debilidad por él, todo se lo aprobaba.

—De modo que ya está decidido...

—Así parece. Tengo en una carta suya la palabra formal; no falta jamás a ella; eso, no.

—¿Se encuentra en París? Presentádmelo.

—Está en Niza, de donde llegará en seguida. Una singularidad: no es *sportsman*, ni ha contraído vicios. Un poco enamoradizo... Si lográramos casarle... ¡Tan amable, tan tolerante y delicado como es!... Y... vamos, que ya cerca de los veintiocho...

—Muy bien. Me gusta casi más el reverso de esa medalla, milady. Mr. Brigham, con quien seguramente simpatizará, hará de ese joven un hombre de provecho, lo rectificará insensiblemente, creo yo.

—¿Lo creéis?

—Con toda el alma. Luego ya veremos. Traédmele, os repito, y ya os diré mi diagnóstico. Supongo que en el Observatorio os representará...

—No; eso corresponde al director; mi sobrino, uno de tantos. Ni él querría tal cometido ni distinción alguna, ni sirve para sostenerla. Obedecerá, trabajará por tesón, que no es perezoso ni díscolo, y amenizará aquello un poco.

—Tal supongo, y no estará de más en una Tebaida americana.

—Mi última pregunta: entre los elegidos, ¿no hay algún espiritista o mormón?

—No, y me hubiera contrariado mucho que tirara por esos caminos cualquier profesor.

—Pero si he oído que sois espiritista...

—¿Yo? En manera alguna. Soy espiritualista, que cree en un Dios y en la otra vida. Si he andado entre esas gentes, que por cierto me asediaban, lo he hecho para estudiarlas y conocer sus doctrinas. He ahí todo. Cuanto a los mormones, me inspiran profunda aversión.

—Yo los odio. No puedo evitarlo.

—A propósito. Mr. Brigham, el director, los aborrece con toda su alma.

—Eso le faltaba para merecer mi estimación completa. Había pensado sondearle sobre ese particular. El Utah, habitado por los mormones, confina con el Colorado; por nada del mundo quisiera que gentes de esas pusieran sus pies en terreno de mi propiedad.

—Estad tranquila por ese lado. Mr. Brigham es toda una garantía de inmunidad.

Así terminó la cordial entrevista. No mucho después el personal facultativo, con su director a la cabeza, era recibido por lady Killarney. Quedó ella bien impresionada de aquellos siete hombres y éstos encantados de amabilidad tan distinguida como atrayente. Aun tuvo con ellos y a solas con el director algunas entrevistas antes que todos empezaran a entender en los respectivos cometidos que Mr. Brigham les fué señalando para que le auxiliaran.

Pasó tiempo; los trabajos siguieron con actividad de yanqui millonario. Brigham y sus astrónomos viajaron, visitaron las obras; la fundadora hizo lo mismo, de incógnito, un par de veces, y ya iba todo adelantado cuando cierto sujeto algo ex-

traño, no muy bien trajeado, pero de porte un tanto distinguido, a pesar de su aspecto de filósofo o cosa así, presentábase en casa de M. Ballemont, el comisionado de Flammarión. Sabedor de la fundación de un Observatorio en Norteamérica, su patria, y de que en París reclutaban a los profesores y especialidades, él venía desde Chicago en solicitud de colocación. Su fuerte era la óptica, en la que había realizado invenciones.

—Pues, querido, siento mucho que llegue usted ya tarde; el personal facultativo está completo y parte del restante, que ha reunido el director, no yo.

—Me han dicho que M. Flammarión interviene en esta institución. ¿Haría mal yo en visitarle? Si me dierais una carta de introducción...

—Perderá usted el tiempo; sin embargo, no tengo inconveniente en hacer la presentación en persona.

El astrónomo francés se expresó de igual manera ante el pretendiente. Era tarde; mas como aquel hombre insistiera, decidido a no salir de París sin hablar con la misma fundadora, Flammarión le dió para ella una esquila.

—Es cuanto puedo hacer—le dijo—, y lo deploro, porque una especialidad más en óptica no estorbaría en ese establecimiento. Si la propietaria me consulta, así se lo diré.

La propietaria oyó de labios del óptico y a la vez astrónomo cosas tan sorprendentes que en el mismo día fué a ver a M. Camilo, y desde su casa pasó a telegrafiar al arquitecto, al ingeniero y a Mr. Brigham, que se hallaban a la sazón inspeccionando las obras del Observatorio.

Decíales que dispusieran las cosas para una segunda torre, en el mismo edificio, destinada a trabajos especiales independientes desde el principio hasta que fuera del caso combinarlos con los de la casa; los realizaría, con su ayudante, un especialista, amigo de lady Killarney, que, a la mayor brevedad, llegaría para ponerse de acuerdo con ellos respecto de la construcción.

Aunque no sin gran asombro, la orden fué cumplimentada y Mr. Pablo Sawyer, nuestro aparecido, pudo un día trasladar a la torre de su dominio extraños aparatos e instrumentos singulares, cuidadosamente envueltos o encajonados, y desde la inauguración de la casa consagrarse a sus misteriosas tareas, sobre las que ni hablaba ni le preguntaba nadie, juzgándolo inútil. Se le tenía como un excéntrico, que con cualquiera idea peregrina, de acercar astros más que nadie, habría entusiasmado a lady Killarney; ya se vería en qué paraba ello. Entretanto, como Sawyer se mostraba correcto, amable y excelente compañero (exento, es claro, de todo servicio), pero autor del inmejorable e ideal antejo de pasos que les trajo como regalo y venían usándolo muy contentos, se acostumbraron a él, reservado y todo como era; a nadie molestaba, no tenía cualidades enojosas. Allá él con la dueña de la casa y con su idea e inventos; pero... ¿cuál era? ¿Qué hacía Sawyer encerrado en su torre? Su ayudante manteníase también impenetrable. Bien; el tiempo lo aclararía; mientras, ¡al trabajo!, a vivir. Así estaban las cosas cuando visitamos nosotros esta casa.

## V

### VENUS, CASI A LA MANO

**S**UBAMOS ya detrás de los profesores por el mismo camino que ellos; consta de estas etapas o partes: una escalera que desde la crujía del piso principal, donde está su primera puerta, asciende a través del segundo piso, sin vistas a él; luego pasa por el más alto, donde aboca a un corredor, concluído el cual, otra escalera menos ancha llega hasta la base de la torre; aquí, una sala-taller, atestada de artefactos, en que ahora no tenemos tiempo de fijarnos, ni en los que hay, ya más ordenados, en otra sala sobre la primera, a la que nos ha conducido desde ésta una escalerilla de caracol que arranca de un ángulo. En esta segunda estancia continúa la escalerilla hasta el último piso de la torre, que es el Observatorio de Mr. Sawyer.

Los que nos precedieron guiados por él, mientras nos enterábamos de los antecedentes que preceden, ahí están: hablan, no muy alto, varios a la vez. De pronto se hace el silencio de las expectativas solemnes; ¿qué pasa?, ¿qué se espera? Podemos presenciarlo si penetramos en la estancia.

Es parecida, no igual, a los interiores de las torres astronómicas modernas; giratoria por medio de una máquina de calculada rotación que la hace moverse al mismo compás y en igual dirección que la aparente del girar de la celeste bóveda; así, un anteojo apuntado (enfilado) hacia cualquier astro lo sigue exactamente en su curso sin que el observador tenga que cuidarse de variarle la posición. Los objetos de uso científico en este sitio colocados poco difieren, y varios de ellos, nada, de los que hay en los demás Observatorios (faltan aquí algunos, por innecesarios): el reloj, dos teodolitos y colimadores, los niveles, el cronógrafo, algún aparato de fotografía sideral... No figura el anteojo de los amigos, destinado a que se entretengan los visitantes profanos en mirar por él y... no ver nada; pero así no les ocurre la idea siquiera de acercarse a los que el astrónomo usa; ¡cuidado!, que muerden. Un barómetro, termómetros diferenciales, libros, casi todo ese menaje tantas veces descrito y también dibujado en libros de divulgación...

Preside un extraño anteojo, no precisamente pequeño, que debe ser o hacer veces del ecuatorial, y cuya forma se aparta algo, lo mismo que sus detalles y accesorios, de los instrumentos de este género ya conocidos. Como ellos, se asoma fuera de la torre, oblicuamente dirigido al espacio, como si amenazara al cielo, irritado porque éste se está burlando siempre de él, o suplicante en demanda de una concesión constantemente denegada.

Turbados y todo, nuestros astrónomos no han dejado de notar con alguna sorpresa que este an-

tejo que ven por vez primera no mide las enormes dimensiones de los célebres ya tan conocidos: el gran ecuatorial del Observatorio del Monte Hamilton, cerca de California, que alcanza la longitud de 15 metros, y su lente objetivo 0,76 de diámetro, con un aumento de 2.400 veces (1887); el de Niza (1887), 18 metros la longitud del tubo, 0,76 y 18 milímetros el diámetro de la lente: aumenta 2.000; el de Pulkova (cerca de San Petersburgo) (1887), igual que el de Niza; el gran telescopio de Lassell, inglés (1862), cuyo espejo reflector mide un metro 22 centímetros de diámetro, y el tubo 11 metros y medio: aumenta 2.000; así, otros muchos en todo el mundo civilizado, bien famosos entre los profesionales y aun entre los aficionados. El antejo que nos ocupa es mucho menos largo, aunque un tanto grueso; indudablemente no llega a las proporciones del principal o más grande que hay en este mismo Observatorio, en la otra torre, usada por sus astrónomos. Éstos, involuntariamente, al pasear la mirada en el interior, iluminado por una sola lucecilla eléctrica, lo primero que han pensado del instrumento es:

—Pero ¿con tan pobre antejo puede este hombre acercarse a Venus a 23 metros, hallándose en su mayor distancia o apogeo?

Y, mentalmente, el gran calculista Fontignan hacía la operación matemática de los diámetros que precisaban de aumento, habidos estos datos: la distancia, entonces casi la máxima, de Venus a la Tierra, la mínima y la intermedia y los *veintitrés* metros, poco más o menos, que aseguraba Mr. Sawyer.

—No; imposible—murmuraron casi todos a la vez—; ¿con eso? Y no hay en esta estancia algo que sea más potente, no.

Volvía la desconfianza, que se retrataba en las mutuas miradas. Éstas asediaban al anteojo, cuya multitud de exteriores detalles: manivelas, palancas, graduadores, para todos cosa nueva, no comprendían.

—Señores—exclama solemnemente Mr. Sawyer, interrumpiendo los murmullos persistentes—; las palabras quedan para después; ésta es la hora de los hechos: ahí está ese anteojo de mi invención, que va a demostrarlos.

Instintivamente, se aproximaron todos al aparato; Sawyer los contiene con un ademán:

—Queridos amigos—dice—: el momento es solemnísimos, decisivo; creo, pues, que por respeto a la autoridad científica, a la categoría y a los años, a nuestro director corresponde poner el primero su vista en ese ocular: lo que vea, nos lo dirá. Luego, todos podréis disfrutar a la vez de ese espectáculo, que se proyectará por un recurso, también debido a mi invención, sobre ese lienzo.

Todos siguen con los ojos la dirección de la mano de Sawyer hacia una tela blanca, estirada por el necesario bastidor, y de unos tres y medio metros de lado, en la que antes no reparó ninguno.

—Señor director—añade Sawyer—, os lo suplico: mirad.

El honorable Brigham se acerca a la lente en medio de la general ansiedad y de un silencio perfecto. Podría oírse el vuelo de una mosca. El ros-

tro del encanecido director, y podemos verlo de perfil, expresa, sucesiva y rápidamente, primero, la intranquila curiosidad, mezclada con la duda; luego, la extrañeza; por último, la estupefacción. ¡Ah!, no es lo mismo pensar en una cosa o discutirla que verla. Lleno de asombro, Mr. Brigham cae en la fijeza silenciosa, reconcentrada; tal vez ni aun puede hablar, respira difícilmente, concentrado todo su sér sobre algo muy grande que lo absorbe. El silencio e inmovilidad de los demás continúan; todos están pendientes de lo que dirá y hará su jefe. ¿Qué va a suceder? ¿De qué serie de hechos será esto principio?

Sawyer pasea su mirada sobre ellos, y en momentos, a través de una de las claraboyas, la dirige al cielo. La noche de marzo es hermosísima; no hay luna; las estrellas lanzan sus fulgores centelleantes con una potencia admirable. Allí está, al Occidente, Venus, causa y objeto de cuanto sobre esta montaña va sucediendo y el astro presencia indiferente. ¿Sabrás, ¡oh, mundo el más cercano al nuestro!, que hacia ti dirigimos nuestras miradas y nuestros deseos, empezando, ¡al fin!, a conocerte? ¿O tampoco nos conoces y, como a ti nosotros, hasta hoy, nos ves en el cielo, astro brillante y nada más?

De pronto el director se levanta conmovido; vuélvese hacia los circunstantes, siempre silenciosos, en este momento febricitantes de ansia, y con la voz velada por emoción profunda, indescriptible, exclama:

—¡¡Es un hecho!! ¡Admirable! ¡Suprasublime! Señores, inconcebible, pero cierto: el hombre,

la humanidad extraterrena, igual que la nuestra, ¡¡ahí está!!

Un ¡aaah...! prolongado acoge estas entrecortadas palabras. Todos se precipitarían sobre el antejo: es el pensamiento que en ellos surge; el respeto los contiene; el director está entre sus subordinados y el aparato, los mira y, ya un poco menos conmovido, prosigue:

—El descubrimiento es un hecho indudable, y esta noche se hará celebérrima, de eterna memoria en los fastos de la Historia; célebre nuestra nación amada, célebre esta casa y quien y la erigió y a ella nos condujo, célebre entre los célebres nuestro buen amigo sir Pablo Sawyer, a quien, en nombre de todos, tiendo ahora mis brazos (y así lo hace), estrechando en ellos al Colón de los cielos, al descubridor de todo un globo y una humanidad...

La escena se hace inenarrable; todos se aproximan a Sawyer, intentan abrazarlo, estrujarlo; le aprietan las manos, hablan, algunos casi lloran, Villougby uno de ellos. ¡Extraña índole la de los hombres civilizados! Produce todo aquello un fenómeno visible allí mismo, asombroso, inefable, increíble, y, sin embargo, ante la seguridad de que se debe a un semejante que entre ellos está, olvidan el ignoto fenómeno y rodean entusiasmados al descubridor, que les es ya conocido...

—¡Calma, señores!—grita el director—; ¡calma si es posible!, que nos resta lo más grande. Querido Sawyer, trasladad lo que alcanza el antejo a ese lienzo y veamos, contemplemos todos; ¡qué revelación, amigos míos!

Sawyer mueve dos manivelas del anteojo, toca en un tornillo, adosa un aparatito de metal, que había separado sin duda al bajar precipitadamente a la sala; debe contener uno o dos prismas, acaso también lentes, y quién sabe cuántas piezas más destinadas a reflejar y dirigir imágenes.

—¡¡Mirad ahora!!—exclama con acento de triunfo.

¡Espectáculo admirable, sin segundo!; ¡el primero que ojos de hombre terrícola contemplan!... Sería necesario emplear la pluma de los colosos de la descripción literaria para trasladar al papel lo que a la vista atónita de los astrónomos ahora se presenta. El blanco lienzo repentinamente se ha iluminado por obra de rayos que parten del aparato adosado al anteojo, cuyo campo ha iluminado Sawyer por el conocido procedimiento astronómico, tal vez perfeccionado. Es el mismo fenómeno de las linternas mágicas más acabadas; pero la luz del cuadro mucho más intensa; el conjunto, eminentemente real y a la vez fantástico. La Naturaleza ofrece su vida, movimiento y ambiente; una naturaleza, si bien semejante a la terrestre, no idéntica; le excede en cantidad de luz, en tonos múltiples y gradaciones diversas del color, de la vegetación, de la tierra y de la atmósfera, más caliginosa que la nuestra y productora de sorprendentes reflejos.

Aparece en el lienzo un dilatado espacio de terreno abundante en árboles y plantas de varias formas y tamaños, en las que predomina el verde en extensa escala, desde el casi blanco y el amarillo al más oscuro. Abundan las flores de tonos

fuertes y las hojas muy grandes en algunos arbustos. El terreno es llano, sin duda un trozo de valle o una meseta, porque no se divisan montañas u otras elevaciones. Al fondo, casi en segundo término, descuella parte de una edificación bellísima, aunque severas sus formas y poco abundante el adorno; sus muros, de un tono mahón suave, reflejan la luz como barnizados; los huecos no son muchos, al menos por esta parte. Domina la curva en discreta combinación con la recta; la altura, poca; se ve el arranque de una techumbre azulada que también brilla y parece de una sola pieza.

Por esta parte el edificio tiene un pórtico sostenido por pilares cuadrados esbeltos; entre los dos centrales, una puerta en arco de medio punto; sobre el pórtico, una terraza cubierta de sombraje morado algo obscuro; debe ser de tela, porque el aire la hace ondular; qué hay más arriba no se ve, se sale del campo de la lente acaso.

—¡ Ah!, ¡ la habitación de seres civilizados! — exclaman casi a una todos —; ¿ qué mejor prueba de que existen? Pero, ¿ hombres con nuestra forma? La edificación artística supone el vestido: ¿ lo usarán?

Como si allá, en Venus, oyeran la interrogación y desearan satisfacerla, dos figuras humanas aparecen sobre el umbral de la puerta, cuyas hojas no se ven; avanzan, sobrepasan la terraza y siguen adelantándose por el jardín, y aumentando, como es lógico, de tamaño.

Una exclamación ruidosa, espontánea, salida a la vez de todos los pechos, resuena en la torre:

—¡¡¡ El hombre!!! ¡¡ Es el hombre!!, ¡ el mismo de la Tierra!

—El mismo exactamente, no; éste aparece sibilado en la perfección; ¡ bella forma la suya!

Los dos individuos, ya muy cerca, se han detenido. Del género masculino deben ser. No se distinguen muy detalladamente sus facciones; mas el conjunto, armonioso es; el color, blanco, matiz entre ebúrneo y opalino; el pelo, negro, en corta melena de longitud igual, que no llega a los hombros y va sujeta por un casquete redondo, bajo y blanco. El cuello y parte del pecho, descubierto, porque la vestimenta se abre por allí en cuadrado. Uno viste sencilla túnica azul con franjas del mismo color, tono más oscuro; le llega a las rodillas, y no va ceñida; las piernas, descubiertas; el calzado, amarillo, es bajo. El otro está cubierto con una especie de toga u hoba amplia y con artísticos pliegues que le llega cerca de los pies; su tinte es violado y las franjas, negras. Ninguno tiene barba. La estatura, muy poco menor que la nuestra regular; las proporciones, perfectas. Hablan, pues que gesticulan pausadamente; avanzan algo más... ¡ bellos rostros! que parecen desde aquí jóvenes. Su andar difiere algo del nuestro en el paso y en un ligero contoneo que al pronto sorprende. Llevan cada uno una sombrilla, blanca también y cuadrada; no se percibe de qué materia.

Los astrónomos los siguen ansiosos con la vista, sin parpadear ni perder movimiento o detalle; acaso creen estar soñando. ¿ Víctimas de un engaño? No, que se hace imposible. El director, sin duda,

había visto algo semejante por el ocular directamente, y Sawyer no es capaz de una superchería que pronto puede ser descubierta. Hablan entre sí, haciéndose notar lo que observa y percibe cada uno.

Oyese de pronto gritar a M. Fontignan entusiasmado:

—¡He ahí a la mujer!; por la derecha del vestíbulo; ¡ella es! ¡Oh!, ¡divina!

Y otro ¡ah! prolongado le corea. En efecto, ha aparecido la mujer. Como si hubiera salido por otra puerta o viniera de distinto sitio, adelántase hacia los hombres con el paso menudito ya observado, pero majestuosa. Es de la misma estatura que ellos, proporciones admirables, hermosa cabeza, largo cabello o negro o bien oscuro y tendido hacia la espalda gracias a una cinta azul o violada. Ni toca, ni sombrero, ni velo, ni manto. Dos túnicas, la superior, corta, no ceñida, es roja y se diría que la guarnecen flecos; la otra, casi toca los pies; tiene poco vuelo; pliegues, los naturales; color verde claro, con fimbria verde oscuro, algo ancha, distante como un decímetro del borde.

—¡Oh, admirable criatura!, ¡encantadora!, ¡hechicera!—se oye en el grupo de profesores—. Miradla; ya llega junto a los hombres; parece joven; ¿cuál será ahí la apariencia de la vejez?, ¿a qué edad llegará?

—No, pues el saludo algo difiere de los nuestros; nadie se inclina, ella ha extendido hacia ambos sus manos a la altura del pecho; los hombres no las tocan, llevan las suyas a la frente...

Han formado corro... Ahora la sombrilla, también blanca, de la joven, porque debe serlo, nos permite ver de otro modo su rostro... ¡angelical!, de ópalo; ¡qué ojos tan grandes tiene esa gente, querido Pillsbury; como pintor, ¿no veis que exceden a los nuestros bastante, siendo las caras casi como las de aquí?

—Ya hablaremos de eso, amigo Jobson; ahora, atendamos. Veo dos mujeres más bajo el pórtico; pero no salen de allí...; visten de blanco, miradlas.

—Sí, una se mueve hacia la izquierda; la sigue un ave bastante grande, gris y azul, que anda como nuestras gallinas...

—¡Un niño o niña en la terraza!—interrumpe Villougby—; ahora se asoma al barandal; ¡es precioso!, con su tunicuita rosa, y éste no trae sombrilla. ¿Qué tiene en la mano?... ¡Ah!, un libro, lo ha abierto, y no debe pesar poco, porque es grandecito. ¡El libro!, ahí se lee..., luego se escribe...; ¿qué civilización será esa?, ¿inferior?, ¿superior a la nuestra?

—Ese niño o niña excede en belleza al ideal pictórico de nuestros ángeles, y esa mujer, a todo lo imaginable; ¡buen principio!, ¡bella raza!, ¡por Dios vivo!

—Raza que usa mangas muy cortas y los brazos desnudos, ¿no lo reparáis?, ellos sabrán por qué.

—Yo me fijo lo posible en las facciones. Esas bocas me parecen algo pequeñas en todos; las frentes, un tanto más altas en la mujer esa que en las de aquí; ¡pero qué ojazos!... Nadie lleva collares ni otros adornos; pues pobreza no aparen-

tan; ¿habrá leyes suntuarias en Venus? El color parece libre, y se prefieren los vivos y puros.

—No veo el pantalón ni el peinado—dice Pillsbury—; pero, en serio, habla el artista.

En este momento los dos hombres y la mujer de Venus marchan hacia la derecha y desaparecen del campo de visualidad. En el pórtico ya no están las otras damas; el niño lee atento...

—Señores—dice el director—: nos hallamos emocionadísimos; ¿no les parece a ustedes que terminemos? Lo esencial está comprendido; tiempo hay de proseguir mientras Venus se halle en el horizonte. Abajo deben echar de menos a los que no teníamos que observar esta noche. Nuestro encierro aquí habrá sido notado y chocará. Surge una situación nueva y gravísima, en la que debemos pensar mucho, por nosotros y por los demás. Se impone una regla de conducta muy severa, que discutiremos.

—Todos a vuestras órdenes; mandad, que no habrá discrepancias.

—Lo agradezco, y... mando... el desfile; pero antes, Mr. Sawyer, ¡otro abrazo! Habéis triunfado; entonad el ¡¡eureka!! griego, porque estáis, y mucho, sobre el nivel de quien lo pronunció al obtener otro descubrimiento.

Abraza Mr. Brigham al óptico, le abrazan todos...: una breve escena conmovedora, algo tumultuosa, de efusión cordial.

—¡¡Hurrah por Mr. Pablo Sawyer!!—exclama el directo.; al que todos corean—. ¡Viva lady Esther Killarney, nuestra hada protectora! ¡Gloria a los Estados Unidos! Esta fecha de marzo será

eternamente memorable. ¡Hurrah! Estrechémonos las manos todos, amigos muy queridos... Y ahora, juremos solemnemente ante el Dios Hacedor Supremo de todos los mundos posibles y a cuya bondad debemos esta gloria incalculable, imperecedera, que orlará un día nuestros nombres con el de lady Killarney, juremos, repito, por ahora hasta que todos los aquí reunidos convengamos en que es tiempo de comunicar este suceso, que nada de cuanto esta noche ha ocurrido saldrá de nuestros labios ni aun en la íntima confianza de los seres más queridos: madres, esposas, hijos, parientes, amigos, ¡nadie!

—Y mi tía, mucho menos—interrumpe Pillsbury.

—Seguramente, a nadie; inventemos un pretexto, algo que explique nuestra ausencia en la reunión de hoy y las que le seguirán: ¿lo juráis?

—Lo juramos.

—Pues descendamos. Nos es necesario el reposo... si lo conseguimos. ¿Quién duerme esta noche? Hay que intentarlo. Mr. Sawyer, lo dicho: habéis vencido, sois aquí el grande hombre; perdonad, pues, nuestra incredulidad: ¡era tan lógica!

—Y yo—dice Pillsbury—, que os tenía por un iluso de buena fe, y recordaréis que os prometí, amigo mío, sentar del todo la cabeza si hacíais visible la Luna a dos kilómetros... Ahora tendré que hacerme anacoreta: es lo proporcionado o justo.

—No, querido—le responde casi al oído el óptico estrechando su mano—; basta, ya que de cumplimiento de propósitos hablamos, el muy bello de

la insinuación, casi promesa hecha a mí cierto día respecto de... alguien que todo eso merece: estoy en el secreto.

Media hora después todo parece dormir en el edificio que corona la meseta del Monte Houston.

#### IV

### Y AHORA, ¿QUE HACER?

Se podía sentir que aquella noche los tres as-  
 trónomos los cuatro astrónomos los tres col-  
 laboradores y el primer mecánico diez y seis labo-  
 rativos o no dormían, o que se habían muy in-  
 quietos. A las diez y seis horas de la noche.  
 Aparte de lo extraordinario e importante  
 del descubrimiento que ellos están por hacer,  
 habían de esperar haberlos instalados sus con-  
 siderables instrumentos en el observatorio.  
 El director consideraba el hecho como un  
 gran éxito. En consecuencia, los astrónomos  
 se habían quejados de haberlos dirigidos. En consecuencia,  
 el director había de ser el director y por lo tanto  
 lo mismo que el procedimiento científico  
 determinaba que debía ser el jefe de la  
 oficina. La verdad era que el fundador de la  
 oficina, un hombre que había sido jefe de la  
 oficina y no por ser el director, sino por la  
 de los astrónomos. La dignidad y la inter-  
 pretación como dirigida por el director. El  
 mismo. El director. E o no. En consecuencia,  
 se anunció: mas el sueño de aquellos  
 Low mismo sucedió a casi todos los temas.

## VI

### Y AHORA, ¿QUÉ HACEMOS?

SE podría jurar que aquella noche los ocho astrónomos, los cuatro ayudantes, los tres calculadores y el primer mecánico, diez y seis facultativos, o no durmieron, o fué su sueño muy turbado.

Aparte de lo supraextraordinario e inesperado del descubrimiento, que ellos, mejor que nadie, habían de apreciar, debieron inquietarles sus consecuencias.

El director consideraría el nuevo rumbo que para él tomaban las cosas, las responsabilidades, la inmensa tarea que debería dirigir. En justicia, Sawyer habría de ser ya el director; pero... no es lo mismo encontrar un procedimiento científico determinado que presidir el trabajo que de él se deriva. La verdad era que la fundación de lady Esther no tenía otro objeto que llegar adonde ya se estaba, y no por obra del director, sino por la de un subordinado. ¿La dimisión? ¿No se interpretaría como dictada por el despecho? ¡O por miedo! ¡Diablo! Eso no... En fin, durmamos, ya amanecerá; mas el sueño no acudía...

Esto mismo sucedió a casi todos los demás,

lentos, trastornados sus cerebros con aquella ideota. ¡Un mundo nuevo! ¡Una humanidad desconocida! Ya constaba su existencia, y era mucho, mas no todo: restaba la comunicación; ¿se llegaría a conseguirla? Entonces... Vale más no pensarlo. El primer paso estaba dado. ¡Y yo que miraba a ese hombre como a un misántropo casi maníaco!... Está visto, no se puede creer ya en imposibles. Y, ¿qué va a pasar aquí? ¿Podremos sostener el secreto por todo el tiempo necesario? Y antes, o después, cuando sea conocido, ¡pobres de nosotros!, mucha gloria, pero el mundo se nos vendrá encima, no ese nuevo, éste, el nuestro... ¿Se desvanecerá Sawyer en el éxito? ¿Pero cómo lo ha logrado? ¿Qué anteojo mágico es ese? No lo concibo, no... ¡Vaya!, durmamos... si es posible.

A primera hora de la mañana, el conserje y algún dependiente que hacía la limpieza notaron que el subdirector y Mr. Villoughby, contra su costumbre, dirigíanse, hablando con cierto misterio, a la sala de recreo que ya conocemos; en ella, apenas habían entrado, penetró solo el director; casi detrás, Listrade y Pillsbury, que también venían manoteando como quien trata de algo con mucho calor; minutos después los diez y seis facultativos de la casa habíanse reunido, y no sin aumento de su extrañeza vió el conserje que salía el director en persona, lo llamaba y le daba orden de no permitir que nadie en absoluto se introdujera en el salón. En seguida cerró la puerta. ¿Qué objeto sería el de aquella junta en hora desusada?

Casi al mismo tiempo, la francesa Julia o ma-

dame Fontignan, tropezaba en una crujía de las habitaciones con Jenny, la esposa de Villougby, y con Mrs. Brígida, la madre de Jobson, que por otro lado llegaba.

—Anoche ha ocurrido aquí algo extraordinario—dijo la primera—; no sé qué hay *entre ellos*, pues estuvieron reunidos más tiempo del acostumbrado y se retiraron más tarde; *el mío* venía preocupado, pero no pude sacarle el motivo.

—Algo semejante noté yo en Eduardo—intervino la anciana—; no me chocó; acaso una observación difícil... Pero esta mañana ha salido más temprano, después de tomar el desayuno en pie y de prisa.

—Pues Enrique ni aun eso ha hecho: se ha vestido y ha marchado a escape, también demasiado pronto. Nada; algún fenómeno celeste que observan.

—No—repuso madame Fontignan—, porque Carlos, cuando eso ocurre, me lo dice; él no me calla nada; pero esta vez... no he logrado que hable; evasivas... medias palabras... Hace un momento he oído a dos ordenanzas que pasaban hablando, un comentario que me hace sospechar; no, aquí pasa algo.

—Pero, ¿qué decían?

—Que anoche, en la sala, daban grandes voces; que, al fin, de ella salieron casi todos los técnicos y se dirigieron hacia las torres; en una entraron... no he oído más; pero bajaron algo tarde, eso lo sé.

Aparece en la crujía Edith, la señora de míster Owen, el conserje inglés; se une al corro, la enteran, y...

—Yo sé—dice—que antes de subir a las torres, hicieron llamar a Mr. Pillsbury, que estaba en casa del subdirector, muy descuidado; pero salió corriendo con Mr. Villouby, que parecía muy intranquilo.

—¡Ah!, entonces pronto lo sabremos todo—exclama la francesa—; Lucy Drebler tiene conmigo absoluta confianza; ella me dirá.

--O no dirá, si no lo sabe.

—Intentaré saberlo.

—Y, ¿lo conseguirá? Suponed que no.

—Entonces, me afirmaría en mi sospecha; ocurre algo, y grave.

—Será cosa del cielo.

—No la ocultarían—insistió la francesa.

—Pues, observemos todas.

—Eso, observemos con disimulo; no descuidemos a la servidumbre masculina, ¿eh?, y mucho arte cada una con nuestro hombre; muy torpes habíamos de ser para no sacar algo. Hablaré a miss Lucy, a todas, y nos convendremos.

—¡Eh!, vienen hombres; el relojero, Odier, ¿estará en el secreto? No conviene que nos vean cabildear; hasta luego...

\* \* \*

Congregados los diez y seis poseedores *del secreto*, Sawyer empieza a intentar una ligera explicación del procedimiento con que proyectaba sobre el fondo blanco las imágenes recogidas por el antejo.

—No os molestéis—le interrumpe Mr. Drebler, el subdirector—; cada uno de nosotros hemos dado

vueltas a todo eso. Conocido el alcance de vuestro instrumento, Venus sobre el horizonte, el cálculo indispensable de *colimación*, el de movimientos del planeta ese y de la Tierra, tanto de traslación como de rotación; el tener en cuenta que es de día en Venus en la parte de su hemisferio, por nosotros visible, cuando es aquí de noche o estamos próximos al crepúsculo, según los tiempos; el haber aprovechado la *máxima* elongación de Venus respecto del Sol, para observar con más acierto, y el haber elegido este astro, y no Marte, más lejano, son puntos de que nos damos cabal cuenta. Así mismo, cuanto a vuestros cálculos, a fin de disponer una combinación de prismas que llevara las imágenes al lienzo, no de cabeza, pues el antejo suponemos que las dará invertidas como todos; ni con oblicuidad, cual vistas desde un globo aerostático, sino rectas, como producto de la cámara obscura...; muy bien, prolijas y complicadas tareas; pero todas están al alcance de un astrónomo cualquiera y de un buen óptico, perito en física matemática, y que lo fueseis, ninguno lo hemos dudado aquí desde que os tratamos.

No, sir Pablo—añadió Mr. Drebler—. Todo eso, ni nos interesa por el momento, ya entraremos en detalles, ni pasa de ser lo accesorio del invento. La esencia, la base de éste, vuestro antejo, en fin, he aquí lo que nos tiene suspensos y asombrados; lo que deseamos saber, si no os contraría el revelárnoslo.

—En manera alguna, señores; recordaréis que os lo prometí hace tiempo, cuando me porfiabais que no lograría llegar de la superficie de la Luna

a distancia de un kilómetro, aunque obtuviera en mi aparato doble potencia que la del famoso instrumento de lord Rosse, tan celebrado.

—Sí, lo recordamos.

—Ni habréis olvidado que si os oculté mis trabajos por una razón muy fuerte, que ya os expondré, no así un día mi propósito: acortar tan extraordinariamente las distancias planetarias, que vosotros y el mundo entero quedarais asombrados. Mi promesa fué ésta: «En cuanto obtenga un éxito verdad, os daré cuenta de él y del procedimiento». Ya veis que la he cumplido. Hasta anoche no había logrado distinguir al hombre; había registrado, sí, mares, montañas, tierras, bosques... y callaba; me sostenía la esperanza del hombre; sin él (y supongamos que en Venus no existiera), también os habría admirado; era un triunfo; con él a la vista, ya lo habéis experimentado, mi éxito era el más deseable. Por eso esperé algún tiempo.

—¡Tiene razón, sí, la tiene!—se oyó exclamar al grupo de astrónomos.

—Bien me explicaba vuestra incredulidad y vuestras dudas, que no me ofendían; nada más natural; en momentos las he tenido yo; sí, yo, que contaba con una base, por vosotros desconocida, mi secreto óptico. Realizada la invención, estamos en la hora de que la conozcáis totalmente, os asiste pleno derecho... Aunque no radicara éste en que todos hemos venido aquí a trabajar con fin idéntico, lo habríais adquirido respecto de mí por vuestra cariñosa acogida de anoche y... de siempre.

—¡Oh! ¿Qué habíamos de hacer? Dejarnos lle-

var de nuestros impulsos cordiales, admiraros, congratularnos.

—No lo olvidaré jamás: por lo tanto, os revelaré el secreto, y, si queréis, al mundo entero también.

—¡Eso, no, Sawyer!—exclamó Fontignan con ímpetu—; haríais muy mal, no os lo consentiríamos; debéis explotar vuestro invento y el merecido prestigio consiguiente.

—¡Sí, sí!—añadieron todos—, que la humanidad de la Tierra..., puede que un día sepamos si también la de Venus, es ingrata, y el número uno vale mucho para que se le desprecie: sería el suicidio.

—No lo niego; conocerá, pues, el mundo mi antejo, y su razón científica de ser, cuando vosotros lo determinéis. Confieso que algo pensaba en mi fortuna al trabajar; pero más aún en la gloria, y antes que en ésta, en la idea misma; soy algo filósofo. ¡Oh, la comunicación interplanetaria! ¡Qué revolución tan intensa y trascendental para este mundo nuestro!

—Habláis como un sabio y como un hombre de corazón—dijo entonces Mr. Brigham—. Volveremos sobre este respecto del beneficio a los hombres; ahora, cuestiones más del momento, señores, creo que reclaman nuestra atención, no sin urgencia, y si me lo permitís todos, expondré las primordiales.

—¡Hablad, sí, es verdad; la situación nuestra se ha hecho singularísima!—dijeron varios.

—Seré lo breve que pueda. Este descubrimiento echa sobre nosotros una carga no leve, a la que ya

en principio y moralmente veníamos obligados. ¿Para qué nos trajeron aquí? Ahora, cuando no lo esperábamos, ni lo creíamos factible en siglos, o nunca, algunos, probablemente, Mr. Sawyer nos coloca de lleno en el camino por él abierto; de un salto hemos adelantado una centuria.

—O más, ¡quién sabe!...

—Como queráis; por eso opino que si mucho nos ha de ocupar el conocimiento de la invención, dado que de ella hemos de servirnos, tiempo nos queda para ello; está asegurada, y Venus no se escapará de su órbita.

—¡Oh!, seguramente—dicen algunos sonriendo—, no hará tal; se irá, mas para volver a su tiempo.

—La tarea que vamos a emprender, complicada y larga es; ¿quién sabe cuánto? Nadie, y... *Ars longa, vita brevis*; no somos ya niños, ni quisiéramos morir sin haber gozado algo al menos del fruto de nuestra obra, no sólo nosotros, nuestra protectora, que bien lo merece...

—Un momento, señor director. Necesario es que ahora, y en adelante ya, se hable aquí de mi tía y... con absoluta sinceridad. Creo del caso advertiros, como a todos, que, conociéndola yo algo y queriéndola mucho, en leal correspondencia a su afecto, he sido, sin embargo, uno de los que la juzgaron, no sin algún fundamento, ferviente, ilusionada o casi maniática, en su entusiasmo de alma bonísima. Vine aquí por complacerla y también a comenzar de veras mi camino de hombre serio, dedicado a la ciencia, pero sin fe en la realización del pensamiento de lady Esther. Soy su deudo, el

agradecido admirador de sus altas prendas, no su cortesano, ni ella los quiere...

—Comprendido, Mr. Pillsburg; ¿por qué recordarlo?

—Porque mi conciencia me dicta que hasta por el bien de lady Esther debemos tratar aquí de ella... *científicamente*, ¿entendéis? Y como por obra de las conveniencias y de los usos de sociedad, yo, sobrino de ella, podría ser un obstáculo... no querríais ofender mi susceptibilidad de pariente y de agradecido. Os ruego a todos que prescindáis de estas y de todas las consideraciones que puedan volverse trabas. No soy más que un astrónomo, el ménos aventajado; expresaos cual si tal parentesco no existiera; que cuanto a los respetos debidos a la señora, bien seguro estoy de ellos conociéndolos y no ignorando que todos la estimáis. ¡Líbreme el cielo de ofenderos y de ofenderme yo mismo con la más leve advertencia sobre este punto entre caballeros tan honorables; sólo esto quería decir.

—Y os lo agradezco, sir Ricardo—repuso el director—, porque algo esta consideración me preocupaba, consciente de que se impondría por ese lado una absoluta franqueza entre nosotros: la científica pura. Vuestro talento y vuestra delicadeza caballerosa me despejan el terreno. Señores—añadió—, nuestra posición es delicadísima, porque la obra próxima a realizarse exige por algún tiempo un gran secreto, del que la misma fundadora creo que no puede ser exceptuada.

—Exacto—dijo Pillsbury—; temo que si ahora supiese lo que ha ocurrido aquí, su razón peligraría.

—Pensábamos lo mismo—prorrumpieron todos.

—Absoluto secreto, como lo juramos anoche—prosiguió el director—; esto se dice pronto; lo difícil está en lograrlo; primer punto. Segundo, las complicaciones que pueden surgir; tercero, que hay que poner manos a la obra en seguida, utilizando los días que Venus se hallará al alcance del instrumento que poseemos. Cuando Sawyer nos haya enseñado a manejarlo sabremos hasta dónde se puede llegar con él desde la inspección de la superficie de Venus hasta... señores, casi no me atrevo a expresarlo, hasta hallar un medio, por imperfecto que sea, de que allí se enteren de que los miramos, de comprobar que así es y que nos ven o no; luego... el supremo ideal: ¡la comunicación! en principio, aunque laboriosa y rudimentaria. Creo haber condensado en pocas palabras la realidad de nuestra situación y la de nuestros deberes.

—¡Oh, muy bien! ¡Mucho! Interpretáis admirablemente lo que todos sentíamos.

—Sois muy galantes; si, en efecto, opinamos todos lo mismo, toca a Mr. Sawyer decirnos ahora a grandes rasgos el alcance que cree que tiene su invención y, dado él, lo que juzga que debe hacerse para conseguir su fruto.

—Procuraré también no fatigaros, queridos amigos. Anoche, cuanto a resultados y fuerzas de mi anteojo supisteis poco menos que yo mismo. ¿No os dice vuestro saber y talento lo que de ahí se puede esperar? Expondré lo que yo creía hacedero. Con mi anteojo sabía estar en posibilidad de ir inspeccionando diversos lugares de la superficie de Venus para empezar en un hemisferio si, como

creen algunos, los dos movimientos del planeta se realizan en tiempos iguales o en los dos si, como yo opino, no es así.

—Y como todos nosotros. Está probado que la rotación de Venus se verifica en veintitrés horas nuestras y veintiún minutos.

—Al principio me preocupó la densidad atmosférica del planeta, doble que la nuestra y aun más espesa; la experiencia me ha demostrado que eso no es un obstáculo. Hay nubes allí como aquí, lo que no impide la visión, o a través de ellas, dónde y cuándo están, o de la atmósfera limpia, cuando así se halla; anoche pudisteis notarlo; se veía con nitidez.

—Ya lo observé, no sin recordar la cacareada densidad—intervino Jobson.

—Recorriendo como pudiera, con distintas *punterías*, la superficie, en ella encontrar por partes su contenido parecíame lógico, hasta hallar entre la flora la fauna y en ésta el animal más inteligente de la escala. Un sendero, un esquife, ya le denunciaban; sus mismas obras, la Arquitectura principalmente, me indicarían su nivel mental. ¿No lo hallaba? Pues contentarme por el momento con mi invención óptica, daros cuenta de ella con toda minuciosidad y luego oportunamente lanzarla a la publicidad. ¿Que encontraba al hombre? Al punto, como lo he practicado, participaros el hallazgo para en adelante proceder todos de acuerdo; a eso vinimos.

—Ahí está el punto fuerte—interrumpió Drebler.

—Convenido. Yo bien comprendía, sin hacerme ilusiones, que ver no es todo, aunque sí mucho;

lo bastante para cubrirnos aquí todos de gloria y hacer una fortuna envidiable. Faltaba saber si éramos igualmente vistos, para procurarlo en caso contrario, y si podíamos entendernos. De mí sé decir que, sin creerlo imposible, lo tenía y lo tengo por difícil sólo por los medios ópticos, y otros no sé emplear; lo reconozco.

—Pues yo abrigo el convencimiento, más que presentimiento, de que existen y parecerán—insinuó Villougby.

—¡Ojalá! Entretanto me atengo a lo seguro. He aquí, pues, ligeramente esbozado el plan o derrotero que percibo a nuestro alcance.

—Cuando nos digáis el máximum de potencia de ese anteojo...

—Muy poca más, forzándole algo, de la que anoche experimentamos. Para Venus en su perigeo, sobrado alcance. Hubiera yo querido llegar hasta Júpiter, a cinco mil metros; no he pasado de Venus y de Marte, si le necesitáramos en su perigeo. Para esa amable vecina ya nos servirá mi invento; por lo menos, la estudiaremos de *visu* cuanto queramos; de ese estudio mal han de ir las cosas si no llegamos pronto a obtener preciosas conquistas; ellas irán saliendo.

—Decís bien. ¡Y yo—exclamó Listrade—que dudaba cuando una tarde, al pie de nuestro anteojo grande, medio en chanza, me dijisteis: «A éste, con cierto aditamento que yo sé, en pocos días le hago dejar muy atrás al de Rosse y al del Observatorio de Yerkes, en el Viscousin, con sus enormes lentes de un metro y el espesor de diez pulgadas en un tubo de veinticinco metros de largo!

Me acordé de Cristo y del templo destruído y rehecho en tres días.

—Es prueba que muy pronto haré, ya menos atareado; mañana, si os place, podría darle principio a la operación.

—No; si cuando llegó aquí vuestro antejo de pasos, que tanta labor nos ahorra, ya no dudé que iríais muy lejos; ahora, que con un antejo tan pequeño abordarais a Venus... ¡Diablo! ¡¡Y a esa distancia!!

—Señores—exclamó el director—, no he tenido jamás gran fe en esos colosos de la *artillería* astronómica. Trabajando con algunos, me he convencido de que hay que rebajar mucho de sus condiciones; en cambio, los dos ecuatoriales de Niza con lentes objetivas de setenta y seis centímetros el uno, de treinta y ocho el otro, y, sin embargo, equivalentes en potencia, me han dado resultados más positivos. Pero ¿qué digo? Ustedes no ignorarán que con un antejo tan pequeño como el de Milán, objetivo de veintidós centímetros, se han hecho descubrimientos en el cielo que no debemos a esos titanes; que la calidad no depende en los antejos sólo de su tamaño ninguno aquí lo ignoramos.

—Conformes, señor director; la curvatura de la lente o del espejo en los telescopios, la composición del cristal, su pulimento, la combinación o distancias de focos... ¡Tantos detalles! He ahí a veces la razón de la mayor potencia, cuando no es... porque sí, un arcano.

—Por eso, cuando lady Killarney me animaba a no escatimar gasto para traer aquí un gigante de

esos, el más asombroso que pudiera ser fabricado, sonreí, encogiéndome de hombros, y expliqué a la señora mis convicciones. Ya llegaríamos a eso cuando fuera ocasión, y tendríamos que esperar dos años a que terminaran la enorme lente, si la terminaban. Ahora veo confirmados mis juicios. Bien—agregó—; en principio tenemos trazada nuestra ruta; por el momento, basta. Hoy mismo Mr. Sawyer comenzará a adiestrarnos en el uso de su anteojo; es lo primero. Que todo el que conciba una idea la comuniqué al concilio este de amigos y se anotará. Cuanto al secreto, he pensado que no debemos ya reunirnos aquí más que a las horas que acostumbrábamos; como ahora casi todos los trabajos versarán sobre el instrumento óptico, en la torre que lo alberga nos juntaremos; a veces, en la otra; esto no puede chocar a nadie, y además extenderemos la especie de... cualquiera cosa, una estrella nueva invisible sin anteojo, un *parvenu* satélite de... Alcaid o de Dubhe (1) que nos trae atareados, porque a lo mejor... claro, desaparece, ¿eh? Esta tarde, en la torre de míster Sawyer, a las tres. Ahora, si ustedes no tienen algo que exponer, demos por terminada esta conferencia.

(1) Estrellas de segunda magnitud de la Osa mayor.

## VII

### EL ÓPTICO Y SU ÓPTICA

La segunda sesión de aquel mismo día en la torre, donde ya estuvimos la víspera, no fué menos movida que la primera. Sawyer comenzó el coloquio.

—Llegada, señores, la hora de las revelaciones completas, antes de proceder al examen científico de ese instrumento mudo, que puede, no obstante, decirle al mundo muchas y grandes cosas, permitidme que me dé yo mismo a conocer. Nada casi sabéis de mi vida anterior. Me aceptasteis sólo por mi conducta, que procuré, eso sí, fuese irreprochable, y nada más me preguntasteis ni os dije; me reservaba para este momento, caso que llegara, o para contestaros con la verdad si acerca de mi pasado me interrogais; también porque todo el tiempo y toda la atención me los absorbía el trabajo, con mucha prisa por mi parte de terminarlo de uno u otro modo. Entonces habría lugar para todo. Ahora de mí os hablo lo preciso no más a fin de que mejor comprendáis en su proceso esta mi obra.

Un murmullo de aprobación siguió a este prólogo, sin duda pertinente; el óptico prosiguió:

—Procedo de una familia pobre y laboriosa, que me educó en el trabajo y en la severidad de principios y de conducta. Corrió mi juventud en el estudio serio de Letras y de Ciencias, conocimientos que pronto necesité para ayudar a mis padres, sin dejar por eso de aprender. La óptica me sedujo desde que la saludé; a ella hube de consagrar parte de mi aplicación en un Observatorio, porque en sus misterios encontraba hasta las delicias del recreo, que otros buscan en los placeres juveniles. Cuando ya esta rama de la Física tenía pocos secretos para mí tropecé con un profesional de ella, bastante excéntrico al parecer, bajo cuya dirección quise perfeccionarme; él me tomó afecto, pues era solo, y se propuso transmitirme todo su saber. Juntos trabajábamos primero en labores corrientes para el gabinete físico y el Observatorio elemental de algunos liceos o de particulares, mas para dos o tres comercios de óptica, lo que le proporcionaba desahogado sustento. Luego, cuando intimamos, me inició en otras labores, cuyo fin yo no adivinaba, secretas, complicadas, extrañas, de inventor... Un día me dijo: «Cree, hijo mío, que por aquí—y señalaba a varios aparatos—vendrá la gran transformación del mundo. No te asombres. Quien ha dado al traste con las supersticiones rutinarias, que si las dejaran mantendrían al hombre en la ignorancia de sí y del universo, no ha sido más que ¡la Astronomía!; pero tal obra no le hubiera sido hacadera si la óptica no le hubiese quitado los infantiles andadores.»

—¡ Ah! ¡ Bien por el maestro! Él sabía dónde les aprieta el zapato a las humanas preocupaciones. Proseguid.

—No dijo más por entonces ni me atreví a explorarle. Tiempo adelante él mismo depositaba en mí toda su confianza y me engolfaba en su secreto. Había dado con un procedimiento para aumentar la potencia de las lentes combinadas. Él fué el verdadero inventor de esos gemelos cuyo campo es tan amplio y que, ya generalizados, aun cuestan caros; pero necesidades pecuniarias le obligaron a vender parte del secreto conquistado. ¿Y qué? Él esperaba más y lo consiguió, siempre sobre aquella base.

—Es curiosísimo todo ello.

—E interesante.

—Bien. ¡No le interrumpáis!

—Conocida por mí la conquista, en ella trabajé con mi maestro. Adelantamos. Suyo fué el primer *ultramicroscopio* del mundo, perfeccionado meses antes de que otro óptico patentara el que todos sin duda conocéis, y obedecía al consabido principio. ¡Fatal coincidencia no esperada!

—¡Ah! Esto nadie lo sabe...

—Mi maestro no lo publicó; ¿para qué? Pero seguimos trabajando en la aplicación de la idea a los grandes anteojos astronómicos; esperaba de ellos el sabio... esto, lo que al fin se ha realizado aquí. Yo me entusiasmé con esta aspiración, la hice mía.

—Está comprendido el génesis de vuestra personalidad científica.

—Eso deseaba, señor director. Años pasaron sin llegar al resultado apetecido, cada vez, sí, más próximo. Ya entonces muy viejo, mi maestro enfermó. Viéndose morir, me declaró continuador de la

gran obra, heredero además de su saber, de sus talleres y de un capitalito regular. Todo eso fuí; mas no logré trabajar a mis anchas hasta que mi hermana y yo quedamos huérfanos. Ella casó con el hombre que amaba, rico y excelente sujeto; yo entonces me encontré libre. Con el sueldo del Observatorio de Chicago, la rentita de mi maestro, lecciones de Matemáticas y algunos trabajos fáciles me sobraba para vivir modestamente y sufragar mis estudios, que proseguía incansable con la fuerza de mi idea fija: las humanidades extraterrenas, la comunicación al menos con una de ellas, la transformación consiguiente. Sólo por acaparar una fortuna y gloria tal vez no me esforzara tanto, que de sobrados medios disponía para disfrutar de lo necesario y de algo más sin arrostrar las torturas y alternativas angustiantes del inventor.

—Comprendido; pero ¡todo eso es casi épico!

—Yo lo encuentro sencillo. Lo demás, lo sabéis. Iba mi obra muy adelantada cuando tuve noticia de esta fundación y de su fin.

—¡Ah! ¿Supisteis también...?

—Todo se sabe un día u otro en este mundo, mister Drebler querido; así lo ha dicho Jesucristo. Un secreto instinto me llevó a París. Sí; algo me decía que en tal institución estaba el terreno más favorable a mis propósitos y la facilidad de darles en seguida aplicación, sin tener que recorrer el mundo solicitando la atención de sabios y de Academias, largo calvario que me aterraba.

—Es, por desgracia, una verdad que he sufrido—dijo Drebler, casi a la vez que Listrade—. Pensasteis bien.

—Llegué a París; era tarde; logré ver e interesar a lady Killarney; me acogió, y aquí me tuvisteis. Con toda brevedad trasladé mi taller y enseres; me traje a ese pobre Bartlett, mi fiel ayudante desde ya hacía años, al que saqué de una vida abyecta y miserable; eso me lo agradece mucho, demasiado. Y aquí proseguimos silenciosos y con fe nuestra ya muy adelantada labor. El infeliz anda mal de ciencia; en cambio, como práctico pocos le aventajarán. Adivina mis pensamientos, es leal a toda prueba, excelente metalista, manos primorosas y lengua muy corta. En el pulimento, fundición, recocido y soldadura de cristales, no tiene rival. Moralmente, un monje, al que mi invento entusiasma; casi un dios me cree; y no dudéis que sin él...

—¡Admirable! ¡Admirable! ¡Y épico! Sí, ¡qué diablo!; muy superior a las majaderías de Eneas. Y decidnos—añadió Listrade—; ¿os quedaba mucho que vencer al venir aquí?

—Poco; un aparato rudimentario o de ensayo, que ya traía calculado y disponible, a pesar de su tosquedad; me ponía al principio la Luna bajo la mano, demasiado cerca... Después me trajo a Venus un poco borrosa. Así llegó a esta casa.

—¡Sapristi!—exclamaron varios a una—. Con sólo eso ya podíais haber dado a esta casa renombre imperecedero.

—¡Bah! ¡La Luna! ¿Para qué molestarse? Ahí no hay nadie; no he visto más que una vegetación exigua y una fauna digna de ella, bastante escasa. Si existen hombres, no aparecieron o estarán en el hemisferio que siempre nos oculta, lo que dudo mucho.

—De modo que la cuestión de si tiene atmósfera...

—Resuelta ; hay atmósfera en la Luna. Nada me importaba. En todo evento, ya iríamos allí. El que puede para lo más puede para lo menos, dicen los juristas. Yo, a lo más siempre. Con el mismo aparato, cuando lo tuve un tanto perfeccionado, pude ver a Marte en su apogeo (1), de una magnitud por nadie conseguida. No es rojo así observado. Los canales..., ¡ilusión! Bueno; tampoco me interesaba entonces. ¡Adelante! Y trabajamos aquí con ardor, pero serenos (el vértigo en las invenciones acarrea sus peligros), en la factura de este que veis, el perfecto; Venus era mi objetivo. Mucho deploraba no poder comunicaros mis graduales avances; la razón es hora de alegrarla; me ligaba una palabra solemne dada a mi maestro. No enterar a nadie antes de obtener algo muy grande, decisivo. ¡O mucha gloria o ninguna!

—¡Magnífico! ¡Vaya unos cuarenta años de edad bien aprovechados, Mr. Sawyer.

—Esto se debe, querido Pillsbury, a mi familia y a mis maestros, al último principalmente. Ello fué que, avanzando, avanzando, en cuanto un día tuvimos a Venus en el horizonte, ¡a ella! ¡*Hosanna!* Había yo calculado bien; unos pocos metros su superficie de nuestro ojo; en la distancia máxima de veinte a treinta metros y con perfecta nitidez. Hemos llegado, amigo Bartlett. Lo primero que vimos con el flamante catalejo fué un mar di-

(1) Distancia máxima de la Tierra.

latado, pero ningún barco; lo esperé tres fechas sin variar la puntería. Con otra nueva pudimos ver tierras, montañas, cascadas, enormes árboles y arbustos, aves, algunos cuadrúpedos más o menos parecidos a los de aquí, otros bien diferentes. Ni un edificio o siquiera un camino, un sendero artificial, prueba de existir el artífice. De haber allí hombres, ¿cómo serían?

—Interesantísimo todo eso...

—Para mí desesperante. ¿No habrá humanidad allí? ¿No existirá acaso en todo el sistema solar? ¿O debemos buscarla más allá de Júpiter, en las grandes lejanías que recorren Saturno y Urano? ¡Adelante! Sin embargo, afinemos aún lo posible los detalles del anteojo. El definitivo era ya el usado y con lentes insuperables. Nuevas enfilaciones, nuevos terrenos, un trozo de mar, dos lagos, todo solitario. ¿Está desierto el planeta? Imposible. Él ha de contener su escala de inteligencias, cuyo extremo superior sea por lo menos ¡el hombre! ¿En forma de... centauro o de ave? Creí un día ver algo como la forma humana. Temblé; se me erizó el cabello. La figura desapareció ligera. Otra vez, ¡oh, delicia! ¡¡Una casa!! Mas no; eran rocas que afectaban tal forma. Prosigamos. Y giré con minuciosidad el anteojo, que una fracción de minuto en su limbo graduado, ¡la de un segundo!, mudaría la visual en cientos de leguas. Así hasta que Dios, sin duda, me inspiró una levísima variante. Miro... ¡Cielo santo! ¡El edificio! Ahora no es ilusión. Las rocas no imitan ciertos detalles. ¡He triunfado! Los habitantes aparecerán ahora o luego o mañana. Fijemos la puntería esta. Bien; no

se olvidará. Ahora esperemos. *Ahí* es de día; *alguien* dará su fe de vida.

—¡Interesante momento!

—¡Lo indecible! Señores, no encuentro palabras con que expresar la intensísima emoción que me embargaba. Con ansiedad indescriptible aguardaba, reconcentrado todo mi sér. ¿Qué aparecerá? ¿La forma humana igual a la nuestra? ¿Una semejante más bella? ¿O menos? ¿Otra distinta de la terrestre? ¿Cuál podría ser? Mil divagadores han asignado a los planetícolas formas caprichosas. Los que han hablado de una distinta de la humana, más hermosa, más apta para superiores operaciones, no se han atrevido a delinearla. El hombre esférico, alado o no, ha hecho réfr. Yo, amigos míos, fuera de nuestra constitución física, no encuentro en lo animado algo más hermoso; si lo hay lo será con relación a lo absoluto, que está fuera de nuestra comprensión.

—Decís bien—interrumpió Listrade—. En buena filosofía, la belleza es una noción posterior a la sensación, no un concepto absoluto; es decir, no existe. Es tan bello el alacrán como el ave del paraíso, el brillo del oro como el color del cieno; todo natural, todo bueno, puesto que existe. La noción de lo bello, hija de la sensación de lo agradable, necesita un sér cognoscente y sensible; por lo tanto, es relativa, subjetiva, no se da sin ese ente y es varia, según las condiciones de él. Para la araña o para el escarabajo las de su especie serán las formas de mayor belleza.

—Conformes. Yo hubiera experimentado una gran decepción, un efecto aplanante, al saber que

el sér superior a todos los de Venus, el arquitecto de sus edificios, bellos según aquella muestra, era una esfera con tentáculos, o una foca alada, o un gorila con piel entre los remos y larga cola. Por el tamaño de la edificación había deducido la estatura del habitante: la misma nuestra. De aquí mi infinita ansiedad. ¡Qué momentos aquellos! Y esperaba, ignoro por cuánto tiempo; había perdido esta noción; pero no la esperanza. En efecto; involuntariamente, lancé un grito de sorpresa, de triunfo, no sé. El minero que tropieza al cabo de penosos trabajos con el ansiado filón de oro creo que no sirve aquí de término para comparar. ¡El hombre apareció! Digo mal: fué la mujer. De esas dos que visteis aquí anoche, la segunda. Se presentó sola bajo el pórtico, se detuvo, luego avanzó; la luz le dió de lleno... ¡Sublime espectáculo! ¡Una divinidad! El hombre de Venus había llegado, por lo menos, adonde las razas más puras de la Tierra. Fuese aquél su grado máximo o no, ya me era igual, puesto que la identidad de forma, la belleza, según nuestro concepto, estaba asegurada.

—Y algo más, querido; fortificada, ya que no confirmada, la presunción de que la forma humana terrestre es, por lo menos, la existente sobre todos los planetas habitados por seres de alta inteligencia, al menos en el sistema solar, digo yo.

—¡Eso! ¡Eso!—prorrumpen muchos de los circunstantes—. Es consoladora, Mr. Drebler, esa idea y... probable, sí.

—El cristianismo creará ver en su fundamento, observado sobre Venus, una razón potísima de que

no repugne a la naturaleza divina tomar nuestra forma.

—Las religiones, amigo Jobson, no están ahora sobre el tapete—dijo Listrade con glacial inflexión—; pero seguid, querido Sawyer.

—He concluído mi relato. Supondréis el final. Primero quedé como petrificado, atónito; luego, cual si una conmoción eléctrica me agitara, temblorosas mis carnes, de punta mis cabellos, casi cortada la respiración, me acordé de mi empresa y... de vosotros. Entonces, inconsciente, automáticamente, bajé hasta la sala. He ahí todo.

—Está bien, amigo mío. Ahora, si os parece, por vía de prólogo, mostradnos en líneas generales lo esencial de vuestro invento; que para esto nos hemos reunido.

—Con toda mi alma, querido jefe. Ya habréis oído hablar del novísimo *ultramicroscopio* que lleva el nombre de Siedentopf y Zegismundy, quienes coincidieron con mi maestro. Con ese instrumento se observan partículas de ciertas sustancias cuyo análisis se escapaba antes a todo microscopio; distingue corpúsculos de cuatro millonésimas de milímetro de diámetro, amplifica los cinco millones de glóbulos contenidos en un centímetro cúbico de sangre en tal proporción que llenarían así observados un espacio de seis metros de diámetro (un centímetro, seis metros; seiscientas veces más) (1). Los microscopios ordinarios no pasaban de cuerpos de tres diezmilésimas de milímetro el diámetro.

(1) Histórico.

—No he visto microscopio alguno como ese *ultra*—dijo el director.

—Ni yo—agregó el mecánico. Y con él otros afirmaron lo mismo.

—Esta noche, si queréis, llevaré al salón uno que tengo en mi taller. Pero prosigamos mi exposición somera. ¿Quién no conoce el sistema de multiplicación usado en el mecanismo de los relojes? Una rueda al girar multiplica por cinco, siete o diez la revolución de otra, que a su vez hace lo mismo con una tercera...

—¡Oh, qué idea!—exclaman todos a la vez—. Está comprendida en principio la base de vuestro invento.

—Lo esperaba de un concurso de sabios.

Todos se inclinaron hacia Sawyer.

—Se conoce—continuó éste—la potencia de un antejo, esto es, la de su combinación de lentes, dos, tres o más. ¿Por qué no hemos de intentar multiplicarla? Si lo obtenido es otra multiplicación, un aumento, *verbi gratia*, de cien diámetros, y por un sistema análogo a ese aumento, considerado como objeto, le agrandamos en otros cien diámetros de los ya adquiridos, el primer objeto se verá aumentado en diez mil, y si logramos una segunda multiplicación...

—¡Ah!, Mr. Sawyer, no prosigáis, ¡¡archiasombroso!!—exclama el director—; pero ¿existe ese medio?... ¿Y los conocidísimos obstáculos de la visión? La atmósfera con sus corpúsculos, las mismas imperfecciones de las lentes..., ya me comprendéis...

—Seguramente; pero suponed inventada una es-

peje de cristal hasta hoy desconocida, y otra de pulimento, más un sistema para soldar las dos piezas de toda lente : la de *crown-glass* y la de *fint-glass*, único medio de que no aparezcan irisadas las imágenes...

—¿Y eso obtuvisteis?

—Eso, lo que hubiera hecho felices a Clark y al francés Mantois, los dos ópticos hoy más famosos del mundo; los que tardan un año, dos años en hacer un gran disco de vidrio y convertirlo en lente a fuerza de fundir, recocer, moldear y pulir. Todo eso lo encontró mi maestro y yo lo hago pronto.

—¡Gloria a él!, ¡hurrah!!

—Sonará la hora de que yo declare al mundo su nombre: no quiero más fama que la justa. Sin él yo nada sería; mas todo vendrá a su tiempo; oídme aún, que poco resta. Lo feliz de esta base de las multiplicaciones lo probará un hecho que desconocéis por llevar aquí año y medio apartados del mundo y entretenidos en fatigosas tareas de *hacer Observatorio*. A mi noticia llegó providencialmente en un número de cierto semanario científico, recibido con una carta de su director, mi antiguo discípulo, al tanto de mis aficiones. Oíd un párrafo del artículo; eso basta para nuestro objeto.

Sawyer sacó del bolsillo un impreso y leyó:

«El astrónomo inglés Elmer Gates ha inventado un aparato que llama *telemicroscopio*, el cual, combinado con los telescopios ordinarios, agranda de una manera sorprendente, hasta ahora no soñada, los cuerpos celestes. Los experimentos hechos en el Observatorio de Greenwich con un objetivo de

22 centímetros (ya veis, señores, que no es gran cosa; menor que el nuestro y... que el mío) han dado un aumento de 25.000 diámetros. Según cálculos del inventor, ya comprobados, la luna podrá ser vista a la distancia de 10 kilómetros (dos leguas)...» (1).

—¡Cáspita! ¡Cómo se trabaja en óptica astronómica!...

—Eso me inquietaba, que alguien se me adelantase. Como veis, se trata ahí de una multiplicación de la potencia conocida del instrumento. Por eso yo os decía, Mr. Listrade, al parecer, en chanza, que al antejo grande que vosotros usabais yo le haría alcanzar extraordinariamente.

—Sí, lo recuerdo; me reí como un majadero, y vos de mí os reiríais allá para vuestro capote.

—No tal; esas incredulidades se explican muy bien; ¡yo las he experimentado tantas veces!

—De modo que desde hoy, para las observaciones enorme será el campo... ¡Vaya un Marte, un Júpiter, un Saturno, unos *asteroides* como Eros, unos satélites como Endymion, que podremos estudiar!...

—Sí, amigo Jobson; en su día, no sabemos cuándo, porque ahora, en cuanto dominemos el manejo de ese antejo, ahí callado, no habrá para nosotros más cuerpo celeste en el Universo que Venus; sobre él todas nuestras fuerzas sistemática y tenazmente hasta lograr... lo que se logre, ¡el gran fin, señores!—dijo el director—. Continuad, pues, Mr. Sawyer.

(1) Histórico.

—He terminado mi introducción. Si lo permitís, encenderemos los cigarros ; diez minutos de reposo, y entraré en la parte rigurosamente científica de mi invento, preparatoria de la práctica.

Esta labor ininteligible para nosotros, profanos, poco o nada nos interesa ; ni su lenguaje o jerga comprenderíamos ; sus efectos, ya los disfrutaremos. Salgamos de la torre, pues tampoco nos vendrá mal un ligero descanso que nos disponga para las novedades que nos esperan.

## VIII

### CONJETURAS Y COMENTARIOS

CERCA ya del crepúsculo descendían de la torre los astrónomos y sus auxiliares técnicos muy animados, un poco menos intranquilos que al principio: se iban habituando a la nueva situación. El espíritu del hombre a todo al fin se acostumbra, por extraordinario que sea.

Hablaban con viveza, expresaban sus rostros el interés que a cada cual movía, y al acaso distribuidos en grupos dirigíanse muy despacio a sus respectivas habitaciones, se paraban a lo mejor, andaban unos pocos pasos por aquellas galerías, entonces desiertas, donde nadie podía enterarse de lo que hablaban, y volvían a pararse, como si lo que iban a decir esto exigiera.

—Nada; lo de siempre en todo invento: una ni-miedad, en la que nadie habría pensado, y que, ideada por uno, luego a todos parece la cosa más obvia, como a los famosos comensales de Colón. ¿Y no era más que eso?, dice la gente; eso hemos dicho también nosotros.

—Pues algo era lo que nos ocupa, amigo Jobson. Se dice muy pronto multiplicar, elevar a la N potencia una imagen ya de aumento, sumnistra-

da por una o dos lentes; luego, aumentar ese aumento... Reflexionad que la imagen, donde tiene su tamaño, ya agrandado, es en nuestro ojo; Sawyer la multiplica cuando ha pasado de la lente productora y la lleva a la retina en su ampliación máxima posible; ahí estaba la dificultad.

—Lo reconozco; pero ya lo habéis visto: resuelta por medio de una nonada. ¿Quién lo imaginara?; ¡oh, manes de Galileo!

—Y luego, querido, ¡vaya un campo de anteojo con tan poca abertura, relativamente, y no mucha longitud del tubo! No extraño ahora que abarcara a Marte en magnitud extraordinaria, bello grandor... ¡una enormidad!

—Lo maravilloso—intervino Listrade—es la limpidez de esas lentes (1); ¡ideal, ideal!; y con la atmósfera tan pura de este sitio del Colorado, la visión había de resultar un portento.

—Bien, señores; ya lo tenemos; el manejo no lo veo tan difícil como creímos al principio. Ese hombre es un prodigio de previsión, y sus aparatos lo son de exactitud y facilidad; dígalo su anteojo de pasos.

—Sin embargo, Listrade, ya oísteis que no está contento; desea más precisión, se queja del fabricante de New York; ¡si pretenderá suprimir los inevitables *errores de instrumento* y los cálculos a que ros obligan a todos los astrónomos del mundo? Ya lo dijo Brunow en su *Astronomía esférica*: «Jamás el constructor de aparatos dejará contento al astrónomo: es un imposible.»

(1) Forque en los anteojos los grandes aumentos disminuyen la claridad.

—Pero quien ha llegado hasta donde Sawyer puede pretenderlo todo.

—No lo dudo; mas con su anteojo, y dado el uso a que lo destina, creo que tanta precisión... Para enfilar una estrella de cuarta magnitud o un borde de planeta, poca es toda exactitud; venga el *retículo*, y muy calculado; usemos los *colimadores*, el baño de mercurio...; nada basta; pero ya con las tierras de un mundo a veinticinco o menos metros, el retículo sobra, se abarca un campo tan extenso...

—Ya; pero un segundo de desviación en la puntería os traslada a quinientas leguas, ¿qué digo?, a mucho más de aquel campo: ¡rápido viaje! Habéis podido observarlo esta tarde con el anteojo imperfecto o primer modelo en bruto, el borrador, podríamos llamarle, que tiene igual potencia.

—Y bien que nos ha servido para empezar a enterarnos del mecanismo del definitivo. ¿Adónde iremos a parar? ¿Qué nos aguarda?...

Otro grupo tomaba las cosas por distinto lado.

—¡*Tableau!*—exclamaba M. Fontignan—; ¡al diablo todos los medios inventados para la comunicación interplanetaria!, las figuras geométricas gigantescas para ser vistas desde Marte y que los marcianos hagan con canales otras semejantes en señal de que nos han entendido. ¡Qué ridiculeces imaginan algunos sabios!

—Reconoceréis que no iba a ser eso privilegio exclusivo de los tontos: hay necesidades científicas también.

—Lo reconozco, amigo Pillsbury, lo reconozco; pero es que algunas... A esos ilusionistas les he

dicho mil veces: ¡No!, con figuras geométricas nada se lograría; los números, los números...

—Pero..., grandecitos, ¿eh?, de cincuenta leguas de eje. ¿Y cómo decirles a los del mundo vecino, puesto así al habla, el valor de cada cifra y la base de nuestro sistema de numeración?

—¡Ah!, por medio de puntos cerca del respectivo número.

—Decid de inflamadas pirámides de Cheops, o cosa así; ¡gigantescas piras!

—Bueno, desahogad vuestro humorismo; sabéis que me regocija. Insistió en que los números...

—¡Ea!, pues yo os aseguro que no dicen apenas nada. ¿Cómo les haríais entender a los marcianos o a *nuestros* venerienses, con puntitos como el Himalaya, el oficio del cero?

El mecánico y dos ayudantes que formaban parte del grupo no pudieron contener una carcajada.

—Del cero y del sistema y de todo daría yo medios comprensibles al mismo Neptuno—repuso Fontignan algo picado.

—A Neptuno, el acuático, desde luego.

—Al planeta, digo; expresaría todas las ideas, puesto que en la creación todo es cantidad.

—¿Sí? Expresad, no a Neptuno, a los aquí presentes, por medio de ese lenguaje, que la cara del conserje es una mezcla de Mefistófeles y de Pierrot...

Nuevas carcajadas acogieron esta salida. Fontignan se encogió de hombros.

—Señores, en serio—dijo Mr. Whyte, el inglés mecánico en jefe—; lo evidente es que todos los medios ideados no pasan de niñadas. Ya tenemos

asegurada la visual. Suponed la recíproca: Venus también nos ve; en ese mismo edificio poned otro antejo; entramos en relaciones; ya no hay que trazar con llamas figuras geométricas que ocupen leguas: objetos del tamaño de una sombrilla se hacen visibles distintamente...

—Comprendido—interrumpió Pillsbury—; estaríamos todo un siglo enseñándonos círculos, cuadrados, rombos, imágenes de seres animados o inanimados, si fuera posible, con el letrero debajo en cualquier lengua; nos pondríamos nosotros mismos a hacer visajes en la terraza y... no llegaríamos a transmitir ni a coger de esas gentes más que un cortísimo número de ideas, todas burdas, ¿no es eso, maestro?

—Exactamente, sir Ricardo. Yo iba a decir que, en cambio, con sólo ir inspeccionando primero nosotros, después varios Observatorios, ya instruídos y pertrechados, los lugares habitados de Venus que pudiera cada establecimiento alcanzar con diversas punterías, sin otro auxilio y aun no siendo desde allí vistos, en poco tiempo habríamos conocido más costumbres, ideas, vida y alma de esa humanidad que en cien años de recíproco intercambio de signos gráficos y de batimanes.

—Pensáis como un sabio, querido, y no se os ocultará que ese es el camino; así lo ha insinuado nuestro director; yo no veo otro ni nadie...

—Lo que todos ven—interrumpió con timidez el ayudante Gregson, también inglés—es que hay una inmensa laguna, que nos falta el medio de hacernos en Venus presentes; quiero decir, de llevarlos a la seguridad de que los observamos tan de cerca.

—¡Oh!, eso sería el supremo desiderátum—exclamó Fontignan.

—¿Ahora os contentáis con tan poco? Reflexionad, primero, lo que ha dicho, y muy bien, el señor Gregson; después, que en Venus se disponga de medios para entrar a igual distancia (menor, ¿para qué?) en relaciones con la Tierra; tras de esto, que nosotros lo sepamos e intentemos llamar su atención; por último, conseguido tal éxito, que nos hicieran caso y comenzara la comunicación.

—Y ni aun así el supremo ideal sería alcanzado—insistió el mecánico—. Todavía nos restaba un medio que no puede suministrar la óptica. De manera que las relaciones adolecerían de imperfección. Por lo tanto, estoy con Mr. Brigham; por ahora, observar; adelantemos lo posible, conservando el secreto, para que no nos perturbe el mundo con su curiosidad, pues de cualquier modo, la gloria de esta casa y el ideal de su institutora están logrados; y cuando lo creamos oportuno los notificaremos y sobrevendrá el asombro universal. En suma, que sólo con la tarea de observadores tenemos para rato allá arriba, lo mismo que en todas las dependencias técnicas de la casa; y en la sala de reuniones, discusión larga y tendida sobre las dificultades de nuestra posición respecto de los habitantes de la Tierra y además sobre los medios de intentar comunicarnos con los de Venus con esos medios logrados; ¿quién sabe?, observándola. No podemos prever lo que de allí nos vendrá, introducido por el anteojo a través de sus cristales...

—¡Mucho, mucho!—exclamaron todos—, no vemos otro camino...

Mr. Villougyby, muy contento, decía a los que formando otro grupito le acompañaban:

—Muy curioso el anteojo, vista su extremidad más ancha por la parte exterior de la torre, ¡magnífico objetivo, por Cristo!

—Fué buena la idea de Mr. Sawyer, hacernos salir al ándito que rodea por fuera la torre para examinar así el extremo saliente del anteojo. ¡Y yo, que, allá en mis cálculos y previsiones conmigo solo, esperaba que el instrumento fuera un telescopio!...

—¿Por qué, amigo Barton?

—Como ayudante que he sido, antes de venir aquí, en California, traía la impresión de la superioridad de los telescopios.

—Tienen sus ventajas y también sus lunares; en fin, ya lo habéis visto: un anteojo ha sido el causante de todo esto (1).

—Y muy claro que ve. Esta tarde, Venus, con el Sol aun casi sobre el horizonte, aparecía magnífica en nuestro cielo. A simple vista, desde el ándito, era admirable. Todos nos hemos fijado en ella con delectación.

—Sí, mirándola ya como tierra conquistada, ¿no es así, querido Lowe? Y le han dirigido algunos no solamente la mirada, sino los puños, como diciéndole: Ahora te conocemos algo: pronto nos veremos las caras...

—¡Ja, ja!, ha sido gracioso; pero más lo sería que desde allá nos estuvieran contemplando, por-

(1) En igualdad de dimensiones, los anteojos tienen más potencia que los telescopios.

que dispongan, más adelantados que aquí, de medios expeditos; y en tal caso, ¡cómo se habrán reído de nosotros, aun no dándose cuenta de que a su mundo nos dirigíamos!

—Todo esto vendrá a parar—dijo otro ayudante, Evans—en que el fotógrafo va a tener mucho trabajo: un sin fin de vistas del terreno y de retratos de habitantes de Venus. Y ved por dónde, si con esas gentes llegáramos a entendernos, nuestras personitas irían a figurar retratadas en su mundo y saldríamos en sus periódicos ilustrados: allí habrá algún *New York Herald*, creo yo.

—¡Quién sabe lo que habrá... y las sorpresas que nos aguardan! Desde luego contad con los dibujos y acuarelas que hará Mr. Pillsbury sueltas y en el libro de actas que se reserva, copia del oficial, que va escribiendo desde que está aquí y hace de secretario.

—Sí que tendrá que ver. Yo creo que el día de mañana esas son las actas que en forma de obra en varios tomos debiéramos publicar, con dibujos y todo.

—Es que tienen caricaturas. Como trabajo privado, en él desborda su autor la fantasía de artista sin freno alguno.

—Tanto mejor: todo lo serio debe estar amenizado para hacerse más grato.

—No creo que con lo que se nos viene encima le quede humor para esos entretenimientos.

—¿A ése? En medio del suceso más terrible e inusitado sacaría su lápiz para fijar impresiones. Dios le ha hecho así, y lo celebro, porque nos alegra aquí un poco la vida...

—Bueno, amigo Drebler. Hemos quedado al fin solos Mr. Sawyer y nosotros dos: cambiemos impresiones en *petit comité*. ¿Qué pensáis de todo esto?

—Tantas cosas, sir Jorge, que no sabría por dónde comenzar a referirlas. Esperanzas, alegrías, previsiones y... miedos. Aquí los tuve siempre; ahora, más, y han cambiado de índole. Me estoy acordando de aquel semidiscurso que nos dirigisteis en vísperas de la inauguración de esta casa, cuando aun no había llegado a ella ese tarambana de Ricardo...

—¡Ah, sí! Hablé con absoluta franqueza, ¿qué otra cosa debía yo hacer? Señores, dije, todos nos hallábamos en la desgracia, el que menos, en posición inferior a su mérito. Una hada bienhechora nos ha sacado del atolladero, nos ha traído aquí, nos rodea de comodidades, nos asegura la vida honrosa y desahogada, y en caso de que alguno quiera irse aún ha prometido que le ayudará. ¿Que el objeto de su proyectó es una ilusión? Soy el primero en inclinarme a creerlo...

—Entonces yo—le interrumpe Sawyer—os dije que estabais en vuestro derecho; pero ¡cuidado!, la palabra imposible no se encuentra en el Diccionario de los verdaderos hombres de ciencia como vos, como todos los aquí reunidos; yo tengo esperanzas; mas hoy no puedo asegurar otra cosa sino que las creo fundadas.

—Y me alegraría más que nadie, os contesté, que se realizaran. Entretanto, lo positivo es lo positivo. Para el objeto de lady Killarney todo este material aquí reunido, todo el existente en el mundo

entero es inútil, y nuestra ciencia... también; pero no tenemos a nuestro alcance cosa mejor, e indudablemente, sin discusión, que no admitiré acerca de este punto, sobre nosotros pesa el deber moral de trabajar asidua, honrada, lealmente, para el fin que se propuso quien nos paga con esplendidez. Ilusa o no, es una gran alma generosa; no tomar en serio su propósito y sí sus beneficios, propio sería de gentes despreciables. Obtengamos o no resultados, y repito que lo dudo, señores, esto es un Observatorio destinado a estudios planetarios, y éstos vamos a practicar a conciencia, no porque en ellos nos venga a acompañar un deudo de lady Killarney, perfectísimo caballero, obligado a velar por los intereses de esa dama: aunque él no viniera hemos de trabajar sinceramente, ocurra lo que ocurriere; yo, director, lo anuncio, lo exigiré, seré inflexible en eso. Quien no opine así, que desfile, porque será incompatible con los demás.

—Y nadie desfiló, querido; todos admiramos vuestra rectitud, y ya veis que hemos trabajado año y medio como unos hombres.

—Lo que os agradezco, ya vos lo sabéis, con toda mi alma. Al presente, son también lazos de afecto los que nos ligan; nos hemos tomado cariño, felizmente lo diga; ni una discusión, ni un disgusto, y los trabajos van como debieran o mejor: la fe era la que faltaba, ¿por qué negarlo?

—Yo—dijo Sawyer—bien lo conocí siempre. ¡Oh!, me decía, ya los sorprenderé; me creen excéntrico, pero no me ponen obstáculos, puedo trabajar: Dios hará el resto.

—Y lo ha hecho, démosle gracias; pero aquí de

los miedos de nuestro querido sir James, mi segundo.

—Y los míos, señor director; sí, los tengo como nadie...

—Pues me sucede lo mismo.

—Bien; eso no nos absuelve de la obligación de trabajar ahora más que nunca, y ya animados por la fe, digo mal, por la evidencia, ¿cuál, pues, en síntesis, es vuestro pensamiento fundamental?

—Muy sencillo: concluiremos, porque es indispensable, lo poco que nos resta para dejar el Observatorio en condiciones normales, como otro cualquiera, labor en que alternaremos, por supuesto simultaneada con la observación de Venus, y en adelante a nuestro objeto exclusivamente; ninguna otra tarea astronómica no relacionada con el fin primordial, que es también nuestro deber. Esto pienso yo, salvo los pareceres ajenos, que oiré con mucho gusto.

—El parecer mío es idéntico al vuestro.

—Digo lo mismo—apoyó Mr. Sawyer—, y creo que todos los restantes opinarán al unísono de ese criterio.

—Entonces no hay más que hablar por esta tarde: a la noche nos veremos a fin de tratar de algunas contingencias... ¡Son tantas las posibles!...

En esto llegaron M. Fontignan con Pillsbury, While y Gregson por un lado; Villougby y los ayudantes por otro; así, vinieron a juntarse otra vez todos ya cerca de las habitaciones que los esperaban.

—¿Contingencias decís, querido director? ¿A qué no adivináis vos, ni todos los presentes, cuál

estoy pensando que va a ser la primera, la más general y ruidosa de este descubrimiento, en cuanto sea conocido?

—La destrucción de todas las preocupaciones de este mundo—repuso precipitado Fontignan.

—¡Qué disparate, amigo mío! Siempre con vuestra... preocupación de hombre sin ellas...

—No va tan descaminado—dice Listrade—; puede venir de allá la demostración de que estamos creyendo muchas mentiras útiles a los explotadores...

—Otro que barre para adentro.

—Pues yo creo—dice Jobson—que resultará confirmado el espiritualismo...

—¡Ta, ta, ta! Veo que nadie se ha puesto en lo firme, ¡y es tan sencillo!... Allá va: lo primero de todo será un cambio en las modas de las señoras, que vestirán, se adornarán y se alhajarán a la *dernière* de Venus, vistas las fotografías de allá que extenderá la Prensa ilustrada. Y eso se hará con la universal obediencia que no obtienen ni el Papa ni jefe alguno religioso, político o lo que sea, pues ninguno se puede envanecer de que le obedezca todo el mundo, y Su Majestad la Moda, sí. Apuesto la cabeza.

Todos, hasta el director, rieron la ocurrencia, que, a la postre, entrañaba un pronóstico bastante racional y seguro.

## IX

### CUESTIONES DE SEGUNDA CLASE Y UN SUSTO DE PRIMERA

TRES días pasaron nuestros diez y seis amigos dedicados al asiduo trabajo de ensayos o manipulaciones en el antejo tosco o borrador de Sawyer, que ocupaba el penúltimo piso de la torre; así emprendieron el uso del otro, que continuaba situado en la misma enfilación o puntería: no era cosa de perderla, cuando tan feliz había resultado.

Al mismo tiempo se alternaba en las tareas últimas de hacer Observatorio, y durante las reuniones frecuentes se discutían los hechos experimentados y las contingencias posibles.

Quedó resuelta la cuestión tan antigua de si Venus tiene un satélite, como sostenía Cassini, que creyó haberlo visto en 28 de agosto de 1686, y no se había llegado a comprobar, aun después de los trabajos de Lambert. No, no tenía Venus tal satélite o cortejo: Sawyer lo hubiera visto. La densidad de la atmósfera tampoco era tanta como se había calculado, y de todos modos no entorpecía la potencia del antejo. Que Venus vive sumergida entre densas nieblas, como han dicho tantos, no pa-

saba de precipitada conjetura, hija de observaciones con instrumentos de corto alcance.

Otra cuestión quedaba en pie: ¿Por qué Venus no se ve desde aquí en pleno día, dos a tres horas (según la distancia angular) antes o después del crepúsculo, más que cuando el sol ilumina menos de la cuarta parte de la cara que el planeta nos presenta? Nunca se ha podido explicar, y Sawyer, conocedor de este enigma, no se cuidó gran cosa de aclararlo, porque su objeto era otro: la aproximación del astro; luego, inspeccionarle la superficie en busca del habitante.

Se habló de condiciones de habitabilidad. Realmente, ésta no era cuestión. Que la temperatura máxima de Venus fuera o no de 66 grados, como se cree, y doble la luz que recibe del Sol, al que ve también dos veces más grande que los habitantes de la Tierra; que en Venus, cuya densidad es un poco menor que la terrestre, los cuerpos caen con una poca, muy poca, menos velocidad sobre el suelo (4,90 metros en el primer segundo de caída); que el hombre terrícola, término obligado de comparación en todos estos cálculos, en verdad no muy seguros, no pesaría lo mismo en Venus que aquí, y que en Júpiter pesaría ¡catorce arrobas!; que sea Venus un paraíso, como lo describió Bernardino de Saint Pierre, o que sea un horno, a juicio de muchos modernos; más joven que la Tierra o mayor en edad respecto de ella; todo esto, en parte, importaba muy poco, puesto que nuestros astrónomos no habían de trasladarse allá, ni los venerienses aquí (en cada medio, los que viven, adaptados se hallan, y ya se las componen para

pasar la existencia), y, en parte, quedaba o rectificado o confirmado por el anteojo de Sawyer.

Un punto, puramente astronómico, sí que salió a colación, era inevitable: ¿en cuál latitud de Venus y en cuál vaga longitud respecto del centro del hemisferio que el planeta nos estaba presentando se encontraban el país y el edificio que permitía ver el anteojo?

—A los 48 grados próximamente de latitud Sur—contestó en seguida Sawyer—; la longitud... más cerca del borde izquierdo que del centro del disco a la vista (1): todo esto... impreciso, ¿eh?

—¡Ah!, muy bien. ¿Os servisteis del retículo? No hay mejor amigo.

—Me he valido de otro recurso especialísimo, porque tiempo habrá para los cálculos muy precisos—repuso el inventor.

Trataron de las montañas, tan altas, según algunos, que llegan a medir ocho leguas, una enorme desproporción con el tamaño del planeta (su diámetro 0,98 del de la Tierra; su masa 0,89 de la nuestra; su densidad, 0,92). Según otros, no es tanta su elevación. Sawyer lo había comprobado antes de acercarse tanto al astro, con su anteojo; alturas considerables, sí que vislumbró; tanto como se creía, ninguna.

Pero, ¿qué importaban estos particulares ante la magnitud del descubrimiento de una humanidad algo diferente de la de aquí, a juzgar por las primeras muestras, más exquisita y depurada, perfecta o

(1) Venus, como se verá en el capítulo XII, tiene fases: creciente, menguante, llena, etc., como la Luna; las ha dibujado Perrotin admirablemente.

poco menos con relación a nosotros? Viviría como pudiera en las condiciones de su medio; pero vivía y era inteligente: he ahí lo principal. ¿Su grado de capacidad intelectual y su cultura? Era el postulado a resolver, si había medios, y el anteojo muchos podía proporcionar. Por los actos se colige la civilización. ¿Humanidad distinta de la de nuestro globo? Seguramente; distinto es el esquimal del europeo; mas la *especie*, no; los dos son el *hombre*: éste había sido hallado en Venus; todo lo demás se empequeñecía, se anulaba, ante victoria tan asombrosa.

Indudablemente, la zona enfilada por el anteojo debía ser magnífica, un trópico del sur, ni tan ardiente como el Ecuador, ni tan frío como los polos, aunque en los de Venus no se forma el hielo porque no hay tiempo; las estaciones del planeta duran unos dos meses de los nuestros (1), y como la inclinación de su órbita es grande, 49 grados con su Ecuador, y el Sol alcanza sobre el horizonte alturas considerables, hasta de 71 grados; aunque se verifiquen cambios algo bruscos en las temperaturas, la humedad de la atmósfera, su espesor, la gran cantidad de luz, que es calórico, y probablemente la naturaleza del suelo, como permitía suponerlo la vegetación observada, tan lujuriente, suavizarían sin duda hasta en los polos, ¡y cuánto más en los trópicos!, las condiciones climatológicas. Los ropajes, un tanto ligeros, de los pocos habitantes ya vistos, permitían esta conjetura.

Se había vuelto a verlos, más a algunos otros, y

(1) Cincuenta y seis días de los suyos próximamente.

no se observó mucho porque un nublado seguido de lluvia mantuvo el cielo con nubes casi dos de los tres días, que aprovechó Sawyer para aplicar, como había prometido, su aparato amplificador de potencia al anteojo ecuatorial de la gran torre, que así podía ya competir con el famoso de lord Rosse, lo mismo que con los posteriores a él y aventajarlos más de lo que los astrónomos se habían figurado; pero ya nada los asombraba en cuestión de óptica.

Así pasaron tres días. En el cuarto, a la hora del medio día, Sawyer anunciaba al director que había concluido todas las operaciones que le correspondió practicar; dispuestas quedaban las cosas en el Observatorio para los trabajos que pudieran ser necesarios en ambas torres.

Aun estaban hablando sobre esto, cuando se presentó el mecánico en jefe. Todo lo que era de su incumbencia se hallaba también a punto: el fotógrafo había recibido orden de prepararse para labores extraordinarias, y en aquella mañana dió parte al mecánico de tenerlo todo listo en sus talleres.

Ya salía de la sala, donde recibiera al óptico y al mecánico, y se dirigía a su habitación para almorzar, cuando le detuvo después de hacerle una extraña reverencia medio militar, medio de sociedad elegante, su ordenanza especialmente a él destinado, aunque servía para otras muchas cosas, el buen Henoch Mureber, personaje un tanto singular, con quien hacemos ahora conocimiento. Era inglés y, como ya hemos dicho, habíalo recomendado muy encarecidamente lady Killarney al director, que llegó a estimarle mucho.

—¿Qué hay, Henoch?—le preguntó Mr. Brig-

ham amablemente, aunque algo preocupado, porque le conocía bien y estaba seguro de que sin una razón de algún peso no se hubiera atrevido a abordarle; tan respetuoso como serio se mostraba con todos, y algo más aún con él.

—Hay, señor—repuso el ordenanza plantado—, que noto cierta agitación en toda la casa, principalmente entre las señoras. No se trata de diferencias o cuestiones: aquí, afortunadamente, no se da eso; es un cuchichear, un secreteam..., conversaciones reservadas, corrillos, miradas de inteligencia, frases que parecen convenidas y mucho recatarse. He notado que espían y a la vez tratan de sonsacar, no vislumbro acerca de cuál cosa, a los hombres; calculadores, fotógrafos, administrador, conserje, mecánicos; y ellos, a su vez, han comenzado desde ayer a cabildear entre sí; las mujeres les han transmitido algo que sin duda a ellas les preocupa.

—¡Bah! Cualquiera bagatela. Mucho ha observado usted.

—No tanto, señor; no me agrada esa tarea, ni para ella sirvo, aunque, por necesidad, fuí dos años policíaco en Londres; ni quisiera hacerme sospechoso aquí. Todo eso lo he podido observar así... al descuido, sin pretenderlo; mas al cabo he llegado a creer que acaso haya aquí algo digno de vuestra atención..., y por eso me he atrevido a molestaros. Perdonad si...

—No, no, Mureber, está bien; podéis quedar seguro de que no diré a nadie que me habéis prevenido, y, además, no echaré en saco roto la advertencia. ¿No hay más?

—¡Oh! Sí que hay, señor; sólo que... no me atrevo... tal vez un error mío...

—Hablad, sea lo que fuere—exclamó el director, algo impaciente.

—Creo que haríais bien mandando vigilar las torres. Aún no hace una hora que limpiando la escalera de la menor, la de Mr. Sawyer, como se la llama, he oído en el interior unos golpes secos, metálicos, muy extraños y repiquetear luego la campanilla del teléfono.

—Estaría Mr. Sawyer dentro.

—Ni él, ni su ayudante; éste se ha ocupado toda la mañana en ultimar el arreglo de sus talleres, como si fuesen a quedar inactivos; ya lleva así dos días. Todo lo pone en orden, lo clasifica, lo empaqueta, lo guarda muy limpio, sí; parece aquello otra cosa que antes. No ha salido de esos sitios hasta ahora para ir a almorzar; ya sabéis que come con su señor. Cuanto a éste, en toda la mañana ha subido más allá de la galería... y gran parte del tiempo lo ha pasado en la otra torre, y luego aquí abajo.

—Tenéis razón, yo le he visto antes de que me hablara, y sé también que había estado largo rato con Mr. Dreblér, entonces...

—En la torre, parecióme que no había nadie..., de la casa al menos. La puerta cerrada con llave; por el ojo de la cerradura no vi a nadie; pero ese agujero no descubre más que un espacio corto. El timbre del teléfono..., sí, pudiera alguien llamar desde abajo, lo que no sucedía, creedme, lo he comprobado.

—¡Diablo! ¿Qué decís?

—Con prudencia he podido averiguar que en todo

lo que va de día nadie ha usado el teléfono comunicando con las torres, y menos con esa. Pero... más, mucho más me han alarmado los golpes secos a intervalos iguales.

—No sé qué pensar. ¿Qué supone usted?

—Señor, en concreto, nada; he dado mil vueltas a mi cabeza; no sé, no sé; cabalmente por eso he venido.

—Pero el buen ayudante de Mr. Sawyer, o este mismo, ¿no habrán dado la llave de esa torre a alguien?...

—Ni lo acostumbran, ni tal cosa han hecho; también lo sé. El astrónomo y óptico no ha permitido aún a nadie entrar ahí, y en estos días, los primeros en que ese lugar es visitado por otros señores, éstos han entrado y salido siempre con él.

—¡Henoch! ¿No estaría usted soñando?

—Despierto y bien; mis oídos no me engañan. Dos golpes..., un intervalo..., después, tres golpes..., luego, repiquetea el timbre; vuelve a hacerlo dos veces..., otro intervalo, tres repiqueteos breves... ¿Si me engañaría yo en esto? No es posible: ¡cuando he venido!...

—¡Ya, ya! ¡Poder de Dios! ¿Qué podrá ser ello? No acierto, no... En fin, alguna pequeñez, cualquier contacto...

—Lo he pensado; pero los golpes esos... ¿Y si os dijera que creí escuchar dentro una voz extraña que no es ninguna de las de casa? Esto me puso el cabello de punta, lo confieso, y descendí corriendo a informarme sobre si el teléfono...

—Soñáis, Mureber, ¡ea!

—Señor, no; la voz no os aseguro que hablara

dentro, tal vez fuera, y llegaba a mí desfigurada; pero el timbre y los golpes... ¡ah!, de eso os respondo con mi pescuezo.

—¡Basta! Yo indagaré. Entretanto, ¡silencio absoluto!, aun conmigo, si hay otra persona presente; en tal caso, una seña, la mano sobre el pecho, y yo le llamaría; ¿me entiende bien?

—Perfectamente, sire.

—Pues, ni una palabra más. Siga usted atento, sin que se lo conozcan, y ya veremos. Las mujeres no me dan cuidado; pero eso de la torre. ¡Ea! A almorzar tranquilo, ha cumplido usted con su deber.

El inglés hizo otro saludo y despejó. El director dirigióse pensativo a sus habitaciones. Dados su cargo, su responsabilidad y cuanto estaba ocurriendo, motivos de perplejidad no le faltaban.

A eso de las cinco y cuarto de la tarde, presentes en la sala que ya conocemos bastantes de los diez y seis partícipes del secreto, Mr. Brigham, que había dado algunas disposiciones para proseguir los trabajos de observación sobre Venus, preparábase a comunicar a dos de los técnicos el incidente de la torre de Mr. Sawyer, lo que no sabía era cómo ni por dónde empezar. Estaba decidido a no nombrar a Henoch; tenía sus razones.

Como para tomar fuerzas en una tregua, sacó un cigarro, pidió fuego a Mr. Listrade, porque le tenía más cerca y enfrente; encendió, y ya se disponía a comenzar, no sin rodeos, su comunicación, cuando se oyó un fuerte grito cerca de la puerta.

—¡Sir Pablo! ¡Sir Pablo! Salid al instante, os ruego; ¡salid!...

Miráronse todos sorprendidos. Sawyer, el así lla-

mado, lanzóse fuera, pero no solo; tanto había alarmado aquella voz a los astrónomos por su extraño acento de angustia, que algunos, el director entre ellos, y su segundo, también salieron.

El que había gritado era Bartlett, el ayudante y discípulo de Sawyer: allí estaba agitadoísimo, con el cabello erizado y demudada la faz, descompuesta por el terror. Al ver a su jefe, alzando una mano gritó:

—¡En la torre hay gente extraña!; dan golpes, suena, el timbre del teléfono y alguien habla. Una voz desconocida, rara, misteriosa, en un inglés pronunciado y acentuado singularmente... ¡la he oído!, son extranjeros.

Estupefacción general. Todos rodean al óptico ayudante y hablan a un tiempo.

—¿No os dejaríais abierta la puerta?—interrogó el director, dominando la batahola de voces.

—No, sire; la llave está aquí, y no hay otra. Desde que sir Pablo, cuando salió y cerró ayer me la entregó, no la he perdido de vista. De la casa no ha entrado nadie, estoy seguro, ¿y para qué?, ¿ni cómo?, ¿escalando por fuera? No; no.

—Pero... ¿por qué no entrasteis?

—Subía yo para dejar arreglado un detalle del antejo, y, cerca ya de la puerta, oí repiquetear la campanilla. ¡Hola! Me llaman creyéndome ahí; pero, ¡si no lo acostumbran! ¡Si ese teléfono jamás se usa! ¿Qué será? Sir Pablo está abajo con los demás... Entonces oigo los golpes y luego la voz extraña...

—¿Qué decía? ¡Por el cielo!, hablad—exclaman todos.

—No distinguí, en mi turbación, más que: «*Número segundo al número tercero!*», o cosa así, porque mi agitación era horrible; la verdad, tuve miedo; por eso no abrí para entrar. Ni sir Pablo ni yo tenemos armas, y no sabiendo quién, ni para qué pudiera estar allí, he venido...

—¡Señores!—gritó el director—, ¡arriba todos sin temor alguno!, y suceda lo que suceda... Pero —añadió deteniéndose—, ¡a ver!, ¡al instante!, uno a cada aparato del teléfono que comunique con esa torre.

Su acento era el de un general en jefe sobre el campo.

—¿Cuántos aparatos son?—añadió—, no lo recuerdo.

—Sólo dos.

—¡A ellos, pues!, en seguida; nosotros, a la torre. Venga esa llave; guiaré yo, me corresponde. Vos, Lowe, avisad a los que faltan, y con ellos subid al momento.

Salieron dos ayudantes astrónomos hacia los aparatos, y Lowe en busca de los ausentes; los demás, en número de siete, siguieron al director.

¿Qué era aquello? ¿Qué pasaba en la torre? ¿Quién golpeaba, movía el timbre y daba tales voces? Pronto vamos a saberlo; sigamos a los llamados, que ya llegan jadeantes, alarmados, ansiosos; tres de ellos traen en la mano su revólver.

X  
NÚMERO 2, ¡PRESENTE!

**L**EGADOS ante la puerta de la torre, siempre mister Brigham el primero, al instante introdujo él la llave en la cerradura, mientras los tres que acababan de aparecer armados, uno de ellos Listrade, avanzaron hasta colocarse a sus lados. La hoja se abrió, penetraron los primeros del grupo impetuosamente; el director alentaba a todos con su actitud. Sin duda que en sus mentes bullía la idea de los bandidos pieles rojas; ¡una primera agresión al cabo de casi dos años!; no se concebía.

Con ansiosa e inquieta mirada inspeccionaron. ¡No había nadie! Se podía comprobar a primera vista, en una estancia sola como aquella. Entraron los demás, miraron hacia todas partes; ¡nadie! Salió Mr. Brigham por la puertecilla abierta en el muro al ándito o balconada que circundaba la torre por debajo de las troneras de los anteojos, y con dos astrónomos que le siguieron dió la vuelta... Miraban hacia abajo, en busca de una escala o una cuerda por donde hubiera sido factible un escaló. ¡Nada! ¡Nadie!

Peró casi al concluir esta prospección, de vuelta a la puertecilla por el opuesto lado, sintióse un gol-

pe extraño y fuerte hacia la cúpula, y en seguida el timbre del teléfono repiqueteó con furia. Drebler, el subdirector, se abalanzó entonces al aparato, agitó los botones de aviso y sobre el pupitre gritó, con uno de los auriculares junto a su oído:

—¡Eh! Mr. Straud, aquí estamos; no hay nadie; ¿habéis llamado ahora?

—¡¡No!!—fué la respuesta.

—¡¡No!!—contestó momentos después míster Evans, igualmente preguntado.

El asombro fué general. Mr. Brigham que, ya de vuelta, oyó estas contestaciones, no se sorprendió menos. Acercóse al teléfono, tocó sus botones y gritó:

—¡Interrumpid la corriente, cerrad la estancia del teléfono, guardaos la llave y subid!

Y volviéndose a los circunstantes, un tanto agitado:

—Señores, ¿qué es esto? ¿Ustedes qué suponen?

Como si el misterioso agente se apresurara a contestar por los requeridos, otro golpe seco, metálico, resonó en la cúpula, y el timbre, un momento después, volvió a retemblar... Ya no había duda de que nadie en la casa lo ponía en movimiento. ¿De fuera? Imposible. Esto se dijeron rápidamente los allí reunidos, sin hablar, inquietos, suspensos; pero no les quedó tiempo de reflexionar más. El timbre dejó oír un breve toque, luego otro; pasado ligero intervalo tres toques más igualmente distanciados que los dos primeros, y en seguida, ¡oh asombro!, ¡oh emoción abrumadora ante la sorpresa de las sorpresas, la más es-

tupefaciente imaginable! Una voz singularísima, que casi no parecía humana, voz seca, entrecortada, bronca, dura y bien perceptible por su intensidad, gritó en inglés:

—¡¡Mundo número 2 del Sol al mundo número 3!! Os vemos, os oímos. ¿Nos veis? ¿Nos oís? Tiempo hace que os llamamos.

El efecto fué inenarrable; horroroso, no; aplastante, sí. Los ojos de todos dirigíanse, mientras la voz hablaba, hacia el sitio de donde parecía salir su palabra precisa, calmosa, solemne, recalcadas las sílabas, algo rara la pronunciación. El sitio de partida era uno de los auriculares dejado por el último que los usara sobre una mesita metálica inmediata al teléfono y apoyada contra un nervio de hierro de los que formaban la armazón giratoria de la torre y el sostén de la cúpula, también metálica, desde cuyo coronamiento se lanzaba hacia el cenit un largo pararrayos de cinco puntas. Hacía más de una semana que, roto el clavo destinado a colgar el auricular de aquel lado, lo dejaban, y así estaba siempre, sobre la mesilla contigua. Ahora él era el que transmitía por su diafragma una voz venida no se sabía de dónde ni por cuál hilo.

La estupefacción era tan grande en todos, que nadie desplegaba sus labios. En callando la voz, miráronse unos a otros interrogativamente, sin saber qué decirse. De pronto una idea luminosa estalló en el cerebro del director que, sin razonarla, rápido, se acercó a la mesita, se inclinó sobre el mismo auricular, sin tocarlo, y con voz potente, sin miedo al fracaso posible en que ni aun tal vez pensaba, exclamó:

—¡Mundo número 3 del Sol, al mundo número 2!! ¡Salud! Os vemos, y ahora, al fin, acabamos de oíros por vez primera. Si habéis oído estas palabras, hablad, lo esperamos.

Y majestuoso, arrogante, se volvió hacia sus subordinados. En su rostro pudieron leer este pensamiento: «Señores, no sé si he cometido una tontería; si alguien, por un medio que desconocemos, se burla de nosotros, concedor él de nuestros trabajos, en la duda, y habida cuenta de esta situación, creo que no cabía hacer otra cosa, por vía de prueba, esperemos.» Y como si hubieran leído esta expresión en su rostro, varios, al fin, rompieron a hablar:

—¡Sí, sí! Era lo acertado. Aunque alguien de la Tierra jugara con nosotros, en su misma réplica a nuestra contestación, se denunciaría; está bien.

—El impulso o corriente telegráfica o telefónica—observó entonces el mecánico—, paréceme que viene del pararrayos por la cubierta a los nervios de sostén, uno de los cuales toca en el teléfono y en la mesita adyacente.

—¡Ah!... ¡El pararrayos! Pero éste, ¿con cuál elemento conductor comunica? Su cadena, que por ahí cerca descende, termina en un pozo...

—Y si realmente la palabra procediera de Venus—preguntó Mr. Villougyby, algo menos agitado ya—, ¿cuánto podrá tardar en llegar y lo mismo allí la nuestra si Mr. Brigham ha acertado con un medio (si puede serlo ese auricular) de aquí para allá como lo es viceversa?

—Si el factor es la electricidad, ya sabéis que corre trescientos mil kilómetros por segundo; por

lo tanto, no tardaremos en oír una respuesta, si la dan. Siendo otro flúido el agente, ya no sé... Pero, ¡Dios santo!, ¿es que hay medio, aunque sea el éter, a través de tanta distancia y sin hilo? (1)

—¡Cerrad ahí! Dejad la llave puesta—exclamó el director—. Nos habíamos olvidado esto. ¡Es claro!, las emociones... Está bien. Ahora, por lo menos, nadie podrá presenciar lo que suceda aquí, si aun ocurre algo.

¡Vaya si ocurrió! Y sin hacerse esperar mucho. Volvió a sonar la campanilla una sola vez y casi al momento la misma voz habló en el auricular que en su sitio habían dejado quieto:

—¡Hemos oído! ¡Por fin!, tras de mucho tiempo de veros y oíros. Os observamos, algo os conocemos. Parece que nos dirigís instrumentos; pero no signos de llamada, ni respuestas a los nuestros; ¿por qué?

(1) Las ondas electro-magnéticas viajan a la velocidad de 299.000 kilómetros por segundo, como la luz; pero en el éter... éste es más veloz. Según Gustavo Le Bon, el átomo simple, indestructible, se disocia en el éter para desvanecerse y transformarse allí en energía *intraatómica*. Los cuerpos *radioactivos* emiten sin cesar partículas a gran velocidad, que se mide por el aparato *spintariscopio*, que acusa de 100.000 a 300.000 kilómetros por segundo. Esta velocidad resulta rápida para comunicaciones interplanetarias como las de la Tierra a Venus o Marte; pero lenta si se tratara de las interestelares, pues de aquí a la *alfa* del Centauro, nuestra estrella más cercana, tardaría, a 300.000 kilómetros por segundo, ¡un año!, y de la pregunta a la respuesta inclusive, dos.

Las velocidades conseguidas por el hombre, las mayores, son las de proyectiles de artillería, 1.000 a 1.500 metros por segundo, inicial.

¡Tremenda pregunta! Pero los hombres somos como Dios nos ha hecho, y en vez de una respuesta humilde, expresiva de confusión por nuestra inferioridad, allí patente, se contestó a Venus con estrepitoso ¡hurra!, tres veces repetido. ¡Hurra por el mundo número dos!

Al poco rato, sin llamada del timbre, el auricular arrojó la respuesta.

—¡¡ Hurra!! ¡Hurra por el mundo número tres del Sol! ¿Cuál nombre nos dais?

—¡VENUS! La expresión del Amor. ¿Y a nosotros ahí?

—¡Daglich! En nuestra lengua, *La más brillante*.

Hubo un intervalo, tras el cual la voz dijo:

—Silencio ya. Cuando volváis a esa misma posición con el Sol, esperad; hablaremos. Vamos a decir a todo nuestro mundo que ya nos habláis.

—Lacónico, señores, pero expresivo—exclamó el director, pasado un momento de general mutismo. Sin duda, un mundo se agitaba en aquellas cabezas de sabio, y no era para menos.

—Sí—repuso Mr. Sawyer—. ¡Dichosos ellos que pueden sin peligro decir a sus gentes esta nueva. ¡Y cuán rápidamente lo harán, sin duda!

—Queridos, de todo se tratará luego. Aquí no estamos bien, ni hay para qué permanezcamos. Abajo, pues, tranquilamente, cual si nada hubiera ocurrido. Tomemos en casa el té; reposemos un poco, y a la noche, hora de costumbre, todos en el salón. Llevamos aquí una media hora como medio siglo. Yo, al menos, me siento fatigado, mareado. Es muy grande esto, es inmenso, abrumador.

¡Dios poderoso! ¿En qué vendrá a parar? Desfilemos lo más sosegadamente posible.

—¡Vaya!—decía Pillsbury a Fontignan por la escalera—. No me cabe en la cabeza que en Venus se hable, aunque malamente, el inglés. Aquí hay misterio; ¿no os parece? Necesito pruebas, evidencia tangible de que desde allá realmente nos hablan y, ¡por Cristo vivo!, que las tendré. Si lo consigo, vuestro lenguaje de los números se ha hundido en el abismo.

—Otras cosas preveo que van a hundirse, aunque hasta ahora parecían firmes...

El director, al salir de la torre, había visto a Henocho Mureber, que parecía procurar no ser notado.

—¡Eh!—le dijo, habiéndose apartado un poco de Mr. Drebler, con quien iba—. ¿Qué hacíais aquí?

—Sire, vigilaba la escalera a fin de que nadie llegara hasta esa puerta. Ya sabéis que hay... curiosidad en la casa.

—¿Y por dónde colige usted que versa sobre lo que ahí arriba pueda suceder?

—Imposible otro motivo, señor; yo sé mis cuentas, que expondré, si lo mandáis, en sitio donde no puedan oírnos.

—Bien; pero sabíais que aquí estábamos.

—Había visto a Mr. Lowe ir agitado en busca... ya sabéis; había oído antes grandes voces en la puerta del salón; algo ocurría, y nadie pensó en vigilar o guardar la escalera, sino en subir... Y yo creí que no estaría de más un vigilante fiel.

—Que se ha enterado muy bien de cuanto en la torre acaba de pasar.

—No, sire; de algo. Que los golpes los da una fuerza que viene de un astro y... la voz también. Que ni vos ni los demás señores quieren que esto lo sepa nadie por miedo a las consecuencias. Pero yo no ignoraba por qué y para qué se hizo esta casa y estamos en ella todos.

—¡Ah! ¿Sabíais...?

—¡Naturalmente! Se lo he oído a milady muchas veces antes de venir aquí. ¿Se lograría su intento? Esperaba yo que no; mas ya me conocéis; no hablo apenas con nadie, vivo con mis pensamientos. ¿Conversar? De cosas indiferentes. Yo soy quien soy. También temo, acaso más que ninguno, las consecuencias ahora que, según parece, avanzáis hacia el fin, *atentando al cielo*, precipitando las cosas que Dios llevaba despacio. He ahí lo que me hace temblar.

—Cuando el hombre realiza un adelanto es porque el Hacedor Supremo lo permite. ¿Ha llegado la hora que Él tenía señalada? Pudiera ser. Rechazad todo temor por ese lado.

—Es que hay horas terribles. No discuto con vos, señor; soy un pobre ignorante, aunque no sin ideas propias; que me dejen con ellas.

—Aquí todos, y yo el primero, respetamos las del prójimo, hijo mío; sé que es usted bueno y leal; eso me basta; pero me creo obligado a exigirle una cosa.

—Mandad, señor. Milady me ordenó que os obedeciera como a ella misma, y además sabéis cuánto os venero, aunque no lo digo, por vuestras bondades; soy todo vuestro.

—¡Gracias, Henoch! Ya lo sabía. Lo que os pi-

do es un juramento solemne de profundo secreto sobre lo sucedido y lo que pueda seguirle aquí; secreto absoluto, aun con milady misma, a la que sólo yo informaré cuando llegue el momento oportuno. Y aun con los diez y seis señores que todo esto conocen, silencio también, si otra cosa no os mando; como si nada supierais. ¿Lo juráis?

—Por Dios, que nos ve y nos oye; por la memoria de lord Killarney y por la salud de milady, a quien adoro, os lo juro, y que el Señor me condene y milady me desprecie si no lo cumplo.

Así juró Henoch, cuádrándose, con la diestra sobre el pecho y extendida la otra hacia el cielo.

—Está bien. Venga esa mano.

—Señor...

—Venga esa mano digo. Así. Ahora, marchad, vigilad sin ser notado, y el Supremo Hacedor sea con todos nosotros.

Henoch hizo su acostumbrada reverencia, algo extraña; dió media vuelta y descendió delante del director, más de prisa que él. Iba murmurando esta sentencia de David: «El Señor deshace las maquinaciones de los hombres y disipa los intentos de los grandes de la Tierra...»

\*\*\*

Agitadísima fué la conversación de aquella noche. Llegaban por grupos a la sala los iniciados, por grupos que ya venían hablando bajo y con gran interés. Todos juntos y cerradas las puertas, el tono de las voces se fué elevando. Hablaban muchos a la vez, precipitadamente; se oían exclamaciones

maciones, negaciones, ideas singulares, admitidas o rechazadas. Un vértigo parecía poseer a los allí congregados, que no llegaban ni aun a ordenado coloquio, y menos a entenderse, como si se hallaran en vísperas de una catástrofe prevista y no hallado por ninguno el medio de conjurarla. Pero el tiempo no se detenía; lo que precisaba dilucidar pecaba de prolijo. Así el director trató de reducir a todos, diciendo en alta voz al mecánico:

—Ante todo, Mr. Whyle, mañana mismo, a Denver para traer el mejor micrófono y el mejor fonógrafo que halléis expeditos seguros, con todo su material de placas impresionables del sonido, diafragmas, discos, etc. Si hay más de uno bueno, traedlo también; ya me comprendéis.

—Desde luego. Había pensado en eso y en...

—Necesito cuanto antes, y fabricados aquí, un par de diafragmas grandes, poderosos, muy sensibles; los uniremos a la mesilla metálica o directamente al pararrayos receptor, sin duda alguna, de esa misteriosa corriente; y por si fueran necesarios, un par de docenas de excelentes y finos auriculares, conectables con la misma corriente del pararrayos, que será eléctrica o no, pero es capaz de manifestarse en eléctricos instrumentos, ya sabremos por qué. Todo ello de primera, cueste lo que cueste y traído con rapidez. Recibiréis una orden mía para el administrador.

—Lo que no sabemos—insinuó Mr. Jobson—es el procedimiento de abrir o cerrar la comunicación y el de llamada que los venerienses emplean para mover nuestro timbre o producir golpes en la cúpula o en sus nervios, y nos convendría para avi-

sar antes del comienzo de las conferencias. ¿Podremos hacerlo?

—Ese medio—dijo Villougyby—, si no lo hallamos, ellos podrían indicarlo.

—O no, si es él consecuencia de adelantos suyos imposibles de comunicar, combinaciones de materiales que aquí no existen o allá tienen nombres no correspondientes al inglés, al que ellos conocen, o fórmulas inexpresables, a nosotros inasequibles. ¿Nos bastaría para llamar hacer ruido junto al teléfono o gritar sobre él? Lo dudo..

—¡Ah! ¡El inglés!—clamó vigoroso monsieur De Fontignan—. Mi pesadilla desde hace unas horas. ¿Cómo lo saben, aunque rudo y... tan seco?

—Yo he imaginado un medio que...

—Y yo otro, sin duda muy...

—Yo también he calculado que como no sea...

Y desde aquí la charla se animó calurosa, casi en tumulto.

—Señores—exclamó Pillsbury—, veo que nadie ha tomado el té ni ha comido con trazas; eso nos lo van a conocer las señoras, la servidumbre y hasta los niños. ¡Cuidado con ello! Iba a decir que el inglés bárbaro-veñeriense ese fué el que me hizo dudar, pensar que alguno nos hacía objeto de sangrienta burla, no sé desde dónde ni cómo.

—¡No, no! ¡Imposible!—exclamaron varios.

—Esa palabrita, amables amigos, habíamos convenido en que no la contendría nuestro vocabulario.

—Es que sería un prodigio que alguien así nos tratara.

—¿Qué es eso de prodigio? ¿Quién puede aquí

afirmar en un momento dado que los conocimientos humanos no hayan conseguido determinada conquista sin que aquí lo sepamos? ¿Conoce alguien el invento de Mr. Sawyer que, enunciado por ahí, parecería un sueño? Pues un hecho es; que me nieguen esto.

Hubo un momento de silencio; luego, ligeros rumores. El joven astrónomo prosiguió:

—Yo sé, y muchos aquí no ignorarán, que hace ya bastantes años se trabaja por la comunicación eléctrica sin hilos y que algo se ha conseguido (1).

—¡Cierto, sí, cierto!

—Pero poco aún, pues nada práctico se conoce—añadieron algunos.

—Por mi parte—prosiguió el joven—, sé lo que vais a oír. Hará unos quince años era yo un chiquillo; pero como estudiante, dado a leerlo todo. Pues en un periódico inglés, destrozado casi, leí que unos señores, al cabo de muchos estudios, habían conseguido la comunicación sin hilos bajo estas dos condiciones: hallarse los dos comunicantes en el mismo paralelo terrestre (expectación) y tener ambos aparatos telegráficos sobre pies sumergidos en el agua.

Exclamación de extrañeza. Ninguno conocía semejante hecho.

—Pero... ¿no os chanceáis?

—No está para eso la noche, amigo Listrade; si no me creéis, buscaré entre mis papeles el re-

(1) Téngase en cuenta la fecha de la acción, 1884 a 88 lo más.—(N. del E.)

corte, pues lo conservo, y mañana todos podréis leerlo.

—¡Oh! Eso es otra cosa. Y por fin el éxito ¿cuál fué?

—En mi recorte lo veréis. Se colocaron sobre un mismo paralelo a más de ochenta leguas distantes dos parejas de los señores aludidos, y convenida la hora, puestos en condiciones los aparatos, uno de ellos transmitió lo siguiente: «Hemos triunfado; ¿no es así?» Y el otro, a su vez, envió la respuesta: «Es cierto, y el mundo lo sabrá con inmenso júbilo» (1). Pero yo, señores, no he sabido nada ni conozco a alguien que llegara a enterarse. ¿Un *canard*? No es imposible, lo reconozco. Sea lo que quiera, lo que sé es que se trabaja; que Tesla, que un italiano, Marconi, o dos, y algún francés no se duermen. Las consecuencias no hay para qué expresarlas.

—Sea—dijo Mr. Drebler—; pero, puesto que nuestro anteojo mete la nariz en Venus...

—A eso iba. Necesito, para acabar de convencerme de que Venus habla, una prueba *de vista* que convenga con sus hechos *de oído*, como decimos en la jerga de observatorio; ambas cosas íntimamente unidas, evidentemente en consecuencia: una acción de allá vista por mí y correspondiente, por ejemplo, con palabras nuestras.

—No está mal ideado, no—interrumpieron varios, el director inclusive.

—Habida esa prueba, me rendiré, ¿quién no?, y el inglés allí sabido, sin duda tomado del nues-

(1) Histórico.

tro, y aunque fuera el chino, me preocupará muy poco, porque también yo he dado vueltas a este particular y he encontrado posibilidad de medio; sólo eso, ¿eh? En fin, si en efecto nos las habemos con los venerienses, tal vez ellos nos aclaren el enigma.

—Eso espero...

—Y yo...

—También yo. Es más barato, ¡qué diablo!, y van dos preguntas que dirigirles: la del timbre y ésta del inglés. ¿No interrogan ellos?

—Lo difícil será que nos podamos entender en preguntas y respuestas.

—Bien, señores—cortó Mr. Brigham—; ello es que los problemas más arduos, cuya solución ni a imaginar nos atrevíamos, resueltos están, uno desde aquí, desde allá el otro. Nos vemos, nos oímos, algo nos entendemos; ¡inmensos avances!, prólogo tal vez de incalculables conquistas, causantes de increíbles transformaciones, quién sabe si de convulsiones en la Tierra. Todo lo demás parece-me en cierto modo secundario, esperable del tiempo y del trabajo, si podemos proseguirlo.

—¡Sí, sí! A todo trapo, suceda lo que quiera—gritaron los oyentes—. Hay que ir hasta el fin.

—Pero ¿cuál es el fin, señores?—pregunta Pillsbury—. ¿Es que se puede fijar?

—Querido, una comunicación algo expedita y comprensible.

—¡Ah! Ese es el fin para mi honorable tía; en realidad, aun la comunicación más perfecta, por ejemplo, como la que sostenemos aquí en casa telefónicamente unos con otros, no pasa de ser un

medio; el fin consistirá en los efectos; cabalmente lo que no estamos en condiciones ahora de calcular y lo que todos tememos, poco o mucho.

—Verdad es, Mr. Ricardo; ahí está el *quid*.

—Conformes—intervino Fontignan—; y como la magnitud de nuestro avance es tanta, que nos colmará de gloria...

—Si no nos arrojan desde aquí por esas peñas abajo.

—No seais pesimista, Ricardo; todo acabará en bien, en admiración universal y... en dinero. Perdonad el prosaísmo.

—No; ¡si es muy propio del numen poético francés!

—Y del yanqui, ¿no? Propongo, pues, un ligero descanso preparatorio ante la difícil labor que nos espera; después de todo, menos pesada que si Venus no hubiera intervenido para abrirnos una vía magnífica. Ese reposo lo necesitan nuestros nervios; y para que sea más grato, ¿no os parece que debiéramos celebrar el gran paso dado con un cordial banquete de todos nosotros, de los iniciados, digo?

—Sí; ¡qué bella idea!, M. Fontignan, como vuestra. Y mientras comamos hablaremos en griego clásico para que no se entere la servidumbre de... lo que aun no debe saber.

—¡Bah! El francés, amigo Pillsbury, serviría admirablemente.

—¡Ya lo creo! Para lo mismo que el inglés. Vuestra lengua natal la saben aquí de cada diez, ocho; el español, casi otros tantos; ya veis: lo hablan muchos pieles rojas en estas comarcas, donde

quedan rastros de España; y ahí está el Pik Spagnol para probarlo. ¿No sabéis que los aquí reunidos han corrido mucho mundo: han estado en Italia, en América del Sur, qué sé yo?

—Razón tenéis, ¡cáspita! Hay que dejarlo para más adelante.

—Hasta que los de Venus nos enseñen cualquiera de sus lenguas, pues no creo que usen una sola. Entonces podremos hablar de estas cosas ante los profanos y banquetear los buenos profesores de *Dagliah*. Ved ahí; ya sabemos una palabra: el nombre de este pedrusco, esferoide achatado, allá en otro que tal.

—Pero, según indicios, más culto.

—Será más viejo, con perdón sea dicho; que se trata de una dama, aunque ya... jamona.

—Que puede enseñarnos mucho.

—Si quiere. ¿Quién sabe lo que nos enseñará desde lejos? Preferiría que desde aquí, sin contar con ella, para no alarmarla en su pudor, le sorprendiéramos muchas de sus intimidades. ¿No nos ha dado el ejemplo? Veremos quién ríe el último.

## IX

### VENUS SE INSINÚA

EL resto de lo que se habló poco puede interesarnos; disquisiciones de técnica, suposiciones más o menos aventuradas sobre lo que podría suceder y acerca de la índole de la humanidad de Venus, conjeturas cuanto al procedimiento que ella seguiría en su comunicación y al modo de corresponderle.

Algunos no acababan de asombrarse de que tan pronto y con tal facilidad se hubiera llegado a situación semejante, nada menos que al desiderátum de la institutora y dueña de la casa, quien se hubiera contentado seguramente con lo conseguido y con mucho menos a los ocho o nueve años de trabajos, y ahora, apenas pasados unos dos, se estaba en el caso de exceder lo propuesto, entrando en la comunicación misma. ¡Esplendorosa gloria! Cuando se diera cuenta de ella estaría ya mucho más lejos el descubrimiento de lo que se pudiera imaginar...

Sobre esto los pareceres se dividieron. ¿Conveniría ya, con las debidas precauciones, avisar a lady Esther o continuar los trabajos y no ponerla en autos hasta haber llegado a un punto que hi-

ciera ya precisa la notificación? Porque Listrade insinuó que los venerienses, ya animados con el primer éxito, que en aquella hora sería conocido en todo su planeta, podrían, ¿y cómo impedirselo?, requerir a otros Observatorios terrestres y lograr respuesta de alguno, sin mutua visión ciertamente; pero esto no obstaría para entenderse, y calcúlense las consecuencias. Los de Venus dirían: «Estamos ya al habla con un Observatorio, desde donde además nos ven»; el nombre no podrían darlo; pero serán lo bastante astrónomos para acusar nuestra longitud y nuestra latitud. Eso basta. Hemos ya descubiertos y reos ante el mundo nuestro de reserva egoísta.

El razonamiento no carecía de base racional. ¡Diablo con la contingencia! Se pensó en el medio de conjurarla desde aquí. Villougby entonces recordó que en algunas estaciones de telegrafía se decía que habían oído golpes extraños a la misma hora siempre, y cuya causa quedó en el misterio. Algunos habían supuesto si desde Marte nos requerían. ¿No pudiera ser que Venus desde hace tiempo nos estuviera llamando? Barton, el ayudante, confirmó la referencia de los puestos telegráficos. La alarma cundió un instante; pero se decidió al fin callar, esperar.

Dejémoslos dar aún toques a este y a otros temas y dispongámonos a una expedición no larga. Nos conviene acompañar el mecánico, Mr. Whyte, en su viaje a Denver, la capital del Colorado, en busca de los instrumentos pedidos por el director. Es muy temprano. Apenas ha amanecido cuando el profesor, con un subordinado suyo, se dispone

a montar en el carruaje, ya dispuesto, que ha de llevarlo a Eastbrigde y de allí al apeadero en que tomará el tren para Denver.

Casi en el momento de poner el pie en el estribo aparece precipitada y risueña Mme. Julia de Fontignan, que lleva un perrito muy mono y un gran cabás vacío. El sombrero y todo su pergenio denotan que va de viaje también.

—Buenos días, Mr. Whyte—exclama—. ¡Qué dicha teneros por acompañante! He sabido que ibais a Denver (el mecánico hizo sin querer un gesto de sorpresa... no muy grata), y como pensaba ir mañana a Eastbrigde para hacer una multitud de compras, porque me había descuidado en esto por algún tiempo, he determinado aprovechar la ocasión; no es agradable ir y volver sola.

—¡Cuánto lo celebro, señora! Estoy a vuestras órdenes. Será éste un viaje tan corto como agradable.

—Mil gracias, querido. Y... ¿vais a estar muchos días en la ciudad?

—Si puedo, regresaré esta tarde en el último tren, el de las siete. Así, pues, si vais a pasar el día en el pueblo, que os espere el coche. ¿Lo oís, Edmundo? (al cochero). Aguardadme, madame Julia, y retornaremos juntos. Si en ese tren no llegase, tendréis que venir sola, y yo lo sentiré mucho, aunque no habrá dependido de mí la tardanza y el quedarme una noche o más en Denver.

Partieron. Poco después llegaban a Eastbrigde, en donde la francesa se apeaba con su cabás y su perro para comenzar las correrías por las tiendas. El mecánico y su auxiliar seguían hasta el apeade-

ro para tomar el convoy que venía del Wioming.

Madame Fontignan entró en un cafetín a tomar tranquila el desayuno; de allí fuése a visitar a una amiga inglesa, criada en Francia, mujer del farmacéutico, y a la hora de charla con ella salió para dar comienzo a sus encargos y compras. Ya llevaba algunas hechas cuando nos la encontramos en la tienda de quincalla y telas propiedad de una viuda. Ambas mujeres ya se conocían.

—Está usted guapísima, Julia. Es claro—decía la tendera—; con la vida tan sana y descansada que llevan ustedes allá arriba...

—Según los tiempos, mistress Holbens.

—¡Eh! Ya sabemos que en el Observatorio no hay gran cosa que hacer; las estrellas no son exigentes; esa casa no depende del Estado, que pudiera obligar a su dotación...

—Error grande; cabalmente ahora...

Y, en efecto, cabalmente ahora la tendera acababa de dar inconscientemente en el blanco, en la preocupación curiosa de Mme. Julia, que, picada al mismo tiempo en su vanidad de mujer de un sabio, «Yo te compondré», se dijo, y en alta voz:

—Sí; precisamente ahora mismo se están verificando allí unos trabajos extraordinarios, pero mucho, que cuando sean conocidos van a causar el asombro del mundo.

—¡Hola! ¿Tal vez han hallado el camino para llegar a la Luna?

—O más allá, hija mía. ¡Quién sabe! Lo que os puedo asegurar es que se trata de un descubrimiento estupendo, que no debo revelar; ya comprenderéis... El secreto profesional—añadió pavoneándo-

se—; pero ¡si lo sabré bien cuando mi marido...!

—¿Es el descubridor? ¡Cuánto lo celebraríamos!

—Pudiera serlo, ¿por qué no? Bien conocido es como una eminencia.

—¡Oh! No lo dudo. Los franceses son hombres de una gran inventiva. Flammarión...

—¡Pst! ¡Un simple divulgador! El astrónomo de las mujeres... semisabias. No; mi buen Carlos pertenece a los hombres de ciencia serios, a los más graves...

—¿Tan francote y alegre como es?

—Sí, señora; el hombre es una cosa; el sabio, otra. El director le distingue en primer término entre los astrónomos de primera clase, y mister Brigham es americano.

Madame Julia, engolfada en sus glorias vanidosas, no había notado que al principio de este diálogo entraba una señora en compañía de dos sujetos, de la clase media al parecer, los cuales mientras ella se entendía con el dependiente sentáronse en un banco y, por no tener nada mejor en qué entretener la espera, fijáronse en lo que hablaban al otro extremo del mostrador la tendera y la francesa.

Esta, colocada ya en la pendiente, charló aún demasiado y exageró cuanto pudo la importancia archiestupenda de lo que en el Observatorio estaban haciendo.

Al fin se despidió, y entonces echó de ver que había allí tres personas desconocidas, en las que no reparara antes. ¿Cuándo habían entrado? Nada le importaba.

Así que hubo salido a continuar sus diligencias

antes de comer con la familia del farmacéutico, uno de los dos hombres aquellos, el más joven, comenzó a conversar con la tendera, porque la dama compradora aun tenía para rato escogiendo telas, que le presentaba el hortera. Como si hablara de cosa indiferente, elogió la belleza y la gracia de la señora que acababa de marcharse.

—Debe ser persona principal. Me parece extranjera—dijo.

—Sí; francesa. Una buena mujer; pero algo pagada del mérito de su marido, un astrónomo que ejerce aquí cerca...

—¿Aquí?

—¿Pues no sabéis que en el monte Houston hay un gran Observatorio?

Y de aquí dió principio un diálogo, en el que la vendedora hizo con el desconocido lo que la francesa había hecho con ella: dar gusto a su vanidad.

—Sébase que en esta comarca no tenemos que envidiar a California ni a Nueva York.

Y le endilgó cuanto la francesa le acababa de comunicar, bastante aumentado y con un tono de sinceridad que interesó mucho al interlocutor. No paró éste mientras no supo de la viuda cuanto ésta podía decirle del establecimiento y de su dotación. Lo que más le interesó fué lo tocante al secreto profesional que guardaban los astrónomos sobre una conquista científica ultraasombrosa, tanto que, según indicios, el mundo estaba abocado a una transformación radical en el campo de la Astronomía; de ahí el misterio. Los mismos astrónomos estaban asustados.

Luego la tendera viuda se reía del desconocido

cuando ya estaba él lejos como la francesa celebraba sus exageraciones con ella para admirarla.

Por la noche ya estaba Edmundo, el criado, que hacía esta vez de auriga, esperando en la estación a Mr. Whyle. Madame Fontignan aguardaba en el coche.

—Al fin, amigo Whyle, habéis despachado en el día; lo celebro; así iré bien acompañada.

—Mis trabajillos me ha costado; por fin todo está hecho.

—Cosas del Observatorio, ¿eh?

—Sí; unos libros, tres barómetros diferenciales, material de fotografía y de electricidad para reponer...—contestaba como distraído, pero muy sobre sí, el mecánico.

—Pues ocupa bastante—le dijo la señora—. ¡Cuidado con el tamaño de esas cajas que ahora coloca ahí arriba Edmundo!... Otra en el pescante... Un gran bulto...

—¡Qué queréis! En cerca de dos años se han estropeado muchas cosas.

—¿Y no se ha conseguido aún algún resultado... práctico?...

—Es temprano. Apenas basta ese tiempo transcurrido para *constituir Observatorio*. ¡Es desesperante!... Os lo habrá dicho M. De Fontignan.

Y al hablar así crecía al inglés el recelo... Pero no hubo más. Y llegados al Observatorio, la francesa, con su perro, su cabás y algunos líos o paquetes, se dirigió a su habitación mientras Whyle daba órdenes para descargar lo que traía. Estaba contento de su expedición a Denver; pero contrariado por no haber asistido a la comunicación que

los venerienses habían señalado para aquella tarde. ¿Qué habría ocurrido en ella? Ahora lo sabría. Casi al mismo tiempo lo sabremos nosotros.

Whyle, lleno de curiosidad, en cuanto vió descargados y camino del taller de mecánica los aparatos, sin subir a su habitación, dirigióse a la sala de reuniones, ya ocupada por bastantes de sus colegas. Empezó por dar cuenta de sus compras; eran excelentes, como ya se vería; la mayor parte, adquiridas en una casa de la Main Street, la calle más alta del mundo y muy principal de Denver, que con ella se consolaba de no poseer la más rica del mundo también, la Quinta Avenida de New York, y la más ancha, Market Street, de Filadelfia, y la más estrecha, la del Sol, en la Habana. Para encontrar algunos objetos hubo de visitar dos fábricas en las afueras; ¡un día aperreado! Pero ¿qué había ocurrido en la comunicación, tan esperada, con los de Venus?

¡Oh! Mucho y bueno, aunque trabajosillo, le dijeron. El inglés de los venerienses no se hacía a veces muy inteligible por lo incompleto, rudo, abstruso e impropio en sus vocablos, con una construcción elementálsima a veces, a veces enrevesada y laberíntica. Luego, la dificultad de hacerse entender allí, no de hacerse oír, que ya les advirtieron no ser necesario esforzar la voz; pero había que escoger los términos más simples y expresivos, cortos, lo que no bastaba en muchos casos.

—Pero ¿cómo saben nuestra lengua?

Se le contestó que sabían cuatro idiomas terrestres; los de las partes de nuestro planeta que velan más civilizadas; sin duda eran el inglés, el fran-

cés, el español y el alemán, probablemente. Reconocida toda la Tierra desde hacía ya larguísimo tiempo, *diez veces veinte veces* (sic), la revolución de ellos en derredor del Sol, y obtenido un medio de percibir los sonidos que sobre ella se emitían, combinadamente con la visión, nos observaban.

Habíanse repartido nuestro planeta en parcelas, las más propicias en proyección para cada Observatorio de Venus. Con paciencia e indudablemente con una gran penetración, las voces, los gritos, las palabras que oían, las fijaban por un procedimiento que sería mejor, acaso, que nuestros fotófonos y fonógrafos; pero anotando, cuando lo podían conseguir, la acción que acompañaba o seguía a la voz, lo que muchas veces comprobado los iba decidiendo a fijarle más o menos provisionalmente significación, y así formar vocabularios. Los fonógrafos, seguramente repitiendo lo impresionado, les enseñaban la pronunciación más o menos aproximada.

Supieron pronunciar algo; mas no leer nuestra escritura. Veían, sí, letreros sobre las puertas, en las calles de nuestras ciudades, en los campos, en los muros, en los anuncios. Sólo rara vez, por conjetura, sobre el lugar rotulado, una sastrería, unas fraguas o taller de máquinas, colegían el significado del rótulo, jamás su pronunciación. Pero todo lo iban anotando en su escritura propia, y ya saldría al fin algo, si no seguro, probable. Por lo menos, poseían el número y forma de nuestros caracteres bien clasificado, sin haber conocido en mucho tiempo los sonidos correspondientes ni los valores de la numeración o si ella lo era.

Una casualidad les hizo avanzar mucho por este camino. En un país, claro que no pudieron nombrarle con nuestros términos, cierta vez el observador de él que estaba estudiándole enfiló a un sitio descubierto, en el que un hombre parecía aleccionar a varios chiquillos que al pie de un cartelón lleno de gruesas letras mayúsculas y minúsculas iban las pronunciando separada y secamente, según el hombre las señalaba con una vara.

¡Feliz descubrimiento! El observador, que ya conocía los caracteres, se apresuró a impresionar sobre un fotófono, o lo que fuera, los respectivos sonidos, claros, sencillos, constantes. Esto se repitió, y pronto Venus entera supo el sonido de cada letra nuestra, vocales y consonantes, y el valor de los números, observando la manipulación de un contador de bolas que el hombre aquel usaba combinado con cifras que sobre un cartel señalaban los muchachos.

—Eso ha ocurrido, sin duda, en España o en Sud América—había exclamado Pillsbury—; alguna escuela en pleno aire libre o en un corral de esos pueblos semibárbaros, donde la enseñanza se da groseramente en pésimos edificios o en cuadras. Y debió ser allí, porque sólo esa magnífica lengua, que no se merecen, tiene un sonido constante para cada letra, mientras el inglés, con cinco vocales escritas produce veintiún sonidos por combinación con las letras precedentes y siguientes; el francés, por el contrario, con sus diptongos da una voz o emisión con dos o tres vocales y también varía por combinaciones; el alemán...

—Y ¿no pudo ser la tal escuela de Italia?—había objetado Mr. Drebler.

—También; el italiano posee tan bella dote de claridad; asimismo el griego... que ya no se habla. No sé qué presentimiento me hace inclinarme al español.

Ello fué que la noticia del valor de los caracteres corrió todo el planeta; y por lo que dejaban ahora entender los comunicantes, llegaron a practicar igual procedimiento en escuelas primarias de otros países, penetrando con la visual en su interior. Al principio, sin duda no sirvió su conquista más que para la lengua que la motivó. Pero no se desalentaron. Aún no dominaban el sistema de numeración, lo conocían poco, lo usaban mal, hablado o escrito, sin atreverse a cantidades de dos cifras dígitas: uno, dos, cuatro, diez dos diez...; así con trabajo, numeraban. Se les prometió la clave y, poco a poco, más léxico inglés, pronunciado y escrito, para empezar, ya que era la lengua que entendían probablemente no ellos solos; otros establecimientos de proyección favorable, por ejemplo, a Inglaterra, tal vez a la India inglesa o a la Australia, también la conocerían. Estos nuestros comunicantes enfilaban, sin duda, a los Estados de la Unión. Bueno; inglés en ellos; que lo escribieran con los caracteres de su lengua y la traducción al canto; vocabularios que pronto imprimirían o cosa parecida, y correrían por todo su mundo, se habían dicho en la torre de Monte Houston.

Todo lo que va referido por los astrónomos a While y lo que habían dejado adivinar los de Venus en su hablar extraño, de frases cortas y muy comprensivas, más lo habían esbozado que lo ha-

bían dicho. Se les notó una perceptiva muy sutil del sentido de nuestras frases, aunque no entendieran algunos de sus vocablos; eran unos razonadores casi adivinos, muy sintéticos, brutalmente lógicos. Entre frase y frase de acá para allá y allá para acá se tardaba poco: la electricidad o el éter corría a maravilla, ¡y con qué eficacia!

Hubo un incidente que puso a nuestros amigos en cuidado. Al explicar los venerienses cómo habían logrado, más de cien años antes, observar al maestro de escuela en un corral, quién sabe de dónde, Pillsbury había exclamado en voz relativamente baja, para ser oído tan sólo de los dos o tres que tenía cerca:

—¡Sapristi con los nenes esos!

Y a poco preguntaban los nenes:

—¿Qué ser *sapristi* con los niños?

Miráronse unos a otros los presentes. ¡Cuidado!, y mucho, que el receptor de Venus era finísimo. Ya habían dicho que tanto sus medios de visión como los auditivos, si nos alcanzaban durante el apogeo o máxima distancia (conjunción superior) entre Venus y nosotros, claro es que más potentes eran a distancia mínima (conjunción inferior) y en las intermedias, dentro de la diferencial de ambos extremos. Seguramente variaría algo, cuanto al sonido, la intensidad asequible; ¡cuidadito, pues! No eran tan potentes nuestros medios.

La sorpresa grande: Dijeron que habían logrado primero en su planeta y luego fuera de él, la visión de objetos por medio de la corriente que les servía para oír. Así que donde la tal corriente daba en algo conductor, se introducía en los interiores y

retrataba lo que en ellos había al alcance de su proyección. Esto les había facilitado mucho los trabajos.

—¡Hola!, esa gente nos está viendo aquí dentro: donde sus catalejos no penetran lo hace su flúido... —dijeron varios bajito—, ¿eh?

Se preguntó y respondieron afirmativamente. Habían notado por casualidad, husmeando aquella latitud, la construcción del Observatorio. A su tiempo, se dieron cuenta de lo que era; habían observado trabajos en las dos torres; por último, cuando habían salido a la galería o ándito los astrónomos y, mirando a Venus, le había enseñado alguno los puños, también los estaban viendo y algo los oían. De ahí su última decisión de requerirlos.

—¡Pues estamos frescos!—dijo Fontignan—; aquí no puede uno revolverse, ni estornudar, sin que allá lo noten.

—¡Chist!... que tienen las orejas muy largas, querido; no vayamos a disgustarlos—intervino Drebler—. Sucederá ahí lo que por acá con los sordos: les voceáis y apenas os oyen; pero en un momento dado, no se sabe por qué, tal vez una corriente de aire que va a su oído, les hace percibir lo que dijisteis en voz muy tenue creyendo que no les llegaría: no lo olvidemos.

Advirtieron que las figuras o dibujos, los gráficos que deseáramos mostrarles, se pusieran en contacto con la corriente que servía para hablar. Este servicio, por desgracia, no sería mutuo: nos faltaba el medio receptor; algún día tal vez podrían explicárnoslo, cuando el léxico lo permitiera. Item:

conocían nuestra música; ya nos declararían su juicio acerca de ella y nos harían oír la suya.

—Vamos, sir Ricardo, ahora no dudaréis de que nos comunicamos con gentes extraterrenas—interpeló, al oír esta revelación, hecha con sólo diez o doce palabras, Mr. Villougby.

—Esperad aún a que venga una demostración. Todo lo sucedido, aunque sorprendente, podría ser terreno, y no pasa de indicios.

—Pero ¿qué es lo que aun deseáis?

—Casi nada: *ver* reflejado en Venus algo que les indiquemos desde aquí. Reparad que hablamos sin ver a los de allá, que nos hablan dentro de su casa; únicamente el edificio que ocupan y donde es seguro que tienen, si ellos son los que hablan, el aparato o aparatos de que se valen. Para conjeturar nosotros, pase; como evidencia, ¡oh!, no.

—Pero ¿no habéis oído que nos ven y la prueba de que nos oyen?

—De que nos oye alguien, sí; de que ese alguien se halle en Venus, perdonad, querido Villougby, todavía no, o se me ha olvidado la lógica. Repito que deseo una evidencia, algo que por ocurrir en Venus a indicación nuestra, no puedan realizar los que en la Tierra se estén acaso divirtiendo a costa nuestra. La evidencia de que el antejo refleja lo que sucede en el planeta vecino ésa sí que la tengo. Pues sobre ella hay que proceder.

—Señores—alegó Listrade—; el razonamiento de sir Ricardo es todo lo legítimo y concluyente que se puede exigir, y el asunto lo bastante serio para que así lo tengamos en cuenta: creo esa prueba decisiva y necesaria.

—Y bien, ¿cómo realizarla?

—¡Bah!—exclamó el joven—, por medio de cualquiera bagatela, inofensiva, por si acaso: la tengo pensada, y si Mr. Brigham lo permite, la plantearé al momento.

—Hacedlo, sir Ricardo; confío en vuestro talento—dijo el director.

Entonces el joven trazó sobre un papel el esquema de lo que iba a hacer; en silencio lo mostró a todos, y, aprobado, se procedió a transmitir a Venus el siguiente ruego, un poco extraño a la comunicación entablada, pero no impertinente u ofensivo:

«Hemos visto desde aquí un hermoso niño con una mujer. La belleza de los dos nos tiene admirados. Suplicamos que se coloquen sobre esa terraza unos momentos, para obtener sus figuras, mediante un procedimiento que poseemos: todo en grato recuerdo de esta comunicación tan instructiva para nosotros, por vuestra amable condescendencia.»

—Y ahora veremos lo que resulta, señores—añadió Mr. Drebler, que fué el que pronunció esta petición sobre el auricular.

Pasaron unos seis a ocho minutos de expectación tras los cuales sonó el timbre y el aparato habló:

«Sois muy cariñosos y buenos; observad: *la señora* (lady) y el niño están donde lo queréis; os desean felicidad (os saludan).

En efecto; sobre el lienzo se vió que en la terraza se hallaban en pie una mujer muy hermosa, una de las ya vistas, y aquel niño lector. Miraban de frente, y al poco tiempo de quietud, alzaron las dos manos hacia adelante, luego las llevaron al pe-

cho y del pecho a la cabeza. Unos momentos más, y Drebler daba las gracias con el aviso: «Están ya copiados.» Listrade había obtenido con una máquina fotográfica de la casa, puesta allí por Sawyer, un *cliché* bastante preciso.

Con una frase galante de los venerienses fué cerrada la sesión. La evidencia apetecida era un hecho. Pillsbury se rindió:

—¡Por fin!—exclamaba—lo hemos conseguido. O no existe la realidad y estamos aquí todos locos, lo que no tendría nada de extraño, o es con el planeta Venus con quien hemos entrado en tratos, no sé si por fortuna o por desgracia: el tiempo lo dirá.

Felicitaron al ingenioso joven todos los presentes, pero él:

—No, queridos—repuso—; ¡si vulgaridad mayor apenas se concibe!; no hacía falta una inventiva muy aguda. Lo que me regocija es la certeza de que nadie está riéndose de nosotros; esto sí que hubiera revestido gravedad. Y por quien soy, que no habría parado, empleando entonces toda mi antigua travesura, hasta no descubrir a los graciosos y... hacer que les costase la bromita muy cara.

—Perfectamente, amigos míos; sesión aprovechada, aunque fatigosa. Holguemos distraídos mientras los venerienses participan a su mundo este suceso de hoy. Mañana volverán, como han prometido al despedirse; y nosotros debemos aprovechar la no larga etapa en que la posición de Venus nos permite estar con ella al habla: es mucho lo que hay que estudiar y disponer, y la comida nos aguarda.

## XII

### PADRE, HIJA Y AMIGO.—TERCETO DE ASTRONOMÍA BARATA

AQUELLA misma noche, al salir de la amigable conferencia en que el mecánico, Whyte, habfa sido informado sobre lo que antecede, marchaban hacia sus habitaciones el segundo, Mr. Drebler, y su colega Mr. Listrade, comentando lo ocurrido en el día; lo mismo, seguramente, iban haciendo, por parejas o por grupos, los demás.

—¡Ea!, mi buen Listrade, si os parece, dejemos esta empecatada cuestión, que acabará por quitarnos el poco juicio que nos queda. Una tregua; refrésquese nuestro cerebro hasta mañana; para su salud ya sabéis que nada tan propicio como hacerle variar el objeto de la atención.

—Conformes; pero en quedándome solo, a pesar mío, el pensamiento se irá derecho a esta endiablada situación nuestra.

—Para impedírselo, os invito a pasar el resto de la velada conmigo. Tomaremos té de nuevo, fumaremos, Lucy hará un poco de música, los tres charlaremos de... cualquier cosa que no sea el fatal descubrimiento, hasta que el sueño nos invada.

—Seductora proposición.

Ya sabemos que Mr. Drebler tenía una hija, miss Lucy, bellísima criatura entonces de veintiún abriles, vivo retrato de su difunta madre y único vástago de aquella unión; el padre adoraba a la niña con delirio, lo era todo para él.

Lucy tenía a todos como encantados.

Listrade, al parecer duro e inflexible, incisivo, lógica pura; en el fondo un chiquillo grande que adoraba a los pequeños de todo el orbe casi tanto como a Thom y Alice, los dos suyos, profesaba gran cariño a la joven, atraído por sus prendas y también agradecido porque en una enfermedad molesta había cuidado en alternativa con su madre al pequeñuelo Thom.

Lucy, bastante mimada, no era voluntariosa más que hasta cierto punto; pero hacía de su padre lo que se le antojaba, con ser él tan serio y rígido, y de Listrade también, que aprobaba todos los caprichos de la *niña*.

Dos horas o algo más de reposo con Drebler y su hija, realmente no serían despreciable lenitivo para la mente fatigada por aquel duro día de trabajo y de emociones. Un cuarto de hora después humeaban las tazas, servidas por la misma Lucy, contentísima ante la perspectiva de la conversación amena e inesperada que presentía, y que dió comienzo al instante. Sólo que, ¡triste sino el de aquella jornada! Pensaban los dos astrónomos olvidarse de que lo eran, y la joven dió en el capricho de llevarlos cabalmente al terreno de la ninfa Astrea.

—Andáis, papá, días hace tan atareados y trabajáis en horas que me parecen inusitadas; os reunís más a menudo y por mayor tiempo...

—Sí, monísima, hacemos lo más arduo de la obra de preparación.

—Pero si Mr. Pillsbury me ha dicho que ya casi está en su fin...

Miráronse ambos amigos como diciéndose: Ese locatis nos fastidia ahora sin saberlo.

—Es que así y todo, los últimos detalles...—objetó Listrade.

—Bueno; yo no entiendo de eso: había creído que realizada la labor preliminar o preparatoria entrabais en los principios de la obra seria y ordinaria: al ataque del primer planeta. Supongo que será Marte el asediado por nuestra artillería... con lentes; ese que nos hace señas abriendo canales, y así nos provoca; ¿no es el más próximo?

—Ni Marte nos hace guiños provocativos ni tiene canales, ni es el vecino de al lado, hija mía. No está en el horizonte ahora, y aunque estuviera, se halla muy lejos y es bastante pequeño.

—Entonces, ¿cuál es el vecino ese?

—Venus, el lucero de la mañana..., cuando no, como ahora, de la tarde; veleidades de señora—repuso Listrade.

—¿Luego contra ella empezarán las operaciones?

Nueva mirada de los astrónomos algo alarmados. ¡Diablo! Pero no, no es posible... En fin, ¡cuidado!

—Naturalmente, ella será *algún día* la primera bloqueada.

—¿Por qué no *ahora*, ya que se halla a la vista? Ayer la contemplaba a través de mis gemelos de mar: ¡hermosísima!

—¡Qué pronto dicen los ángeles ¡ahora! No se entra en asedio así como quiera sobre todo un mundo. *Ahora*, pues ahí le tenemos, se le podrían poner las paralelas y tomarle el pulso... de lejos, durante los días que permanezca visible, y ya veríamos lo que resulta. Se irá, seguiríamos preparando pertrechos; volverá, que nunca falta, y, por fin, llegaría la hora. ¡Entonces sí que tendríamos aquí zafarrancho!

—¿Qué resultado posible vislumbráis?

—No intentaremos tender un puente o siquiera un cable de aquí allá.

—¡Qué gracia, papá! ¡Un cable, no!; pero el anteojazo ese tan grande de algo servirá.

—¿Ese que cada día nos parece más chico? No sé. Tal vez nos traigan otro que mejor nos vaya aproximando y nos descubra si hay ahí mares, llanuras, montañas si no de cuarenta kilómetros de altura como pretendía Schroter, bastante elevadas... Se hará lo que se pueda, hasta que en el siglo venidero Mr. Sawyer, ya muy adelantado en sus invenciones, nos aumente lo indecible la potencia de los instrumentos, y, ¡es claro!, *ya veremos*: las gafas, chicas o grandes, se hacen para ver.

—¡Gracioso estáis esta noche, papaíto! Pues mirad, ayudadme explicándome *cosas* de Venus; no conozco de ella más que generalidades de colegio, casi olvidadas.

—¡Criatura! ¡Vaya una conversación de velada amena!

Pero Listrade intervino en apoyo de la niña, y fué preciso complacerla. Alegrémonos, meros pro-

fanos, que así oiremos, y no nos estorbará, detalles que los astrónomos no mencionan en sus conversaciones, porque son el a b c de su profesión.

—Sea—dijo Mr. Drebler—; siempre ha de triunfar en este mundo la mujer.

Oye, pues. Venus, llamada por los persas Mahid; por los árabes, Zohza (esplendente); Calixtos (bella) por los griegos, y Sukra (deslumbradora) por los indios, es el planeta segundo a partir del Sol, ya que no se comprueba la existencia del llamado Vulcano, más próximo al astro rey que Mercurio.

—Y de nosotros dista...

—Doscientos cincuenta y siete millones de kilómetros cuando más, *apogeo*; cuarenta, cuando menos, *perigeo*; ciento cuarenta y cinco, distancia media. Marcha por su órbita, que tiene un desarrollo de 622 millones de kilómetros, a razón de 36.228 por minuto, y 4.900.000 por día suyo o giro sobre el eje (*rotación*) en veintitrés horas de las nuestras, veintiún minutos, ocho segundos, que sabe Dios cómo allá los dividirán, si en diez, en doce, en veinte partes; es su día menor que el nuestro, aunque no mucho. Se da la particularidad de que los planetas, desde el Sol a Marte inclusive, tengan sus días casi iguales. El año de Venus contiene doscientos veinticuatro días nuestros y quince horas; otros le han calculado esos mismos días y diez horas con cuarenta y un minutos.

Se le calculan cuatro estaciones de unos cincuenta y seis días suyos de duración; cambios notables, debidos a la considerable inclinación de su eje, mayor que la del nuestro, que no excede de 23

grados 28 minutos, mientras la de Venus llega a 75 grados. Su ecuador se inclina respecto de la órbita 49 grados 18 minutos. Así el Sol alcanza sobre aquellos horizontes alturas casi cenitales, a 71 grados por encima o por debajo del ecuador. La inclinación del eje de Venus sobre el plano de la eclíptica no pasa de 3 grados 23 minutos 35 segundos.

—En los veranos será aquello un horno...

—Te diré: las estaciones breves, más densa y húmeda aquella atmósfera que la nuestra, altas las montañas, hondos los valles y acaso en mayor proporción los mares, respecto de las tierras, que por acá, sin duda se producen combinaciones de luz, calórico y humedad que templarán el ambiente en beneficio de la vegetación y de la fauna. La temperatura máxima es de 66 grados centígrados nuestros; como que el planeta ese recibe dos veces más calor y luz del Sol que nosotros; pero esos grados no exceden mucho a los de nuestra zona tórrida. La altura que el Sol alcanza allí no deja tiempo de que en el invierno se formen los hielos que aquí blanquean las regiones polares, se perpetúan y enfrían tanto nuestra superficie.

Como quiera, un esquimal no viviría bien sobre Venus; pero un senegaliano se aclimataría fácilmente; y los que allí nacieron..., puedes suponer. Se cree que hay allí magníficas auroras boreales.

—Encuentro curiosísimo todo esto, papá, créeme. Y ahora, dime: ¿es muy grande Venus?

—Algo menor que la Tierra; su diámetro, 12.000 kilómetros, uno arriba, dos abajo, ¿eh?, 98 centé-

simas del terrestre; su ecuador mide 38.000; su masa, 89 centésimas de la nuestra; su densidad, la del óxido de hierro magnético, 92; por lo que allí los cuerpos pesan algo menos que aquí y caen con menor velocidad: 4 metros 65 en el primer segundo de descenso; en la Tierra, 4 con 90.

—¡Cuántos detalles habéis puntualizado los astrónomos!, parece imposible. Por supuesto, que desde Venus nos verán como una estrella enorme.

—No tanto, pues el tamaño nuestro excede poco del de esa señora. Acaso nos ve más brillantes, pues Venus percibe todo nuestro disco iluminado, mientras nosotros, cuando la tenemos más cerca, le vemos iluminada una parte, y el todo cuando se halla más lejos.

—A ver, explícame eso un poco más claro.

—Yo lo haré—intervino Listrade—, para que vuestro papá descanse. Sí; cuando más disco, todo el disco de Venus contemplamos alumbrado, menos luz suya percibimos; y no abráis esos ojazos de asombro, parecidos a los de los ángeles etéreos que pinta allá en Londres Alma Tadema; todo se explica diciendo que cuando Venus se halla más próxima, tiene al Sol de espaldas, y o no podemos distinguir de ella parte alguna o sólo un segmento en el borde, como el menguante más delgado de nuestra Luna.

—¡Ah!, voy comprendiendo.

—Esperad aún. El plano de la órbita de Venus no coincide con el de la eclíptica u órbita y trayectoria nuestra, lo que determina posiciones que producen varios fenómenos de luz y sombra en Venus para nosotros.

—Aun no acabo de...

—Ved esta elipse que ahora dibujo (1), poco excéntrica : es la órbita de Venus ; represento por este circulillo a esa dama, situada en la parte inferior de la elipse. Casi en su centro, otro circulito, es Su Majestad el Sol. Ahora trazo otra elipse mayor y más excéntrica que encierra o comprende en su interior la antes hecha, la de Venus, y al Sol en su centro ; por eso Venus es para nosotros interior ; y pongo este nuevo circulillo, también abajo : es la Tierra. Mirad : están los tres en línea recta, el Sol en el centro casi, Venus y la Tierra en esos puntos inferiores de sus órbitas, y una y otra en la distancia mínima entre sí. A esta postura llamamos *conjunción inferior*.

Con poquito que Venus, ahora invisible para nosotros, se ladee al marchar en su órbita, ya aparecerá iluminada en un borde por el Sol : es el segmento ya mencionado, y aunque pequeño, como Venus se halla tan cerca, nos envía bastante luz suya, y así la vemos grande.

—Absolutamente comprendido.

—Pues que Venus avance, y veremos aún más iluminado su disco ; pero conste que se va alejando. Al fin ofrecerá la mitad de su cara en luz, y así aumentará hasta llegar a la postura opuesta, que ahora dibujo. Venus está ya en su máxima distancia de la Tierra ; el Sol, entre ambos planetas ; el nuestro ve a Venus con toda su faz alumbrada, pero se halla muy lejos : distancia máxima. Esta es la *conjunción superior* ; ya irá Venus descen-

(1) Véase la figura al fin del libro.

diendo, su disco perderá terreno de luz, llegará a la mitad y, al cabo, otra vez al segmento en conjunción inferior; luego, a la invisibilidad, hasta que de nuevo otro segmento, aparecido por el borde opuesto, la haga observable.

No olvidéis, Lucy, que la Tierra, en tanto, gira también por su órbita, y el astrónomo debe combinar este movimiento con el de Venus para el cálculo de las posturas, lo que ofrece sus dificultades y ya no es materia de una exposición rudimentaria como la que necesitáis.

—¡ Ah!, me basta lo escuchado. ¡ Muy bien, querido sir Heriberto! Ahora dejadme deducir.

—Creo que será mejor un leve descanso, otro sorbito, una pasta y, si lo permitís, cuatro chupadas a este veguero, algo rebelde; vuestro papá encenderá uno nuevo, y luego somos vuestros.

—Cuanto queráis, con tal que esta noche sepa yo en lo que me interese quién es Venus y cómo las gasta.

—Convenido.

—Iba a decir—prosiguió miss Lucy pasado el descanso—que según me permite suponer vuestro dibujo, Venus pasará periódicamente ante el disco soiar, sin eclipsarlo, es claro, porque es muy pequeña para eso, dada la distancia. Comprendo la causa de los *pasos*, como el que dió tanto que hablar años hace. Estaba yo cursando mi último año en el colegio, donde oí cosas muy singulares.

—Probablemente absurdas. Si coincidieran las órbitas de Venus y de la Tierra en un plano, como ahí en mi dibujo, habría paso, visible aquí, en las conjunciones a él propicias: Sol, Venus, Tierra,

Venus interpuesta. No es así. Nuestra hermosa vecina pasa atravesando el disco solar de Oriente a Occidente, ya por la parte superior, ya por la inferior, unas dos veces cada ciento o pocos más años con intervalo de ocho entre un paso y otro de la centuria, y luego ya hasta la siguiente. Así hubo *tránsito* de Venus por el Sol en 1761 y ocho años después, en 1769. Cuando estabais en la pensión, 1882, se repetía este período (1874-1882), y ya no vendrá otro hasta 2004-2012, os lo fío.

—¿Eso determina la no coincidencia de las dos órbitas?

—Y además la diferencia de sus radios. Mirad de nuevo mi dibujo. Nuestro globo es alcanzado por Venus en conjunción cada nueve meses, postura propicia al paso; pero Venus queda la mitad del tránsito por encima y la otra mitad por debajo de nuestra órbita, y así la línea visual de la Tierra a Venus o pasa por encima o pasa por debajo del Sol y vemos a los dos, pero separados.

—¿Qué es necesario para que eso no ocurra y se dé el paso?

—Que la conjunción suceda en un punto en el que ambas órbitas coincidan; en un *nodo* (nudo), como pasa en los eclipses de Luna. Ya sabéis que dos líneas o dos planos que no son paralelos, en algún punto o puntos han de encontrarse; esos son los *odos*, en los cuales una recta une al Sol y a sus dos planetas, Venus y la Tierra. Suponed de alambre las dos órbitas ahí dibujadas, inclinadas en distintos planos o direcciones respectivas, y en dos puntos coincidirán: son los *odos*.

—Entendido; Sol, Venus, la Tierra se hallarán

en una misma línea, la que va de nodo a nodo, y nosotros veremos a Venus sobre el disco solar, porque no es tan grande para cubrirlo y eclipsarlo, dado lo que de él dista; lo mismo que en un eclipse de Sol por la Luna.

Y ¿no sucede que, a su vez, en otra postura semejante nos vea Venus atravesar el Sol?

—No; como nosotros no vemos pasar por el disco solar a Marte ni a Júpiter, porque son *exteriores*. Fijaos en el dibujo. Con la imaginación colocad los dos planetas en todas las situaciones posibles dentro de sus órbitas; nunca se dará el caso de que nos hallemos entre Venus y el Sol.

—Verdad es. Mas aun otra duda: ¿se sabe la razón de esos períodos de ocho años entre cada par de tránsitos de un siglo?

—¡Ya lo creo! ¡No faltaba más! Es el a b c. Venus efectúa trece vueltas sobre su órbita en derredor del Sol, mientras nosotros hacemos ocho; pero esta proporción no es exacta. Después del último paso del par con los ocho años de intervalo, las conjunciones van difiriendo ligeramente, y hasta mucho tiempo después no vuelven con exactitud al nodo.

—No digáis más; está comprendido todo, y es maravilloso.

Me falta saber cuándo es Venus lucero de la mañana, cuándo vespertino, y aplicar a estas situaciones lo que me habéis explicado.

—Sencilísimo. Cuando es lucero de la tarde, como ahora, es Venus en la *conjunción superior*; la vemos de lleno y pequeña, porque está a su mayor distancia. Va aumentando en magnitud y

disminuyendo su parte iluminada, hasta próximamente la mitad de su disco, a lo que llamamos *máxima digresión oriental* (respecto del Sol). De aquí, menguando su parte iluminada, llega hasta el segmento, que al fin se borra; el astro queda invisible entre los rayos del Sol; le tenemos a la menor distancia.

—¡Ah!, comprendo: y reaparece en su *conjunción inferior*, y es lucero de la mañana, que pasa por las anteriores fases, en sentido contrario, aumentando el trozo de disco iluminado hasta otra vez la mitad...

—Llamada *máxima digresión occidental*, desde donde muestra más cara lúcida progresivamente hasta el lleno y *mínimum* de tamaño, *conjunción superior*, distancia máxima, etcétera. La vemos en la *conjunción inferior* al Oriente, dos o tres horas antes de salir el Sol, y otras dos o más después; y en la *conjunción superior*, al Occidente, el mismo tiempo antes y después del ocaso. No se aleja del astro rey más que 45 grados del cielo. El anteojo poderoso puede verla y observarla aún por algo más de tiempo, y en ocasiones se la ve muy bien sin instrumento en pleno día, lo que ha inducido alguna vez al vulgo a tomarla por una estrella nueva singular y presagio de notables sucesos. En tiempo de Bonaparte este fenómeno hizo augurar grandes cosas.

—¡Magnífico, sir Heriberto!, y muy claro; sois un gran expositor.

—Estás fatigando, niña, a sir Heriberto; eres insaciable curiosa.

—¡Si ya he concluído!... con Venus y con él.

Tú eres quien me va a decir ahora algo sobre la historia y la literatura del hermoso planeta vecino.

—De substancia e interés, poco en ese terreno; óyelo, y a servirnos en seguida más té con algo... sólido. Galileo fué el primero que en 1610 observó a Venus con antejo, y bien primitivo, que le reveló, no obstante, las fases del planeta, confirmatorias del sistema de Copérnico, entonces discutido y rechazado por los teólogos.

En 1666, Cassini distinguió en Venus manchas oscuras, todo lo cual sirvióle para calcular la rotación sobre el eje. También creyó encontrarle un satélite; dos le han atribuído otros.

Sesenta años después, Bianchini observa otras manchas y efectúa cálculos que el hijo de Cassini le rectifica. Anda Lambert en sus notables estudios tras el discutido satélite; pero ni él ni otro posterior lo hallan: ¿le oculta la luz del Sol? No es probable; mas sí muy cierto que desde Venus se podría estudiar bien, de haber allí astrónomos, nuestra Luna, porque el Sol no la oculta, al contrario, la ilumina para Venus.

—Y ¿no se ha adelantado más?

—Poco, hija mía; aunque se trabaja con ardor perseverante. Schiaparelli, de Milán, hizo prolijos estudios, de los que dedujo que Venus tarda tanto en girar sobre su eje como alrededor del Sol, y por eso le ofrece siempre la misma cara o hemisferio. Esta conclusión rectificaba a Schroter, que en 1788 había calculado el día de Venus. Vico, en 1840, opinaba lo mismo. Los astrónomos se dividieron, y así estamos, si he de serte sincero yo, que me inclino a Vico.

Lahire es otro investigador de nuestra vecina,

y el citado Schroter, autor de magníficos dibujos que ahora está ampliando Perrotin (1). El jesuíta Secchi observó la atmósfera de Venus en 1857. He ahí todo hasta el presente. No es gran cosa para lo que la Ciencia desea...

—Y creed, Lucy—interrumpió Listrade—, que hay mucho de inseguro y vago: es aventurado el dogmatizar sobre ello, bien lo evitan los astrónomos de hoy.

—Pero todo eso es curiosísimo y, si se quiere, hasta poético... para los profanos.

—Ya se ha poetizado, ya, hijita, y también se ha desbarrado; en suma, palabras. La verdad la sabrá en el Universo quien la sepa; en la Tierra, nadie; y no hay más que decir, niña.

—¡Admirable! Quedo satisfecha; y ahora, sorbido el té, ¿qué toco? ¿Música seria o ligera?

Tres cuartos de hora después, Drebler despedía en la puerta a su colega, no sin pedirle perdón para la insistencia preguntona de Lucy.

—¡Pero si es encantadora! Y me alegro de que le haya dado esta noche por ahí, pues hemos comprobado que nada sospecha.

—Quiero creerlo; mas no olvidéis que la sagacidad femenina disimula bien lo que recela. Como quiera, durmamos y sea mañana lo que fuere, lo que tal vez determinen *desde allá*. ¿Qué estarán maquinando?

—Ellos lo sabrán; nos lo han de dar hecho...; no pensarán en invadirnos; mientras todo sea conversación en bárbaro inglés...

(1) Los presentó y se le alabaron mucho en 1890.

—¡Hum! Razonan como Escotos, mentes de acero. Cuando sus ideas y sus cosas se extiendan por la Tierra, será ella, amigo mío. Veo al director muy preocupado, y al mismo Ricardo, aunque hace por disimular: todos temen algo.

—Bueno, parodiemos a León X: *Interim durmamus*.

### XIII

#### ALGUNOS DETALLES ERUDITOS Y UN POCO DE FILOGENIA

Y al día siguiente lo que sucedió fué que, sin duda, como efecto del reposo, nuestros amigos, al verse, aparecían de buen ánimo, algo menos afectados porque se iban haciendo a su excepcional situación. El hombre acaba por habituarse a todo.

Fueron llegando a la hora de reunión, y como estaba el tiempo agradable, dirigieronse hacia uno de los pabellones destinados a ciertos trabajos de observación. Iban tranquilamente. Mister Pillsbury venía decidor, como en sus buenos momentos.

—Señores, he soñado que me hallaba inspeccionando a Venus directamente por el ocular del anteojo de Mr. Sawyer; pero se me había movido, y no era el lugar que ahora enfila, sino otro el que se me ofrecía; un desierto con extraña vegetación. Varié la visual muy poco, un céntimo de segundo..., no os riáis, se sueña lo que la imaginación dispone. Yo buscaba algún indicio de humanidad, por ejemplo, una senda, es de los más expresivos este elemento; una choza o el

extremo de una chimenea humeante, o un carro-mato abandonado, sino una barca, en cualquier lago o río. Pero el río, al fin, pareció, no ancho y sin barcas. ¡Diablo! ¿Qué es lo que veo? Asombraos, M. Fontignan; tenía delante..., a unos cuantos millones de leguas, ¡un pescador con caña!

—Os envidio vuestro humorismo, sir Ricardo.

—¡Oh, humanidad!, me dije, eres la misma en todos los orbes; esto me consuela, porque nos entenderemos mejor entre iguales.

—Aquí nadie pesca con caña, o sin ella.

—En el Observatorio, no; cerca de él, sí; ya lo habrán visto desde Venus. Pero, escuchad aún. Al pescador se acercó otro sujeto algo astroso; ¡vamos!, también hay clases ahí... ¡Nueva sorpresa! Llevaba el tal en la boca una pipa, mística Listrade, algo mayor que esa vuestra, y es crecida; parecía un saxofón. Y fumaba el hombre como un descosido en aquel Leviatan de las pipas, cuyo humo...

—¡Por el cielo, Ricardo!, que sois original.

—En los sueños, amigo Villougby, sería original el mismo conserje de esta casa, que, despierto, no lo es más que por sus facciones. ¡Vaya!, pensé, nos podemos llamar de tú; ¿ahí se fuma?, ¿se pesca con caña?, pues no hay más que hablar.

Esta serie de humoradas alentó algo más a la reunión: quizás el joven astrónomo, o disimulaba así su preocupación, o alentar a los otros era lo que se proponía.

—Señores, la verdad es—dijo Mr. Jobson—,

que hay un sin fin de particularidades a observar. Me he fijado en la vegetación. No soy precisamente botánico; sin embargo, encuentro la flora de Venus bastante distinta; sobre todo mucha planta de hojas grandes. El matiz de la luz solar me parece rosado; al tono del revoco de ese edificio le encuentro una feliz combinación de colores, como a los trajes de los moradores.

—Y yo—interrumpió Pillsbury—a los ojos de esa gente les noto un tamaño algo mayor que el de los nuestros. ¿No habéis reparado en esa hermosa hembra, cuyos ojos parecen desde aquí verdes claros, cuando uno se fija mucho en ellos?

—Milagro fuera que no os llamaran la atención las señoras.

—¡Qué queréis, Mr. Whyle!, resabios de la niñez... retrasada; pero ved que también me embargan ideas serias. Fué que hube de acostarme divagando sobre cómo será el Observatorio, que, sin duda, está cerca de esa casita, o granja, o lo que sea: cuáles aparatos nos dejará ver cuando aparezca, y al mismo tiempo me cosquilleaba otra idea; mientras la escabrosa conferencia última oíamos de vez en cuando a los de Venus hablar entre sí en su lengua ininteligible por acá, una de las tuyas seguramente; pero no se refán, y eso que motivo les dábamos. ¿Cómo reirán allí?

—¡Donosa ocurrencia!

—¡Eh! Mr. Sawyer, ¡poco a poco! Que la Filosofía coloca la facultad de reír entre los distintivos primeros característicos del ente humano, ya que en la Tierra ningún animal se ríe...

ostensiblemente, y sólo unos pocos se sabe que lloran, el perrito de M. Fontignan, por ejemplo.

—Me preocupa muy poco, no sé por qué, la fauna de Venus. Hemos visto únicamente volátiles hasta ahora.

—Ya irá apareciendo todo, querido Whyte; al animal bípedo implume ya le tenemos; el asno tardará poco en llegar, y el pavo real acaso menos; van los tres siempre casi juntos en la Tierra. ¿Por qué no en Venus?

Coro de risas. Insinuó Mr. Villouby que tal vez una mecánica muy adelantada haría innecesaria la fuerza de sangre en Venus. Desde luego habrá electricidad; eran de suponer la imprenta, las comunicaciones rápidas, la navegación supra y submarina... ¿Se volaría?

En esto llegaron el director y su segundo; los había acompañado Henoch Mureber, quien, recibidas algunas órdenes, desfiló.

—¡Bien venido! Os aguardábamos.

—¿De qué se trataba, señores? Aunque ya supongo que...

—Nada; conjeturas y algunas ocurrencias de sir Ricardo. Esperábamos oíros.

—Y yo, mis buenos amigos, vengo precisamente a eso, a escuchar, con más ganas de ello que de hablar y discurrir. Con la cabeza hecha un caos me retiré anoche; distrájeme un poco; logré dormir ocho horas; me levanto despejado; pero... algo perezoso. Hable quien tenga una idea cualquiera; no nos callemos cosa alguna.

—¡Oh, ideas! A miles. Lo difícil es por cuál empezar.

—Por donde sea; ya se irá ordenando todo. Mr. Pillsbury, ¿hicisteis el acta? ¡Cuidado ahora! Que ese documento reviste ya excepcional importancia y tendrá un día carácter histórico y universal.

—El acta se halla terminada.

—Muy bien, Mr. Whyte. ¿Se trabaja en esos objetos?

—Activamente. Pasado mañana se podrá usarlos, siquiera algunos.

—Una advertencia. No es posible evitar nuestros comentarios en familia mientras conferenciamos con los señores de Venus, cuyo oído... eléctrico es sutilísimo, y por lo que han dicho, su vista penetra, con la corriente de que disponen, hasta los interiores. ¡Cuidado, pues, con el gesto y con los apartes; pudieran traernos un conflicto. ¿Qué lengua poco hablada o muerta es más conocida aquí de todos nosotros?

—El latín; no cabe duda.

—En él había pensado. No usándolo pueblo alguno cuando en Venus empezaron a estudiar idiomas terrestres ignoran allá la lengua del Lacio. Recordémosla todos un poco. ¡Oh, días del Liceo y de la Universidad!

—*Bene dicis, domine; latiné loquemur, inter nos* —exclamaron varios en prueba de no haber olvidado aquellos días.

—Los venerienses bien hacen apartes, o lo que sea, en su lengua, desconocida aquí.

—¡Ah! ¿Lo habíais notado?

—¡Pero si hablan casi a voces! Quizás los sabios de esa casa no conozcan más que el inglés,

si sólo han estudiado esta parte de América. Otros sabrán francés, según la parcela terrestre que hayan observado. ¿Y si alguno de ellos se encuentra entre nuestros interlocutores? El latín nos valga con Venus.

—Y aquí mismo, caso de extrema necesidad con los iletrados de la casa.

—No me parece mal. Pero vos, amigo Sawyer, ¿no decís nada? ¿Quién creyera que sois el autor de lo que a todos nos trae casi locos?

—Pensaba ahora mismo en nuestra situación respecto de esa humanidad con la que vamos a entendernos, bien o mal.

—Ya habrá manera, puesto que existe un habla común; las condiciones se equipararán, si no son más ventajosas para nosotros, que dominamos la lengua empleada.

—Equipararse, nunca, M. Fontignan; permitidme discrepar en esto. Salta a la vista la superioridad en medios de esos hombres en lo material: flúido comunicante, audición, vista, mecánica poderosa, quién sabe hasta dónde; recursos que pueden retirar cuando les plazca; depende de ellos nuestra relación. Seguramente aun poseen otros, que no han mostrado. ¿Quién sabe cuáles sean? Lo conocido es que razonan magníficamente y más nos adivinan que nos comprenden. Nuestra posición es, pues, comprometida.

—No tanto, no; ya veremos.

—¿Qué? Yo digo que más de lo imaginable. En primer lugar, nos conocen, vienen estudiándonos hace siglos; nosotros conocemos desde ayer no más que su existencia, un trocito de terreno y

unos cuantos hombres. ¿Es diferencia? No podemos mentirles ni disimular la inferioridad nuestra. Más nos conviene reconocerla antes que nos la echen en cara.

—¡Tiene razón, tiene razón!—exclamaron varios.

—Conformes—insistió Fontignan—. Hay que proceder con juicio, seriedad y grandeza, como hombres ante todo honrados; diré más: afectuosos, sencillos. Siempre he creído que como el camino recto no había otro. No obstante, al fin se trata de una humanidad frente a otra y de hombres a hombres...

—¡Ah, Mr. Carlos! Cabalmente esa es mi preocupación. Hombre es el zulú, y en Filosofía no puede contender con el europeo. ¿Quién os ha dicho que se trata de una humanidad *exactamente como la nuestra*, sin otra ventaja, y ya sería mucha, que la antelación en el advenimiento a una gran cultura y a su correlativa suma y potencia de medios? ¿No podría ser intrínsecamente superior así en lo mental como en lo físico? He ahí la gran cuestión objeto de mis meditaciones, no en verdad sólo de hoy; es problema que he estudiado bastante.

Miráronse todos interrogativamente. Volvía la intranquilidad; acababa de surgir un problema complicado ¡tan extenso!

—Ya, señores—prosiguió el óptico—, el razonar, el construir un elemental lenguaje, el adivinarnos y las formas físicas tan delicadas, los movimientos, el color de su cutis, la magnitud de los ojos, las proporciones de la frente, las facciones

en perfecto óvalo de esos hombres y de esas mujeres me habían confirmado en algo que siempre creí posible: una raza refinada respecto de la nuestra. Porque sabedlo: para mí la pluralidad de mundos habitados es el gran pensamiento de mi vida; por él me consagré exclusivamente a la óptica desde que me adoptó mi maestro; en él he pensado cuando en mis tareas de inventor me entregaba al reposo; él me alentaba, y si alguna vez me lo permitís yo os referiré mis pobres elucubraciones.

—¡Ahora mismo! ¡Ahora! ¡Si es curiosísimo!...

—¡Y necesario!

—¡Fundamental!

Se oyó exclamar por uno y otro lado. Hubo luego una ligera pausa.

—Bien. Procuraré no fatigaros—empezó diciendo Sawyer—. Nadie ignora aquí que la idea de la pluralidad de humanidades planetarias, con la aspiración consiguiente a conocerlas, data de muy antiguo: desde que se supo algo de lo que los planetas podían ser.

En mis ratos de estudio, y guiado por mi inolvidable maestro, he repasado cuanto han dicho los Vedas, el Código de Manú, los Zendas, Zoroastro, los celtas y los galos sobre la habitabilidad de la Luna.

Egipcios, griegos, el antiguo Orfeo, Anaximandro, Anaxímenes, Empédocles, Aristarco, Leucipo, todos los filósofos antiguos, suponen habitable nuestro satélite. Al buen Anaxágoras se le persigue por sostenerlo; Pitágoras lo enseña en su doctrina secreta; Filolao y Nicetas, en la escuela de Pitágoras, casi conciben el mismo universo que

veinte siglos después Copérnico. Xenófanes no les anda lejos; es el creador de la escuela eleática. Petronio de Himera sostiene que hay ciento treinta y ocho mundos habitados, doctrina que según Plutarco ya se enseñaba en la India... Seleuco, la doctrina secreta de Platón, la de Epicuro, todos menos Aristóteles, se inclinan a la pluralidad o la sostienen.

No he leído sus obras; pero sí los lugares que de ellas se citan.

—Poco más o menos eso podemos decir aquí nosotros.

—Comprendido y nos basta. Ese argumento poderoso «¿Por qué ha de estar habitado un solo mundo, ni peor ni mejor que los otros?» lo emplea el griego Meliodoro de Lampsaco, y Anaxarco hace esta misma pregunta a Alejandro, Lucrecio la repite en su poema *De natura rerum* y Plutarco en su tratado de *Facie in orbe Lunæ*.

De la antigüedad pagana ya no recuerdo otros testimonios; pero ¿y los de los cristianos?

Orígenes, libro *De los principios*; después de él, ninguno, porque prevalece la filosofía aristotélica y la ciencia retrograda. El exagerado Tertuliano dice: «Ya no necesitamos ciencia teniendo a Cristo», glosa de ciertos fanáticos que entendieron mal a San Pablo, según los cuales convenía saber poco y aun nada.

Mas en la Edad Media se avanza algo, no mucho. Nicolás Cusano, en su libro *De docta ignorantia*; Giordano Bruno, *Dell'infinito*; Montaigne, *Ensayos*, y por fin, Galileo, que esboza, tímido, la cuestión, pues le sobaban motivos de mostrarse

cauto, ya que no se le permitió ni llamar *astro* a la Tierra. Luego, Descartes, Kepler, *Astronomía Lunar*, *Somnium astronomicum*; Campanella, *Ciudad del Sol*... No todos afirman rotundamente, aun hay peligro; pero admiten la posibilidad.

Ya desde el siglo xvii aumenta el número. Fabricius, Otto de Guericke, Roberto Bulton, el obispo Wilkins (*Luna habitable*), Locke, Cyrano de Bergerac, Hevelius (*Selenografía*), Milton, el jesuita Kirker (*Viaje extático celeste*), Fontanelle y el más científico de todos, Huiggens, en su obra póstuma, *Cosmotheoros*.

Del siglo xviii recuerdo ahora a Bayle, a Leibnitz, Newton, el visionario Swedenborg, Voltaire, Condillac, ¡y es religioso!, Lavater, Saint-Pierre, Diderot, José de Maistre, ¡con ser quien era!, Kant, Goethe, Krausse, Schelling, y entre los astrónomos, Herschell, Lalande, Laplace y alguno más.

El siglo xix produce muchos y pocos, muy raros, los que los combaten, sin éxito en su totalidad.

Leídas estas citas y algún libro todo entero, no necesitaba tanto para convencerme. Sabía yo bastante Astronomía, bastante Física y Lógica; tenía de Dios idea suficientemente elevada y lo mismo del Cosmos para estar persuadido sin más argumentos.

Son pocos, pero convincentes, los que todos repiten. Que sería un milagro, no, un absurdo, que solamente la Tierra tuviese habitantes; carece de títulos para este privilegio, contrario a la Naturaleza; es mi firmísima convicción.

¿ Mis aspiraciones? Las conocéis: llegar por la ciencia al conocimiento de esas humanidades, deseado por la nuestra sabia que en la Tierra ha sido. No quería ella estar sola en el universo, ni tampoco morir. Al hombre culto repugna el no ser, porque tiene buena noción del ser y de la eternidad, por lo menos *a posteriori*; porque ama la Naturaleza y no quiere dejar de contemplarla cuando apenas la conoce; le adivina más hermosuras, vislumbra el infinito y necesita un ideal supremo del bien, de la justicia, de la verdad y del amor, sus ansias eternas de bien inacabable...

\* \* \*

Un rumor, de aprobación, sin duda, acogió este período, expresado con la natural elocuencia de las convicciones profundas, arraigadas, tanto en la razón como en el sentimiento, y por eso respetables, aunque no se compartan.

—Y por lo que hace a esas humanidades taxativamente...—insinuó Listrade.

—A eso iba, si no os molesto.

—¡No, no! Todo lo contrario—dijeron los reunidos.

—Trabajando con fe, porque algo me decía aquí dentro «Tú llegarás», estudiaba un poco a los naturalistas y a los antropólogos. Eran las suyas materias relacionadas con mi ideal.

—¿ Pudisteis libraros del prejuicio que yo llamo *de reducción a la unidad hombre terrestre*, al que se toma como tipo-medida de la habitabilidad de cada planeta?

—Seguramente, amigo Listrade; y también evité otro error: el de las fantásticas formas de la humanidad en cada mundo, según la temperatura de él. Conozco eso; es la filogenia más arbitraria y ridícula que pudo concebir la ligereza humana, la ciencia embrionaria, que aun sigue disparatando en periódicos y revistas. ¿Es Júpiter mucho mayor que la Tierra? Pues sus hombres medirán veinte o treinta varas... y muy pálidos, porque allí hay menos luz.

—¿Creéis, pues, en una sola forma y ésta la humana terrestre?

—Crear en absoluto... Inclíname todo lo posible en lógica nuestra y a impulsos también del sentimiento y de la estética subjetiva. Algo me grita: ¡El hombre es universal o poco menos!

—¿En qué os fundáis siquiera algo... vagamente?

—En la filogenia terrestre, señores; que mis conocimientos en Física y en embriología me permiten suponer o universal o, por lo menos, la misma en todo el sistema del Sol.

—No es débil la base—apoyó Jobson.

—Oíd por un momento. Sabéis todos de dónde proceden los gérmenes vivos, del agua; esto es ya evidente; y no ignoráis que la constitución de las que M. Camilo llama *tierras del cielo* es en el fondo la misma terrestre. Luego de igual formación cósmica los planetas y de iguales elementos, igual proceso de la vida vegetal y animal e iguales efectos, a saber: en todo planeta una escala más o menos múltiple en gradaciones de seres animados, desde el menos inteligente hasta el más, el hom-

bre, con la forma que rigurosamente le corresponde en virtud de su proceso genésico; y como es éste igual en todos los planetas...

—Os resulta necesariamente en todos el mismo hombre, ¿no?

—En el fondo, el mismo, amigo Fontignan; sólo que así como en la Tierra tenemos diferenciaciones en la humana especie, yo admito una escala indefinida de ellas en grados ascendentes hasta una sublimación para nosotros imposible de determinar, sin límites por el hombre concebibles.

—Hacéis, pues, lo que muchas religiones: rellenar con ángeles o genios el vacío mediante entre el hombre y Dios.

—Exacto, si queréis. Esas religiones, por herencia unas de otras o siguiendo a su manera los instintos humanos innatos, que algún valor, alguna causa, algún fin han de tener, no podían conformarse con ese vacío por una razón suprema.

—Veámosla; eso es ahora oportuno.

—Y sencillo. La razón es que toda escala supone por necesidad extremos y medio...

—¡Ah! Decís muy bien—exclamaron varios a un tiempo.

—Es perfectamente lógico. Tomando aquí como extremo inferior el animal menos inteligente que haya, asciende la escala hasta el hombre. Mas así como en la creación no acaba la serie o gama de lo creado, esto es, no se agota en la Tierra, pues hay otras tierras, así tampoco la escala de la inteligencia alcanza su cumbre y término en el hombre.

¿Cuál es este último extremo? No podemos hoy científicamente saberlo; pero sí concebirlo. Él será

el *summum* de la inteligencia; llámale como queráis: Dios, Supremo Hacedor, Primera causa; es lo mismo, el extremo. Imposible que entre Él y el hombre no exista una inmensurable gradación de medios; esa es una escala indefinida. Cómo está graduada y con cuál distribución en el Cosmos, ¿quién puede saberlo? Que existe es lo que no dudo.

—¡Muy seriamente razonado! ¡Mucho!

—Amigos míos, aquí mismo, en la Tierra, aparecen diferencias, *fenómenos* mentales que invitan mucho a pensar por lo que exceden de lo ordinario. El niño Mozart, el famoso calculador Inaudi (1), esos memoriones asombrosos, esas aptitudes increíbles, esas facultades adivinatorias, esas comprensiones inmensas, que a lo mejor dejan estupefacto al mundo sabio, ¿no nos indican que la misma humanidad de acá abajo entraña elementos, potencias, que por desconocidos procesos pueden sublimarla quién sabe hasta dónde? Pues colocadla en mejores condiciones y... ¿a cuál perfección no podría llegar?

—¡Es cierto! ¡Es cierto! Alguna vez hemos pensado todos en ello.

—*El modo de conocer*: he ahí algo parecido a la clave. Aquí, por ejemplo, de una ojeada adivinamos más que percibimos una obra sencilla. Fijaos en la palabra y en los números. Cualquiera hombre bien equilibrado lee una frase no larga con un golpe de vista y lo mismo un número que no exceda de seis cifras; pongamos doce si son ceros once de ellas.

(1) Por entonces ya era muy conocido.—(N. del E.)

Pues a lo mejor aparece un sujeto que de un vistazo se lee una página u otro que aprecia sin error una cantidad expresada por treinta cifras. Con la memoria ocurren casos portentosos. Hay quien aprende un libro de doscientas páginas con leerlo una vez y no lo olvida ya... ¡Tantas rarezas! Pero ¿son posibles? Pues demuestran la facultad en una extensión cuyo límite no podemos señalar...

—Creo que están ellas más en el sensorio—objeto Listrade—, y a ése algún límite cabe señalarle. Se ha visto realmente leer cantidades de treinta cifras con mirarlas un segundo; mas no a un hombre que perciba la marcha de la manecilla pequeña, la horaria, de un reloj en cada uno de sus avances, o los de la caída de las pesas del mismo reloj..., ni el crecimiento de la hierba, ni varios de los rayos del prisma. Nuestro oído, por fortuna acaso, no percibe la explosión del choque de un papel de fumar que da sobre el suelo; no se ha conocido un ejemplo ni de una vista tan sutil que dé cuenta de la diferencia entre un ángulo recto y otro al que le falten para serlo dos minutos.

—¿Y qué, sir Heriberto? Los excesos que he mencionado reales son y su fuerza indicativa tienen... ¿Sois materialista? ¿Y ahora distinguís entre el sensorio y el ente que percibe lo que él le transmite, el yo? Está bien; eso no bastará para establecer la imposibilidad de que otra constitución física más potente permita conocer esas y otras contingencias en un medio más apropiado, como en éste facilita a ciertos sujetos las percepciones, las retentivas y las sensibilidades que he aducido.

—Convengo en ello.

—Padecemos la manía de limitar, porque muy limitados nos vemos; al mismo Sér Supremo le marcamos líneas. ¿Es que no sabe, ni puede hacer, ni ha hecho más que lo conocido por nosotros? Ya había creado o ella existía, me es igual, la electricidad y no la habíamos conocido. Aun hoy no sabemos definirla. ¿No pueden existir otras humanidades? He ahí al Creador o a la Naturaleza, si lo preferís, empequeñecido. Por eso decía Diderot: «Agrandad a Dios». ¿O haría mundos desiertos de seres inteligentes? ¿No decimos que aborrece el vacío?

—Vos mismo, amable Sawyer, algo le limitáis en la factura de humanas formas—insistió Listrade con su acerada lógica.

—No. Yo veo una ley, por ejemplo, como la de ser esféricos los cuerpos celestes, sin que por eso juzgue impotente al Creador para otras formas. ¿Quién demostrará que está ya hecho todo lo factible en el universo? Lo que sé, como lo sabéis vos y todos aquí, es la ley de esa esfericidad; *lo mismo puede existir la de la forma del sér inteligente corporal...*

Otro rumor, compuesto de varios ¡Bien contestado! ¡Sí! ¡No le falta lógica!, se dejó entonces oír.

—Esférico es—prosiguió el óptico—ese planeta, mal llamado satélite de Sirio, descubierto por Clarke mediante el gran antejo de Cambridge (1). A la vez que la ley de esfericidad planetaria en otros sistemas demuestra con su presencia otra ley ya

(1) En Cambrigde, del Massachussets, Estados Unidos. Años después de la época de este relato, ese, o quién sabe si otro, planeta de Sirio fué observado bien distintamente;

prevista, sólo prevista: la de que hay otros sistemas, que las estrellas fijas van acompañadas de planetas en torno de ellas girantes; cada una es un sol, un centro de mundos como el nuestro. Ahora el descubrimiento de nuestra forma humana en Venus, ¿por qué no ha de indicarnos esa ley de la forma del sér más inteligente en cada planeta?

Cuanto al hombre, no negaré lo posible de un sér más perfecto en mentalidad que nosotros y con la forma que os plazca atribuirle, aunque sea la de arácnido, la más repugnante para nuestra estética; el *posse*, la posibilidad en absoluto, nunca se niega, y menos en el Cosmos. No obstante, señores, al pensar en la constitución física de las humanidades posibles en nuestro sistema solar, no supe ni pude concebir más que la forma nuestra, claro es que perfectible hasta donde se quiera en fuerza, agilidad, salud, percepción, raciocinio..., potencias; pero al fin la forma humana.

—Natural lo encuentro. El león no concibe forma igual en belleza a la suya. Nosotros pintamos con la nuestra a Dios, a los espíritus, a los duendes...

—Conozco el argumento y su fuerza, propuesto él así en absoluto, ni ignoro las imperfecciones de nuestra constitución; no vemos lo que tenemos detrás; nos faltan alas, quizás nos sobran o los intestinos o el estómago. Pero examinad nuestra fauna: el más inteligente de ella, el simio, el que más se nos aproxima...

y debe ser enorme, bastante mayor que el Sol, para poder ser visto desde aquí a tantos billones de leguas, siquiera con instrumentos muy poderosos.

—¡Cuidado! Que va a protestar el elefante.

—No, Mr. Listrade, no protestará; no se le oculta la vivacidad del mono, superior a la de él, y la mayor riqueza de miembros. Con más luz mental haría, por ministerio de ellos, obras como las nuestras; y si, como creyó el autor del libro *De loquela simiarum* (del habla de los monos), se le pudiera dotar de lenguaje...

—¡Oh!—atajó Pillsbury—. No dudo que dejaría tamañitos a muchos parlamentarios sin rabo. Yo también relaciono esas cualidades con la forma, un día cuadrupédica, allá en la noche de los tiempos, luego tendente a la erección, de que tan mal uso hacemos hoy. La forma denuncia o implica no sólo proporción de facultades, sino cantidad y disposición de ellas, sobre todo de las cognoscentes, porque hay que desengañarse: en el conocer está la diferenciación.

—Sí; en conocer generalizando, ser capaz del concepto de los universales, de lo abstracto y, viceversa, de particularizar lo general, más de crear en la mente, lo que no le es dado al león de concebir. Mientras no me presenten un sér así dotado, pero con otra forma, creeré, y más una vez conocida la humanidad de Venus, que esa forma es la propia, no sé si por necesidad absoluta o por ley contingente; la propia, digo, del ser más elevado de cada mundo, tal vez de todo el universo.

—En rigor no cabe objeción—dijo entonces el director—. He dado también vueltas a ese punto; y respecto de las diferencias entre humanidad y humanidad, presupuesta la misma forma...

—¡Oh! La filogenia universal, ¿no es eso? Podría condensarse en pocas palabras.

—¿Os atreveríais?

—Probaré. Si el hombre es el ente más sabio o en potencia de serlo, en cada planeta, su grado de excelencia dependerá de la combinación de la materia en el planeta respectivo y diferente en cada uno de ellos, sin duda.

—Bien formulado. Ampliad, no obstante, si gustáis.

—Figuraos, Mr. Drebler, que..., ya está visto, la Tierra no puede producir un ente más aventajado que el hombre; esto se debe a la combinación de sus elementos, aunque sean esencialmente los mismos que los de los otros planetas. Cambiad esa disposición, esa química, y dará o un ente inferior u otro superior. Fijar en qué grado y manera, imposible; pero la deducción es lógica. Alguien ha dicho que el hombre es una bestia perfeccionada; esto indica que en alguna parte podrá existir el hombre perfeccionado.

—¿Y si ya hubiera existido aquí?

—No, Mr. Listrade. Objetáis para oírme o encauzarme; pero sois lo bastante sabio para comprender que si esa especie hubiera pasado por este planeta, de su estancia dejara señales, que hoy estudiaríamos; lejos de eso, las reliquias de nuestros antepasados son propias de nuestra condición o de otra inferior. También sabéis que llegada la Tierra a su estado adulto, a éste corresponde el máximo de elevación intelectual. ¿Creéis en la *materia prima* o única?

—A todo trapo.

—Le atribuiréis la procedencia de los cuerpos llamados *irreductibles* a otros; los simples, si los hay, modalidades suyas, ¿no? Ya que asentís, supongoos convencido de la diferenciación del vulgarmente llamado mundo inorgánico.

—Lógicamente; el orgánico procede de él por generación espontánea.

—Yo no la llamo así. Espontaneidad es voluntad determinada, inconcebible, en lo inorgánico; le llamo *hecho*. La prosecución o continuación de ese mundo por diferenciaciones progresivas, naturales, inevitables, hasta el orgánico en virtud de una ley, que titularéis natural, y yo divina; pero ley que se realiza por grados, la Naturaleza no da saltos.

Así esa diferenciación se ha detenido aquí en el hombre, porque las condiciones del planeta no pasan de la potencia de producirle; pero en otros ha podido su plasma ascender más.

—Encuentro aceptable esa teoría; lo digo sinceramente.

—¡Al fin convenimos en algo! Ya veis, no he hablado del alma ni de cuestión alguna metafísica. No sé científicamente si habrá ángeles; lo que no puedo rechazar es la posibilidad de seres tan sutiles que sus cuerpos, como los de ciertas medusas en el agua, no sean perceptibles para nuestros ojos en el aire y puedan recorrer espacios interplanetarios. Flammarión así lo supone.

—Haciendo el juego de los espiritistas, a cuyo campo ahora os acercáis.

—En manera alguna. El espiritismo es de suyo metempsicosista, por lo menos del hombre al hombre; yo tengo por absurda y contranatural esa hi-

pótesis, producto del concepto *ánimico* o de oposición entre el espíritu y el cuerpo. Y cuenta que no entro en la cuestión de si aquél existe por sí o es resultante de la organización, ni si persevera después de deshecha ésta, si es que totalmente se deshace, sin dejar, por ejemplo, ese *cuerpo astral*, cuya posibilidad no se puede hoy negar científicamente sin peligro.

—Ni afirmarla.

—Convenido. Como quiera, me repugna esa entrada en nuevo cuerpo sin memoria del anterior, otra infancia que no veo justificada, y así muchas veces. Ese almacén de espíritus disponibles para una infinidad de cuerpos... No; jamás. Extraño me parece cómo ha podido amalgamarse tal doctrina con la de la pluralidad de mundos.

—Por industria sectaria; para tener a mano pluralidad de existencias y barajarlas entre adeptos bonachones. ¡Cómo aprovecharía si viviera el bueno de Allan Kardek el descubrimiento que aquí nos reune!

—Ya intentarán utilizarlo, cuando sea público, sus sucesores, no menos aprovechados—apoyó Fontignan.

Y en este momento el gran reloj dió una hora.

—Señores—dijo el director—, ha llegado el momento de volver al trabajo. Callen, si gustáis, las ideas, que van a hablar las cosas y los hechos.

## XIV

### LO IMPREVISTO

ESTE Sawyer—decía Villouby al salir de la referida conversación a Pillsbury, a Listrade y a Drebler, que con él iban—, este Sawyer, antes tan taciturno, en cuanto ha salido con su intento se nos ha manifestado otro hombre más abierto, con palabra fácil y elocuente. Me ha gustado su defensa de la doctrina contenida en un pasaje de Renan: «Estas diversas humanidades (de la Tierra) tan desiguales en amplitud, están construidas, poco más o menos, sobre el mismo plan psicológico, y se puede decir, sin temor de equivocarse, que las otras humanidades, sembradas en el espacio, no difieren esencialmente de la nuestra.» Es texto que he tenido siempre muy en la memoria.

—De Renan es también el argumento sobre la no existencia aquí de seres superiores al hombre, puesto que no hay ni vestigios de su obra—repuso Listrade—. Yo estoy conforme con el óptico. Si le hice objeciones, fué para calentarle un poco; por eso mismo que decís de haberse revelado otro hombre, y grande, hay que reconocerlo, en su modesta sencillez. No es tan torpe que no se dé cuenta de que se le puede ya equiparar a los más

ilustres inventores, y, no obstante, no se ha envanecido; su cerebro continúa sereno, equilibrado y muy en la realidad. Esto me encanta, porque, francamente, llegué a temer una perturbación por la vanidad, después de todo, muy explicable.

—¿No le encontráis un poco místico?

—¿Qué importa para mí ese detalle, amigo Drebler? Reminiscencias de la educación; en cambio, carece de fanatismo y de prejuicios cerrados. A la postre, ¿quién se atreverá a sostener que no existe una primera causa? Yo mismo, no; pues bien, en ella nos encontraremos todos, dándole diversos nombres, uno de ellos *lo incognoscible*, otro *lo absoluto*, y reconociéndole por deducción estas o las otras cualidades, ideas e intervenciones... No me preocupa eso en los hombres, sino cuando los hace soberbios y agresivos. He sido amigo y admirador de Brandlang, no por el ateísmo, real o no, que se le atribuye; ha sido por su entereza en combatir en la Cámara de los Comunes la imposición del juramento religioso de un modo farisaico, despótico, a gusto de próceres escépticos. Bien; ahora, a lo nuestro, que es duro.

¡Vaya si lo era! En unos seis días, los trabajos se hicieron gradualmente más espinosos. Los diafragmas y auriculares servían a la perfección; bien que, aun sin ellos se podía operar, dada la finísima perceptiva de los venerienses. La cámara fotográfica iba obteniendo las vistas que era posible. Pillsbury sacaba sus croquis de lo que aparecía proyectado en el lienzo. Sawyer, atento siempre al antejo, y Whyte a la comunicación eléctrica; todos oído avizor, la inteligencia alerta, la palabra

muy precavida, porque desde Venus preguntaban con una intención incisiva, implacable, y sabido era que veían el interior de la torre tan bien como el edificio por de fuera, y que su oído era finísimo; ¡diablo!, no convenía ni ofender ni aparecer demasiado inferiores.

Una de las cosas que preguntaron primeramente fué por qué habiendo mujeres en el Observatorio ninguna se hallaba presente en los trabajos de comunicación. Este requerimiento dejó helados a los astrónomos, que se miraron, sin saber qué decirse: la respuesta se hacía embarazosa.

—Henos aquí en berlina, señores—dijo en voz muy baja Pillsbury—; ¿cómo responder con la triste verdad? Ni una calculadora tenemos; ¡lástima que aquella joven de París tuviera a última hora miedo a este clima! Hermosuras hay aquí, ¡vive Dios!; astrónomas..., las Browinsky, las Klumpte, son en la Tierra género casi de contrabando, y, por lo visto, abundante en Venus; ¡horrible!, ¡aplastante! Pero hay que responder algo... lo que se pueda...

El director, en tanto, había ideado una evasiva: «En esta comarca no hay astrónomas; pero la fundación de nuestro Observatorio se debe a una mujer, hoy ausente; ya vendrá, y la veréis.»

—Eso se parece algo a los temas del método Ollendorf—insinuó risueño el joven—. Añadid otra excusa y verdad: «Aun no hemos participado a nadie extraño a nosotros, los presentes, esta comunicación.»

Así se hizo; pero preguntaron la causa. Nuevo aprieto. Hubo que responder al cabo que en la

Tierra la mujer, por lo común, no se iniciaba en la ciencia; y en cuanto a los hombres..., esperábamos estar más adelantados de relaciones con Venus para enterarlos, primero, sólo a los astrónomos; luego, al resto, a fin de que antes no nos abrumaran con su precipitada curiosidad. ¡Qué confesión!; pero fué aceptada con un «Está bien».

La mayoría de las interrogaciones de allá versó acerca de palabras abstractas: honor, virtud, modestia, pudor, moral... Tenían un vocabulario aparte de términos cuyo significado aun no habían podido conocer, y pretendían irlo llenando; pero ¡tremenda dificultad la de las respuestas claras! Gracias a que los preguntones adivinaban como unos telépatas consumados.

—Esa gente—observó el mecánico—parece que no pronuncia del todo mal, sin duda porque con los signos de la escritura de su lenguaje han copiado o fijado los sonidos del nuestro; no concibo otro medio. Esa escritura querría yo ver.

—Ya les pediremos que nos la muestren, si antes no lo hacen; más me preocupa su viveza de comprensión, su lógica y su espíritu acerbamente rectilíneo—repuso el director—; en fin, nos vamos entendiendo con menos dificultad.

—Pero aprietan los tornillos, que da escalofríos—objetó Pillsbury, siempre en voz casi imperceptible cuando no acertaba con el latín más adecuado—. Lo que yo desearía saber era su lengua. ¿Monosilábica? ¿Aglutinante? ¿Con o sin vocales, esto es, gutural? ¿Es como las nuestras indoarias? ¿A cuál de las hijas o de las nietas del sánscrito se parece? ¿Y las palabras semejantes

a las nuestras? ¿Las habrá? ¿Tendremos coincidencias, y con nuestro vocablo *bestia* dirán allí doctor, o con la voz imbécil, diputado o estadista?

Tuvieron que contenerse los compañeros para no soltar la carcajada; pero sonrieron.

—Señores, que aun no hemos oído cómo se ríe homéricamente en Venus, donde tampoco he visto a nadie con paraguas, fumando, con bastón, con sombrero de copa, con uniforme militar ni a caballo, ni siquiera en burro. Carros o coches, tampoco aparecen; pero algunos caballeros bastante aligerados de ropa, sí; hacia la izquierda hay uno ahora.

—¡Por el cielo, sir Ricardo!, que llenáis los intervalos de pregunta a respuesta donosamente.

—Aguardad; hablaba de la risa, ¿y si nos oyeran soltarla? ¿Creerían tal vez que era llanto o señal de fastidio, y ganas de dormir? Hay que rogarles que se rían.

—Mejor será—dijo Listrade—soltarles una barbaridad o una tontería.

—Sí; pero, ¿les hará gracia? ¿Cómo saber los resortes de su humorismo? ¿Y si la risa fuera distinta de la nuestra y la tomábamos por expresión de ira?... Oíd: he sospechado si habría negros en Venus; hasta ahora no han salido; ¿los ocultarán? Tampoco se valen de animales para usos de fuerza ni se ven armas...; verdad que en un Observatorio...; ¡pero qué paisaje tan bello!, y ¡qué mujeres! He visto sonreír o cosa así a una, hablando con otra... ¿Si dominarán ahí más que por acá? No lo creo; se ve demasiado orden para eso.

—O serán otras mujeres...

—Opino por la unidad femenina en el Universo.

Así pasaron los seis días en trabajos de cerca de una hora de comunicación, comentados luego en discusiones amigables que se amenizaban como se podía, y en las que se razonaban preparativos para entenderse con Venus y..., lo que más se temía, con la Tierra; en ella estaba el gran peligro amenazador. ¿Por dónde llegaría su primer golpe?

En la mañana del día séptimo, a eso de las once, hallándose los astrónomos en sus habitaciones la mayor parte, y todo el mundo en sus labores, se oyó de pronto en la crujía del piso de las viviendas de los técnicos la voz de Henoch Mureber, que, en tono alto, con claridad, articulando bien las palabras, en inflexión solemne, casi apocalíptica, gritó por dos veces:

—¡Señores! ¡Atención! ¡¡Lady Esther de Killarney llega!! ¡Bienvenida! ¡Que Dios la proteja siempre! ¡¡Paso a la muy graciosa señora!!

El efecto sería difícil de describir. Casi a un tiempo las puertas de los cuartos del director, del segundo y de Pillsbury se abrieron, y ellos avanzaron a la galería más turbados que si hubieran oído la fatídica voz de ¡fuego! Segundos después aparecieron Listrade y Villougby. Todos encontraron rígido a Henoch; le interrogaron, dudosos acaso de su razón, y él, extendiendo la mano:

—Sube en carruaje—exclamó—; ahora entrará en el segundo trozo de pendientes; ¡la he visto!

—Pero... ¡desgraciado!

—¿Y no era lo mejor prevenir a los señores así?

Estaba yo asomado a una ventana del piso alto cuando vi llegar un coche tirado por dos caballos, detenerse en la puerta, que no tardó en abrir el criado, gorra en mano, y haciendo profundas reverencias; al minuto emprendió la subida; alguien sacó después la cabeza por la ventanilla del vehículo: ¡era milady!, tengo buena vista.

—¡Dios mío, qué conflicto!, ¡en estos momentos!—exclamó el director—. Señores, ¡vaya una complicación! Sir Ricardo, de vos lo espero todo. ¡Adiós precauciones!, ¿qué va a pasar aquí?

—¡Mi tía en esta casa ahora, y sin el previo aviso que prometió!... ¿Qué sucederá?

—Sea lo que fuere, urge determinar algo, ¡santo cielo! ¡Ea!, decidámonos: hay que salir a recibirla—exclamó el director—. ¡Henocho!, ¡a escape!, avisad a Mme. de Fontignan y a mis Lucy que bajen, sin perder momento, como estén, y decidles para qué.

Henocho obedeció presuroso. Llegaron el mecánico y un ayudante, varias mujeres asomaron por acá y por allá; notábase que la casa se ponía en conmoción; ya se dejaba oír el ruido del carruaje sobre el arrecife del camino ascendente en zigzag... Aparecieron las señoras requeridas, y con Mr. Brigham, su segundo, Villougy y Pillsbury se dirigieron a la puerta principal del edificio. El director había dado orden al ayudante de prevenir a los demás técnicos no presentes en la crujía y encargáralos prudencia, estar atentos a lo que le oyeran o a las instrucciones que pudiese enviarles con Mr. Villougy.

Descendieron. Apenas pisaban el umbral del por-

talón, deteníase ante él un carruaje bastante basto, ya viejo, del que tiraban dos caballos altos y fuertes; abríase la puertecilla y bajaba lady Esther, radiante de satisfacción y seguida tan sólo de su doncella predilecta, Sally. Vestía una falda de paño gris con adornos negros y un abrigo de este color con pieles de marta; en la cabeza, gracioso y sencillo sombrero con plumas, también grises, y velo de tul sembrado de abalorios, para guardar el rostro.

Elegante y bella; no representaba los treinta y dos o treinta y tres años que contaría a la sazón. Su rostro blanco, matiz norteamericano; sus hermosos y vivos ojos, el óvalo de la faz, la nariz recta, la boca un poco grande, pero bien dibujada, y toda la expresión atractiva, aunque algo enérgica, le daban títulos suficientes para figurar aún entre las bellezas.

Dirigióse primero a Mme. de Fontignan, que le daba la bienvenida con la dulce y desenfadada cortesía francesa.

—Mil gracias, Julia; usted siempre guapa y graciosamente alegre. Pero..., Lucy, ¡si estáis hecha lo que se llama una hermosura!... Míster Drebler, os envidio; cualquiera cosa muy buena daría por tener una hija como la vuestra, ¡y con su talento!...

Drebler se inclinó.

Las mujeres se besaron, y luego Esther al director:

—Querido sir Jorge: no sólo no pasan por usted los años, sino que es usted quien pasa por encima de ellos, triunfante; le encuentro hasta rejuvenecido, y aquí a todos los presentes, con la mejor

traza de salud y bienestar. ¡Cuánto me satisface!, no os lo podéis imaginar...

—Señora, tal vez el trabajo nos saneará la existencia; en efecto, bien nos encontramos aquí, sin excepción, todos.

—Y tú, Ricardo, por lo que veo, te hallas a gusto; me parece que has engordado.

—Pues no será porque huelga—intervino Drebler.

—Vamos, ¿vas sentando la cabeza? Ya se lo dije a Flammarión. Por supuesto, que algo darás que hacer a sir Jorge...

—No, milady: laborioso, bueno y amable como el primero.

—Mi jefe, querida tía, suele calumniarme; pero subamos si te place (hablando habían llegado al pie de la escalera), y verás a los demás amigos.

—Que nadie interrumpa su trabajo o su descanso por mí; tiempo nos queda. Seguramente me esperabais, aunque no a fecha fija, que no quise comunicaros, porque no era necesario: ¿qué más daba una cualquiera? Yo llegaría.

—Señora—repuso el director—, aquí deseáramos teneros constantemente; ni un momento dejáis de hallaros con presencia mental entre nosotros; pero, la verdad, no adivino por qué suponéis que debíamos esperar la gran alegría de veros; ha sido la más grata sorpresa...

—Sir Jorge, ¿qué decís? Siquiera para felicitar a usted, a todos, ¿no había de venir? He querido ser la primera, y no sé, no sé... Al cochero que nos ha traído le han dado en la administración de Eastbrigde un gran paquete de cartas del co-

reero de anoche, y de los de hoy, más otro de telegramas; ahí los habrán dejado, y los veréis. Supe que ayer tarde el correo para esta casa fué abundante; hubo también telegramas.

—Todo lo cual, querida tía, viene a mi poder, como secretario que soy; pero está sin abrir, aunque no dejó de chocarme, porque ayer fué un día de mucho trabajo hasta la hora de acostarnos.

—Mejor, pues; creo más ahora que soy la primera...

Entraban en la crujía principal, y Pillsbury aprovechó un momento para decir aparte a Villogby:

—Id pronto; que entren en la sala los compañeros que halléis, pero no Sawyer: advertidle que tarde un poco y entre dispuesto a secundar al director y a mí en cuanto digamos, por extraño que le parezca...; mas... ¡al diablo con todo! Sawyer llega y mi tía lo saluda... ¿Cómo saldremos de esto?

—¡Querido sir Pablo! ¡Bien hallado! ¡Y tan bien! ¡Excelente aspecto!, como el de todos, y con tanta labor... Iba a tener el gusto de ser la primera en felicitar a sir Jorge, y esperaba veros aparecer. ¡Qué dicha! No creí que...

—Pero, milady, ¿acaso procede una felicitación?... ¿Con motivo de qué?

—No llevéis la modestia hasta semejante extremo. Ahora hablaremos todos algo de esto, y luego aun más largamente: no temáis fatigarme, no.

—Esta mujer sabe algo—dijéronse todos mutuamente con la mirada, a tiempo que, llegados ya a

la sala, aparecían los demás astrónomos, el mecánico, los iniciados, y la sospecha se les comunicaba de los otros; apenas lograba nadie disimular su turbación; y lady Esther, muy engolfada en su motivo y propósito de congratulación debía encontrarse, cuando no lo echó de ver, sino que tomó asiento con Mme. Fontignan y Lucy, y rogó a los demás que la imitaran.

—Aquí, sir Jorge; y vos, Sawyer. Primero debo pedir os perdón por haberos interrumpido y venir antes que me llamarais, como lo habréis sin duda pensado: impaciencias de mujer; luego, ¡ah!, mi felicitación; pero ¿cómo, ¡Dios mío!, expresarla tal cual la siento aquí?

—Milady, ya os hemos dicho que no adivinamos la razón.

—¿Que no, y estáis siendo la admiración y el objeto de la curiosidad del mundo entero, y yo lo mismo?

Estas palabras cayeron como una granada en medio de la concurrencia masculina, y dejaron a Lucy y a la francesa estupefactas, mientras lady Killarney sacaba su carterita y de ella un recorte de diario, que entregó al director, diciéndole:

—¿No adivináis, y se imprime esto? Leed, es del *New York Herald*.

Mister Brigham leyó para sí, medio convulso, y sin pronunciar palabra, lo que sigue:

«Nos telegrafía nuestro diligente corresponsal en el Colórado que en el Observatorio del Monte Houston, no lejos de Denver, fundado por un particular, nuestro compatriota, ocurren cosas de alta importancia e interés científico. Los astrónomos

allí reunidos son dueños de un telescopio único en el mundo, que deja en mantillas al famoso de lord Rosse, a todos los de California, incluso el del Monte Hamilton y el del Monte Wilson, pues este nuevo aumenta unas 300.000 veces la visual, éxito hasta aquí no soñado. Esos felices astrónomos han llegado a ver cosas de tal entidad y trascendencia, que ellos mismos son presa del mayor asombro. La revelación al mundo de lo que han observado pudiera ocasionar trascendentalísimas consecuencias, no sólo entre los sabios, sino en la misma vida social de los pueblos, y por esto en ese Observatorio se guarda por ahora el más profundo secreto en espera de perfeccionar sus conquistas y del momento oportuno para entregarlas al dominio público sin peligro alguno.»

«Esto permite creer que acaso estemos próximos a una revolución grandiosa, que empezará por el campo de la Astronomía y llegará quien sabe adónde.»

Consternado Mr. Brigham antes de mediar la lectura, alzó la vista e hizo a Drebler una seña; él, cuando su jefe hubo concluído de leer:

—Lucy—dijo a su hija—, con permiso de milady, te ruego que por unos momentos, que vamos a llenar hablando de un asunto científico muy árido para las niñas, salgas y avises a las señoras a fin de que se dispongan a venir cuando el director, de parte de milady, se lo suplique.

Madame Fontignan lanzó una mirada iracunda sobre el astrónomo: había comprendido; pero se levantó a la vez que Lucy, ambas saludaron a

lady Killarney y salieron. Pillsbury al instante cerró la puerta y se colocó apoyado de espaldas en sus hojas. Entonces el director, ya algo re-puesto:

—Señores: todo está explicado—exclamó afectando tranquilidad no sentida: ¡estos periodistas! Oíd una especie de *canard*, puesto que algún fundamento tiene: él ha ocasionado en milady la molestia de este viaje y el gusto en nosotros de verla cuando no la esperábamos.

Y leyó el suelto en alta voz. Pero la dama no pareció convencerse.

—¡*Canard!* ¡*Canard!* Pero, ¿no sabéis la conmoción que ha producido? En el maletín traigo diarios de Londres, de París, de Berlín, y, entre los nuestros, de Boston, de Chicago, ¿qué sé yo? Unos copian el suelto ese, otros lo comentan, y ya los hubo ayer que dieron detalles sobre esta casa y su institución, sobre su personal, su fundadora y lo que de todos se puede esperar. Somos la *troupe* científica del día, señores. Ya se discute sobre la probabilidad de escudriñar los mundos. ¿Cuánto acercará un planeta el antejo que aumenta en trescientas mil veces? He aquí una cuestión: ya se han hecho cálculos, y muchos creen que así los habitantes serán visibles si alcanzan nuestro tamaño al menos. Todo el montón de cartas y de telegramas, seguramente de eso trata; se nos requiere, el mundo culto fija en este monte sus miradas...

—¡Oh, ligereza humana!

—Os diré: algo hay en el fondo, y por algo ese corresponsal ha escrito. Eso pensé. El suelto suyo

tiene ya cuatro días, o cinco, de fecha. Lo hice buscar porque me enteré en Chicago, adonde había ido a pasar una temporada con mi prima Emma en la posesión que allí tiene. Pero habíamos venido a su casa de la avenida Michigan, la principal de la población, porque Emma quería hacer unas compras. Allí, unos caballeros, amigos del marido, hablaron del suceso astronómico delante de nosotras; habían oído vaguedades y traían un periódico local en el que leyeron antes de ponerse a discutir.

—¡ Esther ! ¡ Pero si ese es tu Observatorio !— exclamó mi prima.

Toda azorada, leí y releí; luego hice buscar el número del *New York Herald*, donde pude ver la referencia original, que recorté y guardé. Ya no tuve paciencia, y al instante dispuse mi viaje, suponiendo que me avisaríais a Londres, por creerme allí, o a Nueva York. Llego con el ansia que podéis suponer; no quiero telegrafiar desde East-brigde para que se me envíe el carruaje de esta casa; me parece más breve tomar allí uno, como lo conseguí en cinco minutos, y aquí me tenéis.

—Y el bárbaro del portero de abajo, que dispone de un teléfono, se calla, no avisa—dijo Pillsbury.

—¿ Para qué ? Fui yo quien le rogó que no lo hiciera ; ¡ le vi tan turbado ! En fin, eso es lo ocurrido ; ahora soy toda oídos, sir Jorge.

—Señora, motivo de tanto ruido, no creo que exista ; no en verdad ; algo muy grato... , eso, sí ; pero con lealtad os digo que en esta casa no lo creíamos, al menos por el momento, un hecho de

tal magnitud, lo bastante decisivo para justificar un aviso. Ansiáis, y nosotros igualmente, mucho, y lo conseguido era no más que... algo.

—¡Ah! Ya dije yo que no mentía el corresponsal, a lo sumo, en una cosa.

—No totalmente ; en lo que exageró más fué en la potencia del antejo. Lo que no me explico, ni creo que ninguno de esta casa, es cómo ese periodista ha sabido...

—Ni nos importa, amigo mío.

—¡Oh, sí! Y mucho. Esas cartas nos lo probarán. Si el mundo, aunque no sea más que el científico, se nos viene encima antes de tiempo, nos causará dos males: estorbarnos el trabajo y suscitar el ridículo de que resulte el descubrimiento menos valioso de lo que se creyó al principio.

—Encuentro que tenéis razón. ¡Ah, sí! Mucha. No había caído en ello.

—Ahora juzgo más conveniente, en cuanto os saluden las señoras, que descanséis un poco antes del almuerzo. Hecho esto, con toda tranquilidad tendremos el gusto de informaros totalmente; entonces juzgaréis de nuestra labor. Os advierto que aquí las mujeres nada saben de esto, lo que mucho nos conviene.

—Supongo, pues, algo muy grande, ya que lo reserváis; algo...

—Que permita fundar esperanzas en el logro del fin que perseguimos; ¿no es eso, querida tía? Pues casi lo has acertado; pero... las señoras lleguen; nosotros, con tu permiso, no te cansamos ya más.

En efecto; Mme. Fontignan, miss Lucy, mistress

Brígida, la madre de Mr. Jobson, respetable señora; Mary, la esposa de Listrade; Jenny, la de Villouby; Edith, la del conserje; Harold Owen y otras dos venían hacia el salón; entraron y comenzó la recepción del elemento femenino.

## XV

### VISITA AL OBSERVATORIO Y VIAJE POR LA LUNA, SIN MOVERSE DE LA TIERRA

SEÑORES, ya está visto; nos ha traicionado alguien, puesto que de este país procede la noticia. De ello trataremos a su hora. Por el momento, lo que urge es conjurar esta tormenta. Querido Ricardo, perdonadme como sobrino de lady Esther; no veo otro recurso que engañarla... un poco...

—Os lo iba a proponer a vos, como jefe, y a todos. Creo eso indispensable.

—Me tranquilizáis en principio. ¿Opina alguno de otro modo?

—¡Conformes todos!—exclamaron los astrónomos reunidos por el director en el pabellón consabido en cuanto dejó a la dama con las otras señoras.

—Bien. Ahora denme una idea, e ingeniosa, para ese inocente engaño.

—Tengo una—dijo Pillsbury—. Me obligaba encontrarla para sosegaros, asumiendo responsabilidades... de familia; pero necesito que míster Sawyer sea mi cómplice.

—A vuestra disposición, Ricardo.

—Pues he aquí mi proyecto. Por dicha nuestra, la Luna está empezando su creciente y así ofrece algún disco observable. Vos, amigo Sawyer, en todo lo que resta de día, solo o auxiliado por quien elijáis, hacéis la puntería con el anteojo de la torre grande, aplicado a él, es claro, vuestro ampliador. ¿Podréis acercar así mucho la Luna?

—Como unas cuatro millas de primera intención sin forzar; aumento de más de ocho mil veces; visibles, según mi cálculo, así al aire hecho, objetos de dos y medio metros.

—Más de lo que necesitamos; no lleguéis a tanto. Sesión, pues, de selenismo. Como realmente ese resultado es considerable, bastará a satisfacer a mi señora tía, y aun a asombrarla. Mientras disponéis el anteojo, Mr. Villougy, algún otro y yo repasaremos el mapa lunar de Lecouturier y Chapins (1860); no hay otro en casa más exacto. Vos nos diréis aproximadamente el campo de vuestra puntería para que lo tengamos en cuenta al pasear a la señora por el hemisferio lunar... sentada en una silla.

—¡Magnífico!

—Diréis a mi tía que este efecto es sólo el primer avance de vuestras invenciones, probadas en el anteojo de esa torre; pero que dentro de poco el vuestro irá mucho más lejos, y así la iremos preparando. Se le añadirá que le avisaremos en consiguiendo este fin. Porque, sabedlo, yo me encargo de hacer que se vaya pronto y llena de alegría. Le sugeriré esta determinación.

—¿Lo esperáis?—preguntó el director.

—Me pinto solo para eso. Pero he dicho suge-

rirle; no otra cosa, ¿eh? Porque es muy aguda.

—En medio de todo, la encuentro serena, no..., ¡vamos!, exaltada.

—Pues de sopetón le encajaron la nueva, amigo Drebler. ¡Tiene la naturaleza femenina tantos vicuetos! También yo noto en mi amable tía un poco más de aplomo, sin pérdida de su viva gracia. Los años..., ahora que ella no nos oye.

—Vamos, Ricardo, que decirle: Señora y propietaria de esta casa, máchese de ella, que nos está estorbando...

—¡Bah! En todas las cosas lo de menos es el fondo, si su noción se infunde con arte. ¿Queda todo convenido?

—En absoluto, si alguien no expone cosa preferible.

—¡No, no! A distribuirnos el trabajo.

—Míster Sawyer, hay que remover de vuestra torre cuanto pudiera denunciarnos, porque mi tía querrá visitarla, como todo el establecimiento.

—Opino que se encargue uno de vigilar ese sitio, por si Venus hablara, enjaretarle una excusa aceptable, que ahora inventaremos. Y en la visita a mi torre, ya sé mi lección: el antejo aun es aparato en estudio.

—¿Y de ese cúmulo de cartas y de telegramas, señor director?...

—Algo hay que leer y pronto, por si precisara alguna respuesta inexcusable; en general, ya idearemos las evasivas para los periódicos y para los sabios con el fin de que no nos mareen si lo conseguimos. Orden severa de no dejar entrar a cu-

rioso alguno y de vigilar; yo sabré la causa de esa noticia fatal. Ahora nos espera el almuerzo.

Un poco después de él Mr. Brigham llamaba a Henoch. Por éste se enteró a solas de que desde el día en que sonaron los golpes ningún extraño había entrado en el Observatorio; cartas recibidas, pocas; enviadas, una de Mr. Pillsbury a su madre. Comunicación con el exterior, la ordinaria y precisa, excepto el viaje del mecánico a Denver y de Mme. Fontignan a Eastbrigde para sus compras.

—¿Y mormones?

—Ni en cien leguas, señor.

—No entiendo esto. De la casa no hallo un solo sospechoso. ¿Y usted?

—Tampoco vislumbro culpabilidad; ahora, indiscreción... ¡Las mujeres!... Tengo una idea algo oscura, propia de antiguo policíaco.

—No creo que mujer alguna de casa... No, no.

—«Buscad a la mujer», decía el juez aquel tan famoso. Yo por ese camino rastreo.

—¿Se puede saber vuestra idea?

—Cierto que sí; mas dejadme un par de días; aun es un feto. Cuando llegue a criatura formada os servirá.

—Como queráis, Henoch. ¡Prudencia!

No hubo más. Los preparativos se hicieron expedita y prontamente, porque lady Esther dejó unas horas libres a todos, entretenida con las mujeres o descansando.

Mediada la tarde la visitaron, ya preparados, y le hicieron saber que a la noche comprobaría los adelantos conseguidos, teniendo a la Luna muy

cerca. El efecto fué el deseado. Esther se entusiasmó. Algo más tranquila a los diez minutos, se dejó llevar a una visita del Observatorio, en compañía del director, de Mr. Sawyer y de Pillsbury, hasta antes de la hora de comer, porque tenía invitadas a las señoras.

—Y en seguida, con nosotros—le dijo su sobrino—. Vuelvo a rogarte mucha reserva; ni el menor indicio. Las tareas extraordinarias de algún tiempo acá les tienen viva cierta curiosidad, por lo mismo que nada les decimos, ni se hará eso hasta que ya no sea peligroso. Hay aquí muchas mujeres y de varias categorías...

—Descuida, Ricardo; nada me sacarán. No olvido lo que me dijo Mr. Brigham esta mañana.

—Y el mismo silencio fuera de aquí, sea en nuestro país o en Inglaterra; más aun: desmentir lo posible.

—Confía en mí, niño. Desde aquí voy a Londres, a la posesión que tengo cerca, ya sabes.

—Acertadísimo el retiro, sí; mejor fuera quedarnos con nosotros; vamos a echaros de menos. El verano aquí no es intolerable, aunque aburrido, para una dama. Lo peor es que nos hallamos en pleno trabajo abrumador, tiránico, que no permite distraerse de él un momento, y tendrías que estar sola casi siempre.

—Pero, hijo, ¡si tengo citado en Londres a mi administrador general para de aquí a seis días! En viendo sólo a grandes trazos esa conquista me voy para no volver hasta el otoño.

El joven, al oír esto, se halló descargado de un gran peso. Él y los otros dos se miraron satisfechos.

Comenzó la inspección por las diversas salas...

—¡Al fin en la torre de Sawyer! ¿No es ya misteriosa?—añadió la señora.

—No; eso pertenece a la historia; ya trabajamos juntos; sin eso no habríamos llegado adonde nos vemos. Ahí tenéis su antejo, del que lo esperamos todo... Ya lo ha subido y en muy buena disposición; promete, y quién sabe si pasará con mucho de las hipérboles de ese maldito corresponsal. No nos atrevemos ni a mirar, sin estar Sawyer presente, este aparato singular; tan delicado es.

—Tampoco me doy cuenta de todo eso que lo rodea. ¿Son reflectores?

—Hay de todo, y lo que está dentro, las tripas...

—Pero ¡si es relativamente pequeño!

—Las tripas no las tiene vacías.

—Y él, Sawyer, ¿no dijo que venía aquí? ¿Por qué no está?

—Por... modestia. Créeme, Esther; le conozco; huye del elogio.

Diciendo esto el joven y el director cambiaron una mirada inquieta. Diafragmas, auriculares, todo había sido retirado; pero un auricular del teléfono, sin duda por olvido, estaba sobre la mesilla ¡conectado! ¡Cielo santo! ¡Si Venus en tal momento largara un aviso!... Por fortuna, no avisó. Pillsbury, con arte, dió por terminada la visita a la torre. Faltaban los pabellones y otras estancias.

Pasaron a los talleres; luego, a las oficinas; todo lo examinó y apreció la señora muy satisfecha.

En tanto los astrónomos no se dormían. Venus no llamó, sabe Dios por qué. ¡Una dicha! Y a la hora de comer todo estaba preparado.

—Amigo Sawyer, ¡por la cabeza de Medusa!, ¿respondéis del éxito?

—Con la cabeza... mía. Vengo de ultimar pruebas. Si os place, momentos antes subid y experimentaremos. ¡Ni una nubecilla! Saldremos airoso, sir Jorge.

—¡Que os oiga el cielo! ¡Y con esta mujer, que ahora nos sale casi facultativa!, según lo que ha dicho al ir examinando cada objeto...

—Tanto mejor para... engañarla inocentemente con la verdad.

—Gracias que se va pronto; lo ha dicho. ¡Si supiera...! No es tiempo aun. ¿Quién imagina lo que de ese planeta puede venir? Y de la Tierra.. esas cartas...

—Y más que han llegado hace un momento, y un propio de ese viejo que se cree astrónomo en su posesión del pico del Oeste, donde estudia el cielo, a falta de otro *sport*.

—Sí, Shingerson. Un iluso, pesado y maníaco. No dejadle pasar...

—Le impide venir el reuma.

—¡Bendito sea él! ¡Dios me perdone! Ya tengo redactadas las circulares, un paliativo para pocas semanas, porque los aun no iniciados aquí al cabo leerán periódicos. En fin, si contenemos al mundo y preparamos bien a esta señora, lo demás lo iremos sorteando según se presente.

—Como ese corresponsal vive en Denver, andará por ahí al atisbo. Por fortuna, el pueblo cerca-

no, Eastbrigde, nos estima, es pequeño, agrícola, no tiene sabios; lo demás poblado dista bastante; no nos amilanemos...

Espléndida estaba la noche, perfumado el ambiente de la montaña, limpio el cielo.

A la hora conveniente, después de la comida, iban llegando los astrónomos a la torre, donde Sawyer, con su ayudante y Mr. Jobson, hallábanse al pie del gran anteojo. Un lienzo blanco extendido esperaba las proyecciones del reflector. Henoch Mureber andaba no lejos de la estancia ojo avizor, pero disimulado. El director esperaba a lady Esther junto a la puerta. No tardó, acompañada por su sobrino y por Listrade.

—¡Hermosa noche, sir Jorge! Y ¡qué cielo!

—Aun es más diáfano el de los Andes. He observado allí un eclipse de Luna. Como aquello no hay nada.

—No; pues aquí... Desde la ventana he visto a Procyon, a Sirio y a Espiga, que lanzaba fuego; a Régulo casi no le he conocido. ¡Sublime! ¡Sublime! Y disponéis de un horizonte visible casi perfecto.

En esto se oyó la voz clara de un tenor, casi barítono, que invisible a lo lejos, en tono parecido al de los vigías de barco, pronunciaba o casi cantaba:

«¡El reino de la verdad y de la dicha no es de este mundo; Dios nos espera en otra parte!»

Esta especie de pregón fatídico, inesperado, en medio del solemne silencio de la noche, era una interrupción muy lúgubre. Pero Esther sonrió.

—¡Pobre Henoch! ¡Siempre en su pacífico ex-

travío! Esa misma sentencia y algunas otras lanzaba también en casa a lo mejor y sin venir al caso.

—Es la única señal de su perturbación tranquila. Ya nos tiene acostumbrados. Pero creed que a veces emite sus frases en momentos que ni de propósito para impresionar. Son el compendio de su fe.

—Hoy le he hablado. Le encuentro más normal, casi contento, aunque sombreado siempre con esa nube de amargura... Dice que esto le prueba mejor que Londres.

—¿Has sabido de su mujer?

—¡La muy loca! ¡Imbécil! Estuvo en mi casa; venía muy compuesta y pintada; figúrate, Ricardo, preguntando por él. No quise hablarle; hice decirle que le teníamos en una posesión mía, sin expresarle cuál, donde se encontraba muy bien. No ha vuelto, porque ya no se le dió dinero. Es doloroso cómo puede una estúpida alocada destruir a un sér bonísimo, leal, cariñoso... Porque yo creo que no sanará.

—Opino lo mismo; pero mejorar bastante, sí; le veo más accesible y equilibrado. Ama los pájaros y las flores, le encantan los niños, lee, habla sobriamente y hace cualquier servicio a la perfección. Pero entremos; nos aguarda la Luna... andando por su órbita.

Después de los saludos obligados el director dió la orden, ¡Prevenidos!, y rogó a la dama que ocupara una sillita que le tenían dispuesta; los demás acomodáronse como pudieron, dando frente al lienzo blanco; en pie Mr. Brigham y sirviendo el

aparato los designados; no lejos de ellos, Ricardo. A otra voz del director dió principio la sesión.

No nos interesa; a los facultativos allí presentes, sí, puesto que ninguno había contemplado paisajes lunares a tan corta distancia, y verlos mucho más cerca todavía era espectáculo que se reservaban, no sin curiosidad, para días más tranquilos cuando sobrevinieran.

¡Oh, qué paseos esperaban darse al menos por el sistema solar!

Sin ir muy lejos, casi en nuestra casa, la Luna habría de presentarse tal como es, *Isis sin velo*, y se sabría de una vez lo que tanto nos oculta; pero no ella sola; quedaba el misterio de *la otra*, nuestro segundo satélite, invisible para casi todos los terrícolas; esa esferita como un bólido muy grueso, presentido y al fin descubierto por M. Petit, que calculó sus *elementos*, astro diminuto que gira en derredor nuestro; en tres horas y veinte minutos!, a una velocidad asombrosa, que parece debiera producir su inflamación, y a la distancia de 8.140 kilómetros. ¡Ahí mismo, a la puerta de la calle! Da la vuelta sobre sí misma, de modo que los puntos de su ecuador recorren 90 kilómetros por hora...

¿Estará habitada? ¿Por qué no? ¡Oh, próxima vecindad de humanidades! Tan cerca y tan lejos a un tiempo. ¿O será un pedrusco árido y pelado, sin atmósfera? ¿Cómo practicar su observación a tan vertiginosa marcha, difícilísima de imprimir al antejo apuntado? El de Sawyer aclararía muchos de estos postulados.

Pero todo este ancho campo quedaba para el

porvenir. Ahora todo estaba reducido, lo mismo para nuestros amigos los técnicos que para lady Esther, a contemplar el paisaje de uno o dos puntos lunares, como aquí vemos desde un pueblo la montaña no lejana, los cónicos picarachos, las llanuras entre ellos, tal vez algún indicio que anunciara vegetación o presencia de aguas. Un edificio habría tenido que ser bastante grande para acusar su presencia, dado que Sawyer, de intento, secundando a sir Ricardo, no había extremado la aproximación, por si acaso. ¿Quién sabía lo que hubiera podido aparecer, excluido y todo el hombre, pero que motivara en la dama preguntas difíciles de contestar en concordancia con la ficción allí creada?

Lo esencial y conseguido era que la dueña de la casa pudiera decir que habían logrado sus astrónomos y ella visto en su presencia lo que ningún otro observador, poseyendo los más potentes instrumentos, consiguiera antes en el mundo. Este resultado se hacía evidente, produciendo en todos una alegría inmensa y efusiva. La señora no cabía en sí de gozo; lanzaba espontáneas exclamaciones, hijas del asombro y también de una admiración casi infantil, entusiasta. Había reparado en cierta montaña algo que le parecía vegetación y luego otra variedad de matices del verde y del gris. Preguntó; pero nadie sabía con certeza la existencia de vegetación ni de atmósfera siquiera en la Luna, como opinaba Laussedat por sus observaciones de 1860. ¿Qué importaba?...

Al cabo, por hermoso y extraordinario que fuera aquello, la señora se sintió algo cansada.

—Os he fatigado mucho—dijo a Mr. Jobson—. Lo admirable para mí no está en los detalles, sino en el conjunto, y ese ya queda apreciado; necesitamos todos descansar. Quedó complacidísima; no esperaba tanto. ¡Si esto se supiera por ahí!... No, no; hay que reservarlo.

—Debo advertiros, milady—intervino el director—, que si llegáramos, como esperamos, al resultado que Mr. Sawyer tiene por seguro, ya no sería la Luna el objeto de nuestra labor; quedaría para más adelante, porque iríamos sobre más pingües tierras.

—¿Las de un planeta?

—Naturalmente. Quien puede ir muy lejos a cultivar un campo fértil no se queda cerca en uno estéril. El hemisferio lunar que vemos debe serlo ya; en cambio, Marte, Venus tienen vida vigorosa.

—¡Si la encontrarais!... ¡¡Dios santo!!

—Al momento os llamaríamos.

—Y desde el fin del mundo correría. Mas no de tan lejos. Deseo quietud para mis pensamientos, mi cultura, todavía desordenada, y mis altruísmos. Pasaré unas horas en Nueva York, y de allí, a mi casa de Londres. Dirigíos siempre a ella. Comoquiera, este otoño volveremos a vernos. Tú, Ricardo, no escribas sólo a tu madre y a... otra, ¿no?

—Os juro por el alfa del Centauro (no hay estrella más próxima), que a nadie.

—Bien, señores; contentísima, encantada, llena de esperanzas. Mañana partiré. Dadme, querido sir Jorge, cuantos encargos queráis.

Al bajar lady Killarney se cogió del brazo de su sobrino y quedó con éste un poco atrás.

—¿Qué le digo a tu madre? ¿Quieres algo para ella?

—Nada; le había escrito días hace; cuéntale cómo me has encontrado.

—Está contenta, en secreto sea dicho. ¿Y de mí, deseas algo?

—Que me estimes tanto como yo te quiero. Comprendo el alcance de la pregunta. Me hallo bien aquí; me quieren, la familia Jobson me cuida como suyo; de lo que mamá envía, me sobra. ¡Admírate! Ya tengo ahorros; no sé cuánto, algo.

—¿Y no piensas en la vida?... Andas ya cerca de los treinta.

—No hablemos de eso.

—¿Por qué? Yo quisiera verte definitivamente hecho hombre serio, a tu elección; libre, es claro; nadie te pondrá necias trabas: a la europea, siempre americanos.

—Por hoy no tengo miras. Cuando vuelvas hablaremos de esto... por hablar.

—Si algún día eliges, yo espero que responda la escogida a los más altos sentimientos, no más que a ellos.

—Responderá; os lo aseguro.

—¡Hola! Te he cogido; tú tienes algo ahí dentro; lo preveía; pero me faltaba la prueba, que se te ha escapado. ¡Me alegro! Así me voy más contenta.

Al día siguiente el coche del Observatorio conducía a la fundadora de él hasta la estación del ferrocarril transversal y, libres ya los astrónomos, todo volvía a seguir en la casa el curso emprendido.

## XVI

### TEMORES DE LAS MUJERES Y HUMILLACIÓN DE LOS HOMBRES.

**C**ÓMENZARON a pedir desde Venus cuentas más estrechas e implacablemente formuladas.

Como si hubieran estado esperando la marcha de lady Esther, cerca de la hora de costumbre sonó la llamada.

Mr. Whyle había ideado conectar con el nervio férreo de la torre, a su vez unido al pararrayos, un timbre de nota más grave que los otros, colocado en la crujía principal y oculto su alambre conductor; no así otro que parecía salir de casa de Mr. Brigham y producía la ilusión de ser éste quien llamaba. Otros dos timbres con igual sonido bronco hacían el mismo oficio en la sala de reuniones y en la crujía de las habitaciones del mecánico mismo y de los ayudantes. Así no era necesaria la guardia en la torre; nadie podía confundir el aviso aquel con otros, y los no iniciados lo supondrían, caso de notarlos, emanado de la Dirección.

—No estamos facultados para la iniciativa en el llamar—había dicho Whyle—; ignoramos todo procedimiento que no sea el de responder cuando

ya está la comunicación establecida. ¿Por cuál medio? No lo sabemos, ni si él está en funciones o cortado cuando no comunicamos. Desde allí por ese invento nos ven o por otro; nosotros a ellos sólo en el exterior y no muy extenso.

—Lo peor es que no nos indican procedimiento para llamarlos, acaso porque no les sea posible explicárnosle, ya cuanto al aparato, ya cuanto al género de flúidos o combinación química por él exigido. ¿Qué saben ellos si existen esos elementos aquí o cómo se llaman en nuestras lenguas?

—Pensáis bien, querido director. De modo, señores, que son grandes nuestras desventajas, aunque nos van entendiendo cada vez mejor; ya emplean nuestros números menos mal, pero sin decirnos cuál sea el sistema de los suyos ni la división del tiempo: revoluciones sobre el eje, recorridos de la órbita, he ahí toda su base de cálculo.

—Los que se explican, ¡vive el cielo!—interrumpió sir Ricardo, son los terrícolas. ¡Qué balumba se debe haber armado! Todas las cartas y los telegramas dicen lo mismo. ¿Qué descubrimiento es ése? ¿Qué ven ustedes? ¿Cuánto aumento? Así, establecimientos, Sociedades, Liceos, centros espiritistas, ¡no podían faltar!, muchos particulares y bastantes periódicos.

—Lo esperábamos: ataque descontado.

—*American Review* ofrece 12.000 dólares por una conferencia telegráfica y la exclusiva de su reproducción. *La Tribune*, 30.000 por toda la historia y referencias en forma que dará el *reporter* especial que designe la Empresa.

—¡Eh!, ¡la gentecita! Ya saca la cabeza el industrialismo.

—Hay cartas de chacota increíble, y dos de casas editoriales. Happleton nos pide precio por la exclusiva de un libro hecho por nosotros y con dibujos... Dos iglesias calvinistas y una swedemborgiana solicitan informes para tratar en los púlpitos de esta novedad en sus relaciones con la religión.

—Les entra cierto miedo...

—Creed mejor, amigo Listrade, en la emulación egoísta entre ellos (no ofrecen ni un centavo por los informes), emulación y vanidad. ¡Miedo ellos! ¿De qué? No hay *pastor* de esos que no se halle convencido de la duración de su culto mientras él viva; después..., ¡el diluvio!

—Opino—dijo Mr. Drebler—que los más temibles podrían ser los Observatorios; el honor de cada casa... La de Cambrigde temerá por la superioridad de su antejo, afamado por los trabajos de Bond y de Clarke; el Observatorio de Monte Hamilton, ahí, cerca de California, verá en peligro su lente de 97 centímetros en un tubo de 15 metros, con un aumento de 2.400 veces; ya sabéis que es nuevo (1). El de Niza, otra lente de 76 centímetros, 18 metros el tubo, 2.000 veces el aumento; el de Pulkova (Petersburgo), igual que el de Niza; el de Malbourne, gran telescopio con espejo de 1,22 metros, aumento de 2.000 veces; el del Pico de Wilson, California (Los Ángeles), telescopio,

(1) Lo era entonces, construido en 1887, como los dos que tras él se mencionan.

40 pulgadas su espejo; costó 100.000 dólares, lo hizo Clark... ¿Y el famosísimo telescopio de lord Rosse, de 16 metros el tubo y dos el diámetro de su espejo? Todos procurarían quitarnos importancia.

—Lo mejor que podían hacer: así quedaríamos tranquilos, olvidados. Como quiera, cuando llegue la hora será lo que haya de ser... ¿No escribe alguna casa constructora de aparatos?

—Ninguna, sir Jorge; es pronto. Esos ingenieros, ricos y acreditados, saben esperar y no pecan de crédulos ni de impresionables, ¿verdad, amigo Sawyer?

—Seguramente; los conozco bien. ¿No trae más el correo?

—En substancia apreciable, no. Espero la aprobación del texto de las circulares para darles salida.

—Variado en algún detalle, lo tendréis luego. Estos días, para descansaros algo leeremos entre todos correo y Prensa, hasta que el turbión pase, porque nuestra negativa nos haya devuelto al secreto...

Al decir esto el director, se oyó a Henoch decir claro y vibrante, no lejos:

—¡Nada hay oculto que no se sepa o escondido que no se descubra...!

Acostumbrados y todo a estas sentencias, los astrónomos ahora se miraron impresionados. El director, por una de esas inspiraciones impulsivas, repentinas, salió.

—Señor—dijo Henoch al verle—, la criatura prometida la tenemos: la he traído de Easbrigde.

—¡ Ah! Decid pronto.

—Sabéis que tuve el honor de guiar como cochero el carruaje que condujo a milady a la estación. Al volver de ella, sin prisa, me detuve en el pueblo, dejé el vehículo en la casa de Correos y comencé mis pesquisas. Resultado: lo previsto, ¡ siempre la mujer! Madame de Fontignan, que fué allí, cuando Mr. Whyte a Denver, había hecho compras en casa de la viuda quinquillera, la cual hubo de bromearse respecto de la existencia regalona de los astrónomos en esta casa. Ligera la francesa, para defender a todos dijo que habían descubierto algo que asombraría al mundo; como que aterrados estaban ellos mismos.

—¡ No es imposible! ¡ La vanidad! Pero una tendera no creo que...

—Esperad. Mientras la francesa charlotteaba sin tino, la estaban escuchando dos sujetos, acompañantes de otra compradora extraña al pueblo. Pues bien: uno de ellos era el corresponsal del *New York Herald* en Denver.

—¡ Santo cielo! ¡ Acabáramos! Pero ¿ cómo pudisteis saber...

—Porque allí es público; no he tenido que esforzarme, no se le da importancia. El corresponsal ha vuelto allí para indagar; quería venir a veros; mas se le dijo que... erais severísimo y con cara de pocos amigos.

—Más vale así. ¡ Una francesa había de ser! En fin, ¡ silencio!

—En ello estaba. Se trata de una aturdida imprevisora, que no sabe aún lo que ha hecho ni se acuerda. Si esto se trasluce le van a dar a su

marido cada bromazo...; y él, que es noblote, sufrirá un disgusto inútil.

—Razón tenéis. No olvidaré este servicio vuestro; eso sí, continuad alerta.

Volvió sir Jorge a reunirse con los demás.

—Estaba diciendo Mr. Jobson que los venecienses pueden cortar relaciones cuando quieran, y en cambio se hallan capacitados para obligarnos a comunicar con ellos aunque no queramos. ¿Quién les impediría atronarnos a fuerza de ruidos en las torres?

—Más aun—apoyó Villougy—; ¿y si disponen de medios para incendiar este edificio con explosiones causadas por corrientes contrarias y cruzadas? Una hipótesis, lo sé, mas no tan absurda, no.

Asintieron todos. ¡Nada!, había que ser cautos, amables, atenerse a la situación. En tal estado los ánimos, se había oído el llamamiento de Venus.

Mientras nuestros amigos discutían lo que va referido, celebrábase otro coloquio en uno de los cenadores del parque. Se habían ido juntando varias señoras que allí solían pasar el rato y aun llevarse la costura.

—Nada, que *la señora* no ha soltado prenda—decía Mme. de Fontignan. Eso confirma nuestras sospechas, tanto como su venida sin avisar, a raíz del cambio operado en la casa. Luego, conversaciones misteriosas con ellos..., aquí sucede algo.

—Pero ¿qué puede ser?

—¡Ay!, amiga Jenny, ¡tantas cosas! Yo sé que hace bastantes años se temió en todos los Observatorios un choque espantoso con cierto co-

meta enorme. Sólo tres días faltaban ya para que nos hiciera pedazos. Pues hubo convenio general entre astrónomos de callarse, y se cumplió. Nada se supo hasta un año después. Carlos me lo ha contado varias veces. El cometa se desvió...

—Pero ahora no hay cometa alguno u otro cuerpo celeste extraordinario en el horizonte.

—Y ¿qué sabemos, mistress Listrade, si aquel mismo cometa vuelve y *ellos* ya lo ven? Suponed, si no, que es un planeta el que ha cambiado el rumbo, se nos viene derecho, únicamente notado por los astrónomos. Ese correo tan voluminoso de ayer, de hoy... ¿Se entenderán los Observatorios? ¿Llamarían desde aquí a la señora?

—Sois terrible, Julia—repuso miss Lucy—. Lady Esther se ha ido muy contenta.

—O aparentándolo, querida niña. Es prudente ponerse en lo peor. Decís que vuestro papá no da lumbres, ni sir Ricardo, que tanto os quiere. Pues mi Carlos, que todo me lo cuenta, esta vez ¡ni una esfinge! Vos, mistress Brígida, ¿habéis obtenido algo de vuestro hijo?

—No lo he intentado. Si hay un peligro inevitable, no me lo ha de decir; si es un secreto profesional, tampoco, ni yo le propondría tal vileza: que algo calla, eso no lo dudo.

—Sospecho—dijo miss Lucy—algo no tan horrible: un descubrimiento.

—¿En qué os fundáis?

—Aunque joven, soy algo observadora. Noto que la preocupación de papá es honda, mas no siniestra; le conozco bien, y si temiera un cataclismo, ¡ah!, ¡qué miradas furtivas me lanza-

ría! Las que en una ocasión, cuando temió que nos quedáramos en la miseria.

—Razonáis bien; pero los hombres saben disimular. Si es un descubrimiento, ¿por qué ocultarlo? Lo dicho, mantengamos nuestro convenio: cada una atisbe *al suyo* y comunique a las demás lo que pueda rastrear.

—Permitidme—interrumpió la señora del conserje—, mistress Edith Owen, que me sitúe junto a la puerta; he reparado que Henoch, como quien no hace nada, ronda los sitios en que *ellos* se reúnen; tal vez se lo mandan; él tose o canta una sentencia si alguien pasa. A mí no me engaña ese demente para unas cosas y que corta un pelo en el aire en tratándose de otras; y ¡cualquiera le saca una palabra! ¿Será el solo sirviente que sepa algo?

Al cabo de mucho discutir y conjeturar se convino en que Lucy no dejaría en paz a Pillsbury hasta conseguir o una revelación o siquiera indicios; las demás no se descuidarían: era ya caso de honor... femenino aquel misterio.

Poco sospechaban esta conjura de las faldas nuestros buenos técnicos al entrar en la torre, preparados a todo.

Empezaron por saber que los señores venerienses habían descansado un día, el de costumbre, pero no dijeron con cuál intervalo, y otro lo habían invertido en detalles conducentes al mejor modo de comunicar.

—¡Vaya!—exclamó Pillsbury—, ¿cuántos días tendrá *ahí* la semana? Su número indicaría la resistencia de la raza para el trabajo.

No había concluído este período el joven, cuando desde el planeta al habla preguntaron:

—¿Produce vuestra tierra lo bastante para que todos os alimentéis bien y de nada carezca ninguno?

Sorpresa general. Todo lo esperaban menos esto.

—¡Ea!, ¡nos han calado! Ahí han leído al pensador Lermana, el del opúsculo *Vientre y Cerebro*—exclamó sir Ricardo—, si no han escuchado a los sudamericanos su adagio: *Tripas llevan pies*. La preguntita es peliaguda. ¿Qué respondemos?

—La verdad, Ricardo—repuso el director—. Ni esto produce lo bastante ni acertamos a distribuir lo que da.

Contestaron desde Venus que ya lo sospechaban porque nos veían matar animales para comerlos, y dejar inculta mucha tierra... civilizada.

*Matar mucho a comer*, era su escueta y ruda frase; aquí nos alimentan frutos del suelo, no cádáveres. ¡Nada matar!

—¡Ea!, vegetarianos—insistía Pillsbury—; ¡si vinierais y probarais un *rosbif!*...

Los de allá continuaban gritando:

—¡*Carne mala a comer!*

Se les contestó que así ya se iba comprendiendo entre nosotros, a lo que replicaron:

—Pero matáis también para no comer, hombres a hombres, ¡y a mujeres, uno a otro, muchos a muchos, y así siempre desde que os vemos, con horror!, ¡mal, mucho mal!

Respuesta: una evasiva; las pasiones, la cultura imperfecta...

—¡No, no!—volvieron a vociferar—; no, que se mata en lugares donde hay ciencia y se mira al cielo con instrumentos y hay maestros y hay templos. Tenéis hombres que matan por oficio a otros hombres también dedicados a eso: ¡horror!, ¡maldad!, ¡raza inferior!, ¡planeta de muerte!

Aquello se iba poniendo serio; no se mordían la lengua los hijos de Venus. A través de su inglés infame se comprendía que si dominaran este idioma no se mostrarían menos duros. Por su modo de expresarse ahora, vinieron nuestros amigos en conocimiento de que las inflexiones o acentos de ira, casi iguales eran allí que en la Tierra. No se veía a los que hablaban, sin duda por medio de aparatos fijos en el interior del edificio; si regularmente era uno solo el interlocutor, a veces se oía que coreaban otros, y no todos hombres, a juzgar por algunas voces atipladas.

En el exterior, completa calma: tal cual individuo que andaba tranquilo. Alrededor de una mujer revoloteaba un ave magnífica, mayor que nuestras águilas, con alas de brillante azul y cuerpo dorado claro. La joven le mostraba algo que en la mano tenía y el volátil se le posaba en un hombro, luego se remontaba en el espacio, descendía, andaba cerca de la mujer, se dejaba acariciar... Bien domesticaban en Venus a los pájaros grandes, ya que no se los comían.

—Y ¿por qué tanta muerte?—insistían implacables.

—¡Estamos lucidos, señores!—exclamó míster

Drebler ; situación de reo ante el *attorney* (1), pero con mala o ninguna defensa.

—¡Aquí no se mata!—prosiguieron los del mundo vecino, viendo que tardaba la respuesta. El hombre y la mujer nacen para vivir (traducimos al lenguaje corriente el de allá, rudimentario); y porque para eso nacen, nadie puede privarles de la existencia: todos debemos conservar y hacer dichosa la de los otros.

Sawyer insinuó que, para no quedar mudos, se respondiera con una interrogante. ¿No existen ahí pasiones o instintos opuestos, ni hombres defectuosos, extraviados? ¡Nunca lo preguntaran!, la explosión fué terrible.

—¡No! No no hay contradicción ni mal ni extravío que autorice a matar; ¡no!..., ¡¡no!!..., ¡¡¡no!!! (así, tres veces). Lo contradictorio se compone con la razón y el saber: el error se corrige de muchos modos pacíficos: ¡matar, nunca!, ¡nunca!, es propio de bestias que luchan *por el hambre y por la hembra*, ¡como vosotros!, ¡raza inferior! Tanto tiempo que os estamos viendo destrozarnos por tierra y por mar; multitudes armadas contra otras, o en riñas particulares, a todas horas, en todas partes, más o menos civilizadas. ¿De qué os sirve el saber? ¿Qué idea tenéis de vuestra condición de hombres? Matáis y maltratáis a la mujer, al niño, al anciano, al débil, al indefenso. Y lo vemos, ¡¡horror!! aquí, ¡no!, ¡¡no!!, ¡¡¡NO!!!

Por momentos la emoción de los astrónomos iba

(1) El fiscal acusador.

siendo más intensa; mirábanse inquietos. Se diría que sobre sus frentes pesaba la acusación de todos los crímenes sangrientos, de todas las matanzas de su desdichado mundo. *Lucháis como bestias por la vida y por la hembra...* Esta expresión cruel los tenía sobrecitados. En aquel juicio terrible de mundo a mundo no se podía mentir ni disimular; el juez había visto por sí mismo los delitos.

Pillsbury entonces, muy pálido, agitado por interna conmoción, habló, no en latín, en claro inglés, no importándole ya que le oyeran en Venus o en el confín del sistema planetario:

—¡Horroroso y humillante es esto!, señores, porque... ¡es verdad! Una verdad que, pronunciada desde otro orbe, hiere despiadadamente por más que bien la conozcamos.

—¡Cierto, por desgracia!—exclamaron el director, su segundo y algún otro, inclinadas las cabezas.

—Hora es de que os haga una confesión dolorosa: Desde que, siendo ya mozo, vi a un hombre pegar a una pobre, indefensa y sometida mujer, me encuentro mal en este mundo; siento vergüenza de pertenecer a una especie capaz de tal infamia, que yo mismo cometiera, de ser otra mi educación. ¿En qué, pues, nos diferenciamos de las bestias? Ellas no poseen nuestros conocimientos.

—Dais en la clave, querido; la ignorancia—inclinó Jobson.

—¡Eh!, ¿qué es eso? ¿Y los crímenes de la gente culta, refinada? ¿No ha habido entre ella quien matara a su propia madre? Alguno de esos sabía más que yo y lo educaron mejor que a mí.

Como una saeta llevo clavada esta verdad en mi conciencia, amigos míos, que también los que parecemos ligeros solemos ocultar hondas amarguras bajo exteriores humorismos, hasta que alguna vez, como ahora, la verdad nos sacude...

Un silencio profundo acogió declaración tan inesperada. Mirándose algunos de los presentes, parecían decirse: Tiene razón; yo también llevo aquí dentro algo muy triste en que no quiero pensar.

—Creedme: examinada sin piedad mi conciencia, cual si la de otro fuese, aunque limpias mis manos de la sangre del dolor y del sudor ajeno; reducidas a niñerías mis debilidades juveniles, que a nadie costaron, que yo sepa, una lágrima, encuéntrome tan inferior..., vivo de mí tan descontento..., hay tantas acciones mías que me pesan como losa de plomo...

—Amigo sir Ricardo—interrumpió Listrade rompiendo aquel silencio—: sois todo un hombre; me lo había figurado. Y a mi vez, os aseguro que todo eso, tan abominable para los venerienses, también me horroriza y me indispone con lo que llamamos la Creación. Lo que Renan califica de *inmoralidad de la Naturaleza* o del Cosmos, con la frialdad de judío culto que le distingue, yo lo hallo tan monstruoso que si no hubiera seres a quien mucho amo se me haría odiosa la vida.

¿Por qué la lucha?—añadió—; ¿por qué la muerte de unos, vida de otros, el *similicidio* o muerte del semejante por su semejante, y el *altruicidio*, muerte del sér de una especie por el de otra? ¿Por qué el dolor en vidas tan cortas y trabajosas,

aunque no hubiera lucha? ¡Que es una ley!, se dice estúpidamente. Peor aun; por ser ley y no contingencia, la odio yo: es la suprema injusticia, la fuerza, última razón así de los cristianos como de los racionalistas necios, como del loco mamarracho de Nietzsche y del profundo, pero cruel Schopenhauer.

¡El mundo o Universo, voluntad, dice, con una finalidad cualquiera! Y en aras de ella sacrificar miriadas de miriadas de seres nobles, inteligentes, traídos a la existencia sin su consentimiento, forzados en su medio, capaces de aspiraciones que nunca verán realizadas; más afligidos en su vivir por el mal y el dolor, que son grandes y abundantes, que favorecidos por el bien, siempre raro... ¿Morirán sin premio los que hicieron bien, sin castigo los malos? Y todos, viviendo y muriendo, sin lograr el objeto de las ansias que esa voluntad cruel, afirmada por Schopenhauer, les infundiera, cumplirán, sacrificados, sus designios, que nada les importan: ¡horrendo!, ¡inconcebible!

Sí; ya oigo decirme que esa voluntad ante nadie es responsable, y no debe nada al hombre: entonces, ¿qué le debo yo a mi hijo? Nada nos debe, ¿es ciega? Pero nos ha formado, nos ha provisto de ideas y de aspiraciones que en nosotros despierta el Cosmos, y ahí se queda su acción. ¡Amargo sarcasmo! Aptos para comprender todo lo grande, lo eterno, el bien, la dicha, y no poseerlos sino durante una corta y penosa existencia; fugaces como relámpagos en medio de persistentes sombras...

Francamente, no lo concibo ni puedo aceptarlo.

Si no hay para nosotros más que el no ser, lo mismo que para las bestias, no existiría mayor injusticia, porque somos capaces de concebir, sentir y ansiar lo que ellas no...

¿Os sorprende en mí, por el rumor que oigo? ¡Si es que, igual que a vosotros, tampoco me satisfacen soluciones *a posteriori* con sus correspondientes apriorismos de una filosofía idiota cuando no malvada, como la de Kant, que nunca demuestra lo que afirma ni le sería posible! Sólo trata de justificar hechos, nada más que hechos, fuerzas brutas, fatales, con un razonar grosero, embrolloso y abstruso, sacando consecuencias en el aire y afirmando finalidades arbitrariamente.

Como si las conociera alguien con evidencia, las formula ese filosofismo seco y despiadado que se llama científico, porque bastardea la ciencia; progresivo, cual si la verdad pudiera o progresar o retroceder; razonador siempre en la sinrazón de sus pedantescas soluciones arbitrarias, que ni resuelven cosa alguna ni consuelan, basadas en el vacío.

Calló el astrónomo racionalista, que había ido alzando la voz y exaltándose a medida que hablaba; y callaron todos por un momento, realmente solemne, hasta que

—Señores—dijo el director, llamando amablemente al orden—; no es hora de cuestionar: esperan allá, en ese mundo, nuestra contestación. ¿Qué les decimos?

—Simplemente—repuso Listrade—, que somos los cafres del sistema solar: que aquí dentro los más civilizados valemos menos que los salvajes,

excusables en su rudeza ; que de todo ello tenemos conciencia en esta casa ; pero ni nosotros ni nadie en este globo se explica rigurosa, racionalmente, las causas ; si ellos las conocen, que nos ilustren ; nuestros sabios, con ser tantos, no nos sirven para eso ni... para otra cosa.

En este momento Venus recobró el uso de la palabra.

—La causa de vuestro estado—gritó—debe ser la inclinación del eje del planeta ; ella hace tal vez mezquina su producción y malos, por pobres, a los habitantes.

—¿Hola?—exclamó Pillsbury—; ¿ esas tenemos?

Y lanzándose rápido sobre el receptor, sin que nadie osara contenerle, voceó :

—Más inclinado está el eje vuestro, y os creéis ricos y buenos.

La réplica no se hizo esperar.

—Esta inclinación, por ser como es, no esteriliza ninguna parte de nuestro suelo, y equivale a una mucho menor que la vuestra.

—¡Tremenda lección, querido Ricardo, ¡y rápida! Los polos de Venus no se hielan ; cambian las temperaturas, pero no mucho y compenetrándose ; así se compensan.

—Lo suyo hará el excesivo calor, amigo Dreiber....

—¡Poco a poco!, ¿ olvidáis que en los planetas próximos al Sol *hay menos calórico en movimiento*, y, en cambio, en los lejanos hay más, lo que equilibra en unos y otros las temperaturas? Marte y nosotros nos hallamos en peor situación que Ve-

nus y Júpiter (1); nosotros, sobre todo. Contestemos reconociéndolo, a ver si allá se amansan algo.

Así debió suceder, puesto que respondieron:

—Es hora de retirarnos: reflexionaremos. Vosotros, los de esa casa, buenos; os deseamos toda felicidad.

—¡Aaaah! Respiremos. Esto se presenta dificultoso; en fin, ya puestos en el trance, ¡adelante!

Este fué el ¡rompan filas! del director. Los demás descendieron reflexivos y algo mustios.

—En todas partes cuecen habas—decía sir Ricardo; ya saldrán las de Venus, y veremos quién es el último en reírse.

(1) La órbita de Júpiter sólo está inclinada cuatro grados respecto de su ecuador; así, sus temperaturas diferirán muy poco en todo su largo año; casi como doce de los nuestros.

## XVII

### VENUS SE ESPONTANEA UN TANTO

**D**ESAIRADO papel había hecho la Tierra ante su vecina ; pero ésta, que ya pudo prever lo que ocurrió, no quedaría sorprendida con el silencio y las vacilaciones o evasivas de los astrónomos. Lo esencial le sería conocer las causas morales de los hechos que ya tenía observados y profundizar en lo que ni los aparatos auxiliares del ojo ni los del oído habían bastado a mostrarle.

¿Se propondría corregirnos, transmitiéndonos sus ideales y los adelantos físicos que pudiera?

Este punto discutieron al día siguiente los iniciados. Villougby, Fontignan y Whyte creían en tan benévola disposición ; Pillsbury dudaba ; Drebler y Listrade se inclinaban al egoísmo práctico de Venus, y el director con los restantes manteníase a la expectativa, sin emitir juicio.

Se había notado que el ligero inconveniente de la tardanza entre las preguntas y las respuestas resultaba útil a nuestros amigos, porque les dejaba un poco tiempo hábil para reflexionar sobre las interpelaciones arduas.

Si la palabra hubiera marchado con la velocidad del sonido, 340 metros por segundo, pasaran más

de sesenta horas entre requerimiento y contestación, suponiendo que el sonido se propagara, que no se propaga, a través del éter, como en el aire. Con la rapidez de la luz, 55.000 leguas por segundo, habría tardado algo menos de dos minutos en la distancia mínima, y en la media, unos seis. Con la velocidad del fluido eléctrico, 100.000 leguas por segundo, bastaba un minuto y pocos segundos en la distancia mínima, y algo más de tres en la media de Venus a nosotros. ¿Cuál sería el agente en uso, que no respondía a ninguna cifra de este cálculo hecho por los astrónomos del Monte Houston? Ya se sabría.

Fontignan calculaba tan sólo el espesor de la atmósfera de Venus y el de la nuestra, dado que el éter interplanetario es perfectamente elástico en sus ondas, y lo mismo transmite la alteración de ellas a una distancia que a otra. Verdad; pero nada resolvía: el hecho era que la vibración del teléfono o lo que fuese, de Venus, tardaba poco más de medio minuto, y lo mismo la de nuestro aparato, puesto que fué el espacio de tiempo más corto comprobado cuidadosamente en los diálogos rápidos.

Menos claro aun aparecía otro punto: ¿Hasta cuál distancia eran eficaces el fluido que empleaba Venus y la visual de sus catalejos? Sin duda que éstos superarían al de Mr. Sawyer; llegaría ocasión de conocerlo. Ahora lo importante era la conducta en las comunicaciones. Se acordó no quedar cortos en hacer preguntas, puesto que allá no se descuidaban.

El óptico se manifestó por este lado algo op-

timista. ¿Qué podía suceder? La índole mala o buena de la Tierra ya la conocían sus vecinos. Entabladas las relaciones, a la postre, la superioridad de Venus redundaría en utilidad nuestra. Seres tan elevados como parecían, de seguro estaban en disposición de hacerse cargo de que los mundos, como los individuos, no son responsables de su plasma, que no crean, ni de su medio. ¿Qué fueran los hombres de Venus aquí?

Bajo la influencia de estas atinadas reflexiones, comenzó la sesión siguiente a la ya referida. Sin embargo, preparados a todo entraban los técnicos en la torre. Fué inútil, porque Venus la tomó con el vocabulario, y hacía bien; era lo más preciso para entenderse.

—¡Ladinos!—decía M. Fontignan—. Sospechan que por hablar mal inglés se aventuraron ayer demasiado. Mirad cómo por cada vocablo de cosas piden la significación de cinco de ideas, y ya llevan hoy dos sinónimos solicitados.

Entretanto, Mr. Pillsbury, cuando le dejaban, daba gusto a sus ojos y... a su lápiz. Esta vez había gente en la terraza y ante el edificio.

—¿No veis, amigo Jobson, a esa mujer? ¿Qué digo? A esa diosa, la de los ojos verdes. Ahora nos da la cara.

—Sí, una divinidad; está sentada frente a otra no menos bella, algo más alta. En efecto, será ilusión; pero se nota el matiz verde en sus ojos; no así en los de la otra, y los tiene bien grandes, muy negros.

—Me encantó desde que la vi; no creo que aparezca otra superior a ella.

—Menos mal que a tanta distancia no le haréis cocos ; hasta el *flirt* es imposible...

—Os diré ; el *flirt* precisamente, no ; pero deseo hacerla sabedora de que ha flechado a un terrícola. No existe mujer en todo el sistema solar, en todo el Universo, que no se envanezca de saber que agrada.

—Y... ¿cómo se lo vais a decir?

—¡Bah! En cuanto conozcan del todo allí nuestra escritura. Quiero ser el autor de la primera carta telegráfica enviada desde la Tierra a Venus ; y ha de ser castamente amatoria : ¡el amor! ¡Oh, fuente de la vida! De mis estudios arqueológicos, nada profundos, conservo nota de la primera carta de amor que se conoce entre las escritas en nuestro globo ; la guarda el Museo Británico ; está escrita en ladrillo cocido, hace la pequeñez de mil quinientos y tantos años, y es petición de mano a una princesa egipcia. La respuesta se ignora.

—Y queréis que en un Museo de Venus, el de cosas nuestras, figure una primera carta...

—Primera de verdad, no primera conocida, como la egipcia.

—No pediréis la mano...

—Diré cosas que a esa criatura incomparable gusten y que la posteridad recuerde con honor para nuestra galantería ; en algo hemos de quedar bien.

—O no, ¿qué sabéis? Suponed que el extremo progreso ha hecho a esas gentes muy positivistas. Se reirían de vuestro lirismo. Más efecto, acaso, causaríais con algo parecido a esto :

«Señora: sois bellísima (este requiebro jamás pasará de moda), os saluda y os ama 44 kilos de oxígeno, 22 de carbono, 7 de hidrógeno, 1,75 de calcio, 1,72 de ázoe, 0,30 de fósforo, 0,80 de cloro, 0,08 de potasio, 0,07 de sodio, 0,05 de magnesio y 0,04 de hierro; esto es un hombre en la Tierra, 78 kilos 31 centésimas, por lo regular.» Obtendríaís un éxito, porque si allí son prácticos, se encontrarían por conducto vuestro con un dato científico precioso.

—No lo dudo, si conocieran nuestras materias, nuestros gases y nuestro sistema de pesas.

—Ya lo preguntarían; su vez le ha de llegar a la química.

—Antes irá allí mi carta. Ya tengo hecho un esbozo de borrador; si pudiera transmitirla al primer descuido de los compañeros, estando esa sílfide en escena, es claro; quiero saber su nombre.

—Tendría gracia que resultara feo para nuestro gusto en la fonética. Y ¿os lo dirían?

—Espero que sí. ¿El primer nombre de mujer veneriense transmitido a la Tierra? ¡Vaya si lo dirían!, o no es mujer ésa.

—Hasta ahora no han mostrado gana de conocer nombres nuestros, ni de que lleguen aquí los suyos; no tendrá eso importancia para ellos.

—La tiene para mí, y grande.

—Lo que os ruego es que no dejéis de leerme ese borrador antes de transmitirlo; con tan alto destino arqueológico y cosa vuestra, debe ser peregrino.

—Tomad, lo traía, dos cuartillas; devolvédmelas disimuladamente al salir: el director me llama

para que sustituya en el trabajo a Listrade, que tendrá ya deseos de encender su pipa.

—¿Es que la apaga?

Jobson, en un descanso, pudo leer sin ser notado el borrador, que se guardó sonriendo. Entró en faena su autor cuando los venerienses, dejado el diccionario, se metían de nuevo en honduras inquietantes.

—Viven en vuestro mundo varias razas de distintos colores, menos civilizadas las menos blancas—decían.

—A éstos, les voy a contestar a mi manera, señor director; permitidlo.

—¡Por el cielo, Ricardo!, no nos comprometáis.

—No, no; pero dejadme, os ruego.

Y al momento respondió:

—Así es; mas sólo una humanidad, y todas nuestras razas son aptas para la cultura, está ya probado. Si todas no la disfrutan débese al camino lento y tortuoso que han seguido las ideas civilizadoras.

—¡Culpables los blancos!—repusieron sin mordearse la lengua desde allá.

—¡Diablo!, ¡qué estocada!—exclamó Whyle.

—Esperad—le dijo en latín Pillsbury—, les voy a clavar el estoque ahora—y gritó:

—Decidnos si ahí sucede lo mismo.

Sonrieron todos: ¡buena ocurrencia!

—Hubo aquí—respondieron—dos razas inferiores que ya no existen: ¡las hemos extinguido!

Estupefacción, miradas, sonrisas. ¿Qué tal? He ahí a los que abominan de nuestras guerras y han

sobrepasado la conducta de los Estados Unidos con los pieles rojas.

—No, pues yo aprovecho la ocasión, y veremos si el reo se trueca en juez. ¡Vosotros!—dijo—, ¡vosotros, que repugnáis el matar!

—No hemos matado. Eran razas duras, y por medios científicos suaves las hemos aislado impidiéndoles sin violencia el reproducirse. Ya no hay más que una, muy pacífica y poco numerosa.

—¡Vaya!, señores, Nietzsche del brazo con Malthus y con Maquiavelo. ¡Angelitos! ¿Continúo?

—Como os plazca; después de todo...

—Esa raza vuestra tan bella (adulemos un poco)—prosiguió el joven—, lo será después de varios perfeccionamientos.

—Sí; nos hemos perfeccionado gradualmente, ya por obra de nuestra íntima naturaleza, ya por la ciencia, aislando a los recién nacidos defectuosos irremediables, cada vez más raros, y procurando las uniones sanas.

—¡Ira de Dios con los justos esos! Helenismo puro—exclamó Fontignan en francés, en tanto Venus decía bien fuerte en un inglés de perros:

—Ya estamos bien; ocupamos toda la tierra habitable; la exigua raza inferior restante nos sirve y nos ama: es libre. Queda un animal con forma parecida a la humana; también vosotros tenéis uno. Vais a ver el nuestro. Es manso, inteligente, aprende a hablar tan sólo de cosas comunes, no de ideas; lee, escribe, nos sirve, no sabe separarse de nosotros, eso le asusta; se multiplica y vive poco: miradle ahora.

En medio del asombro de todos, tres minutos

después aparecía sobre la terraza en Venus un hombrecillo como de ochenta a noventa centímetros de estatura, piel color gris claro; pelo en la cabeza, corto y azul, sin barba (no había sido aún vista una en Venus), casi desnudo, pues vestía una tuniquita corta blanca, un casquete del mismo color y calzado amarillo.

Se le examinó cuanto se pudo, mientras Whyte sacaba instantáneas de él. Estaba bien formado, la faz un poco alargada, con líneas de V de corazón; no alta la frente, ni muy grandes, pero vivos los ojos, negros; simpática la expresión, bonachona, y el conjunto, alegrote, pacífico.

Permanecía en pie, de frente; de vez en cuando llevaba a la cabeza las manos, luego al pecho; se inclinaba hacia adelante y parecía sonreír, enseñando unos dientes cortos, blanquísimos, que más tarde se supo no eran más que dos huesos corridos, superior e inferior, en una boca más pequeña que grande. Las facciones, bastante regulares; recta la nariz, no gruesos los labios, un tanto prominentes los pómulos. Mucho había de regocijada simplicidad en su cara y en sus movimientos. Más adelante dijeron de tan singular raza, sus dueños, que tenía el corazón en el lado derecho.

Como unos seis minutos permaneció así el homúnculo aquel hasta que una mujer salió y se lo llevó cogido de la mano: andaba con soltura casi rítmica y majestuosa.

—¡Ea! Tenemos *ahí* el mono de Venus, más guapo que nuestro administrador y que muchos conocidos de por acá; más inteligente que el portero de la verja; más simpático, sin duda, que el con-

serje; ¿y si anduviera más equilibrado mentalmente que Henoch? Está visto que hasta en el simio nos superan.

Reían los compañeros estas salidas de sir Ricardo.

—¡Eh! No tomarlo a broma; el hombre terrícola tal vez haría muy bien de lacayo gorila en Venus, mejor que un esquimal o un malayo: ¡estamos lucidos! Voy a dirigir sobre ese ente una preguntilla o dos.

—Visto: es bello. ¿Cómo le tratáis? ¿Qué nombre lleva ahí su especie?

—¿Cómo le hemos de tratar? Dulcemente: es libre, en cierto modo, un niño perpetuo. Su especie se llama Flings, y ese individuo, Jut; es masculino y joven, nueve veces, diez veces el tiempo de correr nuestra órbita.

—¡Joven, a los ochenta años nuestros!—decían todos—. ¿Cuánto vivirá el hombre de ese planeta?

—En nuestras casas suele haberlos—continuaron nuestros vecinos—, una pareja regularmente, porque no abundan. Ya no nos servimos de animales; a los nocivos los hemos suprimido, si no eran reformables; a otros les hemos mudado el natural. Era el más dañoso uno cuya mordedura nos ponía enfermos; ya no existe; lo que hoy resta es inofensivo, y no debe morir por nuestra mano.

—¡Vaya! ¡Pobrecitos! ¡Y han exterminado suavemente toda una Historia Natural! El reverso de Noé. Pero al cabo, libres de alimañas y seres peligrosos, dominadora la ciencia y el derecho a la vida exigido en institución intangible, ¿será muy trabajosa? Voy a preguntarlo.

Respondieron que no. La alimentación de toda la raza estaba asegurada por plantas que crecían dondequiera, sin cultivo, sabrosas y muy nutritivas; no había más que tomarlas. No era el único manjar; había otros muchos y abundantes.

—¿La habitación?

—Un derecho también. *Alimento, albergue, vestido, libertad y saber*, son los cinco derechos de nuestro mundo todo; a nadie se priva de ellos.

—¿Por cuáles objetos, pues, trabajáis y sentís emulación?

—Por muchos. Los gustos de cada uno, ser honrado por la sabiduría y por haber producido una cosa buena para todos; el proporcionarse mayores satisfacciones, el gusto de saber y de inventar y el verse libre antes de lo ordinario de algunos trabajos y deberes que obligaban a cada uno por determinado tiempo en bien de los otros. Para conseguir ese premio hay que haber realizado algo que valga mucho más que el trabajo ordinario durante el tiempo que el premiado se libra de él.

—¿Singular sociología!—exclamaron los astrónomos—. Luego, ¿tenéis leyes?

—Pocas: las naturales son la base de las que hemos dictado; ya sabéis las cinco fundamentales, las columnas de la vida. Las demás son su consecuencia.

—¿Cómo obligáis al deber?

—Ya no se obliga, ni hay deber penoso, toda conquista que exige sufrimiento de alguien se relega para cuando sea factible sin ese obstáculo; por eso, adelantamos poco... Cada cual sigue su instinto y trabaja así con más fruto. Estos instin-

tos suelen ser hereditarios ; pero nuestra ciencia sabe infundirlos (¿ aludían a la sugestión ?) en tiempo oportuno a los niños, según la necesidad que notamos de gente dedicada a tal o cual ocupación, siempre durante el tiempo establecido ; pasado él, nadie hace más que lo que le place : ha ganado su vida. Si quiere aún laborar, será para bien particular, y para su honor.

—¿ Y el rebelde ?

—No los hay ; ya os diremos por qué ; no puede haberlos, como no hay defectuosos físicamente. Nadie se rebela contra su bien y contra la verdad conocida y amada. La ciencia corrige aquí pronto, bien y con dulzura las imperfecciones físicas accidentales.

—Os escuchamos admirados—dijo el director.

—Queríamos que supierais estas cosas, que mucho necesitáis. Esperamos que vuestras relaciones os hagan bien ; por eso os requeríamos, con pena de que no lo notarais, hasta que al fin vosotros nos habéis respondido ; ¿ era impotente vuestro saber, y pobres, por lo tanto, vuestros medios ?

—Sí ; pero aquí trabajando, los que vivimos reunidos, hemos logrado, primero, ver ese planeta muy cerca : es nuestra conquista última, reciente ; el ótro, a vosotros se debe.

—Todo se perfeccionará. Nos interesa la condición de vuestras mujeres, alejadas de la ciencia y del régimen público de la vida ; no lo están aquí.

—¡ Oh, la galantería ! ¡ Cómo se conoce que no les preocupa el pan de cada día !—prorrumpió en inglés el mecánico—. Preguntad, sir Ricardo, si

han participado ya a su mundo el detalle de sus relaciones con nosotros.

Contestaron que, en detalle, no; era aún temprano y molesto para ellos. Y vosotros, añadieron, bastante labor tendréis con oírnos.

—¿Qué pensáis, pues, hacer más adelante?

—Esperar que divulgéis vuestra invención a otros Observatorios y deis a ese mundo la nueva de nuestro conocimiento. Entonces nos pondremos de acuerdo para disponer gradualmente una comunicación múltiple, simultánea, bien distribuída por regiones.

—¡Ya!—dijo sonriendo y muy bajito, en francés, Mr. Drebler al director—. Parece que también ahí militan razoncillas de prudencia, ¿eh?

—Lo que nos descarga de un gran temor; respiro y quedo bien impresionado de ese mundo razonable, aunque él nos tome por...

—Lo que somos—interrumpió sir Ricardo—; era desventaja descontada; toda incultura se paga. ¿Os parece que insinuemos ser hora de retirarnos?

Minutos después, no poco fatigados al cabo de dos horas de sostenida tensión mental, los técnicos desfilaban. Ya discutirían sobre lo hecho en aquella no tan ingrata sesión.

—Me temo, querido Ricardo—dijo *sotto voce* Mr. Jobson—, que tomada como indicio la vida de ese gorila, o lo que sea, de Venus, vuestra adorable sílfide haya cumplido los cien años.

—No importa. La juventud y la vejez son conceptos los más relativos. Sara, a los noventa años, enamoró a un rey. No el tiempo, sino *el estado*, es el que determina la belleza y la edad. Una esqui-

mal joven no compite con una francesa cuarentona guapa o con una alemana, y... la hermosura es siempre hermosura, ¡oh, Ninón de L'Enclós, inolvidable!

—Bien, ahí tenéis vuestro borrador. Sin lisonja, ¡una joya!... literaria, digna del Museo Arqueológico Veneriense.

## XVIII

### CONSECUENCIAS EN LA TIERRA DE UNA BROMA CON EL CIELO

**M**ISS Lucy tenía sus motivos de estar pre-ocupada. Aparte el deseo de conocer lo que traían entre manos los técnicos, otro impulso más vivo hacía ansiar y a la vez temer una entrevista a solas con Pillsbury. La joven sufría en silencio viendo en un momento desvanecidas muy dulces esperanzas. Pero como americana y, además, educada en la adversidad, prefería afrontar lo real más temible a padecer las inquietudes de una situación equívoca.

La noche anterior, tras la referida contienda con los de Venus, Ricardo había llegado con Mr. Drebler hasta la puerta de la habitación de éste. Parecían menos intranquilos que de ordinario. Se despidieron prometiendo el joven volver al día siguiente para conversar con Lucy un rato como solían. Y con esta esperanza entraba ahora en el gabinete de la adorable niña.

—Pasad, Ricardo, pasad; al fin se os ve por aquí.

—Las exigencias de la profesión, amable Lucy, van siendo mayores cada vez.

—Ya lo sé, y no adivino a causa de cuál novedad... científica.

—Sucede que en vísperas de terminar las tareas preparatorias, comienza lo más serio; no hemos venido aquí a holgar.

—No olvido que vuestra graciosa tía se propuso un fin; en general, le conozco; en concreto, nada se nos dice; mereceremos tal desconfianza.

—No lo creáis. ¿Habíamos de mortificar vuestra atención hablando de áridos tecnicismos?

—Pero decirnos... *decirme*: en esto ahora nos ocupamos, ¿sería mortificante?

—Si de vos sola se tratara...

—Y cuando afectáis darme pruebas de singular confianza sobre otros asuntos, ¿es a las demás, o a mí sola a quien os dirigís?

—¡Diablo!, pensó Ricardo, esta niña se tira a fondo. Y en alta voz:

—Repito que tales arideces...

—Deben serlo mucho, ya que vuestro ingenio, tan certero en amenizarme las de la Historia y las del Arte, no os sirve para esas del cielo—inclinó la joven estrechando el círculo.

—Pensaba intentar...; pero en hallándome algo menos embargado.

—No, no; ¿a qué fatigaros? No tengo interés alguno del momento. Al fin todo se sabe, dice el Evangelio. Sólo una cosa tenía el capricho de ver.

—Decidla, y...

—Simplemente las actas de esos trabajos, digo mal, la copia con dibujos.

—¡Santo cielo! ¡Cualquiera te enseña a ti ese libro!

Y en voz perceptible:

—La tendréis en cuanto la termine: hoy es un esbozo. («Aplaza y vencerás», dijiste, ¡oh, Maquiavelo!)

—¡Qué desgracia!—repuso burlona miss Lucy, desesperando ya de obtener éxito acerca del ansiado enigma, y con brusca transición—: A mi vez tengo novedades que mostraros. He recibido hermosas láminas inglesas y piezas de música para mi órgano *orchestron*, más una carta bellísima de mi amiga Ketty, ya sabéis, la de Boston. Nada os oculto, absolutamente nada, bien os consta.

—Cierto (¡y no deja el tema!, no), confianza que estimo probatoria de un afecto al cual también os consta que yo correspondo; ¡me hace tan feliz!

En este momento pasa el vigilante Henoch, diciendo:

—«¡El reino de la dicha no es de este mundo. Dios nos espera en otra parte!!»

Miráronse impresionados los dos jóvenes; callaron por unos instantes, y, al fin, Ricardo:

—Nada, el pobre loco.

—Pero, ¡en qué momento!

—No seáis supersticiosa. Os decía que esa vuestra confianza...

—No se ve correspondida, Ricardo; prescindid de vanas galanterías. No lo mereceré, ¡pobre chiquilla!, de vos, hombre de ciencia, del gran mundo y... de fortuna.

—Pero, Lucy, ¡por Dios vivo! Me parecéis otra, ¡que seáis conmigo ahora tan injusta, y conociéndome tanto!

—Precisa tratar mucho a cualquiera para conocerle—repuso Lucy en tono de cierta amargura—. El tiempo va enseñando tantas cosas... Comprendo que algunas vuestras me calléis, ocupaciones, proyectos..., amores...

—¿Qué habéis dicho?—exclamó Ricardo, levantándose como por resorte—. ¿Amores yo?

—¿Y por qué no? Es lo más natural y estáis en vuestro perfecto derecho de alimentarlos y... de no confiármelos.

Sentada, como estaba, sobre el taburete próximo al piano, volvióse hacia el teclado y se dispuso a preludiar algo, tal vez por no descubrir ya su emoción profunda.

—¡No, Lucy! Evasivas, nunca; es necesario que me expliquéis esas reticencias y que a mi vez hable yo como quien soy. ¡Oh, no! La injusticia, jamás. Alguien os ha engañado.

—¿Qué he de deciros, ni qué importancia tiene todo esto? ¿Os acuso? ¿No reconozco vuestro derecho? ¿He alegado alguno mío? Pero, engañada, no hablo; si no habéis mentado... vos mismo.

—¿Yo?

—Vos, ciertamente, por medio de vuestra palabra escrita; ya sabéis cuán conocida me es vuestra letra.

—Vais a volverme loco—exclamó el joven realmente muy agitado—. ¿Que os oculto una intriga y que por un escrito mío la conocéis?

—Sí—repuso, al parecer, fríamente Lucy—; desde la pasada noche, al leer este papel.

Al hablar así extraía de su bolsillo una hoja, la desdoblaba y se la ofrecía al astrónomo.

—Anoche, al despediros, lo dejasteis caer, os hago la justicia de que involuntariamente. No quise recogerlo, y dároslo en presencia de un jefe vuestro; pero... aquí lo tenéis. ¡Ea! ¿Es esa vuestra escritura, o no?

El *Mane, Thecel, Phares* ante Baltasar, la sombra de Banquo, no produjeran el aterrador efecto que en Pillsbury aquella cuartilla.

—¡Soy perdido!—pensó midiendo de una sola mirada el conflicto y sin alargar la mano hacia el terrible manuscrito. ¿Cómo declarar la verdad sin descubrir el secreto que a fuer de hombre de honor le ligaba? ¿Cuál recurso, no indigno ni ridículo, emplear al instante? Tras unos segundos de silencio:

—Ese papel, Lucy...—balbuceó.

—Parece que os ha turbado verle en mis manos.

Momentos otra vez de silencio y la voz triste de Henoah, que lentamente emitía estas palabras del Salmo VII:

—«¡Abrió una laguna, la cavó, y cayó en la fosa que él mismo había hecho!»

—Sí; me he abierto ese abismo, inocentemente. En vano el negar—añadió con desaliento—, que todas las apariencias me abruma; sin embargo, os doy mi palabra de honor; juraré, si lo queréis, por lo más sagrado, que eso no es una carta de amorío, ni va dirigida a mujer alguna

*de este mundo*, y que en él, ¡si lo sabéis!, no amo a otra que... ¡a vos!

—¡A mí!—prorrumpió ella, al oír por vez primera tal confesión, y reponiéndose para velar sus emociones, atenta a la dignidad de mujer, añadió, irónica—, yo no tengo verdes los ojos, ni de ópalo el cutis, ni uso trajes de forma y colores teatrales.

—Y todo eso, ¿no se os alcanza que está fuera de la vida normal?—interrogó Ricardo, un tanto repuesto, y asiéndose de un clavo ardiente.

—Lo que veo es el intento de velarme esos amores; reconocedlo, es más digno, y... sed dichoso; os lo deseo más que nadie—afirmó la pobre niña con voz un tanto ahogada.

—Dichoso, nunca, viéndoos víctima de un error.

—¿Y qué puede afectaros? ¿Por qué pensar en esta criatura a la que realmente nada debéis? Cuidad de que os crea tan noblemente sincero como enamorado esa belleza. No hablemos más de esto y recuperad vuestro escrito, *caballero*, para terminarlo y remitirlo a su destino.

Inmóvil, desolado, Pillsbury ni trató de tomar el papel, ni sabía qué hacerse; el mundo se hundía bajo sus plantas.

—Veo vuestra turbación—prosiguió miss Lucy—, sin explicármela. Tal vez os asombra mi manera de juzgar las cosas. ¿Qué queréis? No pertenezco al gran mundo, y así me había formado del honor, de los afectos y de la sinceridad, conceptos que os parecerán singulares. Ignoro de qué manera entenderán todo esto las

gentes de la alta sociedad; pero cuanto a vos, sí, me había hecho la ilusión de que pensábamos al unísono, deducíalo de vuestras conversaciones, aceptadas, ¡inocente!, como sinceras.

—¡Lucy, por lo que más améis! Oíd sólo una palabra...

No pudo continuar. Apareció en la puerta que daba al interior Mr. Drebler, risueño, como dispuesto a pasar un rato agradable con su hija. Esta y Pillsbury quedaron silenciosos un momento.

—¿Ya os íbais, Ricardo?—preguntó el subjefe—; venía pensando en charlar y distraerme hasta la hora del almuerzo.

No supo el interpelado qué contestar. ¿Sería un mal o un bien aquella interrupción? ¿Habría oído algo Mr. Drebler? ¿Adivinaba la situación con sus precedentes? ¿Qué iba a suceder? Se decidió rápidamente a arrostrarlo todo; al fin el subdirector era un hombre, y de mundo; medio habría de entenderse.

—Bien—repuso dominando su emoción—, me quedaré. ¡Es tan grato para mí!

Drebler se inclinó, siempre efusivo.

—Parece—dijo—que discutíais, Lucy.

—Papá, todo porque nuestro amigo se obstinaba en negarme que está enamorado. ¡Horrible crimen!

—Hija, en asuntos del corazón la absoluta reserva se impone a los hombres. Pero tú, ¿cómo sabes...?

—No soy curiosa; mas anoche se le cayó ahí fuera una carta amatoria sin sobre, como la ves;

la leí... ahora se la devolvía. Niega la índole de ella y no el haberla escrito.

—¿Me permitís, Ricardo? Ya que mi hija... Veamos. Pero, ¿sólo tú la has leído?

—Naturalmente, papá.

—Es que variaría mucho la cuestión. ¡Ah! —exclamó Mr. Drebler cuando hubo pasado la vista por aquellas líneas—. ¡Si esto ya lo conocía yo!

Ahora fué cuando el asombro del joven llegó al superlativo. ¿Que conocía sir James aquello? ¿Por quién, si únicamente Mr. Jobson lo había tenido en su poder un rato?

—Sí, niña—insistió el padre—y es precioso; saboréalo una vez más, medianamente declamado.

Y en alta voz leyó el escrito. Era un saludo-invocación de corte medio oriental, medio romántico español, dirigido a la sílfide veneriense, sin nombrar el planeta, su patria, le llamaba *ese mundo encantador*. Describía la hermosura y el traje, no sin señalar el sitio que ella solía elegir, a fin de que no dudara que a ella se dirigía un hombre desde aquí.

—No termina en esta cuartilla—dijo el lector cuando hubo concluído—; pasa a otra, y es sensible que no conozcas todo este fragmento literario como yo, que aun recuerdo el final.

—¿Pero, tú?—interrogó aún Lucy...

—¿Por qué no? Supón que Ricardo me lo tenía recitado en consulta... literaria, por haber yo mediado para la factura de esa página.

—Entonces, ¿también conocerás esos amores?

—Pero, ¿qué amores, ni qué calabazas? Niña, ignoras en tu inexperiencia que hoy las cartas de

enamorados no se escriben así; una, pergeñada como ésta, pondría a su autor en soberano ridículo. ¿Qué pensarías de Ricardo mismo si te la hubiera dirigido? Que se bromeaba, o que su juicio padecía un eclipse.

No era esta precisamente la opinión de Lucy, que, salvos los detalles del color verde en los ojos y del vestido, no creía desmerecer toda aquella sarta de acalorados piropos. Aun turbada, no caía en la cuenta de que su padre estaba desviando la cuestión y le quitaba su carácter sentimental.

—Y si Mr. Pillsbury sabía que así halagaba especiales gustos de esa... mujer...

—De ella, precisamente, no; sino de otra persona; de mí, por ejemplo, o de un editor. Los originales de las novelas se escriben en cuartillas por sólo un lado, lo que facilita la composición tipográfica.

—¿Un libro?

—¡Ea! Lo diré todo. Ricardo no es el autor, ¡para eso tiene ahora el tiempo!; lo es otro, que hizo y rehizo veinte veces ese romántico saludo, sin que le saliera bien. Conoce a nuestro amigo, pero tiene más confianza en mí; por eso me rogó que intercediera con él para que, a fuer de brillante escritor, que es, le redactara sólo ese trozo en sus ratos de descanso: he ahí todo.

—Sí... papá... es posible—balbuceó indecisa la muchacha—; sí, mas, ¿por qué sir Ricardo no me lo ha dicho?

—¿Le has dado tiempo? No sé si he aparecido aquí en el instante en que iría a explicarte

el hecho, sin nombrar al autor, pues queda obligado, como es riguroso en estos casos, a no revelar su colaboración.

Lucy miraba indecisa a su padre y a Pillsbury, no encontrando razones que oponer. Conocía la veracidad del uno y las dotes literarias del otro; el hecho no era imposible ni raro.

—Será—dijo al fin—un libro muy entretenido. Habló así ya un tanto desarmada, otro tanto deseando estarlo.

—Sí, hija mía; un novelón de época, la griega; se desarrolla en Atenas en una casa rodeada de jardines. Ricardo, tan puntilloso en cuestiones de honor, te habrá ocultado estos detalles, aun arrostrando tus reproches por..., ¿cómo diré?, por misterioso ahora contigo, que todo se lo confiás.

—Razón tienes, papá. Y vos, Ricardo, olvidad este mal rato aquí sufrido, no por vuestra parte sólo, creedme, pues no concibo y me tortura la insinceridad *en los que amo*.

La declaración quedaba hecha y la tormenta disipada a tiempo que se oía el toque para el almuerzo.

A los postres de él, en la habitación de Mr. Jobson, donde Ricardo comía y le cuidaban, el enamorado refirió a su colega lo ocurrido, pidiéndole su opinión.

—¿Os ha dicho algo Mr. James al despediros?

—Nada; quedó sin separarse de su hija.

—¡Hombre sensato! No ignoraba el afecto entre su hija y vos; indudablemente os había oído al llegar; escuchó aún más, y supo intervenir a tiem-

po con suma delicadeza para conjurar el chubasco; ¡al fin es padre!..., no lo olvidéis, ansioso de la ventura de su hija.

—¡Si le agradezco en el alma su ingeniosa intervención! Estando él tranquilo no le fué difícil hallar un expediente. Pienso tener con él una entrevista, la inevitable.

—¡Quieto!, y dejadme, si gustáis, ahorraros ese trámite. Veré yo a Mr. James. Si después nada os dice sobre esto, callad también, hasta que llegue el momento oportuno. Entretanto, ¡por el cielo, Ricardo!, os lo digo escudado tras de lo mucho que aquí todos, y yo aun más, os queremos; ¡que sea ésta la última tontería de vuestra juventud..., ya declinante! Escribid a vuestra madre y a lady Esther, que autoricen mis gestiones con carácter oficial para cuando nos descarguemos de esta labor aplastante.

—Si yo dilataba una situación indefinida, os confieso que lo hacía temiendo la altivez del subjefe; no tiene fortuna, es púndonoroso por demás. Ya veis, lo contrario de lo que suele ocurrir, la fortuna del novio sirviendo de obstáculo. Luego... ¿cómo tratar de asuntos privados, de amor, mientras nos abruma... Venus?

—Cierto; pero yo lo arreglaré todo.

## XIX

### POR TIERRAS DE VENUS

**E**RA indispensable dedicar gran parte o toda la tarde de aquel mismo día al examen de lo que arrojaba el mundo en cartas, telegramas y todo género de publicaciones sobre el asendereado Observatorio en tela de juicio, y luego determinar lo conveniente para defenderlo. Esta regla de conducta se deduciría de los materiales acumulados. Los ocho primeros astrónomos y el jefe, manos a la obra en la Secretaría, se percataron de que la conmoción realmente sensible ocurría entre las gentes semicultas. En esa región se ama y se cree conquistables las relaciones interplanetarias; y como el hombre se inclina a creer en lo que desea y desea lo que le agrada más, decidiéndose en pro o en contra de sistemas o personas, guiado por ese prejuicio, no ajeno a su interés; en los círculos de tal región del filosofismo barato, de la ciencia elemental, de la política gruesa y del cándido espiritismo, se manifestó intensa la discusión por todas partes.

No se controvertía la posibilidad del descubrimiento, sino su origen, proceso y alcance: éste no podía ser otro que la ansiada comunicación de

mundos ; ¿ con cuál ? De Neptuno a Júpiter parecían a muchos los planetas harto distantes respecto del nuestro ; Mercurio, demasiado próximo al Sol y muy pequeño ; más en situación se estimaba a Venus y a Marte, a éste sobre todo, por lo que revivieron las conversaciones sobre los traídos y llevados canales.

Agotado este primer tema, se trataba del Observatorio, por nadie oído nombrar antes ; que estaba en los Estados Unidos y en el Coiorado, comarca de la que muchísimos ignoraban la existencia, no pocos, los confines. ¡ Vaya !, un establecimiento particular (en más de un país no se concibe que pueda haberlos) ; y le hacía simpático el ser fundación de una señora.

En concreto, no había otro fondo para tales coloquios de círculo, casino, café o casa ; lo que los prolongaba eran las disputas acerca de las consecuencias de la comunicación, si se lograra, o bien contra los que se atrevían a negarle posibilidad o a deducir muy diversos efectos. Entre éstos formaban los burlones, los hombres prácticos, dados a rechazar lo que no comprenden, los que regatean a la ciencia su poder hasta que no lo ven innegable y... aprovechable ; por último, los imbuídos en tal o cual idea, a su juicio en peligro si una conquista dada se realizase. De éstos, los primitivos y burdos, más cercanos al apóstol Santo Tomás que a Salomón, creen cuando ya ven y tocan, precisamente al hacerse imposible la fe, sustituida por la evidencia.

Otros preguntaban si todo sería un enorme *puf* lanzado por el Observatorio yanqui, ansioso de

notoriedad. ¿Y los profesionales de la ciencia? Algunos así opinaban; la mayoría, ¡perfecto silencio!

¿La verdad? Dios y unos pocos hombres la sabían. De aparecer enunciada como era, no le faltarán incrédulos, que la infeliz no cabe en las mentes y en los corazones de los no preparados a recibirla; así, para entrar ha de bienquistarse antes con éstos que con aquéllas.

Los Observatorios, los centros realmente científicos, tal vez trataran del asunto en privado, no sin ponerlo en cuarentena. En la Prensa, como siempre, se exhibieron los especialistas de las secciones de ciencias, ávidos de lucir la suya con tal motivo. Esto quiere decir que se disparató de lo lindo.

Se pasó en nuestra Secretaría a las comunicaciones directas. Leídas las pocas cartas enviadas a los astrónomos por sus amigos particulares con las consabidas preguntas: ¿Qué ocurre ahí? ¿Es cierto lo que he leído?, etc., desfiló el montón de telegramas, atrasados o no, casi todos procedentes de esos sujetos que se figuran que nadie tiene que hacer más que servir a su curiosidad. Se formuló una sola respuesta para todos los que la traían pagada, y silencio cuanto a los demás.

—Bien, señores—dijo M. de Fontignan determinando un breve descanso—; en suma, que de los seudopensadores, cada uno arrima el pez a su asca política, filosófica o lo que sea...

—Y he omitido—interrumpió Mr. Pillsbury—traer a colación los periódicos y revistas donde se han despachado a su gusto esos felices poetas que sienten más que piensan, porque no pueden pen-

sar, y las almas sentimentales que todo lo ven tras de sus gafas románticas; buenas gentes, para quienes la verdad suele actuar de enemiga. ¡Al archivo con toda esa hojarasca!

—Lo merece—intervino Mr. Heriberto—; pero ¿no es cierto que esa confusión caótica de inteligencias y sentimientos hace pensar en que se necesita ya algo nuevo, extraordinario en su grandeza, que fuertemente nos sacuda para infiltrarnos un poco de buen sentido, venga de Venus o de la nebulosa de Andrómeda?

—Hablabamos de eso cuando venga un respiro—contestó el jefe; y no soy yo el único que lo desea.

—Sin duda es así—asintieron los otros—; pero acabemos ahora esta requisa.

—¡Pobre de mi buena tía cuando llegue a Londres! Se encontrará con otro alud como éste de cartas y telegramas, y el de importunos visitantes, *reporters* inclusive... Todo por la indiscreción, acaso, de algún portero.

Quedó acordado cuando terminó el trabajo aquel, lanzar en medio de tantas discusiones y delirios, el chorro frío de una negación seca y rotunda de Mr. Brigham, formulada en sobria carta-circular a varios establecimientos científicos de verdad y a la Prensa más leída. «Señores: aquí no ha pasado nada, vendría a decir; somos unos técnicos modestísimos de esta casa, acabada de fundar, así como por *sport*, y aun no en aptitud de servir; ¿cómo realizar conquistas en tal situación?»

Y eso mismo escribía luego Flammarión a lady Esther: «Creo en un *canard*, puesto que los de

Monte Houston no habrán tenido aún tiempo de *hallar exactamente la hora* ni de dominar los aparatos.» Esta opinión tranquilizó bastante a la buena señora.

—Será muy gracioso—decía Fontignan, echando al cajón cercano un montón de papeles ya inútiles—. Veréis, amigo Mr. Villougyby, el ¡rompan filas! general, coreado por la chacota de los sesudos.

Todavía se trabajó en los detalles referentes a la ejecución de lo acordado allí en la Secretaría. Cuando se dispersaron, relativamente contentos, ignoraban que descendían de la torre de Sawyer, también un tanto alegres, algunos de los que no habían tomado parte en el referido escrutinio; eran los de segunda fila, iniciados, como sabemos, en el secreto, ahora los unía cierta especie de conjura: Wyle, el mecánico; los cuatro astrónomos ayudantes: Evans, Lowe, Straud y Barton, más los calculadores Smith, Gregson y Aurillac; finalmente, el fotógrafo Bergen. Se habían dado cita en el piso de dicha torre ocupado por el anteojo que llamaban *borrador*, no tan perfecto como el que en el piso superior estaba sirviendo para las comunicaciones; pero ¡un señor anteojo!, enfilado también sobre Venus.

¿Qué fin los había conducido allí mientras sus jefes se hallaban en la Secretaría? No pudieron ir sino protegidos por un cómplice, el solo que guardaba la llave de aquella estancia, el ayudante de Mr. Sawyer, ¿siéndole infiel? No, que también éste formaba entre los conjurados en unión de... ¡Mr. Pillsbury! Mas no era cosa de alarmarse: veamos.

Todo consistía en que alguno de los astrónomos ayudantes había mostrado ante los otros su disgusto porque, obligados todos a mantenerse al habla con los de Venus, no era posible mover la puntería para escudriñar otros parajes del planeta; y él se ausentaría pronto, ¿no era sensible?

Asintieron los que le oían. Pero el preopinante acariciaba una idea: valerse del segundo anteojo manejándolo a salga lo que saliere en ratos disponibles; él y los otros ayudantes adiestrados en tal operación, se comprometían a obtener una serie curiosa de paisajes del vecino mundo, desde las cinco y media de la tarde, durante una hora, mientras los otros técnicos holgaban o se disponían para la comunicación allá hacia las siete y cuarto, cuando solía llamar Venus, que entonces no daba en el oca-so hasta cerca de las nueve.

Exploraron a Mr. Sawyer. ¿Por qué no?, les dijo; que gozaran de tan inocente distracción; él no podría acompañarlos; pero les prestaría a su fiel Barlett y aun les prepararía bien el instrumento. Consultó luego reservadamente a Pillsbury.

—¡Que se diviertan!—dijo éste—; ¡quién pudiera estar con ellos! Y es lo probable que vean y copien algo notable o útil si llevan al fotógrafo. En tal caso, ya me enseñaréis pruebas reveladas.

—Por supuesto que el director...

—Descuidad; estoy aquí para obtener su indulgencia si se entera y tuerce el gesto.

¿Qué vieron? La fortuna quiso favorecerles. Habían llevado el necesario lienzo blanco reflector, dispuesto rápidamente. Barlett todo lo tenía listo: prismas, iluminación y otros detalles; Sawyer les

había dejado el anteojo en muy favorable puntería, no les quedaba más que empezar a hacer tanteos. De este modo, imitando al mono de la fábula de Iriarte, cuando para divertir a sus amigos les daba, como hacía su amo ante el público, un espectáculo de fantasmagoría, pero nuestros buenos astrónomos con la linterna encendida, en tres sesiones pasearon a su placer las miradas, no sin asombro, a veces indescriptible, por la superficie del vecino mundo.

¿Qué vieron? Sería muy largo referirlo. Tierras frondosísimas, ornadas con una vegetación y una flora espléndidas y lujuriantes, riquísimas en colores y matices. Altas y escarpadas montañas, en su mayoría también pobladas de plantas y árboles; valles, ríos, el mar, acantilados abruptos, un lago en el que, no sin gran alegría, distinguieron embarcaciones pequeñas, sin arboladura, que debían moverse quién sabe por cuál maquinaria. Un poco tardaron en percibir la presencia de hombres y mujeres en el campo, en casitas preciosas y en poblados pequeños, como si dijéramos aldeas. Pero ellos deseaban algo más: la urbe, si en Venus la había, que pudiera no ser así, decía uno de ellos, convencido de que las grandes poblaciones, *las Babilonias modernas*, decía él, no son otra cosa que centros de miseria moral y material que irradia sobre las sociedades para corromperlas, alejando al hombre del campo y de la agricultura, base de la ordenada vida, al tenor de las divinas leyes.

Y la ciudad, al fin, llegó, no podían reconocer si pequeña o grande, mas sí que aparecía bellísi-

ma, con edificios bajos, pero bastantes torres altas, miradores o lo que fuesen. Ni vestigio siquiera de murallas o fortificaciones; tampoco esas vías tiradas a cordel, ni las edificaciones simétricas, de fatigante monotonía que forman nuestras calles, asemejándolas a dos series paralelas afrontadas de anaqueles con los huecos en forzadas hileras.

No; allí se construía sin duda más para el interior que para el ornato externo, con una libertad parecida a la de nuestras ciudades antiguas, así en los vanos como en los saledizos, miembros, adornos, puertas y terrazas. Mucha columna, cilíndrica o prismática; poco balconaje y de balaustrada gruesa y con muy diversas formas, abundando casi tanto el arco pleno como la ojiva y el adintelado, las cornisas, los filetes, las grecas, las estatuitas, las cenefas que imitaban flores entre hojas, todo ello con algunas semejanzas de nuestras arquitecturas, no faltando más que el arco de herradura y el de ojo de aguja.

Variedad gratísima de colorido en los revocos o materiales de paramento; pero los matices no eran fuertes; el amarillo claro, el violado, el verdoso, el rosa y el azulado con absoluta carencia de metales u objetos brillantes que de ese material parecieran. No había tejados: todas las techumbres sin declive, signo de no caer sobre ellas nieve y de secarse muy pronto la lluvia; el terrado era casi general.

Vieron dos edificios con aspecto de templos: así eran de monumentales; pero ninguna estatua con ese aspecto, y en parte alguna un solo letrero que sirviese de anuncio. Pocos transeuntes, que mar-

chaban todos despacio, ostentando la más abigarrada variedad en los colores de su vestir, un tanto uniforme en la forma, sin que apareciera un solo pantalón ni un sombrero como los nuestros; lo frecuente era el quitasol o paraguas, casi siempre poligonal y de colores también diversos; todo el mundo lo llevaba, hasta los niños.

Veíanse carruajes pequeños y ligeros, que también más despacio que de prisa marchaban, no se veía a impulsos de cuál mecanismo, que debía ser muy pequeño, llevando una o más personas. Notaron nuestros amigos la ausencia de cuanto pudiera significar una tienda o almacén destinado al público, circunstancia que estimó alguno de ellos como inequívoca muestra de una sociedad feliz. ¡Malditas balanza, vara de medir y caja de fondos!, decía entusiasmado. Indicios de gente armada, ni el menor.

Aun tropezaron con otra población. Se hallaba en plena fiesta, a juzgar por el aspecto de las gentes. El anteojo había enfilado por dichosa casualidad una plaza bastante extensa, en la que se veía de frente, entre dos avenidas, como todas, no muy anchas, un edificio magnífico, de ornato brillante y prolijo, con todas las apariencias de un templo: elevación, columnas, torres, un gran pórtico... De él vieron a poco ir saliendo un numeroso cortejo en cuatro filas, formado por hombres, mujeres y niños, en secciones uniformadas, con vestimenta muy lujosa, de llamativos colores bien combinados. En las manos llevaban varas unos, ramos de flores otros y, al final, en una especie de carroza, un templete, en cuyo centro brillaba hasta

deslumbrar con azulada luz, algo que el antejo no precisaba. Debía ser un objeto sagrado, porque, al parecer, las gentes que ocupaban la plaza inclináronse profundamente y luego alzaron hacia el cielo las manos. Aun detrás de aquel signo o lo que fuere, iban, como cerrando la procesión, un hombre, y a sus lados dos mujeres, los tres ricamente ataviados, con luengos mantos color escarlata, y coronas de hojas verdes y de flores...

Nueva puntería, durándoles aún el asombro de la referida visión, les puso delante en medio de verde llanura, otra edificación grandiosa, coronada por altísima y muy bella torre de cinco pisos. La puerta, cerrada; ni un alma en cuanto campo abarcaba la vista. ¿Qué sería aquello?

Lo último observado fué, en paisaje imponente, gigantesca y vaporosa cascada descendía de muy elevada y abrupta montaña.

Cualquiera puede suponer los comentarios que harían al término de cada sesión los buenos técnicos, sobre todo al salir de la última y más fecunda en vistas sorprendentes.

—Grande es todo eso; mas ¿qué vale comparado con poder vernos y oírnos? ¿Y si aun han descubierto otras cosas?... Yo me pregunto si serán allí metales los que desde aquí lo parecen, y cuál el más valioso. Preseas no lleva esa gente. He visto en la última sección de mujeres unos collares blancos, de bolitas luminosas bastante gruesas; no las creo piedras de joyería, como las nuestras.

—Creedme—insinuó Gregson—, allí será poco más o menos, todo como aquí, ya que los elementos del planeta son casi iguales.

—Permitid—le dice Barlett—; mi señor y maestro rechaza la afirmación de cierto filósofo: «que no hay cosa alguna en el Universo que no exista en la Tierra».

—Pero habéis todos visto que en Venus se adora algo.

—He ahí otra cuestión de muy distinto orden. Dondequiera que haya seres racionales se tendrá idea del Supremo Hacedor y primera causa. ¡Él sí que es lo universal, que está en todo y todo en Él!

—Muy cierto—apoyó Straud—; para saber lo que hay en la Tierra, nos falta muchísimo aún, y para saber lo que no hay en el Universo precisaríamos conocerle todo: ¡el imposible!

## XX

### JUICIO SEVERO Y CONFESIÓN OBLIGADA

DESDE la primera conversación borrascosa, nuestros amigos empezaban siempre otra con los venerienses bajo el peso de cierto temor. Esta noche, más recelosos, si cabe, se dirigieron a la torre. Desde Venus iba estrechando el cerco; ¿por dónde saldrían esta vez?

—Como veis—empezaron sin preámbulos—, hemos logrado muchas conquistas sin quedar satisfechos; las sociales nos permiten dirigir la atención a otras de diverso orden constantemente, porque si nos durmiéramos sobre lo adquirido, no tardaríamos en retroceder; ¿no lo estimáis así?

—Totalmente—se contestó—, y lo prueba nuestra presencia en este lugar de trabajo.

—Aquí — prosiguieron — investigamos ahora el origen de la vida, misterio de la generación, por si nos fuera posible un día modificarla y utilizarla. Lo conseguido hasta hoy, en beneficio de nuestra raza, es poco.

—¡Pobrecitos!—susurró Mr. Listrade—, ¡no es nada lo que buscan! ¿Andarán en eso tan atrasados como nosotros, pese a los trabajos de Schafer

y de Carrel? Y dirigiéndose a Venus: —Algunos sabios persiguen aquí ese fin mismo.

Venus respondió con un estrepitoso parabién, hablado muy mal; pero extrañaba el desorden científico nuestro. No habíamos conseguido que hubiera en el planeta el contingente de humanidad que él puede mantener, ni menos ni más, y sostenerlo, como es justo, bien distribuído sobre la superficie; no habíamos alcanzado el dominio de muchas fuerzas naturales, adversas a nuestro bienestar, y ya, sin embargo, queríamos hallar una solución tan difícil: ¡era contradictorio!

—Reconocemos—se contestó—que a causa de las guerras, fruto de las ambiciones de dominio, los sabios son pocos, sus trabajos lentos, obstruídos por los obstáculos que les suscita la ignorancia y difícilmente traducidos a fines prácticos.

—Entendido; proseguí.

—De aquí el habernos confundido y extraviado. No obstante, hemos seguido inconscientemente así en lo material como en lo mental, su inseparable, caminos paralelos utilizando progresivamente la materia y las funciones del espíritu.

—Algo de eso, también nosotros. Puntualizad un poco ese proceso.

—Muy sencillo. En las primeras edades se laboraba sobre piedra y *sólidos en bruto*; para el alma, un vivir de *material egoísmo*. Después nos ocupamos en descomponer la materia, obtuvimos *los metales*, concebimos vaga idea de la unidad de la materia, transformándola como nos iba siendo posible: así estudiamos *los líquidos*; al mismo tiempo, en los espíritus imperaba progresivamente

el sentimiento, la familia, la patria, la poesía, las letras, las artes. Período muy largo durante el cual el concepto de lo sobrehumano, del Creador, se fué depurando.

Llegamos, en los tiempos modernos, a tratar ya con *los gases*, o materia sutil, a la vez que en las mentes *la imaginación*, unida a más copioso saber, imperaba entre los civilizados. Por último, la época de *los flúidos* (electricidad, éter...) y en las almas *la razón* y *una fe* muy esclarecida, constituyendo el reinado de las *ideas*; hoy éstas preceden a las conquistas, ansiando multiplicarlas, y así hemos ensanchado nuestros horizontes, limitados antes al planeta, que creíamos centro y objeto del Universo, por no comprender éste con su realidad.

—¡Desequilibrio, así y todo!, ¡desequilibrio! —gritaron los venerienses—; porque de esa labor gradual debisteis necesariamente extraer los elementos de vuestra dicha: amaros, o al menos no hostilizaros; distribuiros con equidad todos los bienes y adelantar así más de prisa, fomentando el trabajo de los sabios, de los verdaderos, no confundidos con los falsos. Comprendemos, pues, el proceso de vuestro saber; pero no su desorden y esterilidad. Hay mucho de obscuro en todo eso.

—Mi buen sir Heriberto, sustituidme; me veo perplejo.

—Probaré, respetable jefe, probaré—y entrando en funciones—: Todo consiste en que nuestra animalidad resistió siempre el imperio del derecho y el del amor, nociones que asimiló a sus egoísmos, corrompiéndolas y extraviándolas.

—¡¡A...h!!!, lo entendemos, señor; pero explicadlo aún.

—El que se creía fuerte atentaba a la propiedad y a la libertad del menos potente, y, satisfecho con su poder, despreció la cultura. Los más poderosos fueron y... todavía son los ignorantes. Erigieron la fuerza en razón y en derecho, y el saber, en oficio de viles. Sometieron a otros, ignorantes y además débiles. De aquí las guerras, la época larguísima del absoluto dominio de las armas, el constante obstáculo para el sabio, que ha progresado en medio de tanta confusión, despreciado y con frecuencia perseguido.

—Pero, ¿no tenéis noción del Creador Supremo? Desde aquí vemos que adoráis algo...

—Sí; creemos en un solo Hacedor, primera causa, consciente, providente y remunerador.

—¡¡Oh!! Si es así, ¿cómo sois tan crueles? Porque, lo presenciamos: vuestra vida es despiadada, pudiendo ser dulce y bella. Percibimos ahí una civilización que lo parece en lo externo, aunque atrasada y en su interior ya podrida, ¡perversa!, ¡y tan lenta! Si os guiara la noción del Creador, con poca civilización y todo, os sobraría para no mostrarnos tan feroces...

—Estos caballeros—observó Pillsbury—hacen aspavientos; pero no han referido el proceso de su cultura hasta llegar adonde se halla; mas todo se andará y algún día ajustaremos cuentas. Responded ahora como podáis, dada la situación.

—No todos—prosiguió sobre el aparato Listrade—tienen esa noción igual ni perfecta, y así su moral se hace deficiente.

—¡No!, ¡no! Eso no importa, no. En alguien estará la culpa de esas diferencias y de que no impere la justicia siempre. ¿Disentís acerca de las verdades naturales como las leyes de la cantidad o las de la atracción al centro?...

—Los civilizados no... ni casi nadie.

—Pues tampoco pueden disentir en lo otro. La verdad es sólo una, una la eterna justicia, como una la Creación y uno el Creador.

—La animalidad..., ya hemos dicho que ofusca aquí las inteligencias.

—Y en todas partes, si no la dirigen: esto es lo que se ha de procurar ante todo, que no se sobreponga el bruto al hombre. Qué, ¿no os enseñan nada las consecuencias de ese desorden, siempre las mismas, y creando la infelicidad general? ¿Cómo tenéis en cuenta la experiencia para lo material y no en lo moral para la dicha de todos?...

—¡Eso es apretar los tornillos, señores!—exclamó Fontignan no pudiendo contenerse.

—No conocéis la compasión, porque realmente no os amáis: así es posible que os destrocéis en guerras; ahora mismo vemos una, y así siempre: ¿quién las dispone? (Insistían en su tema favorito.)

—Los dominadores—contestó secamente Listrade.

—Mucho ganarán en ellas sus egoísmos y también los que los sirven.

—La mayoría van a la lucha u obligados o engañados de uno u otro modo.

—¡Imposible!, ¡imposible! ¿Cómo han de obli-

gar o seducir unos pocos a la multitud, hasta llevarla a la muerte en beneficio ajeno? Eso no, ¡y no!; es demasiada inferioridad.

—Desgraciadamente, la padecemos. ¿Sus causas? Difíciles de explicar en estos diálogos.

—Las causas de un mal—gritaron apretando más la clavija—tienen que ser otro mal. Ahora nos explicamos lo que tanto nos preocupaba: el ver que frecuentemente el hombre se mata a sí mismo, lo que no hacen ni ahí ni aquí los animales más inferiores (1). Pero los que desprecian su vida hasta exponerla sin utilidad propia a la orden e interés de otro, lógico es que se la quiten al verse en desgracia.

—Parece que afinan la puntería, querido sir Ricardo—insinuó Fontignan.

—Sí, ¡es molestísimo esto, es insufrible!, y... lo que me temo: que aun preguntarán implacables.

En efecto, habiendo contestado el director, otra vez en ejercicio, que a veces la guerra puede ser justa para uno de los beligerantes,

—Pero al otro—le objetaron—, ¿por qué el resto de esa humanidad no lo reprime y desarma antes que proceda a la ofensiva? ¿Cómo no hace imposible que la intente siquiera? Dada una diferencia entre razas o comarcas, ¿cuál puede ser, que se haga insoluble en justicia para seres racionales, de otro modo que por una matanza?

Era la pregunta sin respuesta, la negación y condena de toda nuestra estúpida filosofía de la guerra.

(1) Está probado que el escorpión no se suicida.

Durante el silencio que siguió en la torre tras el tremendo interrogante, mirándose unos a otros los pobres astrónomos pensadores, concibió Pillsbury la idea de proponer:

—Confesemos, señores, que estamos locos, si es que allí comprenden qué es la demencia, y contémosles lo que respondió Voltaire a Federico II, que le decía presenciando una formación militar: «¡Si toda esta gente armada se volviese ahora loca...!» «Señor, el peligro vendría de que se volviera cuerda.» Por eso el mismo emperador prusiano afirmaba en otra ocasión: «Si mis soldados empezaran a pensar, ninguno quedaría en las filas.»

Sonrieron todos tristemente, y el joven añadió:

—Estimable M. Fontignan: como buen francés, decid a Venus algo de vuestro ampuloso militarismo; y aun podíais entonar el flamante himno de Boulanger: *En revenant de la revue*; es un cáncan bélico delicioso; pero allí acaso no conozcan la lengua de Molière.

—Sois divertidísimo, Ricardo. ¡Boulangerista yo! ¡Si en dos ocasiones por poco me matan los *chauvinistas*, y en otra me quitaron una cátedra!

—¡Ah!, ¡venga esa mano!

Los de Venus, sin duda porque se tardaba en responderles, volvieron a la carga con más bríos. —Sí—prorrumpió una voz viril y dura—; como desconocéis la compasión ignoráis también la justicia. Nos amarga ver cómo ahí los que producen los frutos, los que hacen las viviendas, entregan su producción a los que nada hacen, pero viven en la abundancia; los productores, en la escasez.

Eso hará odioso el trabajo y suscitará la envidia...

Pero más nos horroriza ver que en vuestras ciudades hay hombres sin otro albergue en las frías noches que los huecos de las puertas, y pasáis a su lado indiferentes, hombres bien vestidos que se dirigen a cómodas moradas...: ¡horroroso!, ¡abominable!, ¡infame! Y esto siempre: miserables en el campo, en la población, en dondequiera.

—Nos acorralan como fieras—dijo entonces mister Drebler—. ¡Ah!, ¡si supieseis que hay en la Tierra muy orondos individualistas emperrados en sostener que así conviene para excitar actividades con eso que se llama *la lucha por la existencia...*! Y el que sucumba, aunque sea un justo, que reviente. Hágase la selección y perezca media humanidad. Pero la selección no se realiza y la humanidad entera va degenerando. No lo impedirán esos otros, los socialistas, cuyo ideal consiste en que no es nada quien no es obrero manual, y, por lo tanto, éste ha de llegar, en esa misma lucha, a ser el dominador; los otros, unos parias...

—Bien decís—corroboró Mr. Villougby—. A unos y a otros, ¡cuántas veces los he llamado crueles, ignorantes, imbéciles! Bien se habla o escribe al abrigo de comfortable gabinete y tras una comida suculenta. Mas ¿por qué se niegan esos individualistas a admitir la sencilla y obvia distinción entre la lucha del hombre contra los obstáculos de la Naturaleza y la de un hombre contra los otros? ¿Por qué no quieren ni oír que no existe sér humano del todo inútil, que la sociedad viene obligada a indagar para qué puede servir y

dedicarlo a ello, y que si, efecto de lo inevitable, se inutiliza, debe sostenerlo, porque tiene derecho a la vida, porque, en último extremo, no debiera ser miserable más que el criminal, y... aun éste, probablemente no delinquiera en una organización justa?

—¡Verdad, verdad! Y yo—agregaba Mr. Listrade—sostengo que aun queriendo delinquir, bien tratado y todo, medios sobran de reducirlo. Bien; estamos divagando, ¿qué respondemos ahora?

—¡No lo sé!—reconoció el director muy apenado—. Cabalmente esa vergüenza de los sin albergue me ha hecho sufrir bastante y he procurado combatirla... ; mas ¿de qué sirve la acción de unos pocos? Bueno, dejemos que los venerienses continúen asaeteándonos sin piedad; lo merecemos a título de representantes frente a ellos de todo nuestro mundo.

¡Y vaya si continuaron! Venían bien pertrechados.

—Sois crueles con el débil, con las mujeres y los niños, que vemos desde aquí abandonados y maltratados.

Así hablaba ahora una armoniosa y fina, pero enérgica, voz de mujer, coreada al final de su inyectiva por otras como ella, que gritaron:

—Sí, sí, lo estamos viendo siempre con horror.

—¡Santo cielo! ¡Esto nos faltaba! ¡El coro de señoras! Con hombres hay manera de contender; pero ¡con mujeres! La galantería ata la lengua, ¡y no digo nada si *ellas* tienen razón! Ya podemos prepararnos.

—Oíd, Ricardo; opino que estáis indicado para

entenderos, si hay modo, con esas mujeres, ya que en galantería sois más doctor que en Ciencias.

—Por lo mismo, tiemblo; en fin, ¡allá voy!

—¡Gracias al Supremo Hacedor—dijo sobre el aparato—, que nos otorgáis la honra de hablarnos las señoras de ese mundo! ¡Felices nosotros mil veces por gracia tan inmerecida! Sabed—continuó—que igual horror sentimos aquí muchísimos seres, y en esta casa, todos; pero, ¡ay!, son más los insensibles, y nos falta potencia para otra cosa que lamentarnos y esperar del Ser Supremo tiempos mejores. ¿Me habéis entendido, adorables bellezas que hacéis la bondad de oírme?

Y se volvió hacia sus colegas con gesto de significarles: ¿Eh?, señores; creo que no voy del todo mal. La respuesta confirmó esta presunción.

—¡Oh, sí!—gritaban varias argentinas voces, aunque en detestable inglés—; hemos entendido muy complacidas. Vos, caballero (*gentleman*), os mostráis amable, nos agrada veros tan atractivo y... ¡guapo!

Diffícilmente contuvieron los colegas la risa, conscientes de que con cien ojos y oídos los observaban.

—¡Oh, mujeres!—murmuraba en latín míster Drebler—, en todas partes, en cualquier estado, las mismas... Menos mal que éstas no parecen marimachos científicos.

—Pero lo que es francas... Bien que a esa distancia e invisibles...

—Ya tenemos observado—volvió a hablar la voz primera—cómo os conducís en esa casa con las mujeres y los niños, todos muy agraciados:

mansión de paz y de estudio, ¡honor a ella! No a vosotros, a los crueles dirigimos nuestra reprobación, porque solemnes son y trascendentales estas conferencias, destinadas a perpetuarse en la Historia.

—¡Por las Pléyadas que no se explica mal cuanto al fondo esa hembra!—exclamó Sawyer, hasta entonces silencioso—. Ved cómo respondéis, Ricardo, para dejarnos bien.

—¡Dios me asista!, querido; atended—y sobre el diafragma—: Pensamos eso mismo, agradecidos a vuestra bondad. Lo que veis aquí no tiene mérito alguno, dados nuestros sentimientos; lo que no veis, gentiles señoras (ademán a los compañeros de expresarles: Allá va otro piropo, a ver si las dejamos propicias para lo sucesivo), lo que no veis es nuestra admiración embelesada ante la hermosura de las que a veces aparecéis al alcance de nuestra vista. Nunca pudimos figurarnos belleza tanta; tiempo es ya de que os lo digamos.

No tardó en oírse un concierto de exclamaciones, muestras de agrado y contento, en inglés, sobre el fondo de coloquios en voz menos perceptible y lengua indudablemente de allá:

—Sois—añadieron—todos excelentes; nos place veros y oíros; mas... ¿por qué vuestras mujeres no hablan, al menos con nosotras?

—Lo estaba temiendo—exclamó Fontignan—. ¿Qué les decimos?

—¡Ah!, estimado Mr. Carlos, ¿no lo adivináis? Pues una bella mentira dilatoria: oíd.

—Tienen de ese honor grandes deseos; pero el tiempo urge, apenas basta el disponible ya para

conversaciones importantes, que no quieren entorpecer. Un poco las retrae el convencimiento de no poseer mucha ciencia; mas dentro de poco hallaremos ocasión de que se pongan a vuestras órdenes.

—¿Ciencia no? Ahora no se trata de eso: es que nos gustan, ¡son tan bellas!

¡Si oyera esto Mme. de Fontignan!, pensaba para sí el director, ¿qué le diría a su amiga la tendera?

Volvieron a tomar la palabra los hombres. Nueva expectación en la torre tras un incidente de tregua. Seguían por el camino escabroso de las relaciones sociales. Se engolfaron por la trocha accidentada de la eugenesia. Entonces Jobson, que había permanecido callando y observando, consultó al director:

—Esos señores nos van a marear de lo lindo mientras puedan permanecer al habla, poniéndonos en un brete cada cuarto de hora. Yo creo que merece la pena de intentar eludirlo.

—¡Oh, sí!; pero ¿cómo?—preguntaron algunos.

—No hallo otro medio que adelantarnos en una especie de suave, pero substanciosa confesión general: «Honorable venerienses, la verdad: somos así y del otro modo, y aquí lo que pasa es esto y lo de más allá.» ¿Qué os parece, amable jefe?

—A mí, de perlas; a los demás... que lo digan.

—¡También, también!, ¡ingenioso recurso!—dijeron—; después de todo, ahí habíamos de llegar...

—Cierto. Mentir no lo consiente nuestra probidad ni podríamos, porque nos vienen estudiando

hace dos siglos, de *vista* y *oído*, como se dice en nuestro argot de Observatorio. Nos contradiríamos con peligro de gran descrédito cuando la comunicación se haga general. Que mienta entonces bajo su responsabilidad el Observatorio que guste de ponerse en ridículo—expuso el subjefe.

Mientras tanto, el director, reconcentrando sus pensamientos, callaba meditabundo. Pronto se acercó al transmisor, y aceptando para empezar el terreno de la eugenesia que le imponían los de Venus, tomó la palabra:

—Vais a oír toda la verdad leal y francamente expuesta. Sí; equivocado rumbo seguimos en esta cuestión los de este mundo: tratar de impedir las uniones entre defectuosos y aun someterlos a una operación que los haga impotentes. Resultado: la odiosidad y favorecer las uniones clandestinas, no atacando el mal en sus raíces, que son la miseria y el vicio, porque esto, sobre ser difícil, no favorece a los egoísmos de los dominadores.

—Bien; pero el vicio procede de la ignorancia, que no es difícil combatir.

—Ahí no lo será; aquí hemos errado también el camino, preocupados en sólo imbuir conocimientos, y no hábilmente en verdad, fatigando los cerebros, sin cuidarnos de educar las voluntades y los sentimientos. He ahí el gran desacierto de nuestro mundo todo. Pocas condiciones posee para la felicidad abundante, ya que no completa; pero una voluntad social decidida las habría utilizado con fruto.

—Nos aclaráis en parte el enigma para nosotros de tantas miserias vuestras, una de ellas (y vuelta

a su tema) que seáis tan irritables para matar a un leve ofensor, no sin peligro, y luego mansamente os sometáis en multitud al que es uno solo o un conjunto de pocos, que os ordenan matar a quien no os ofendió, si no os destroza él.

—Exacto; y tanta es nuestra inferioridad que a nadie indigna leer u oír que *el hombre es un animal guerrero*.

—Pues mientras no llegue a la paz perfecta será un *animal esclavo*, pobre, infeliz y abyecto. Perdonad estas expresiones, por ser verdaderas.

—¡Vaya! Es la primera vez que nos piden se les dispense una crudeza—observó Ricardo—. ¿Si los iremos educando, es decir, pervirtiendo? ¿O se lo habrán aconsejado las mujeres?

—La verdad es sagrada y nunca ofende—siguió comunicando el director—. Sabed que la mayoría de nuestros hombres son lo bastante ciegos para creer que la guerra es necesaria ya para civilizar, ya para que no se pueble el planeta demasiado.

—¡Horror!, ¡iniquidad!, ¡brutal torpeza! La guerra es un mal absoluto, que no puede crear bien alguno.

—Lo sabemos en esta casa. Oíd una mayor contradicción. Cada pueblo o raza labora como puede en aumentar su número de pobladores en mayor cantidad que los otros, para vencerlos en la posible guerra. Aquí toda diferenciación, sea la que fuere, engendra el odio y la lucha, y nadie piensa en que podríamos mantener una humanidad dichosa en equilibrio, prolongándose, además, la vida, tres veces hoy más breve que el

plazo natural. Pues no, que todos vivimos infelizmente, oprimidos, ignorantes, llenos de miedo y enfermos.

—Señores—añadió en latín, volviéndose a sus subordinados—, mayor franqueza no cabe.

—¡Muy bien! Vale así más. Acabemos de una vez, si hay manera.

—Sospechado todo eso—contestaron de allá—. Muy aflictivo el saberlo, aunque nos convenga. Proseguid.

—Tened presente que aun los privilegiados no son más felices; los esclavizan su riqueza, su posición, su ociosidad y sus vicios. A estas horas, todavía casi un tercio de nuestros habitantes se halla en estado salvaje; de los pobladores de comarcas civilizadas, más de la mitad no sabe leer lo escrito ni es capaz de elevar su comprensión a las ideas generales y menos a las abstractas. Somos la especie animal más adelantada del planeta y acaso la más atrasada del sistema solar: sinceramente lo reconocemos.

—Agradecidos, nosotros. Ahora se nos alcanza la causa de que temáis que sean ahí conocidas sin cuidadosa preparación estas comunicaciones.

—Sí, que aun los dedicados a las ciencias son de temer por su envidia y su soberbia. Parecemos una humanidad grande bajo algún aspecto, siendo pequeños y mezquinos bajo todos los otros. En los inventos, ni grandes, ni pequeños; en lo social y moral, miserables; es donde hemos fracasado más desastrosamente. La contradicción es nuestra característica, no lo olvidéis, pues teniendo a mano más elementos para la felicidad social, que para

dominar con inventos la Naturaleza, algo hayamos logrado en esto, casi nada en lo otro, en lo esencial. Hemos aquí, humanidad que en lo humano es precisamente donde se ha estrellado.

—Pero.: ¿no tenéis pensadores que hayan acertado con cosa tan sencilla como un sistema certero?

—¡Ojalá que no los tuviéramos! Abundan ellos y los sistemas que se contradicen, y todos fracasaron. Fluctúa toda esa balumba entre dos criterios: el de la lucha por la existencia y el del trabajo igual para todos y con la misma remuneración. Si fuera verdadero el uno, sería erróneo el otro. La experiencia demuestra la falsedad de ambos, y así vivimos estancados en continuo conflicto y malestar, disconformes los sabios y maestros, en lucha los dominadores, pasando los pueblos de una tiranía a una rebelión, que en tiranía concluye pronto, de modo que las buenas gentes suelen decir: ¿La libertad ha muerto? ¡Gracias al Creador, ya somos libres!

—¡Doloroso! Y, ¿os falta quien alimente los principios de la verdad como vosotros, *nuestros amigos* (Rumor de satisfacción en los astrónomos), seres equilibrados, que no lucháis con nadie?

—Pero pertenecemos a la minoría. La ignorancia ha generalizado el grosero escepticismo arriba y abajo. Los que gobiernan no lo hacen por el bien general, sino buscando su interés particular; por eso pelean los fuertes para alcanzar el mando, y a todos nos desmoraliza esa lucha. Las multitudes no aman a los literatos, comprenden mal a los artistas, si los comprenden, y desprecian a los sabios.

—¿Qué aman, pues?

—A los luchadores, sea con las fieras, sea con los hombres... Tales somos, *¡admirados amigos!*, y noblemente os lo manifestamos, para ahorrarnos interrogaciones fatigosas.

La respuesta no se hizo esperar: fué un clamor de aprobaciones y de gracias.

—Habéis hablado como sabios honrados. En pocas palabras nos habéis enseñado más que hubiéramos conseguido saber desde aquí mediante grandes y prolongados esfuerzos. *Queda escrito cuanto os hemos oído*. Nuestra gratitud será perpetua. Estaréis fatigados, así en lo que aun resta de esta etapa de comunicaciones posibles, ya no trataremos más que sobre vuestros adelantos materiales, que nos interesan. Hasta mañana, ¡sed dichosos!

—¡Por fin, Dios santo!—exclamaron todos—. Salimos del atolladero gracias a vuestra idea, querido Jobson. ¡Qué noche!; pero la última de apuros.

—Yo—decía sir Ricardo al dirigirse hacia las habitaciones—, temí lo que afortunadamente no ha sucedido: que las mujeres nos hubieran interrogado escuetamente sobre la condición de las terrestres, pues sin mentir no había otra contestación que ésta: «Señoras, aquí en unas comarcas, la mujer es todavía una cosa; en otras, que se dicen civilizadas, una bestia; en casi todo el mundo, una máquina de placer y de procrear. Hay sitios, como la patria de este señor que veis fumando un pitillo, donde la mujer, precisamente a título de máquina, sojuzga al hombre y lo pateaa... En otros, uno de

ellos, éste que habitamos los presentes—añadió adelantándose al desquite que previó de Fontignan—, la mujer es una diosa funesta, porque el bárbaro del hombre, para proporcionarle riquezas y ocio, se consagra a las ocupaciones más lucrativas, que no son las realmente científicas, por lo que en el país, si hay una aparatosa y febril civilización, falta una verdadera cultura... ¿Digo bien, señores? ¡Gran dicha el haber quedado este punto para la otra aparición de Venus!

—Entonces se habrán humanizado allí más que ahora—insinuó Drebler.

—Quizá, y así no se asombrarán si les decimos que un pensador inglés ha clasificado, no sin fundamento, nuestra humanidad en tres grupos: trabajadores, mendigos y ladrones.

Fué muy reída esta cita.

Al separarse todos, Mr. Jobson y Ricardo iban juntos al cuarto del primero.

—Lo dicho, ¿eh? Procurad veros cuanto antes con miss Lucy. La mentira-verdad que habéis ideado me parece insuperable. Iba ya creciendo con malos síntomas la curiosidad entre los no iniciados; situación peligrosa, que nadie como vos, Ricardo, vale para conjurarla. Cuanto a vuestro asunto... privado, confiad en mí, va por buen camino.

Muy contenta iba miss Lucy a la reunión de las señoras en el cenador acostumbrado; llevaba la seguridad de un éxito ante sus amigas. Aquella mañana Pillsbury habíale hablado sobre cosas gratas, y al fin ella lo había traído al terreno que le interesaba.

—Pero, ¡qué atareados, Ricardo! Anoche venía papá del trabajo con pocas ganas de cenar y muchas de dormir. Por supuesto, ni una palabra referente a esa ímproba tarea.

—¿Para qué? ¡Una cosa tan árida!

—Que sabéis cuánto me gustaría saber algo de ella; pero...

—¿Solamente algo? ¿Lo esencial, y así, en conjunto, sin tecnicismo?

—¡Naturalmente!, al alcance de mi comprensión.

—Siempre me ha parecido que no acertaría, os lo dije ya; tan acostumbrado estoy, *estamos*, aquí los profesionales, a expresarnos en astrónomos... Mas mi deseo de complaceros tal vez me inspire.

En seguida el joven se dió traza para hacer creer a su amada que hallándose en los consabidos tra-

bajos de establecimiento, y llegado el tiempo de hacerse Venus visible, no se ocuparon del planeta, que entonces no les interesaba; pero Sawyer, a fines de marzo, hubo de fijar incidentalmente la proyección de su poderoso anteojo sobre él, y con increíble sorpresa encontró en la superficie visible algo nunca descubierto, por impotencia de los anteojos y telescopios conocidos, a los que supera el de nuestro amigo, ¡un coloso en la óptica!

—Ya tenía yo de él muy ventajosa opinión—interrumpió Lucy.

El astrónomo prosiguió exponiéndole que científicamente el hecho era de tal magnitud, que si nuestro Observatorio demostrara irrecusablemente haber sido el descubridor, se cubriría de gloria, mas también su fundadora.

—¡Ah!—exclamó la inocente niña con seguridad—, ¿quién lo duda? Voy comprendiendo.

Eso deseaba Pillsbury, que prosiguió:

—Así os daréis cuenta de que relegáramos de momento las tareas ordinarias todos los astrónomos de primera fila con el fotógrafo y el mecánico, atentos ya sólo a la feliz novedad.

—Que consistía...

—Figuraos que viene siendo antigua cuestión batallona entre astrónomos si Venus gira sobre su eje en el mismo tiempo que recorre su órbita, o, por el contrario, en menos de veinticuatro horas nuestras.

—Conozco eso. Papá y Mr. Heriberto me lo dijeron la otra noche.

—Tanto mejor, para que apreciéis lo encontrado: un detalle por el cual se evidencia el segundo

término de esa cuestión y queda para siempre resuelta.

—¡Oh, magnífico! ¡Vaya si *nos cubriremos* de gloria!

—Pero a su tiempo, ¿eh? Nada de imprudentes precipitaciones y... callad mi confianza. Ahora los pormenores y datos científicos de este feliz hallazgo no acertaría jamás a presentároslos bien comprensibles.

—Ni los necesito—repuso miss Lucy, ya vencida—; pero ¿tanto hace trabajar eso, que andéis todos aquí de cabeza?

—Olvidáis que Venus va a desaparecer dentro de muy poco; sin esa tarea tan prolija y pertinaz no llegaríamos al resultado satisfactorio hasta la siguiente reaparición.

No fué necesario más. La verdad mentirosa había surtido buen efecto, y así miss Lucy pudo ufanarse ante las señoras de haber logrado, con su influjo sobre sir Ricardo, arrancarle el secreto a nadie más revelado, que a todas traía intranquilas. Y al día siguiente Henoch declaraba al director que, no explicándose la causa, había notado totalmente calmada la ansiedad de los no iniciados, ¡gracias a Dios!, cualquiera que fuese dicha causa. Satisfecho y contento llegó, pues, sir Ricardo al sitio acupado por sus colegas, que iban a tratar, como tenían decidido la víspera, sobre los procedimientos que imponía la situación.

—Amigos míos—les dijo el director cuando estuvieron todos presentes—, el día está hermoso, primaveral; si les parece, hablemos paseando por el parque, nos sentaremos algún rato, volveré-

mos a marchar...; esto anima y conforta. Nada formulistas, nosotros discutimos y exponemos en familia, aunque a conciencia.

—Muy bien pensado, y para un trabajo algo... peliagudo, que nos oree el ambiente, hoy tibio, de la montaña. Hemos de estudiar muchos respectos y pronto, antes que surja algo imprevisto que nos embargue.

—De acuerdo, Mr. Sawyer; y decidme—añadió el director dirigiéndose al parque seguido por los demás—; ¿no os parece, y a todos como a mí, estar soñando? ¿Quién nos hubiera dicho al inaugurar esta casa lo que nos esperaba? Ni vos mismo, que tanto nos traíais oculto y bien preparado.

—Tal como se está desarrollando, no: vaguedades..., presunciones...

—Pero henos ya habituados, ¡condición humana inexplicable!, a nuestro soñar, eso sí, con lógica, lo que hace fructífera nuestra acción.

—Aunque desde la noche inolvidable de la primera visión de Venus, todo trabajo ordinario se hace de prisa, dejando gran parte en suspenso...

—No os inquiete eso, celoso Mr. Villouby, que alguna espera admite, y lo otro, ninguna. Después de todo, ¿no trabajábamos para ponernos en aptitud de buscar mucho menos de lo que ya tenemos? Pues he ahí rebasada la meta que juzgábamos inaccesible: lo demás importa poco.

Todos asintieron.

—Yo también preferiría—continuó Mr. Brigham—que todo se hubiera practicado según su orden de valores; no es culpa nuestra lo que sucede. ¿Qué habrían hecho otros en nuestro caso?

A lo esencial, pues. Suplícoos, mis buenos amigos, que francamente exponga cada uno lo que sienta, y así escogeremos de acuerdo lo preferible.

—Creo conveniente—dijo entonces Pillsbury— dar primero cuenta de las relaciones con el exterior. Todo está despachado. A estas horas conocerán los que nos proponíamos despistar, las determinaciones de nuestro director. Dentro de cuatro o cinco días nos lo dirá la Prensa, o poco después, que se muestra siempre más tardía en rectificar que en lanzar especies. Podemos estar tranquilos por esa parte. Alguna carta se recibe aún, pero insignificante. Las actas, al día, gracias al fonógrafo.

—Perfectamente, Ricardo; sois, cuando queréis, un prodigio de puntualidad.

—Gracias, maestro, merezca o no ese elogio; ya os daré, por grata sorpresa, otra prueba de no descuidarme.

—¿No se puede recibir ahora?

—Desde luego; pero nos haría perder algún tiempo.

—Como queráis.

—Lo que deseo es insinuar que si hemos de tratar con fruto de lo actual sondeemos lo posible el porvenir, objeto de nuestras precauciones. Señores, con toda franqueza preguntémonos: ¿qué va a pasar aquí y en la Tierra entera cuando este inesperado hecho sea del dominio universal y las comunicaciones con Venus se generalicen? Porque los aquí reunidos hemos de aparecer ante el mundo sinceros y honrados; aunque alguien maldiga la hora en que alcanzamos este éxito.

—Vais bien encaminado — afirmó Jobson—. Quién más, quién menos, viene aquí pensando en eso. Sea lo que fuere, a ello nos hemos de preparar y cuanto antes, pues luego la ejecución no será breve. Yo quisiera oír a alguno enunciar el orden, por lo menos, con que él crea probable que todo se desarrollará.

—Si me permitís—dijo Mr. Villoughby—, expondré cómo preveo las cosas. En primer término, convendría, mientras sigamos al habla con Venus, no sin practicar otras labores indispensables, distribuirnos el estudio de cada parte de la ejecución en lo referente a las relaciones exteriores. Uno o dos de nosotros se ocuparán en las notificaciones a los sabios; otros, en lo tocante a la Prensa profesional y a la grande; otros, a su vez, entenderán en el arreglo de esta casa, que debemos presentar aceptable cuando sea visitada por sabios: esto ha de llegar.

—Lo teníamos pensado—apoyó el subdirector—, continuad.

—Otro apartado: la reproducción de vistas y de discos parlantes, prueba más fehaciente que las actas, de la realidad de nuestras comunicaciones. Mister Sawyer se ocupará en lo pertinente a la publicación de su invento óptico, y Mr. Pillsbury, en todo lo divulgable por la imprenta o los escritos. No holgará requerir a su hora el auxilio de las autoridades contra cualquier abuso de los extraños y concertarnos con la sección de Telégrafos. Por último, sir Ricardo, entiendo que con las precauciones de rigor habrá que descorrer el velo de este secreto ante lady Esther.

—Lo tengo pensado, no sin mucho discutirlo conmigo mismo. ¿Mi parecer? Llamarla en seguida. Que no desaparezca ese planeta sin que ella haya visto y oído a sus habitantes, y éstos la hayan conocido. ¿Ello ha de ser? Pues sobre la marcha.

—¿Obligarla tan pronto a nuevo viaje apenas vuelta a Londres?

—Es para todo fuerte e intrépida, Eduardo, cuanto más tratándose de...

—Concedido; pero ¿no teméis...?

—Ya no. La encontré muy cambiada, en buen sentido, al despedirla. Precauciones, sí; mas no excesivas. Leeré a todos la carta que hoy he de remitirle y consultaré sobre el contenido de la inevitable que le enviará nuestro jefe: la invitación oficial. Así vendrá gradualmente preparada.

—¿Y luego?

—Luego se irá o se quedará; es lo mismo: ¡ya no ha de estorbarnos! Añadido al esbozo de plan ideado por sir Enrique un punto que se nos ha de imponer y él ha insinuado: reunir aquí a los astrónomos más notables, directores de establecimiento, ello en secreto, por supuesto, para que vean y toquen nuestra obra.

—¿No ofrecerá esa reunión dificultades?

—Cosa fácil, amigo Fontignan. Cada sabio creará, sin que tal le digamos, al llamarlo, que es él sólo el invitado. Ya todos aquí, hacerles la historia del hecho, mostrarles el anteojo y su uso, que escuchen en el fonógrafo unas cuantas conversaciones de Venus...

—Las no depresivas, ¿verdad?

—Desde luego; que examinen las fotografías y que vean por el ocular y en el lienzo el planeta desde donde nos hablan los venerienses. Patentizada la conquista, en medio de la estupefacción de esos señores...

—Permitidme: ¿qué dirá y hará Flammarión?

—En justicia, no es inevitable; no dirige Observatorio alguno, Mr. Carlos; pero cierto derecho le asiste moralmente. Yo guardo de él grato recuerdo. Consultaremos a mi tía, si le place a nuestro director; no creo que M. Camilo, que mucho os estima, estorbe aquí.

—¡Oh, eso nunca!

—Admirados los sabios—prosiguió el joven Ricardo—, los despediríamos después de espléndidamente obsequiados, y una vez convenido con ellos el plan de gradual notificación sistemática y uniforme al terrestre mundo, seguiríamos trabajando en lo nuestro. Así la responsabilidad sería colectiva, no sólo nuestra, lo que mucho nos importa, y ya iríamos experimentando los resultados, creo yo.

—Todo eso me parece muy aceptable—afirmó el subjefe.

—Mientras no le ocurra a otro una idea más atinada o cualesquiera modificaciones de la mía.

—Y... ¿habéis pensado en los detalles del alojamiento?

—Allá el conserje y el administrador. La casa es grande, bien surtida y confortable. En total, vendrán unos veinte a treinta señores, que podemos repartirnos e instalar cada cual a uno de ellos; ¿los pocos restantes?... Sitio hay de sobra disponible.

—¡Tendrán que oír las reuniones de experiencias ante asamblea semejante!, y luego, los comentarios de los buenos profesores entre sí y con nosotros.

—Saldremos airosos, no lo dudéis, sir Heriberto. Y en vos precisamente pensaba para resolver ciertos puntos referentes a ese particular.

—¡Ea!—exclamó el director—; aceptado en principio todo lo expuesto, incluso la venida de Flamarión. ¿Place, señores?

—Por completo—contestaron todos.

—¡Admirable!; pero ¿no fuma aquí nadie?, ¿ni el mismo Mr. Listrade, ni Fontignan, los de la pipa inseparable? ¡Lo que nos embarga esta balumba!—exclamó el bondadoso director—. ¡Vaya!, sentémonos como podamos en este pabelloncito lejano y... denme un cigarro, ¡he olvidado la petaca!

Se hizo así, y tras una ligera pausa Mr. Brigham continuó:

—Conviene, sí, diluir la responsabilidad; ¡harta es la nuestra ineludible!, y también repartir el trabajo. Nuestros ilustres colegas no pensarán en dejarnos proceder solos; pronto sentirían las poco gratas consecuencias, ni podrían convenirse para semejante abandono. Ya en el terreno de los hechos, cada Observatorio tendrá tanto interés o más que nosotros en no quedar rezagado y en evitar contrariedades por parte del vulgo ilustrado o no; por lo tanto, nos prestaríamos todos nuestro mutuo auxilio.

—¿No os parece—preguntó Whyte—que sería del caso, para esto último, convenir con los direc-

tores una cifra telegráfica defensiva contra indiscreciones?

—¡Oh!, ¡bien pensado!

—¿Y una señal disimulada en los sobres de cartas, para no abrir sin dilación más que las sustanciosas?

—También. Telégrafo y Correo sobre todo, que de la gente ya nos libraríamos.

—Opino, querido jefe, que deberíamos subvencionar a los dos hospederos y a alguien más del cercano Eastbrigde, y al fondista más acreditado de Denver para que a todo viajero con propósito o trazas de invadirnos le disuadieran y aun lo atemorizaran. Ahorraríamos trabajo a los porteros de la valla.

—¡Magnífico!, sir Ricardo—exclamaron varios—: idea como vuestra. Una artillería invisible y sorda.

—¡Señores, mil gracias! (inclinándose risueño), es que el egoísmo aguza la inventiva.

—Va todo perfectamente ideado—continuó el director—; pero ¿y lo imprevisto? He ahí mi preocupación constante. A lo mejor, lo que parecía detalle truécase en causa de grandes efectos. Me pierdo en conjeturas, todo lo espero, todo lo temo; es la razón de mi deseo de oírlos a todos, el primero vos, Mr. Sawyer. Os corresponde por derecho propio y porque seguramente antes que nadie veníais pensando en el porvenir.

Volviéronse todos hacia el óptico, mirándole con cierta expectación.

—Poco podré exponer—dijo—que pueda ilustraros siendo quienes sois, aunque mucho he medi-

tado sobre lo que ha sido mi gran aspiración. Creía mi maestro, como sabéis, en la comunicación interplanetaria; pero no le pasaba lo que a otros convencidos o entusiastas de una idea o reforma, que no pueden contestar categóricamente si se les pregunta qué sucedería al día siguiente de su realización. Él preveía, si no todo, gran parte de lo que podría sobrevenir.

Constituído yo en su continuador, ya me encontré más cerca del logro y me di cuenta de una situación parecida a la de Gutenberg, si otros hubieran vislumbrado la posibilidad de la imprenta, juzgándola unos inocente, otros nociva, a título de opuesta a sus intereses; pero él había considerado su invención y las resultas bajo todos los aspectos imaginables. Eso hice yo, a la vez estudiando, otro día os lo he dicho, cuanto escribieron los que de esto trataron más o menos fantásticamente, sin pasar ni uno de ellos de generalidades vulgarísimas.

En síntesis: lo que nos reúne lo tenía imaginado, el tiempo dirá si con acierto. Aquí nuestro amable sir Ricardo, con el ingenio que le distingue y demostrando cabal conocimiento del mundo, ha dicho que el primer efecto de este acontecimiento se manifestaría en la indumentaria femenil. ¡Gran verdad en forma de agudeza!, ¡motivo de dulces esperanzas!, ¡el ejemplo de la mujer copiando un modelo o tipo de superior estética e imponiéndolo, seguramente al otro sexo!... ¿No presentís la trascendencia en el orden espiritual como en el suntuario?

—Muy posible, ¡mucho!

—Y lo mismo en otras regiones. Aquí todo es ya viejo y está gastado o podrido. Sobre todo se ha dicho la última palabra, exceptuado el campo de las ciencias naturales. Emitir un concepto nuevo, casi no es posible: todo está dicho, y en su mayor parte discutido y... fracasado. Pero los grandes problemas, al fin de este siglo que tan culto se cree, ¡problemas siguen siendo!

—¡Es verdad, es verdad!—se oyó exclamar a los presentes.

—¿Quién, pues, duda que en tal estado nos haría mucho bien algo nuevo, savia fresca y limpia? Por natural instinto copiaríamos ideas, instituciones y costumbres; se ampliaría el campo de la ciencia, el arte se enriquecería con nuevas formas y derroteros, todo para señalar al pensamiento y a la acción humana orientaciones distintas de las conocidas. En la música, por ejemplo, ¿y quién de vosotros no la adora como yo?, posible es que halláramos robusto venero de inspiración. Seguramente en Venus se cultiva, ya la oiremos, como nos han prometido; conocen la nuestra, y de ella ejecutan tal vez lo que les gusta; la Arquitectura...

—¡Oh, qué idea! No se había esbozado aún aquí, ¡nos ocupa y ajetrea tanto esta ingrata labor!—dijeron algunos.

—Comprenderéis que todo esto es lógico, aun cuando ese planeta vecino se hallara al mismo nivel de adelanto que el nuestro; imaginad lo que puede esperarse de la ventaja que nos lleva.

○ Nuevas muestras de grato asentimiento.

—La aparición de un mundo nuevo, asequible

al hombre, al final de este siglo XIX, sería una gloria, un suceso más grande que otro alguno acaecido aquí: una conquista por nadie alcanzada; el principio de nueva Era en los fastos de nuestra asendereada humanidad.

Cuanto ha pasado en esta casa, lo que guardan impresionado esos discos, nuestras personas y aun las de la servidumbre misma, pasarán glorificados a la posteridad con el nimbo de un hecho providencial, y..., permitidme, señores, que por un momento me envanezca: envaneceos todos conmigo, al fin somos hombres de nuestro mundo, un tanto infantil...

—¡Hurrah por sir Pablo!—gritaron entusiasmados sus colegas, sin poderse reprimir—. ¡Sí, sí!, ¡qué gloria la nuestra, y más la vuestra, Sawyer, por haber sido el...

—El instrumento y no más, queridos; vosotros, los colaboradores absolutamente necesarios, sin los cuales poco hubiera yo conseguido. Pero ¿y la noble dama que aquí nos trajo? He ahí la figura más grande, atrayente, ¡encantadora!, en su romanticismo casi profético, en su fe superior, sin duda, a la de todos nosotros, actores en una epopeya inmensa, increíble en trascendencia, tal vez providencial complemento de la Redención iniciada en Jerusalén.

Nueva explosión de entusiasmo. Sir Ricardo fué hacia el óptico y lo abrazó efusivamente. Conmoviéronse todos, aunque Sawyer no peroraba, no se había levantado para hablar, lo hacía familiarmente, con calma y llaneza, si bien a veces algo emocionado.

—Y bien—preguntó Mr. Listrade para encauzar aquella exposición—, ¿cómo os formuláis en concreto el desarrollo de esa conmoción mundial?

—Estoy absolutamente de acuerdo con nuestro director en lo tocante a los preparativos, y de ahí para más allá... Suponed en cada Observatorio de la Tierra, o en muchos, un ejemplar de mi antejo, ya manejable. En Venus hay ansia de entrar todos en relaciones con los de aquí, por lo cual cada centro científico ha dirigido su puntería, voz y avisos a otro nuestro. En tanto, las gentes, ocupadas sólo en las minucias de esta vida vulgar, no se figuran la expectación de que están siendo objeto en otro mundo que las ve y oye, y lo que se fragua entre sabios de aquél y de éste: ¿arrojarles de improviso la nueva? ¡Horror! Habrá que convenir en medios, como aquí se ha dicho, progresivos y escalonados para notificarla. ¿La Prensa? ¿El libro después? Ya se decidirá.

Lo que sospecho, y casi lo aseguro, es que entre varios, aunque selectos, el secreto poco tardaría en trascender confusamente a las masas, pues cada iniciado tiene un amigo íntimo, y éste, a su vez, otro; sucede esto siempre; en consecuencia, los rumores en crescendo y la inquietud curiosa.

—Tanto mejor, ¿qué diablo? Eso constreñiría a todos a no retardar los trabajos de divulgación.

—Exacto, querido Straud. Como quiera, la hora grande llegaría, y desde ella... confieso que ya mis previsiones adolecen de vagas. Pienso en lo que habrían de esforzarse los Observatorios para eludir o atenuar la invasión de profanos; primero, príncipes y magnates; después, sabios y profesores; y,

¿cómo contener, en las ciudades principalmente, al vulgo? Habría que montar, para entretenerlo, un anteojo en cada uno de los lugares a propósito.

—¡Cómo olvidáis, sir Pablo, vuestros propios intereses! ¡Entregar, así como quiera, vuestro invento al mundo ingrato! ¡Tirar a la calle una fortuna!

—¡Pst! He meditado sobre ello, M. Fontignan, y no mucho. Ya conozco esos detalles: obtener una patente, encomendar la fabricación a una casa de primer orden, un contrato... ¡simples materialidades!, que llegan a su tiempo. ¿La fortuna? ¡Si no tengo esposa, ni hijos, soy sobrio y estoy sano! He puesto mis pensamientos mucho más arriba. El gran resultado, la comunicación intermundial, ya lo tengo a mano; después, la gloria consiguiente, que tampoco ansío.

—¡Eso, no; eso, no! Ya cuidaremos aquí de que ni se frustre vuestra gloria, ni vaya por la ventana la fortuna que merecéis; os lo digo yo, Ricardo Pillsbury, en este momento, solo, representando a lady Killarney. Sois nuestro, y de vos, nosotros; la suerte de todos ha de ser común, la de una familia creada por la ciencia y por un noble fin, que valen más que los vínculos de la sangre; lo ha dicho Jesucristo, nuestro Redentor. No os veréis, ¡imposible!, como tantos otros inventores no creídos, despreciados o suplantados (Sensación) vilmente; y, cuanto a la gloria...

—No espero—interrumpió Sawyer—que la humanidad me adore, vivo o muerto; no sueño con estatuas, mas tampoco temo que me deparen las amarguras sufridas por Colón; han cambiado los tiempos, y...—añadió sonriendo—, como no he de

ser almirante, ni virrey, de esas tierras descubiertas, libre quedaré de los desaciertos del ilustre genovés y de la envidia de los contemporáneos.

Sonrieron también todos ante salida tan ingenua, y el director dijo muy en serio:

—De la envidia..., no tanto; pero os defenderíamos; además, media humanidad se pondría de vuestro lado. Colón descubrió un continente, cometió luego errores; vos nos dais ¡un mundo entero!, ¡¡y civilizado!!; conquista incruenta y limpia de violencias y de indignas explotaciones sobre el indígena, eso.

Gran conmoción en todos, rumores de afectuosa conformidad.

—En fin, mis entrañables amigos—exclamó Sawyer—, mis hermanos, ha dicho bien Ricardo, de esto no hablemos, ¿para qué? A vosotros me entrego.

—¡Muy bien!—exclamó el aludido, que viendo a la reunión profundamente impresionada, intentó calmarla, añadiendo—: Y como llevamos aquí sentados un rato, convertidos en chimeneas, envueltos en denso humo, opino que de nuevo paseemos en beneficio de nuestros pulmones.

Salieron, y aun Sawyer dijo:

—Agradezco vuestra conformidad con mi sentir en este asuntillo de personal interés: lo esencial es lo otro, lo que pasará aquí en este planeta.

—Decid—repuso Ricardo—¡el caos!, es lo que espero: el tumulto de los semisabios, la gritería de los románticos e impresionables, el pataleo de los que se creerán perjudicados. Flammarión se hinchará como un aeróstato, sin desperdiciar la opor-

tunidad de exhibirse: «Yo dirigí a esa dama, YO le proporcioné esos sabios, YO...» No os riáis, señores, después de todo, es muy humano, y, en parte, justo; no ha de irrogarnos molestia; pero, continuad, sir Pablo.

—Imagino la primera explosión, a pesar de las graduadas preparaciones. Si con sólo esa noticia de un corresponsal, carente de autoridad científica, se ha producido gran revuelo, ¿qué ocurrirá cuando, desde veinte o treinta Observatorios, gradualmente, se diga en serio a las masas: «La comunicación, al menos con un planeta es un hecho; estamos y continuaremos para siempre al habla con los habitantes de Venus, viéndonos además mutuamente de mundo a mundo. Y eso se debe al invento de tal astrónomo, en tal establecimiento, fundación de...»?

¡Inmenso estupor! Todo un mundo pasmado, hondamente conmovido, volviendo las miradas interrogantes a los Observatorios origen de la noticia. Claro es que tras ella aparecerán las pruebas en la Prensa de toda la Tierra; la que llaman *ilustrada* publicará las vistas aquí obtenidas y las que otros Centros faciliten, más las conversaciones posteriores sucesivas de planeta a planeta, y nuestra casa de todo ello será lo histórico y fundamental. Láminas del edificio, retratos y biografías de la institutora y de todos nosotros, una tromba de informaciones y dibujos que el público se arrebatará de las manos. Se habrá publicado ya vuestro libro de actas, Ricardo, con grabados (los publicables, ¿no?), para ahorrarnos en lo posible, ¿eh?, solicitudes apremiantes de *interviews* por

periodistas y editores; otro libro, el que tengo en borrador para dar a conocer mi anteojo a todos, sabios y profanos, habrá aparecido casi a la vez, y todo se traducirá a varias lenguas, se venderán las ediciones apenas llegadas a los libreros... Y con todo eso, no escaparemos a la curiosidad universal, que con nada se verá satisfecha.

Será aclamada lady Esther como bienhechora de la humanidad y causante del más asombroso de los progresos; glorificación que ha de alcanzaros, Ricardo, primero, en calidad de deudo de la fundadora; después, como literato, historiador y artista, aparte lo de astrónomo.

—No hacía falta tanto para aplastarme, y creed que si puedo...

—No podréis. Las naciones, nuestras patrias, recabarán cada una el honor de los suyos. A vos, M. Fontignan, os hará Francia una apoteosis más solemne que la de Boulanger. ¡Flor de un día!

—Sería abrumadora. Diez años antes me habría halagado; ahora me infunde temor, pero me consuela no ser yo solo, porque, amigos míos, el *puf* francés será muy bambollesco; tanto como el norteamericano, jamás. Esa nación, si olvida al vencido o lo arrolla, no conoce segundo en la exaltación de los suyos que triunfan.

—De todo lo cual deduzco—repuso Ricardo—que acaso nos veamos en el trance de pedir hospitalidad y amparo a los pieles rojas que aun quedan por ahí; esto sin contar con la contraria.

—¿Qué queréis decir?

—Aludo a la furia de los que se crean lesiona-

dos por esta obra nuestra enormemente trascendental, o sea, feliz para unos, dañosa para otros y éstos no impotentes...

—No se atreverán; pasaron los tiempos de Gutenberg, de Galileo y de Papin. ¿Que nos discuten? Eso no hace doler las muelas; no discutirán vuestro antejo, Sawyer, ni los técnicos ni los legos; descuidad.

—Lo que sucederá, y curioso de ver, será un nuevo estímulo de la publicidad, porque la gente leerá con avidez los boletines de los Observatorios y más tarde, generalizadas y normalizadas las relaciones entre los dos mundos, los periódicos insertarán los *partes de Venus*, al lado de los de nuestras naciones, y los dibujos que de las observaciones se obtengan. Como nuestras lenguas pasaron a Venus, las de ese planeta, si aun no goza la unidad filológica, pueden llegar aquí no difícilmente a ser estudiadas y luego darnos a conocer la literatura, la historia, la filosofía, la política, el teatro, si lo hay, las artes; será el movimiento más fecundo, y, por ser mutuo, útil también para los venerienses.

—Pero aquí el más peligroso—afirmó Drebler.

—No hay innovación que no implique transitorios peligros; yo, al menos, no la conozco. Y no he mencionado otra probabilidad, que de ser un hecho resultaría incalculable en sus efectos.

Los astrónomos, que se movían a paso lento, paráronse al oír esta indicación.

—Decid, decid, Mr. Sawyer.

—Venus no nos ha hablado más que de sí y de nosotros y no ha expuesto el total alcance de

su potencia. Suponed habitado a Mercurio; pues con él comunicarán o al menos lo tendrán bien inspeccionado. ¿Y quién nos asegura que no pueden, saltando sobre nosotros, llegar siquiera a Marte y a alguno de los ochenta y dos asteroides, ya que no a Júpiter?

—¡Diablo!, que pensáis bien, y en tal caso...

—En tal caso las relaciones nuestras con Venus podrían traernos conocimientos muy luminosos; y si otras humanidades existieran... ¡no es nada!, por conducto de la veneriense ponernos en contacto con ellas. Pero esto es ya fantasear, bien que dentro de lo posible. Mis reflexiones no pasan de aquí: el que algo más haya ideado, que lo manifieste—dijo, y echó a andar imitado por los otros.

—No, no—le respondieron—; en pocas palabras todo lo habéis sintetizado, ninguno expresaría más.

—Cierto—confirmó el director—, y siendo así, podemos dar por terminada esta sustanciosa conferencia.

Ya dentro del edificio, Pillsbury quedó solo con Mr. Brigham, al que mostró unas fotografías.

—Lo prometido—le dijo—: ved y juzgad.

—De Venus, ¿no? Pero ¿cómo y cuándo?

—Con el otro antejo de Sawyer, en ratos aprovechables para los ayudantes: una travesura, si queréis.

—En la que no falta vuestra parte...

—Por eso os pido indulgencia incluso para mí.

—¡Indulgencia!, abrazadlos en mi nombre.

## XXII

### HACIA LA DIVULGACIÓN DEL SUCESO

CUANDO un buen día por la mañana llegó lady Esther, ya no produjo trastorno alguno; la esperaban. Había telegrafiado desde una estación de la vía férrea que venía con su doncella de confianza. Henoeh Mureber conducía el coche propio del Observatorio; dentro iban, hacia el apeadero, no lejano, de Eastbrigde, Mr. Drebler y Ricardo, para recibir a la fundadora y acompañarla hasta la puerta del edificio, donde la esperaba el director con Mr. Sawyer y algunos otros de los primeros técnicos.

Bien adiestrados marchaban el jefe y el joven, a fin de ir disponiendo aún más que estaba el ánimo de la señora durante la subida del apeadero al Observatorio. Desde que entrara en éste, ya pertenecía a los demás, cada uno a tenor de lo convenido, continuar la misma labor preparadora.

Venía lady Esther dando inequívocas muestras de contento, radiante y comunicativa. Abrazó a su sobrino y fué escuchando atenta por el trayecto ascendente lo que él y Drebler le decían ya por su cuenta, ya respondiendo a sus preguntas.

El director, al percatarse de esto, viendo a la

visitante apearse y saludarle risueña, cobró ánimos, y algo más tranquilo condújola del brazo hasta la gran sala de honor, donde ella tomó asiento para recibir la bienvenida de los astrónomos que no habían bajado hasta la puerta y allí la esperaban. Esto cumplido, hubo una breve pausa: lady Esther seguramente aguardaba que tomase Mr. Brigham la iniciativa de la conversación, que, en efecto, comenzó él, mas sólo para suplicar a la recién llegada que después de recibir los saludos de las señoras y los respetos de los inferiores, pasara a descansar a sus habitaciones; bien lo necesitaba tras una noche en el tren. Como la indicación no podía ser más acertada, la viajera accedió gustosa.

—Y bien, Ricardo, ¿cómo la encontráis?

—Mejor de lo que esperaba, mi amable jefe, mejor. Vuestra bien meditada misiva hizo lo suyo; la mía, por los indicios, algo también. Ya es mucho; pero no por ello variemos nuestro plan hábil y suavemente informatorio.

—En manera alguna, hijo mío; nada de excesiva confianza.

—¡Bien! yo almorzaré con Esther y todavía daré otro avance; después, todo reservado a vuestro talento y al de mis compañeros.

—Voy a convocarlos para ultimar detalles, y... ¡que Dios nos favorezca!

Lo que se desarrolló en la conferencia comenzada a eso de las tres de la tarde en la sala que ya conocemos, no es difícil adivinarlo.

Mr. Brigham, sereno, reposado, un si es no es alegre, y en lenguaje familiar, pero correcto, preciso y no sin cierta ática gravedad, refirió a la

institutora toda la historia de lo sucedido a partir de la noche en que Sawyer los había sorprendido con su estupenda revelación. No formaba su relato precisamente un discurso, más parecía simple referencia de una serie de hechos vulgares, coronada con la confesión franca de haber ocultado a la señora lo descubierto, cuando hizo su anterior visita.

Lady Esther, al oír, al cabo, la verdad entera, hizo un gesto de asombro, lanzó un ligero grito, paseó luego su mirada sobre los circunstantes, y viéndolos a todos tranquilos:

—¡Dios mío!—exclamó—, ¿es posible?

Nadie le respondía. Permaneció unos instantes como perpleja con la vista extraviada.

—¡Mi sueño de tantos años!—murmuró al fin, cual si hablara consigo misma—; ¡mi aspiración constante, realizada...! No esperé jamás tanto, no, ¡un planeta escudriñable aquí, a pocos metros de distancia!..., ¡sus habitantes conversando con nosotros!... ¡Nunca, nunca! (Volviéndose hacia su sobrino.) Para imaginado y propuesto, sí; ¡pero ya un hecho...! ¿eso se os debe?

—Milady—contestó el director—, todo, no; solamente la parte visual; la auditiva, a los de Venus, a la casualidad de que observándonos, pudieron vernos apuntando el antejo, ¿qué sé yo? No pensemos más que en el hecho, cuyas pruebas vais a tocar ahora mismo.

—Y ese corresponsal del *New York Herald* ¡no iba descaminado!...

—No mintió cuanto al fondo de su telegrama; efecto, no sabemos de cuál equívoco o referencia

desfigurada o errónea, ¿qué nos importa ya? Mas entonces... Comprenderéis cuánto nos interesaba el secreto, más el evitaros presenciar aquí lo agrio de las conversaciones con ese mundo y lo aun más molesto de la curiosidad del nuestro. Tiempo habría luego menos difícil para informaros, como al fin tengo el honor de realizarlo, ya completa en cierto modo la introducción de la obra complicadísima que nos espera.

Esther asintió; pensativa como aun seguía, se daba alguna cuenta de la situación.

—Sí—dijo—; ha sido mejor, lo reconozco; así alcanzo ya segura vuestra victoria.

Mr. Brigham, notando tan excelente disposición de ánimo, reanudó el hilo del relato, y siempre atento a la expresión del rostro de la informada, para atemperarse a las emociones que trasluciera, expuso todos los detalles, los trabajos, las disposiciones, lo que entre los astrónomos iniciados se había discutido y las precauciones para mantener el secreto, velándolo a las mujeres y a los demás que aun no debían conocerlo.

Así, mezclando lo extraordinario con lo corriente, supo entretener a fuerza de habilidad en esta amena alternativa el más vivo interés en la noble viuda, sin fatigarla y, a veces, haciéndola sonreír. El caso era acostumbrarla paulatinamente al medio, a la singular realidad de lo que había ella alimentado como ideal remoto. Mr. Brigham consiguió este propósito en menos de una hora.

La escena de la torre, cuando Venus se hizo al fin presente, produjo en Esther un efecto muy vivo y hondo.

—¡Qué situación! Realmente épica, amigo mister Brigham.

—Sí, milady; pero a dos milímetros del más tremendo ridículo, creedme. En fin, escena seguramente inicial, que formará época en la historia de dos mundos: así había de ser.

Y en seguida, para satisfacer la natural ansiedad de la dama, el director hizo funcionar los fonógrafos; se entraba en el terreno de las demostraciones, cuidando omitir alguna que otra conversación batallona poco grata.

—¡Santo cielo, qué inglés!—exclamaba Esther—; ¡y cuán extrañas voces! Basta oírlas para reconocer su procedencia extraterrena. ¡Admirable ingenio para conocer nuestra escritura y rastrear el idioma correspondiente en cada localidad! ¡Portentosa y sutil penetración la de esas gentes para entendernos!, y... la verdad, en medio de la rudeza y deficiencias de su lenguaje, esos hombres ¡y esas mujeres!, expresan bien su pensamiento. Perdonad, pues, mi mal contenida impaciencia por verlos y oírlos.

Para apaciguársela hizo el director que a la voz de los fonógrafos sucediera la inspección de las fotografías, imperfecta imagen de la realidad, decía él; pero bastante para suministrar una vaga idea.

Esther se fijó ante todo en los trajes femeniles, cuya simplicidad elegante hubo de chocarle más aún que lo sobrio de la indumentaria masculina. Con alguna de las vistas en la mano quedaba unos minutos, los ojos fijos, el ánimo suspenso, acaso preguntándose: ¿Pero es una realidad? Las prue-

bas que ostentaban montañas abruptas, cascadas gigantescas, bravías costas en acantilado y solitarias; las de la fiesta pública y su cortejo, la dejaron como alelada en medio del silencio de los circunstantes; pero no le notaron éstos signo alguno de interior perturbación o de sacudida, fuese a impulsos del gozo o de otro afecto; entraba francamente en situación. Aquello iba bien, así se lo expresaban con la mirada el director, Pillsbury y Sawyer; así también las mutuas señas de los otros, no sin precaución de ser notados: habla un espejo...

Concluída la parte principal, la demostrativa, aun Mr. Brigham hizo algunas consideraciones con cuanta amenidad supo, motivando que la conversación se hiciera general y movida.

—Estaréis fatigada, señora—dijo al fin el director.

—¡Oh, no!, al contrario, interesadísima y ansiosa, llena también de alegría y..., lo diré, señores, de admiración hacia todos los presentes, aunque no he visto aún directamente la realidad, que ya imagino, en verdad, no sin temerla un poco. He podido darme cuenta, eso sí, de lo arduo, fatigante y peligroso de vuestra obra.

—Agradecidísimos. No es para tanto; se ha hecho lo que se ha podido, ciertamente con ardor y devoción; ahora permitidme, son las cinco y cuarto, el té nos serviría de sedante después de exposición tan prolongada. Presumiéndolo, había dispuesto, si otra cosa no ordenáis, que nos le sirvieran aquí mismo.

—¡Encantada! Venga el té con mil amores, y

mientras lo saboreamos, tendré aún el placer de oír a todos cuanto les ocurra.

Trataron de la última parte, la de la notificación al mundo, cuyo plan y detalles le fueron presentando como si la consultarán.

—Todo perfecto, señores; sabiamente ideado, previstas las contingencias posibles. ¡Mi pobre Ricardo!, ¡cuánto habrás trabajado! ¡Ah!, ¡Mr. Sawyer, Mr. Sawyer!, seguramente el cielo me asistía cuando escuchándoos en París me decidí a aceptar vuestro concurso. Aquella fué la hora decisiva de este acontecimiento, único en el mundo. Y vos, Mr. Brigham, ¡qué de sabiduría, paciencia y laboriosidad habéis desplegado, realizando trabajo tan enorme en el transcurso de tan poco tiempo, ¡un mes! No vuelvo de mi asombro.

—Pero, milady, ¡si hemos sido diez y seis en la tarea, a cuál más activo!... Añadid la parte de los inferiores, que, si bien no conociendo el objeto, han cumplido como nosotros, sin excitación alguna, sin cometer la menor falta: a cada cual lo suyo.

—Y el consiguiente premio, amigo mío; de ése hablaremos a su hora, que yo nunca he sido ingrata.

—¿No estamos suficientemente retribuidos? —preguntó Ricardo.

—¡Calla tú!, ¡tarambana converso!—le dijo su tía sonriendo.

—Es que tiene razón, señora—exclamaron todos.

—Y yo también. Si el mundo nos estuviera oyendo, lo reconocería. Pero quede a un lado este asunto, exclusivamente mío, y hablemos aún, des-

de luego en familia, sobre esa notificación escabrosa.

Yo—añadió—encuentro insuperable en sagacidad vuestra carta a los sabios y la nota que les ofrecéis para transmitirla, cuando lo crean del caso, a la Prensa. La aceptarán seguramente. Por mi gusto, me hallaría aquí al venir ellos, para contemplar su estupefacción y oír lo que se les ocurriera. Digo esto, si no constituyera un obstáculo.

—De ningún modo, ¿por qué?—dijo Mr. Listrade—; ahora bien, cuanto a esas eminencias, hombres al fin, ¿quién prevé el efecto sobre ellos de vuestra amabilidad y de... vuestra belleza?

—¡Sir Heriberto! ¿También galanteador, además de incomparable polemista?

—Pero, adorada Esther—le preguntó Ricardo—, ¿es que el ser galante ha de estar reservado a los necios? Pregunta es que hizo Descartes a uno de ellos.

—Creo conveniente que esos astrónomos os conozcan—dijo en serio el director—. Estamos en mayo; Venus, en desapareciendo, tardará en volver; antes que se vaya, aún trabajaremos, proseguirá la discusión y los preparativos ya más perfilados, en orden al procedimiento ejecutivo, cuyas partes han de sucederse escalonadas con arte. Después vendrán los sabios, se marcharán habiendo visto y, si hay ocasión, hablado a los venerienses, y luego..., más o menos tarde, tras de muchas comunicaciones en secreto de profesionales, ¡el gran secreto mundial!, ¡el asombro de los hoy vivos y de las generaciones futuras!... Ese momento de la publicidad es el que me preocupa.

—Más aun a mí, lady Esther estimada—interrumpió M. Fontignan—, y os diré la razón. Que el borrador de todo ese plan está muy bien hecho, como de quien es; pero no se merece nuestro mundo tales respetos. Si valiera mi opinión...

—¿Qué proceder adoptaríais?—interrogó Pillsbury en tono de buen humor, acaso deseando amenizar más el final de la sesión.

—¿Qué?—repuso animándose el francés—: antes de lanzar impresos reuniría en París, centro y cerebro del mundo culto, y en un amplísimo local, representaciones de las diversas clases sociales, dirigidas y dirigidas; y ante ellas prologaría y anunciaría la vulgarización de la nueva poco más o menos de este modo:

—¡Veamos!, ¡veamos!, ¡este M. Carlos!—exclamaron los astrónomos alegremente.

Aquello tomaba otro cariz. El francés, en pie, comenzó de este modo:

—¡Humanidad contradictoria!, grey atontada y estólida de rutinarios, que vivís más a impulsos del esclavizante instinto que de la razón y de una fe salvadora, sin preocuparos de saber de dónde venís, a qué y a dónde vais; ayunos de verdaderas convicciones y por esto sin moral seria y eficaz; media vida siervos de la sexualidad, la otra media de la adquisividad y de necias ambiciones, y los últimos años desilusionados al conocer que todo eso era vanidad y mentira... ¡Taifa inmensa de cerebros hueros, que presumís de ciencia y no sabéis nada de nada! ¡Oídmel, sabed al fin que va a aparecer en la Tierra algo bueno, grande y nue-

vo. *Oh stulti, aliquando sápite!*, que dijo David, y bien os conocía...

—¡Sublime, M. Carlos! ¡Donoso, ciceroniano ex abrupto!—gritaron algunos.

—¡Bueno para que le tiraran los bancos a la cabeza!—dijo Villoughby.

—¿Qué habían de tirar? Todo acto de valor se impone. Yo continuaría: Sabed que se avecina un acontecimiento inaudito, primero en este mundo y causa de una radical transformación en el sentido del bien. ¿No deseabais todos, fantaseando, el descubrimiento de un medio para comunicarnos con los habitantes de algún planeta o de varios? Sabed que ya es una realidad. Con los hombres habitantes del planeta Venus tiempo hace que se mantiene comunicación, en secreto, para impedir que vuestra curiosidad bárbara perturbe a los sabios comunicantes. Os lo notifico ya, de su parte, yo, testigo presencial en el Observatorio de ....., teatro del descubrimiento, donde soy aprendiz de aspirante a pretendiente de astrónomo, y he tomado parte en todos los trabajos.

Explosión de contento, no exenta de curiosidad.

—¡Muy expresivo!—dijo alguno—; pero...

—Dejadme proseguir. De ese mundo van a llegar, no habitantes, que eso es imposible; pero sí ejemplos, ideas, ciencias y enseñanzas tales que en efectos transformadores excederán a las conquistas de Ciro, de Alejandro, de los Césares, de Atila, de Carlo Magno, de las Cruzadas, del Renacimiento, de las Revoluciones inglesa y de Francia y de Napoleón I; mas sin armas ni ejércitos ni sublevaciones o intrigas; sin daño de un

solo insecto, sino mediante un antejo astronómico y un flúido que transmite la palabra hablada.

—¡Os creerían loco!, Fontignan, os silbarían le dijeron, siempre bromeando, que los ánimos así un poco se esparcían.

—¡Loco! Enormes desatinos aplauden las masas y los mismos sabios todos los días.

—¡Bien dicho!—exclamó lady Esther, que también había entrado en la nueva corriente, en verdad saludable para su impresionada afectividad—. ¡Bien dicho!; pero no pocos negarían gritando y pateando.

—Y yo al oírlos: ¡A ver! ¿Qué chillería es ésa? ¿Quién teme ahí por sus intereses o su diversión favorita, porque otra cosa no basta para conmovernos? ¡Ah!, sí, ya os veo: sois la turba de los explotadores del mal; como he anunciado un bien grandísimo, vuestro egoísmo se alarma. Togados que nada seríais si concluyeran los pleitos y los crímenes que tan hábilmente cultiváis; hombres de armas, interesados en que nadie viva en paz; pedantes de todos los magisterios, dedicados exclusiva y tozudamente a hacer odioso el saber, adustas las ciencias, nocivo el libro, nula la instrucción y degradante la educación; mas oídme los últimos, que os importa. Yo os separo del resto de la masa, porque, erigidos en clases intelectuales, sois su cerebro y... ¡así medran sus tripas! Pero ahora veo que rezongáis vosotros, los políticos, sociólogos, pensadores y escritores de profesión, a coro con los financieros y grandes industriales, aunque aun no os he dicho, a los que vivís de parecer sabios, que sois la calamidad más dañosa que padecen

los humanos; sois los causantes de la general desdicha, impunes tras el parapeto de los errores que ocasionáis, y formando esa cadena de oligarquías que oprime al mundo...

—Ahora es cuando aplaudirían los pobres, los pequeños, M. Carlos.

—El día que las masas se percaten—prosiguió sin hacer caso de la interrupción—y se convenzan de que ni sois sabios ni realmente poderosos ni buenos ni altruístas ni nada, en fin, más que sacos de egoísmo corrompidos, fríos, crueles en vuestra solemne y estirada hipocresía, ¡pobres de vosotros! Pero esa hora tardará, aunque va a adelantarla ese mundo nuevo; aun seguiréis venerados por los tontos y temidos por los débiles... Parece que no gritáis ahora, cuando os presento no cercana vuestra ruina, ¡tanto como la deseo! desde que os sufro.

Tranquilizaos por el momento, farisaicos patronos de la Beneficencia, tan pródigos en levantar Asilos como en crear a los asilados; aun no saldrá el pobre de vuestras redes; y cuando salga, no será presa de los que ahora me aplauden imprudentes. ¡Quietas esas manos!, teatrales sociólogos de los bajos fondos, maestros en el arte de redimir al obrero empezando por dejar vosotros de serlo, trocada la blusa en levita y la condición de hambrienta oveja en la de pastor rollizo y ahito, ¿no aplaudís ya? Respirad un poco; las masas que trabajan para manteneros ociosos aun no verán clara su estulticia que fomentáis y cuidáis como valladar que os defiende...

Rumor de significación dudosa. La concurrencia

empezaba a preguntarse: ¿qué se propone este hombre? ¿Es que habla en serio?

—Ahora—continuó—, seguramente me aprobarían los adinerados; pero, ¡eh!, les diría, negociantes, financieros, toda esa turba de la que no sabré decir si ha convertido en ladronera una fase necesaria de la vida, el tráfico, o si del robo organizado ha producido el comercio; tanto me da, puesto que los incapaces de robar no podemos librarnos de vuestras uñas, ¡oh, ricos pobres!, ¡en lo exterior, señores, realmente, esclavos del millón, del que no obtenéis más que lo peor; el ansia, la inquietud y zozobra, el ajeteo de vuestro mundo despiadado; y lo grato lo disfrutan en lujo, en ocio y vanidad vuestras mujeres que os desprecian, vuestros gandules criados que os roban y os traicionan! No os irritéis conmigo, que os diré una gran verdad de consuelo. Valen menos que vosotros, haraganes sacerdotes del dios-oro, los santones y la gleba abyecta de los políticos y de los acaparadores del saber y de las letras. Como vosotros, su único objetivo es la riqueza por ella misma; pero, ¡ay!, que para lograrla pelean más que vosotros, se arrastran como reptiles, sufren desprecios y pateaduras al ofrecer al mejor postor su mercancía intelectual, y a la postre la venden barata sin ganar ni la milésima parte de vuestras fortunas.

Aquí fué lady Esther la que dió la señal de los ¡Bravo!, ¡Eso es hablar!, seguida por los hombres; Fontignan, así alentado, siguió aún:

—¿Me habéis oído bien? ¿Por qué ahora calláis?, sabios de escena, patriotas de vuestra casa

exclusivamente, maestros del saber lo malo, legisladores de la argucia favorable a vuestro interés; indignaos con este pobre matemático, ahora que os expresa su profundo desprecio y el gozo con que espera que seáis las primeras víctimas del bien que se avecina. ¡Grandes bellacos!, ¡sepulcros blanqueados, viles tacaños que nada aportáis a la humanidad, pero la hacéis tributaria vuestra, siendo lo más innoble de la cadena opresora, lo que ha pervertido a las masas infundiéndoles el escepticismo agnóstico para que sean rebaños de brutos sin conciencia ni fe ni dignidad!; ¡y no se han convertido aún en fieras que os destrocen!...

—¡Hurrah por Fontignan!—prorrumpió a una todo el auditorio, dando tal vez suelta al íntimo rencor que el honrado lleva dentro, herido por la injusticia triunfante.

—Sí, admirada milady, muy amados colegas, afirmaré eso, que nadie se atreve a decir o escribir, y además esto: Os habéis empeñado en que se olvide o desconozca la imperiosa y evidente necesidad de que el hombre, por ser el menos bestia del planeta, viva en relación con lo supraterrrestre. ¿Para qué necesitan de una espiritualidad el asno y el lobo y el cocodrilo? El reino del espíritu no puede ser para las peñas y los brutos, es para las almas, y vosotros, subvirtiendo los términos, dais como doctrina a las inteligencias las brutalidades que bastan al cocodrilo, al lobo y el asno.

—¡Certera puntería, por el cielo!

—No le interrumpáis, veamos a dónde va. Esto conforta...

—Los oyentes se habrían lanzado sobre él.

—O no; su mismo estupor los paralizaría, y yo: La gente esa aun no os conoce, pero yo, sí, ¡falsarios! Si una vez os acorralan tenéis que declarar que todo el fondo de vuestra doctrina consiste en el derecho del fuerte; he ahí lo único positivo, decís, lo demás, negaciones desoladoras que se resumen en esta expresión: *Ignoramos, ignoraremos siempre*. Pues entonces, ¿qué sabéis? ¿Por qué os dejáis llamar sabios?

—¡Admirable! ¡Contundente!—gritó Villougbly con calor.

—Más apremiados aún, salís por la tangente de una gran simpleza: *el culto de la humanidad*; que esperáis para las futuras generaciones, de las que no os importa un comino, los bienes del *progreso indefinido* (nuevo tópico idiota), y para vosotros la sanción aprobatoria o no de la historia... ¡Ahí os las den todas!

¿Que ya la multitud va deduciendo las consecuencias de esa filosofía brutal? Lo sabéis ¡miserables! ¿De modo, os increpa la masa, que no hay nada ni aquí ni más allá, que la fuerza y el castigo único es el juicio de hombres que no hemos de conocer? ¡Ah!, pues veremos quién es ahora el fuerte. Pero no os atemoriza ese razonar peligroso, es herencia que dejáis a la posteridad; en tanto no se manifieste ahora en hechos, o si lo intenta os amparen los cañones: «Gocemos, y tras de nosotros, ¡el diluvio!» Ya veis cuánto os conozco.

—¡Es verdad, mucha verdad!—dijo al director lady Esther—. Precisa algo nuevo y muy fuerte,

muy grande, que barra tanta miseria; de aquí no lo espero: si de allá viniese...

—¡Quiéralo Dios, señora! ¿Querrá, y por obra nuestra? Pero escuchemos a nuestro hombre; ¿no le conocíais bajo ese aspecto?

Y nuestro hombre decía enérgico: —Mas yo he venido a notificaros que ese diluvio pudiera cogeros vivos, sin que os valiera vuestro arte de eludir la justicia humana, porque el golpe sería obra de la divina y eterna, piedra angular sobre la que se destroza el que cae y sobre quien cae un día ella, queda aplastado; es la que, llegado su tiempo, juzga a los jueces, a las justicias terrenas: yo la espero.

—¡Oh, muy bien! ¡Bella invocación al auxilio sobrehumano!

—¡Chist!, sir Enrique, pues ahora la toma con la mujer.

—¿Os retiráis, asustadas acaso, las señoras que atentas me escuchabais? Quedaos, porción la menos culpable del género humano, eternas pupilas, enfermas y en definitiva, siervas. Vuestro sexo es el menos amenazado, que radica su influjo en la Naturaleza. Cuando el hombre sea menos animal, ya no estaréis dispensadas, como ahora, las que sois hermosas, de tener sentido común, ni suplirán los guñapos y las piedras engarzadas en oro el justo y noble atractivo de las bellas y sólidas prendas. Vivís al presente entre la condición de vestal y la de odalisca, con apariencias de aquella, pero pensando siempre en ésta. Dignificado el varón por las transformaciones que anuncio, mas vestales entonces vosotras y nunca odaliscas, rei-

naréis inevitablemente por la influencia legítima de lo mucho bueno que en vuestro sér ha puesto el Hacedor, y ahora late eclipsado por culpa de la majadería de los hombres.

Estalló la salva de aplausos iniciada por lady Esther, que no cabía en sí de satisfacción y gozo, ante un tan inesperado incidente, que a todos distraía y animaba, refrescando las mentes maltrechas por el ímprobo trabajo.

—Ya lo habéis oído—recapituló Fontignan—, retenedlo, explotadores de la mujer, del niño y del débil desgraciado; caritativos del diablo, vuestro poder agoniza. Nuevo Juan Bautista os señalo una redención que si tardara poco, ¿y quién lo sabe?, daría al traste con vuestra obra entera, no sin que sufrierais, como os lo deseo, la pena merecida. El principio de este fin vais a verlo muy pronto, ¡preparaos!...

Calló el francés y se inclinó hacia la dama, que otra vez significó su beneplácito, seguida por todos.

—¡Muy bien, amigo M. Carlos—interpeló entonces Listrade—; pero duro en demasía! ¡Un poco de piedad aun para los que no la ejercen! Sólo Dios puede ser implacable a veces. El hombre obra bajo la presión de sus educadores, del medio en que vive, de su misma condición imperfecta, como la tierra que habita.

—Y los buenos, los que padecen, trabajan y a nadie hacen daño, ¿han venido de la Luna? ¿Los han educado los ángeles? ¿Viven en otro medio paradisíaco? ¿Su condición es la de semidioses? ¿Les faltarían medios de hacer el mal que no ha-

cen? ¿Carecen de ellos para el bien los aferrados al mal? Nadie lo sabe como vos, eterno perseguido, a pesar de vuestra inagotable bondad, talento y grandes servicios. Que os digan ese pobre amigo Villougby o ese infeliz Jobson, ambos tan injustamente asendereados: ¡que hablen!

No hablaron. Hubo unos momentos de silencio y algún murmullo después, bajo la impresión de aquella respuesta abrumadora de Fontignan. Esther miraba a unos y a otros sin atreverse a decir una palabra. Fué Listrade quien la tomó de nuevo, replicando:

—Por lo mismo que he sufrido tanto me asiste autoridad para hablar de misericordia: no se la niego yo ni a mis perseguidores, ni desconozco que algún motivo les habré proporcionado por torpeza; todos somos falibles, M. Carlos. Tened presente que así os habla un tildado de revolucionario..., que sabe cuán injustas son las revoluciones, violencias negativas que destruyen y no edifican; esto lo hacen después sobre las ruinas los espíritus constructivos.

—Tenéis razón. Pero yo amo sobre todo la justicia. Yo he sufrido pocas iniquidades; infinitamente más me han lastimado las que he visto caer sobre mis semejantes, y no puedo, no, excusar a sus autores cuando son instruídos, fuertes y poderosos, que todo lo tienen a mano para hacer el bien; eso digo, y ya es mucho que jamás haya pensado en venganzas.

—Lo creo a todo trapo, que no en vano aquí nos conocemos ya todos; y pues sois tan noble comprended que no nos toca a los hombres juzgar

de plano a nuestros semejantes, por... eso, por semejantes.

—Cuanto a mí, decís bien, querido; harto sé que no soy un justo; ¡que Dios no me niegue su piedad!

Como si este epifonema dicho en serio hubiera sido una señal de levantar la sesión, el director dió el brazo a lady Esther, detrás empezaron a salir los otros, haciendo comentarios diversos, en general placenteros, sobre aquella ocurrencia singular del astrónomo francés.

## XXIII

¡ LA GRAN HORA SE ACERCA ! ESPERANZAS Y TEMORES

COMO era necesario aprovechar las horas, si los venerienses dejaran aquella noche en silencio y de tregua, si no, también, apenas terminada la comida ya estaban nuestros amigos conduciendo hacia la torre de Sawyer a lady Esther, cuyos vehementes deseos de contemplar con visión directa lo descubierto, intentaban llenar cuanto antes. Subían tranquilos, sin temer ya nada. Si los de Venus no avisaran, habría tiempo de observar minuciosamente el exterior de la casa desde donde se comunicaban ; y si les diera por hablar, tanto mejor : la fundadora disfrutaría antes de lo que esperaba nueva emoción agradable.

Al pasar por la pieza ocupada por el anteojo borrador, la señora, que iba del brazo de su pariente, detuvo a los acompañantes, inspeccionó despacio el local y quedó luego unos instantes reflexiva ante aquel aparato misterioso y mudo, llamado a figurar en la historia tan honrosamente, que competiría con el de Galileo, que se conserva en Florencia. Pasado un minuto se dirigió al óptico :

—No acaba de entrarme en la cabeza que este

anteojo, nada colosal, superando a todo lo conocido nos haya llevado tan lejos.

—Ya era universalmente sabido que no por el tamaño alcanzan más poder los anteojos; eso acabaré de evidenciarlo cuando exponga mi invento...

—...Asombro del mundo sabio, ya lo concibo; y después parecerá, como todo lo inventado en este mundo, una obra sencilla, aunque antes por nadie concebida; es lógico; mas no destruirá vuestra fama, porque nuestra patria americana no es tan ingrata como la Europa antigua y... la presente. Figurará vuestro anteojo en un Museo científico de Nueva York.

—Y otros ejemplares asimismo en diversos sitios de honor—insinuó Mr. Brigham—. Acaso no falte una María de Médicis que al ver a través de sus cristales lo que ni en sueños podía figurarse, caiga de rodillas profundamente conmovida.

—Tendré presente el recuerdo histórico.

—En este instrumento, señora, es realidad el alcance teórico, no así en todos los conocidos hasta hoy.

—Ya sé, ya; se marcan, por ejemplo, tres mil diámetros; pero en la práctica no se obtiene arriba de mil doscientos, a consecuencia de la atmósfera y de otros obstáculos.

—Pues aquí todo es rigurosamente exacto, y vais a comprobarlo ahora, guiada por el inventor.

Mr. Sawyer se adelantó un paso.

—La visión—dijo—no resulta en este borrador tan nítida como en el anteojo definitivo; pero sí muy clara. Las fotografías que antes habéis examinado, se obtuvieron con él y son bastante preci-

sas, aunque tomadas sobre lo reflejado en el lienzo. Ahora os presentará éste algún paisaje nuevo, porque antes de comer lo enfilé al acaso, es claro, y di con un hermoso local. Alumbraré ahora y juzgaréis.

—Yo preferiría—dijo el director—que percibiera directamente milady esa perspectiva por el ocular. Retirad los reflectores.

—¿Creeréis, amigos míos, que siento algún temor?—preguntó Esther—. Si el contemplar un paisaje de la Luna a la distancia de algunas millas me ocasionó impresión tan honda que jamás olvidaré, ¿cuál será la que me produzca esta maravilla de una tierra planetaria, a pocos metros su primer término?

—Pues menor aun, dado que ya estás iniciada; ninguna visión horrenda se te va a ofrecer.

—No importa, Ricardo; no es únicamente lo terrible lo que emociona... ¿No ocurre a veces experimentar cierta vacilación y aun miedo ante la realidad de aquello mismo ardientemente deseado y al cabo en nuestro poder? Eso me sucede ahora. Mas no quiero que me taches de frívola timidez. Mr. Sawyer, estoy a vuestra disposición—dijo avanzando hacia el anteojo.

En poco tiempo el óptico lo preparó todo e hizo colocarse a la señora de modo que observara fácilmente por el ocular, y diciéndole:

—Se os presenta una perspectiva preciosa.

Unos cuantos segundos después de haber aplicado la vista dió la observadora un grito, separándose un tanto del aparato.

—¡Dios santo! ¿Pero es posible, señores? ¡Oh,

lo inimaginable! El asomarse al abismo de otro mundo jamás previsto ni soñado; una realidad enorme, solemne, silenciosa, fantástica, pero innegable...

—Querida Esther—imploró Ricardo un poco alarmado y diciendo con los ojos a sus colegas: «¿Habremos ido demasiado lejos?»—: no seas tan impresionable, ningún horror mirabas, continúa serenamente.

—¡Ah, hijo mío!, horrores, no; pero lo imponente, sí. Es una especie de anfiteatro de montañas accidentadísimas cual no las he visto jamás: rodean un valle angosto, con lujurante y extraña vegetación; él continúa hacia el centro, encajonado en interminable desfiladero de picos y más picos, agudos unos y pelados; otros, con plantas de varios matices... Por entre dos de ellos, a la izquierda, se despeña un verdadero río de agua cuyo paradero no se ve desde aquí. Un trocito de cielo blancuzco más que azul; luz vivísima, sombras suaves en gradaciones varias y admirables, un juego de tonos espléndido, deslumbrante; el disco del Sol no se ve..., lo deploro.

—Bien, y ¿qué tiene todo ello de particular si no es su diferencia con lo nuestro?

—¿Te estás burlando, niño? Tiene la pesantez aplanante de lo extraño, de lo inmenso en su majestad muda. Tiene lo inaudito de avocarse impensadamente a otro mundo nunca imaginado y encontrarse en él realmente y fuera del propio, ante una naturaleza ignota, con su ambiente, para mí extraño, con un no sé qué de abrumador, aun-

que terriblemente bello y grandioso; ¿te parece poco?

Y al decir esto, como excitada a pesar suyo, por ese impulso que nos lleva a mirar lo que fuertemente nos conmueve, aunque sea horrible, imán con que nos atrae el abismo, volvió a mirar por la lente.

—¡Así!, ¡valor, milady!—exclamó Mr. Brigham—; ¡si no hay peligro alguno!

—¡Estupendo conjunto!—volvió a decir ella tras un momento de observación. Esto confunde y anonada, no parece real, sino calenturiento; pero... no, que bien limpiamente lo perciben los ojos; están ahí en ese paisaje que ninguno de la Tierra, ni el mismo Humboldt, ni Kok, ni Stanley, ni gran viajero o explorador vió jamás... ¡Ea, Ricardo!, mira para convencerte.

—No, querida, he observado ahí mismo otros panoramas, y... lo que nos resta; por uno más...

—Bien, miraré yo... ¡Ah!, gente que aparece a lo lejos y se va aproximando...; mujeres, dos, tres, cinco...; dos hombres ahora. ¡Cómo andan!, ¡qué ritmo!, ¡y qué gracia en los movimientos! Los trajes ya no me sorprenden, pero sí la feliz combinación de sus colores. Esa gente posee una estética deliciosa. Avanzan atravesando el valle..., y parece que van departiendo; son ellas muy gentiles; si estuvieran más cerca..., así y todo se ve que son bonitas... ¡Qué lástima!, desaparecen tras de unos arbustos. No puedo más—añadió retirando el rostro del antejo y recostándose hacia atrás, como anonadada, en la silla—. No, no puedo: esto excede a cuanto había esperado...

—Reposad tranquilamente, milady, no hay prisa—le dijo Sawyer.

—¿Conque era verdad? ¿Hay otro mundo con su humanidad inteligente, culta y bella? Ya lo vemos, diríase que lo tocamos; vosotros lo habéis oído..., y no será tal vez ese mundo solo, otros...

—Seguramente, señora.

—Pero aquí estamos reunidos los causantes de que esa realidad llegue a nuestra evidencia en la Tierra. ¿Para bien?, ¿para mal? Nuestra responsabilidad, la mía principalmente, aunque de mujer, llega a lo incalculable y aterrador.

—No, milady—exclamaron varios—; un descubrimiento es siempre trascendente al bien—añadió el subjefe—; es providencial, por más que al principio ocasione alguna perturbación, que luego él mismo compensa y que...

Le interrumpió el acento lastimero de una voz lejana y lúgubre: «No busques, semitonaba, las cosas más altas que tú, ni escudriñes las más fuertes; ¿por qué ver por tus ojos las que están escondidas?» (1).

—¡Ese hombre tiene la oportunidad de lo deprimente!—exclamó Drebler.

—¿Qué nos importa ahora?—repuso Esther—. Poned, si gustáis, los reflectores y vea yo ese paisaje sobre el lienzo... ¡Oh!, ¡muy hermoso!, el mismo; pero no tan imponente. ¡Es singular! ¿Y decíais, sir Pablo, que no era neta la visión?

—Ya la compararéis con la del otro anteojó, si

(1) Libro de Job, cap. III, v. 22 y 23.

os parece que subamos a tratar con él: ¡es muy amable!

—Esperad, necesito un ligero descanso... Abre esas ventanas, Ricardo, si no molesta a estos señores; respiremos a pleno pulmón el aire puro de la montaña... Así—añadió asomándose—. Este espectáculo es grandioso y fortalece, no abruma, que es nuestro; gocémosle unos instantes.

Pillsbury y algunos más la rodearon; otros hicieron corro junto al ventanal opuesto; probablemente deseaban lo mismo que Esther, reposo momentáneo, tregua, y la noche a ello convidaba.

¡Oh, sí! Muy hermosa, de principios de mayo, en aquel paraje accidentado y solitario, pero magnífico. Un cielo espléndido, sin una nube, fondo obscuro, donde parpadeaban, con vigor no conocido en Europa, las estrellas de todas magnitudes, tachonándolo con su brillo, y la Vía Láctea se presentaba con una blancura intensa desconocida en nuestros países.

El misterio insondable del inmenso espacio, digamos abismo de la altura o del más allá, del infinito señalado por *la recta de Euclides*, el firmamento, en fin, con su población incontable de soles y de mundos, se hacía sentir hondamente por donde quiera que se le mirase, encantado por la profusión de sus bellezas.

Buen número de primordiales magnitudes estelares presidía, descollando con su continuo titilar, sobre la ingente multitud de astros; presencias mudas y enigmáticas, eterno arcano, cada cual, grande o pequeño; desesperante interrogación para el hombre-hormiga de este planeta que las contem-

pla absorto queriendo adivinar su razón de ser y su función respectiva en el Cosmos.

Al Norte, en el cenit, las estrellas más conspicuas de la Osa mayor; Alcaid, Mizar, Alioth, Dubhe, Merach, Fhegda, Benesnasch; primates de una constelación formada por ochenta y siete luminarias. Debajo, la Polar, e inmóvil, sobre quien gira toda la bóveda celeste, y descendiendo aún, las cinco estrellas de Casiopea. Al Este, la preciosa Vega, de la Lira, ostentaba su blanco brillo de diamante. Rojizo aparece el del gentil Arcturo; también por el Este, no lejos de la Corona boreal, en que se destaca la finísima Gemma, su piedra más brillante.

Alumbra y hermosea el espacio próximo al Meridiano la Espiga de la Virgen, flameante joya de esta región celeste. ¡ Hermosa Régulo!, verdadero *León* (1) por la intensidad lumínica; ¡tú centelleabas majestuosa, dominando y embelleciendo una parcela de cielo, donde la bellísima Procyon compitiera contigo en esplendores y grandeza; pero Venus aparece allí cerca, más exuberante y magnífica, aunque no centellea, y así conquista, atrayente, las miradas del terrícola embelesado.

Cástor y Pólux, los Gemelos, y mucho más lúcido que ellos, la Cabrita, no logran superar el esplendor tranquilo, pero intenso, de Venus, que va hacia su ocaso lentamente. ¿Quién, al mirarla, diría que nos observaba escudriñante, aguda y ansiosa, con incansable insistencia, y que, declarada ya

(1) Se alude a que esta estrella de primera magnitud está en la constelación llamada Leo, el león.

nuestra amiga, había en este mundo sublunar gentes que esperasen de ella grandes cosas?

¡Majestad augusta del Universo! ¡Cómo indiferente, serena, imperturbable, presencias cuanto en su seno se realiza, lo mismo el surgir y formarse de los mundos que su extinción en el inmenso espacio; o los choques, los estallidos, las colisiones de los cometas, de las enormes esferas circulantes que se parten en pedazos si no se convierten en polvo cósmico impalpable!

Con la misma silenciosa calma, siempre igual por miriadas y miriadas de siglos, vienes asistiendo ya a la regularidad con que se atraen y mueven todos los globos en los espacios, ya a las alteraciones que las leyes eternas de lo existente determinan.

Así también has venido asistiendo a los hechos realizados en nuestro pobre y exiguo mundo, grano de polvo en la Creación; lo mismo las guerras y las invasiones de la barbarie primitiva, que los refinamientos conquistados por la cultura; amores y odios, horribles matanzas y alegres fiestas, las orgías de Semíramis en sus jardines suspendidos de Babilonia y el entierro del Crucificado en un anochecer tremendo y luctuoso; las Saturnales latinas y las Olimpíadas helénicas, lo mismo que el incendio de Roma por Nerón; los delirantes carnavales de Venecia y los horrores de la Saint-Bartelemy...

Y así, mientras tus millones y millones de ojos miran sin cesar, eternamente, nuestra Tierra, y la multitud innumerable de mundos, con sus humanidades distintas, desde las más rudimentarias hasta

las sublimadas y casi angélicas, cuya esencia aquí apenas concebimos, viven dispersas en el éter, y van caminando con secular lentitud hacia su fin, para ser reemplazadas por otras creaciones. Las que subsistáis, focos de luz, de fuego, de calor y vida, permaneceréis, perennes esfinges, manteniendo cada una su cortejo de mundos habitables, hasta que en el reloj de la Eternidad suene la hora de extinguirlos.

¿Acaso os conocéis, os habláis a través de los espacios conscientes, os atraéis y equilibráis como potentes imanes, teniendo un alma, o sois tan sólo ingentes masas esféricas en violentísima ignición, fuerzas ciegas, focos irradiantes y atraentes, destinadas a marchar a través del infinito por impulso del Espíritu Creador, sostén y ordenador de cuanto existe?...

Estos pensamientos han pasado por nuestra mente mientras la impresionada lady Esther y los astrónomos, silenciosos algunos, susurrando muy bajo los otros, han refrescado todos, como ella, sus espíritus en grata ojeada sobre la Naturaleza que los circunda. Quizá también por ellos han pasado estas mismas reflexiones al abstraerse, dejando vagar las miradas y la imaginación a su propio impulso en el silencio solemne de la tranquila noche, sólo turbado a veces por el canto de algún ave vigilante.

Al fin la dama, saliendo de su callado ensimismamiento, se apartó de la ventana un poco, en ademán de hablar a sus amigos; la detuvo con la palabra en la boca un torrente de armonía; los grandiosos acordes, las notas electrizantes de la

escena del templo en el *Parsifal* sonaron salidas de un potente órgano, cuyo eco se difundía por los solitarios espacios en la tranquila calma de la Naturaleza, repercutiendo en las montañas, llenándolo todo con su grandeza incomparable.

—¡Mi hija Lucy! La pobre se distrae en el *orchéstrion*, que no hace mucho hice traerle de Boston; no se figura que la oyen, ni la sensación que nos causa...

—¡Arrobador, maestro! ¡Coincidencia felicísima! Esas notas son bálsamo que reanima mi espíritu, un poco aletargado. ¡Noche inolvidable, tan fecunda en intensas sensaciones! Pero, escuchemos.

Continuaba la música su majestuoso desarrollo, atenta y gratamente oído desde la torre, cuando las campanas del reloj se le unieron, y, en lo más culminante y sensacional de ella, vibró de pronto, acorde con su tonalidad y a manera de recitado acompañante, la exaltada semisalmodia de Mureber, que parecía venir de las montañas o de entre la cercana arboleda:

«Pero, ¿no piensas que Dios está más alto que el cielo y que se eleva sobre la cumbre de las estrellas?» (1)

Miráronse todos, algo sorprendidos, y lady Esther les dijo:

—Sí que pienso en el Creador ante su obra; ¡si bendijera Él la nuestra!...

—Lo hará, y de cualquier modo, cúmplase su voluntad. Pero ¿no habéis reparado que ésta es

(1) Job, XXII, 12.